

# Las paredes hablan

CARMEN BOULLOSA

de



Lectulandia

Esta fascinante novela combina los acontecimientos históricos que marcaron el destino de esta nación con las pequeñas miserias y los destinos trágicos de sus gentes. Se inicia con la construcción de la hermosa Casa Espiritu en los albores de la Independencia Mexicana (1810), y sus piedras nos hablan de los primeros habitantes: un cura revolucionario, sus amigos artistas e intelectuales, y su valiente hija. Un siglo más tarde, se construirá idéntica, y pared con pared, Casa Santo. En ellas habitan, irremediabilmente enfrentados, un general del gobierno de Porfirio Díaz y unos vecinos más inclinados a los nuevos aires de la Revolución de 1910. Finalmente, en la época actual, vivirán en las casas vecinas familias representativas de la polaridad social e ideológica del país: el grotesco nuevo rico, hecho gracias a la corrupción y los negocios turbios, y la familia de antiguo linaje que ya no podrá seguir el paso de los nuevos tiempos...

Carmen Boullosa

# Las paredes hablan

ePub r1.0

Titivillus 08-11-2019

Carmen Boullosa, 2010

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

Para Fernanda y Daniela Boullosa, mis sobrinas, esta que Sor  
Juana llamaría *Pedro-Masia*

... *Cuántas voces tuve yo...*

Clarice Lispector

*Toco al portón de la piedra.  
«Solo soy yo, déjame pasar.  
Quiero entrar en ti,  
recorrerte,  
ver lo que eres».*

*«¡Fuera!», dice la piedra.  
«Somos infranqueables.  
Aunque nos rompieras en pedazos,  
seguiríamos herméticamente cerradas.  
Nos puedes pulverizar,  
ni así te dejaremos entrar».*

*Toco al portón de la piedra.  
«Soy yo, déjame entrar.  
Vengo picada por la curiosidad.  
Solo la vida puede saciarme.  
Quiero recorrer tu palacio,  
después iré a pedir entrar a la hoja y la gota.  
No tengo tiempo que perder.  
Mi mortalidad debería conmoverte».*

*«Estoy hecha de piedra», dice la piedra,  
«y por lo tanto tengo cara de palo.  
Déjame en paz. No tengo con qué músculos reírme».*

Szymborska, «Conversación con la piedra».  
(versión de Carmen Boullosa).

## *Nota de la piedra*

Yo soy la piedra que a veces despierta. En mí, la vida recomienza. Soy la memoria que excede a las palabras, soy la mirada. La luz, las sombras, el piso, las paredes de quienes soy materia, son conmigo. El cielo se abre sobre el patio y la azotea, impávido, puro asombro, un milagro. Despiertan los dos callejones, a mi frente y espalda, venas de piedra bola y grava, y con ellos las ventanas, las rejas, las chapas con sus orificios, el yeso, las tejas, los buzones, las aldabas, los timbres e interfonos de las vecinas. Soy el oído. Llena de mí, sitiada en mi epidermis, sé que nada bueno traen los callejones, las noticias llegan revueltas; el detalle, el chisme, el rumor, el secreto van mezclados con lo que se dice a cuatro voces. Por un momento, abotagada me dejo llevar por el letargo, sucumbo ante el ahogo, caigo en una lerda, amodorrada inconsciencia.

Alzo la vista: el sol, implacable y cruel, espera con su hacha, el borde afilado por el tiempo. Escapo bajando los ojos, me fugo; huyo del abrazo de grava, rumores, polvo, ruido desordenado y hacinamiento caótico; me recojo. Desde el patio, vuelvo a mirar el cielo: el sol sigue ahí, golpeándome con su luz letal. El aire lo obedece, despeja, desaloja arenilla fastidiosa, basura ligera. Limpia para poner punto final.

En la visión y en mí tiritita una cálida zozobra, palpita, se sacude, pierde el ritmo, recomienza. En nosotros vivimos, arrebuados.

Cobro voz. Me salgo de mi ronco pecho. Recuerdo. Sé quién soy. Sé quiénes eran y son los que aquí han vivido. Yo soy la piedra que se levanta de la inercia, sale de la muerte, escapa al tiempo. Soy Casa Espíritu. Aquí me doy voz.

El tiempo me come. Soy una piedra en llamas. Nos ha ocurrido algo que no sé poner en palabras. Recorro a la metáfora: alguien ha encendido un cigarro cuando estábamos barnizando el piso, y el oxígeno, fuente de vida, ha estallado. Lo que nos queda es resistir brincando sin respirar, como presos bañados por balas custodias, o aventarnos por las ventanas al vacío.

Tengo que darme vida con palabras, en una lengua necesaria.

Para empezar, cuento con el muérdago y con un cadáver: la hija que, dicen, asesinó su padre.

## **La temporada del muérdago**

En la temporada del muérdago, Casa Santo alojaba al señor Gutiérrez, y aquí, Casa Espíritu, era el refugio último de los Vértiz.

Esa mañana hacía un calor exagerado, inusual. No había llovido en semanas. El polvo, por naturaleza nómada, se había apoltronado con pereza, casi fijo, casi sólido, era costra frágil, craquelada. Las nubes, tímidas, apenas se dejaban ver de vez en vez, muy allá a lo lejos, sin vigor para siquiera tornarse grises. Blancuzcas, como novias virginales de impotentes o castrados, parecían rezonas que van a la iglesia sin fe, resignadas a pedir siempre, a sabiendas de que no habrá na-a-na-á para ellas, temerosas, pusilánimes, cobardes, cenicientas esfumándose cuando da la hora.

Pensábamos que ni para qué esperar con esperanza el atardecer, hacía cuánto que las luciérnagas se habían evaporado, como las hojas del pasto estaban secas, las hembras opacas no podían posarse —¡pus dónde!— para esperar el latido luminoso de sus machos. Las mariposas, ralo vapor amarillo, parpadeaban cerca de las maltrechas flores, fieles a su vocación de milagro. Los gatos de los vecinos reposaban su sopor impúdicos en mi techo, tendidos a todo su flaco largo, más parecían prendas de vestir o adornos que seres medio vivos. Los colibríes se olvidaban de agitar sus alas, la luz sentía pereza ante sus tornasoles; alguno caía de pronto al piso, ya no sería el retornar de un guerrero muerto en la batalla, solo pura carne pudriéndose, y ahí las moscas, hartas, zumbando lentas, gordas, casi al ras del piso, pero ni volantes ni caídos se les acercaban los gatos. Estos han perdido su instinto de cacería, los perros el apetito sin medida, las pulgas su pulsión de picar.

Todo ocurre en un presente perpetuo:

Las lagartijas están varadas, ni suben ni bajan sobre sus extremidades, las colas son parte de sus lomos, perdida su necesidad de soltarlas para distraer al enemigo con el miembro móvil y escapar. Parecen manchas en el yeso. Dan asco.

Ratas, cucarachas, mosquitos y hormigas ganan el territorio a las arañas y otros, no al run-run de los coches, presente aunque también se oiga amortiguado como si a los motores se les hubiera metido el calor por el mofle.

Frente al zaguán, Callejón del Fuego zozobra en el calor. Desde el trazo original, la cruz y el árbol entorpecen frente a mi portón el paso. La cruz de piedra (antes del 1600 tallaron sobre ella glifos y flores indias, en su eje la cara de un Jesús sonriente de ojos redondos y barba larga) que el padre Acosta me sembró enfrente albeando el siglo XIX, las fachadas sobrias, que han ido expandiéndose a todo lo largo del callejón, cerrando los abiertos

jardines, y el empedrado de piedra bola de río (sobre su cama de tepetate y arena) irradian pereza violenta, permanecen impasibles mientras, frente y sobre ellos, corren aceleradas las partículas rotas de cansancio que traen las nuevas del resto de la ciudad: en ellas todo es violencia, rotura, un estallido sordo. No, no uno: veinte millones de estallidos sordos, o veintidós, según quien lleve la cuenta de cuántos viven aquí, en el Valle, en la región más transparente del aire.

Arbustos y yerbas resecos quieren aire, agua, sombra. Los árboles, por pundonor, se fingen impertérritos, pero cualquier ojo astuto puede leer la sed en ellos. Las hojas truenan, reventadas de sequedad; las florecencias se malogran; los frutos pierden cuerpo antes de madurar, llegan viejos y arrugados a su gastada juventud, desprovistos de la húmeda parafernalia.

El olmo, que a medio callejón es, con la cruz, nuestro singular escollo, después de haber escapado tenaz a la plaga del escarabajo barrenador (la letal grafiosis), en mala hora carga con la inefable amarillenta plaga, el hipócrita muérdago que finge vida. ¿Qué tordo malaventurado ha dejado caer en las axilas del olmo las semillas del muérdago? ¿A quién poder culpar de este verde mensajero de muerte?

Porque solo el muérdago se aventaja con este clima. La parásita crece a costa de los truenos, colorines, ficus y pinos; montada en ellos echa nuevos brotes con una rapidez que contradice su naturaleza vegetal, bestia entre las plantas. Sus opulentas ramas, sus drupas gorditonas y flores espurias se reproducen de lo lindo con el seco calorón. El muérdago crece asfixiando a la planta huésped persistente, hipócrita como el invitado que finge sobre el rico mantel su amistad y su entusiasmo agradecido, mientras bajo la mesa cobra la cuota letal de su envidia, se venga, primero acariciando la pierna de la bella hija idiota, después... Pero esa es otra historia.

Adentro, la penumbra nos protege hasta un cierto punto. No somos inmunes al clima despiadado. Mis anchos muros no bastan para mantenernos frescos. Stevenson, el obeso gato blanco, duerme su siesta eterna. Quién lo creyera el responsable de los rasgones que adornan el tapiz de los sillones. Cuál uñas, él es la blandura de un sueño perezoso. Está tuerto, no hay cómo corroborarlo, esconde la cara en el ruinoso cojín, convencido de que a mayor oscuridad, menor calor. Arrebujado, también oculta los trechos donde se ha ido quedando sin pelo, porciones de su cuerpo son pura carne pelada en la que se ensañan urticarias y mosquitos. Conrad, el viejo perro, mudo —perdió las cuerdas vocales por un tumor—, desafía su raza (fox terrier pelo liso), no responde a ningún estímulo, cuál ladrar, saltar, menear la cabeza, mostrar los

ojos saltones; ahí está, al pie de Stevenson, blanco y negro, un pequeño ya no nervioso, la visita al veterinario habría dicho que llegó la hora del sacrificio, pero ni quién lo lleve al galeno —cobra quinientos pesos la consulta, en Casa Espíritu no sobra el dinero—, doña Luz le prepara con hierbas emplastos, los aplica la Toña en sus ruinosas articulaciones. A Conrad se le escapan los orines como si sudara, pobrecito, por toda la casa va regando gotitas y chisguetes; bien que me acuerdo de su llegada la madrugada de un Día de Reyes, regalo sorpresa para Javier, parecía un juguete de cuerda, cabía en la palma de la mano de Teté, su hocico era un pellizco, las orejas pellizquitos. Desde la cuna un nervioso, y Teté, excitada como una niña; Javier reaccionó con fría serenidad, anómala tal vez para sus tres años, pero en él lo normal por temperamento. Pensó: «Esto no es un perro». Sintió que le tomaban el pelo. Él quería un perro, un ser de cuatro patas, no esto, tan cercano a un pájaro o a un muñeco, a un mosco de río por lo intranquilo.

Pronto Conrad enseñó que no iba a ser fácil domarlo. Pasó por una racha en la que mordía los tobillos de todos los visitantes varones, y con Javier peleaba de tú a tú. Era pequeño, pero tenía bien bragada su alma de perro, alguien tendría que imponerse sobre él, probar ser su amo, delimitar su territorio. A la única a quien obedecía era a Teté, pero en cuanto ella enfermó, Conrad le perdió todo respeto; un día que Teté se levantó a vomitar a media noche, le mordió un talón. Es otra historia.

A mí me pareció muy mal lo del nombre, Conrad. Así se había llamado el perro anterior, un majestuoso pastor alemán pelo negro que nos había heredado Maka poco antes de morir; intentaron robárnoslo varias veces, siempre conseguía volver. Un día se fue, para morir sin pasar por la humillación de que lo viéramos hecho un rígido cadáver. También es otra historia. La nuestra está al lado del cojo y mudo Conrad segundo y de Stevenson (las mascotas aquí se llaman literario: el más viejo de los canarios es Moby Dick, los otros García Lorca, Díaz Mirón, López Velarde y Nellie, por la Campobello; tuvimos un gato Rulfo, otros fueron Ovidio, Seferis, Jane Austen —Yainostin, en una palabra—, Carson por la McCullers, y Anaïs, por la Nin).

Un voluminoso televisor de pantalla pequeña y ancho marco gris verdoso está encendido, sin sonido, ya no le sirven los botones, no hay modo de apagarlo (rara vez se desenchufa, está siempre encendido); cuando quiere hacerlo sonar, Vértiz le sorraja un golpe en el tope. La televisión es su maraca, pegar, pegar para oírla. En su precaria imagen, corren las noticias locales —cuadros escalofrantes de la guerra contemporánea mexicana, una

hilera de cadáveres decapitados sobre el asfalto derramando sangre, frente a ellos un número igual de detenidos con cara más bien de inocentes; imágenes espantosas, distorsionadas y en grises opacos, es otra historia, y volveremos.

La poca luz que hay en el estudio parece provenir de las pinturas más que de la pantalla de la televisión o las ventanas: un par de paisajes de Velasco, otro de Pedro Villegas, un Dr. Atl, varios de Serrán; de los abstractos, Lilia Carrillo y Felguérez; un volcán de Vicente Rojo; hay dos Irma Palacios portentosos. De los figurativos, Arturo Rivera. La colección se detiene en Marcos Límenes y Magali Lara —tan diferentes como posibles y excelentes—, no hay nada después de los ochenta, el único formato es la pintura y la tela, con la excepción de una serie de diminutos grabados de Cuevas, Nunik Sauret y Juan Manuel de la Rosa. Para qué sigo enumerando, las obras son parte esencial de mi historia, ya saldrán, aparecerán porque eso también soy yo.

En ese calorón, parece natural el abandono en que me tienen, no hay a quién cobrárselo, y ni pa-qué. Pasar por mis cuartos, mirar el desdén, el desorden, es mirar de frente los efectos corrosivos del tiempo; la culpa la tiene el sol, el dios más grande, y la sequía, ¿ante ellos qué?, nomás dejarse hacer, no hay de otra —pero no es la sequía, el húmedo caliche se come las paredes entre los cuartos, sube como una lepra trepadora; la humedad de los tubos corroídos roe los ladrillos: pero no es la humedad, es el sol cuando nadie lo observa, devorando a su gusto cuanto puede, es él quien desmorona y pudre dondequiera que haya un resquicio de vida (por donde menos lo espera uno, pega el deterioro).

¿Quién tomaría en Casa Espíritu un desarmador, un martillo, una brocha; quién revertiría el decaimiento? Las palmas de las manos se les han tornado resbaladizas. Falta el guante de trabajo, la pericia adquirida por necesidad o gusto es aquí un imposible. En su estilo señoritingo, trabajar con las manos estropea, meterse a labores inferioriza. Practican un culto a la aristocracia, retrógrada e inconfesa, reaccionario a punta de tanto creerse elegante. Las señoras se hacen lavar y peinar el cabello, ellos y ellas son por igual inútiles, nada se debe hacer con las propias manos, convencidos de que quien reciba monedas por sus labores manuales demuestra ser menos. Del dinero tienen sus ideas, se le derrama por marcar alteza, ser manirroto es lo conveniente.

Felipa trapea a diario, apenas amanecer comienza la romería en sus dos rodillas, con su jerga y su cubeta de aluminio i-no-xi-da-ble. El piso está resplandeciente, aquí y allá medio cascado. El problema no es el polvo o la mugre —así en la cocina el cochambre se pasa de tueste—, a la puerta de la

cantinita se le ha roto una bisagra, los sillones están cojos, los tapices desgarrados, encima de la foto que un día Teté acomodó hay otras aventadas asá; desorden; abandono; no regreso al caliche o las rijosas querellas que piden a gritos un plomero —es la casa de un viudo señoritingo y sin ingresos—. Antes habíamos tenido visitas de hormigas contumaces, decía doña Luz que porque alguien nos tenía envidia, pero ya hace años que no; perdido el lustre, no hay nada que envidiarnos.

Se oye, pero ya sin que nadie le preste atención, la constante música del numeroso personal de servicio de Casa Santo (pachanga-pachanga).

Me asomo al callejón desde mi patio, Casa Santo es la vecina a mi izquierda.

En la cocina, rodeada de cazuelas, frascos, cucharones, los mosaicos algo deslavados, doña Luz prepara sus salsas a paso de tortuga, menea la cuchara de peltre azul con resignación, a sabiendas de que pronto la espera la estufa para recalentar los frijoles refritos, sellar la maciza de puerco que después remojará en el adobo: una pasada por el aceite (hirviente, con un ajo dorado), sumergirla, sacarla casi al momento y dejarla escurrir. En la salsa, preparada con una cebolla y una pizca de ajo picado fino (primero sofreír la cebolla, después añadir el ajo), jitomate y un poco de tomatillo verde asado, licuados y ya bien cocidos —que cambie el color—, agregar la carne, no dejarla hervir más que unos cinco o siete minutos, hay que cuidar no se pase porque pierde el jugo y se vuelve dura, correosa (y no decírselo a nadie, porque la amenaza de triquinosis empanica).

Doña Luz tiene la piel muy arrugada, los pies deformes de tan viejos —parecen albóndigas malhechonas, metidas en guantones de fieltro—, lleva falda plisada y fajada en ella su blusa plegada, sin botones, medio cubiertas por el mandil de algodón de cuadritos; usa dos trenzas, largas y flacas como hilos, rematadas en sus listones morados, también delgaditos. Apenas se le acerca alguien a platicar, mejor si es un niño o un conocido desde la cuna —plasma a las personas como las ve la primera vez y así las fija, guardándolas sin alterar su imagen con el tiempo (¿tal vez será el secreto de su longevidad, preservarse rodeada de atemporales?, ¿o será, como dice Javier, la sirtuina?)—, comienza a cantar «tengo manita no tengo manita, porque la tengo desconchabadita», gira las manos en círculos, bailonas. Después palmea, dos, tres veces, y a otra cosa, seguir con sus guisos, salsas, mermeladas, masas, merengues, coger un tomate, la cuchara de palo con manteca, un hueso para sacarle la médula, culantro, perejil, hojas de plátano para asarlas al comal, la perfumada hoja santa, el puñito de laurel fresco, o un ajo, o la carne que está

deshebrando, o los chícharos para pelar, la masa para las gorditas y en ella el chicharrón, el asiento, el requesón, la sal, comino, un casi nada de clavo de olor, la pizca de azúcar donde menos se la espera, es la cocinera sabia.

La perilla de una hornilla está rota, las hornillas viejas, pesadas, se preservan impecables con el tiempo, el barniz de la estufa está aquí y allá rayado, las puertezuelas desvencijadas, las ollas y platos desportillados. Latas y pomos de varias formas contienen diversidad de ingredientes, y entre ellos hay bolsas de plástico transparente con hierbas, acitrón, hoja santa, qué sé yo, apachurradas entre los intersticios.

Toña, la joven que le han traído a doña Luz para aliviarle sus labores (a cambio de un salario irrisorio), lava frascos de vidrio de diferentes tamaños; al caer la noche, vaciará en ellos la mermelada recién hecha. Toña piensa: «Ojalá no la hagamos hoy», las naranjas rebanadas delgadito, tres porciones de estas por una de limón cortado igual, remojan desde hace tres noches en agua y desde hace dos también en azúcar —una taza por naranja—, se ponen a fuego muy lento, meneando, meneando hervirán veinticinco minutos, o hasta que la mermelada alcance el punto de hebra. «Con este calor», dice con desgano Toña, «¿por qué no mejor la cocemos mañana?». «¡Mañana, mañana! ¡Muchacha floja!, holgazana como tu padre», le contesta doña Luz. La Toña se dice a sí misma en silencio: «¿De qué señor estará hablando la tía Luz?», de eso ella nunca tuvo. Toña termina de lavar el último frasco, lo vuelca sobre la mesa, mira a los inmóviles canarios, toma de una lata roja un pellizco de alpiste, y está a punto de poner en la canastilla de la jaula pajaril las semillas cuando sube a los cienmuchos decibeles el ruido que proviene de Casa Santo (¡pachanga-pachanga!). Los pájaros sobresaltados se alborotan, saltan contra y desde los barrotes de su jaula. Estalla un zumbido, lo corta un «Bueno-bueno; bueno-bueno; probando-probando». Es el equipo de sonido de los fiesteros vecinos.

Afuera, los bichos salen del aturdimiento. Las mariposas aceleran su zigzag, pierden la elegancia, parece que van por piernas. Los colibríes agitan un tantito las alas y se desplazan, ligeros de pronto, propulsados como pequeñas balas, se desvanecen.

«¡Malditos vecinos! ¡Son una peste!», doña Luz deja el cucharón de peltre sobre la mesa de madera. Apoya sus dos manos en su sillita de palo (la usa para ir y venir, apoyándose en ella en su baile de renga parlanchina) y dice a la Toña, como si ella fuera responsable de la tamaña catástrofe auditiva:

—Ni les des su alpiste, ¿cómo van a comer con ese alboroto? ¡Cuándo, cuándo van a volver a dormir nuestros canarios! Esa pelusa de vecino que nos

vino a caer en mala hora... ¡Parecen pulquería...! ¡Pelagatos...!

Entrando a la cocina, Felipa la interrumpe.

—Ahí está el de la basura. Toña, dame la bolsa.

Otra vez el zumbido, ahora agudo, cienmilesmegabaites.

La Toña se afana para obedecerla, mientras doña Luz dirige la diatriba contra ella, le espeta:

—¡Ni la campana se oye! ¡Toña! —(«¡Todo yo!, ¡todo yo!», piensa Toña) —, amarra la bolsa bien, niña, ¿que no tienes dedos?, ¡ni qué ocho cuartos!, ¡podridos vecinos!, nos tienen sordos, ¡quién va a soportarlos!, ¡aquí pagamos todos nuestros pecados!, ¡santamaríapurísima!, ¡o ya ni santa, ni purísima!, ¡malditos estos, ruidosos...!

Rasca lenta con sus pies el piso, se apoya en su sillita, el peso del cuerpo cae sobre sus dos arrugados brazos, las manos semejan garras. Avanza como girando sobre una pelota; solo así se explica que pueda mantenerse en pie. A su lado, Toña da la sensación de que, más que detenerla, la va empujando.

Felipa es como un árbol de hule, alta, dura, con la flexibilidad y fortaleza del caucho. Peina su cabello largo en un moño atado a la nuca. Viste, como doña Luz, largas faldas a la espinilla de colores ocres, lleva encima el mandil de flores diminutas, se lo quita solo para la misa del domingo. Ese día se peina distinto, trenzas atadas en la coronilla, el cabello más lustroso, reestirado, las trenzas adornadas con cintas. Cada uno de sus dientes está enmarcado con un filo de oro. Nunca deja ver una emoción, también es en eso como el árbol; nunca deja de trabajar, resiste como el caucho. Sube y baja las escaleras de metal que llevan a la azotea, recorre el patio, trapea de rodillas, friega la banqueta; conserva la casa, hasta donde le dejan meter el jabón, como una tacita de plata. No la cocina, que no le toca limpiar, tampoco toca donde el señor Vértiz no lo permite, por ejemplo los estantes del librero, desde el día que arregló los libros por color y tamaño (durante una semana en que los Vértiz salieron a Valle de Bravo; de esto ya llovió, todavía vivía Teté). Tampoco puede meter mano en la cantina (tiró una vez una botella con un fondo de Scotch de primera, y antes la de mezcal de Zacatecas con dos dedos del dicho), ni en los escritorios, ni en la mesa de centro de la sala. En esos lugares reina la mugre, además del caos (para el que Felipa no tiene mano, revuelve cada que limpia).

Resuena en el aire el sonido de sable de algo que no alcanza a ser ni zumbido ni voz. Cimbra los muros, los cimientos. Son tres, cuatro golpes al oído. Conrad salta. Stevenson despierta, abre su único ojo; se eriza. Cuatro,

tal vez cinco notas de algún sintetizador, música en vivo que nace más muerta que una trucha ahumada.

Felipa sale de la cocina refunfuñando para sí: «¡De qué se queja, y tanto!, y si se queja, allá ella, a mí qué, ¡total!, antes no me dejaba salir a la basura... ella sí, ¿no?, ¿conque puro perder el tiempo? —así me decía cuando yo pedía salir—, pero ella sí que s'iba a chorchear con sus amigas... ¡ya ni quedan niúnas!; con las de al lado, doña Luz no habla... yo tampoco... ni loca... son suripantas, putarronas». En medio de sus pleitos imaginarios, pasa frente a sus ojos la imagen de doña Luz más joven, con vigor en las piernas, esto le recuerda a su propia persona hace veinte o treinta años: Felipa acababa de llegar de la costa. Al verse a sí misma así, joven, pierde el paso, trastabilla: de golpe le pegan en la memoria su tierra, la casucha levantada sobre más lodo que agua; zumban mosquitos; se columpia la hamaca; la mazorca de cacao está pudriéndose en el piso; el sonar del agua del río cuando el caimán entra al agua, el salpique cuando agita la enorme cola para avanzar; un balazo, dos; volar de pájaros, el aleteo; adiós caimán, ¡pa los zapatos!; los micos gritan; la luz llega filtrada; luz húmeda de selva, luz oscura, luz verdosa. Recuerda los largos cuentos de su abuela: la nauyaca de ocho codos que robaba recién nacidos de sus cunas, se comía a las crías de las que venían a pizar, las alimañas hacían nido en los trajes de las vírgenes de la capilla... Parece que el tiempo no pasa, no ha perdido el acento ni tampoco el malhablaje pero sí se ha ido llenando de expresiones que tal vez también allá, si hubiera llegado la televisión... pero cuando ella salió no habían cableado, solo el que tenía planta generadora propia... y para tenerla había que tener dinero, la manera más económica era conectarla a la batería del coche, pero cuál coche... en casa de Felipa no había sino palos de plátano, y si alguien tenía prisa más le valía saber volar sobre ellos... que si no ¿y cuál camino para meter el auto?, el lodo no dejaba pasar ni al *jeep*... Por esto murió su hermana, en un mal parto... El niño venía acostado, no hubo modo de empinarlo... Otro chirrido insidioso de Casa Santo saca a Felipa a patadas de sus recuerdos, se recompone, se sacude los recuerdos, se acomoda como si nada en el presente, la basura en mano.

En Casa Santo, se apaga por completo el estallido del sinte que están probando para un festejo.

En el callejón trasero —Callejón de Atrás—, el camión de la basura, sus flancos y cola cargados de bolsas de colores distintos, canastas y objetos que se columpian, cada uno en su propio vaivén; arriba, en su móvil azotea, viajan a cielo abierto dos pepenadores sentados con las piernas encogidas, eligen qué

sí y qué no de lo que les pasan los de abajo, de ahí las bolsas y los objetos recuperados del desecho.

En Callejón de Atrás solo había entradas de servicio y la tiendita, pero el cerrajero, el plomero y el que repara muebles (dice que es carpintero: sería incapaz de hacer una mesa de patas parejas, si acaso hace una será coja, no sirve para na-á) mudaron las accesorias a las espaldas de las casas cuando ensanchó la avenida y el tranvía pasó a mejor vida. Tras ellos, llegó el salón de belleza, la tortería y la tlapalería que vende en la puerta derecha útiles escolares (de segunda). El empedrado y los altos muros que lo bordean recuerdan Callejón del Fuego, pero no hay los balcones simétricos sino puertecillas o portones disímiles, y es aún más estrecho. El camión de la basura pasa ocupando todo el ancho. El chofer manipula con pericia al ritmo del «¡Vieeene...!, ¡vieeene...!, ¡pasa-pasa!», se lo canta el Nohay mientras menea la campana con que llama a tirar la basura.

Apenas maniobrar la estacionada, ya hay cola para tirar bolsas, paquetes y cajas, y vaciar los botes de basura. Casi todas las alineadas son mujeres, pero hay un flaquito y descangayado, la camisa de popelina blanca, las mangas largas arremangadas para no ensuciarse los puños, bien fajada en el (descinturonado) pantalón azul marino de uniforme escolar, le queda medio rabón, el muchacho acaba de dar el estirón. Todavía no hay pelo al pecho, y vaya a saber si algún día, pero el bozo apunta sobre el labio, no se lo rasura, no sabe de su existencia. Trae zapatos negros, relucientes aunque algo gastados (de la punta y el cuerpo posterior, por frenar y acelerar con los pedales, habían sido del hijo de la señora), dos números más grandes que sus pies, el cabello pelado casi al rape, al uso militar. Anda en los quince años, sabe bailar como nadie, es una perinola de ébano. Lo malo es haber perdido el copete, engomado se le veía papucho (¡tan lucidor en la pista!), pero no se lo permiten los patrones, ahí sí que ni modo. Los sábados sigue yendo a bailar, sin falta, es su tarde libre. Se pone corbata y pretende tener más de dieciocho desde que tenía catorce, la competencia es ruda, bailan mejor los rucos. Así y todo, los zapatos (italianos, caros carísimos) aún tienen las suelas casi intactas, la pista ya les impondrá algún hoyo, de ahí irán al zapatero.

Es el mozo de Callejón de Atrás 28, le dicen Copetito. El señor de la casa exige a la señora —una vieja regordeta, refunfuñona y tacaña, que se tiñe el cabello de color paja— contrate varones jóvenes para las labores domésticas. Con el conque de que «son más limpios, más dóciles», por un mismo precio, y evitando riesgos, le da vuelo a la hilacha sin llevar fuera del hogar lo que él

llama «mi vicio», si es hombre decente, defensor de la familia, un persignado de cabello relamido. Los mocitos le duran poco, pero esa es otra historia.

Copetito tiene sus propios secretos además de los que le impone la carga laboral. Está enamorado perdido de la «niña» recién llegada a Casa Santo, una joven de muy buenos bigotes, hija del señor Gutiérrez, el «Naco horroroso», mote que le puso el patrón de Copetito —a todos les encuentra un sobrenombre, el suyo se quedó en el ya mentado «Copetito» aunque los patronos le hayan hecho tumbarse el dicho; a doña Luz le dice «*Madame Falditas*»; a Lupe, la muchacha jacarandosa de Casa Santo, «Tetas»; a su propia mujer, «Bruja»; a Javier Vértiz, «El pasado»; Felipa es «Tronco enojado».

El baño de los de servicio del 28 tiene dos puertas, una tiene roto el seguro, se abre hacia fuera y no hay cómo atorarla (por ahí es que se cuele el Adán pederasta, bien temprano en la mañana, a la hora que Copetito se baña; una rutina del hombre muy formal, con este hábito queda tranquilo el resto del día, de buen humor y puro limpio pensamiento). Al fondo de la alacena del 28, de donde sale la escalerita hacia la azotea, hay una puertecita que da a la covacha. Ahí, en un rinconcito húmedo donde Bruja lo manda a acomodar los periódicos viejos, Copetito se acuclilla. Se abre la bragueta. Entrecerrando los ojos, se frota el pajarito soñando en ella, la niña de Casa Santo que todavía espera mote del señor. El frote lo lleva a otro mundo.

En ese mundo, la luz es brillante y casi líquida. Es silencioso y ordenado, casi no hay en él cosas. Atisba el patio de Casa Santo, el pozo al centro, en el pretil está Ella. Ella lo ve. Le sonrío. La oye llamarlo, «¡Copetiito!, ¡Copetiito!». ¡Dulce voz! La luz se derrama, cegándolo. Copetito eyacula. Más luz, si esto es posible, más luz, y de golpe le cae encima la húmeda oscuridad de la covacha, siniestra y sólida. Se siente acuclillado, las manos pegajosas, le dan ganas de llorar. Se limpia con un trozo de periódico que esconde entre la pila. Se cierra los pantalones, se faja la camisa. Y sale, aún pensando en ella y en su dulce imaginado «¡Copetiito!».

La Lupe sale de Casa Santo echando tiros. Trae el cabello cortado «a lo Angelina Jolie» (de una película en la que se le mueren de hambre en sus brazos niños africanos, una Nueva Madonna, la Virgen madrecita de todos que la impresionó tanto que no solo el pelo, también ponía la trompita de labios pa-fuera. Es tan bonita que su gesto patético provoca ternura, y parece sensual a los más de los varones). Nada puede restarle encanto, dos ojazos formidables, su cintura de abeja, la tez morena de cutis perfecto. Tiene sueños, muchos, y siete hermanitos menores que ella, pero esa es otra historia.

Lupe camina directo hacia el camión, mirando a los ojos al Nohay, él siente el golpe de su mirada y se la regresa. Lupe ignora a Copetito, que espera su turno ya con la bolsa alzada, es obvio que va antes que ella, «¡y qué!», se lo salta campechana, entrega su basura, no la suelta hasta sentir que los dedos del recolector la tienen bien asida —las manos del Nohay sin guantes, si es bien macho, protegérselas le parece «cosa de mariquitas», manipula cuánta mierda a piel pelada: «Nomás faltaba, a mí la mugre me hace lo que el viento a Juárez»—, le regresa el contenedor vacío, y entonces la Lupe le da un billete de veinte pesos.

Felipa ya está en la cola, esperando, enfadada por la distracción del recolector, por qué se va a andar saltando a la gente decente, como el muchacho del 28, por una putarrona. Tanto sol, el calor, un fastidio.

La Lupe se acerca al corro de las muchachas, ya con el «¿qué creen, manitas?» en la boca, cuando Toña sale, consiguió escapar un minuto de doña Luz, asoma la cabeza para chismear con las muchachas de las casas vecinas, la Lupe la llama, se aguanta lo que estaba a punto de contar a la ronda y, apartándose un paso del resto, le dice:

—¿Cómo estás, Toñita?

—Me regañan todo el día, Lupe. Las dos viejas —mira de reojo a Felipa—, ya no las aguanto.

—Te matan de hambre, manis —repite Lupe—, de veras que no sé por qué te quedas con ellos; te cuentan hasta las tortillas. Nosotras, mana, comemos de todo... nos dan carne a diario. ¡Con decirte que hasta nos dan caviar!

—¿Qué es caviar? —pregunta otra, más joven todavía que Lupe, entremetiéndose en la plática.

—Son los tompiates de los peces. Criadillas de pescado. Sus huevos, pues.

—¿Y a qué saben?

—Como a tacos de machitos, solo que sin tortilla. No se les echa salsa, a saber por qué. La verdad es que saben bien sosos, como a sal, pero quesques muy fino comerlos, aunque como son negros, negros, negros, medio dan asco, pero la ventaja es que son chiquitos. Quién sabe cómo serán los del tiburón, esos deben tener chicos huevotos, o los ballenos... porque las ballenas no deben tener huevos, si son ballenas... L'otro día ordenamos hamburguesas (¡de Burger King!), y pizzas (¡Dominós!), vieran que nos atascamos con cocas y papas fritas, shtuvo buenísimo, manas... —cambió el tono por uno más íntimo, y miró a los ojos a Lupe—. Te digo que nos dan de todosh,

todosh, manita, y lo que quieras. Hasta puedes llevarle un poco a tus hermanos, ni quien se fije. ¿Tons? ¿Te vienes a trabajar con nosotras?

La trompa bien paradita.

—No quiere mi mamá.

—¿Y qué con tu mamá? ¡Ya estás grandecita, mana!

—Ella me cuida a la niña. No puedo. Si no la pelo, ¿quién me ayuda con ella?

—Pus ¡tráetela!

—Eso sí no, Lupe. La niña no. No la meto a una casa así.

—¿A poco te crees todo lo que te cuentan? Se necesita estar tarada, de veras.

—Todo, no. Pero ¡la niña! ¿Cómo crees, manita? ¡Es mi hija!

La Lupe se alza de hombros, y se reincorpora a la ronda dicharachera, pensando «¡Mensa!».

En la ronda todas tienen que decir. La Lupe no va a dejar que la sobrepasen con historias de adulterios, escarnios, apreturas económicas («La señora no ha pagado la tarjeta de crédito... nos cortaron el cable, yo ya no quiero trabajar ahí», «¿te ponen cable en tu cuarto?», «no, ¡pus!, la veo con ella»), miserias domésticas («El hijo otra vez, lo fuimos a recoger a la calle, una vergüenza, esas cosas que se mete»), o el final de la telenovela en boga (muy anticlimático, si me permiten: la protagonista decide irse de México, venciendo así al mal amor y la pésima suerte que la han acosado durante los últimos cuarenta y pico capítulos), y sorraja, a sabiendas de que es un momento estelar para ella:

—Se murió la señorita, la hija del señor Gutiérrez. Ya mero empieza el funeral.

—¿La bonita? ¡Pus cómo!

Varios «pus cómo, pus cómo, pus cómo», los tonos de las voces muy variados, al unísono aunque no en el mismo ritmo, suenan como que no le piden nada a ninguna ópera.

Copetito empalidece. Deja el corro y, sin oír más, se va caminando rapidito, rapidito, meneando la cabeza con preocupación, zarandeando la cola, como el pato de Cri-Cri.

El chisme está caliente y viene lleno. El grupo se desgrana para adornar a gusto. Que si se mató sola —«Para mí que ya se le veía desde que llegó, una suicida, oigan»—, otra dice que a ella le dijeron (nomás lo imagina, me temo, si apenas oyó la noticia de Lupe) que no, que porque. La Lupe alza la voz para atajar las habladurías con virulencia: que si se la comieron los perros,

explica. Que entró al cuarto del señor Gutiérrez, sin aviso, y que se le vinieron encima los dos dóberman, uno y luego el otro, que casi ni la conocían y como entró así, de puntitas, pues la dieron por ratera. Y, añade Lupe, «por mí que a lo mejor si estaba por robarse algo, con todo respeto —se persigna—, porque nunca hay que hablar de un muerto, pero para mí que no sé, algo tenía». Los perros fieros que su patrón, el señor Gutiérrez, conserva encerrados en su cuarto.

Otra dice: «Se le han de ver escapado, pus cómo se iba a ir a meter al cuarto de su papá», «¿y por qué no?», «pus ya ves cómo es el señor Gutiérrez, no creo». «Pus no es de creer, oigan; se murió así, se la escabecharon los perritos».

De este corro, alguna dice, casi gritando:

—¿Quién dices que viene? ¿Quién va a tocar? ¡Los López! ¿Vienen otra vez? ¿De veras?

El Nohay retoma el ritmo y la cola avanza, las que tiran la basura corren al chisme, los corros se envalentonan, nacen más versiones. Felipa, impasible, no presta atención a nada, llega su turno ante el Nohay, le pasa el basurero, le da un peso, «¡uno!», solo uno, ¡en este barrio nadie da de a uno!, él lo toma con desprecio —«vieja apretada y jija»— y, con su prenda vacía, la quesque «jija» camina de regreso a nuestra puerta trasera. Antes de llegar, la ataja Silveria, una de las criadas viejas de la cuadra:

—¿Qué crees, Felipa? Su vecina, la niña, se les murió hoy en la mañana. Ahí está la Lupe contando, vete a saber qué diga, la verdad ya me la dijeron a mí: que la mató su papá, por andar de novia con el hijo de tu patrón, el Javiercito.

Felipa, su cara de palo.

—Y dicen que algo le pasó al Javier también —sigue Silveria—, también. Te lo paso al costo. Avisa a tu patrón, ándale.

«¿La señorita está muerta?», «¿qué le pasó a Javier?». Felipa entró caminando un ápice más rápida que siempre. Tras ella, Toña, ella sí corriendito, hacia la cocina.

La Lupe dejó el corro, «mucho quehacer, va a estar muy lucidor el funeral». Los chismarajos apedrearon con toda virulencia, varios están glosando con pelos y señales las hazañas del señor Gutiérrez, parece hagiografía, parece medieval, contiene exageraciones que lo convierten en un héroe inimitable, usando la imaginería actual, posesión de cosas, dinero, mujeres, y sus violencias, tropelías espeluznantes. No podía ser cierto todo, le atribuían facultades que ni el demonio: fustigaba, compraba, poseía —todo—,

secuestraba, traficaba, orquestaba, desaparecía, cambiaba la identidad de sus víctimas, asesinaba; era un rey Midas; iba por la silla grande; no, él no, tiene mejores cosas por hacer, él se codeaba con gobernadores, senadores, candidatos, periodistas; los compra a todos a punta de favores y regalos, cuando no sobornos desnudos. Aquí extrañaron al Copetito, él se las sabía todas, repetía a pie juntillas lo que decía el muy leído patrón —quien va a la oficina a calentar su asiento y repasar noticias impresas y rumores de boca en boca, los auditivos.

Los he oído mil veces. Después viene la relación de lo que he visto con mis propios ojos: el memorable despliegue de sus riquezas adentro de Casa Santo.

El señor Gutiérrez vive en este barrio donde todos, por ley, mostramos la misma cara a la calle, pero da rienda suelta dientes adentro. Nada parece impresionar más que las pantallas de plasma, enormes; el sistema de sonido; el portero electrónico que transmite las escenas de la calle a los cuartos de servicio; la cocina con cuanto imaginable artefacto existe, todo uniformado con el mismo (glamoroso) aspecto (acero inoxidable con detalles de chapa de ébano, no gusta nada al señor Gutiérrez, pero dejó que el chef que contrata para las comidas celebratorias —uno de los mejores de México— eligiera «lo mejor de lo mejor»); el refrigerador tan grande como cualquier cuarto de servicio del barrio —y con mejor luz—, el congelador en la parte inferior; la máquina para hacer helado, la de hacer hielo en la despensa repleta de vinos y champañas y latas de cuantihay que el chef tiene bien surtida de básicos y de lujos, trufas blancas, acetos de precios desorbitados, aceite de oliva ponderado como lágrimas de la Virgen; un segundo congelador con pan traído directo de París, hacen las compras en Nueva York o en la ciudad luz; en la lavandería hay secadora y dos lavadoras superautomáticas; en el baño principal, el *jacuzzi* rodeado de sirenas de piedra tamaño natural pintarrajeadas, los pezones color rojizo, las escamas tornasoladas en colores metálicos —una de las sirenas tiene una gracia especial: en la parte posterior de la cola, un culito, ¡acojinado por dentro con plástico inflable!, es un juguete erótico (y dicen las malas lenguas que tiene un motorcito, se aprieta y menea para mayor placer) (no me consta)—; la jirafa disecada que han tenido que partir por la mitad para tenerla de pie en uno de los salones, a la derecha las piernas con el tronco, a la izquierda el cuello y la cabeza; los tapetes de pieles de animales salvajes en los que han dejado las cabezas con las fauces abiertas. Solo el pozo permanece como era en el XIX, aunque ahora flanqueado por dos grandes

palmas artificiales, todo lo demás ha sido revestido, sobredecorado con excesos que placerían a los Luises.

En la azotea, ya desalojada de bichos perezosos a punta de trompetazos mariachiles, ondean las sábanas del tendedero. Al cielo, azul, azul, lo cruza de pronto una larga nube, como un brochazo de pintor. Esta nos protege un momento del sol; si en los dioses cupiera la piedad, alguno nos la habría regalado para hacer de velo bondadoso. Sol, sol pudridor, tú que estás ahí para reblandecernos, para deshacer cuanto es dable y fértil en nosotros, tú, que estallas el efecto del paso del tiempo en los seres vivos, tú, que traes contigo muerte, tú, que inconsciente gustas de infligir en todos el golpe que nos empuja a la tumba, pareciste por un momento ensimismado, puesto en ti, olvidando ejercer tu efecto letal. Una luz sin par resplandeció soberbia, delicada, tierna, dulce.

El tiempo se detuvo.

La memoria entró a mansalva, sustituyó a la crueldad del rey del cielo con la propia, tal vez menos fiera, tal vez ni siquiera cruel, aunque sí dolorosa.

Escuché, en un segundo plano, a doña Luz gritándole a Toña: «¡Toooooña!, ¡sube a bajar las sábanas!, ¡se va a soltar la lluviaaaa!, ¡ándale, ándale, áaaandaleeee!», y los pasos de esta en la escalera de metal que sube a la azotea, dócil, obediente, así la esperanza de lluvia se haya perdido hace cuántos días. En la azotea, las sábanas ondean triunfales, la mano de Toña —la más vencida de todos en Casa Espíritu— va derrotándolas, interrumpiendo su baile de victoria. Tira de las pinzas, las vuelve un puño de tela sin gracia, las torna en pura pesadez al fondo de la canasta. Las sábanas ondeando nos traen la presencia de las velas de los navegantes marítimos a la altura de este Valle, al centro del continente, lejano a la costa y la noción de viaje, al territorio de los inmóviles, una demostración de libertad y risa. Ante las que restaban, amenazadas por la mano grácil de Toña, recordé aquella primera vez que María Goríbar regresó de Nueva York. La vimos llegar también desde la azotea:

**Era 1910.** En Casa Santo, los Goríbar; aquí, en Casa Espíritu, los Serrán. En las azoteas no sobresalía el domo sobre el patio de Casa Santo, ni había ropa a tender sobre la mía —durante más de cien años se llevó a lavar al río, después se instalaron los lavaderos, negocio de abusivos—. En Callejón del Fuego chillaban tres puercos cebados; venían a enseñárselos a la cocinera de Casa Santo; si los aprobaba, se los prepararían para la fiesta que el general Bernardo Goríbar celebraría en su casa, el festejo privado por los que se avecinaban para el Centenario.

Berreaban correteados con una vara para tantear a qué sabrían trozados en pedazos, les cortarían la garganta con un tajo, guardarían la sangre para hacer con ella perfumada moronga. Los puercos serán la carne de la fiesta; de ellos harán un tamal descomunal —una sola pieza para cincuenta personas, preparado en masa de maíz y grasa del animal, acompañado de salsa y verduras, envuelto en hojas de plátano—, de ellos las carnitas —el lujo de la época, cocidas a fuego lento, sumergidas en su propia grasa con un par de naranjas y sal por único acompañamiento—, de ellos los guisos, horneada la carne y bañada en salsas elaboradas con hierbas largas como hebras naturales, de ellos también la sopa principal, el caldo con ajo y cebolla, jitomate y especias, y granos de maíz reventados al hervor, preparada a la hora de servir con cebolla picada, rábanos cortados muy fino, orégano y otras yerbas frescas, crujientes. Con la moronga, un guisado de salsa aromática, cargada de nueces.

Los puercos chilletean como sirenas contritas, caminan como entes marinos echados fuera de su medio, producen una especie de conmiseración envenenada que autoriza a degollarlos y después deleitarse en ellos.

Son catados en la puerta de Casa Santo por la cocinera que no permite los metan al patio. Después de pellizcarles las piernas para medir su gordura y hundirles un trinche en la piel de la mollera, para saber cuán tiernos están, los autoriza. Empiezan a retirarlos cuando entra a Callejón del Fuego el carretón cargado de avena, en el que viajan tres mujeres que vienen a mercar: una lleva dos canastas redondas de asas alzadas en curva, llenas de almendras y piñones, otra tres canastas alargadas, de asas rectas, cargadas de cerezas, y la tercera viene a vender miel, los panales acomodados en una canasta sin asa, extendida como una charola, y el líquido precioso en un pesado contenedor de cerámica que lleva colgado del cuello al pecho, la irá vaciando de casa en casa, vendiéndola en cuartillos, o más, si tiene suerte.

El carretón se detiene frente a Casa Espiritu. Bajan las vendedoras, y los peones, que ya esperan en el patio, corren a descargar la avena. Apenas van sacando los primeros bultos cuando entra al callejón un Oldsmobile lujosísimo, del año. Viene al volante María Goríbar. Toca insistente la bocina, anunciando su llegada. Estaciona el enorme automóvil, la carreta quedará sin salida. La bocina ha convocado a la puerta de Casa Santo al general Goríbar, papá de María y ministro de Guerra, y a su hermano, militar también, de menor rango, Julián, tan bien parecido como ella.

María baja del automóvil: está vestida a la moda de París, el sombrero y el corte de pelo, cámara fotográfica de cuello rojo —el último grito, un artefacto

portátil—, y de una larga trailla lleva a un perrillo diminuto, un chihuahuero vivaraz. Los dos tienen ojos brillantes, los dos parecen alertas. Un paso atrás de ella, su asistente, muy joven también, moreno, un indio de cara redonda, vestido también con ropas parisinas, carga sus maletas e implementos fotográficos con una torpeza elegante. Forman una corte muy lucida que la tiene a ella como centro. En su asistente hay una dulzura hermosa, es muy apuesto también, su timidez lo hace menos llamativo. El perro pierde puntos por su nerviosismo. Ella tiene aplomo, belleza, la rodea un vapor de felicidad en movimiento, cierta inestabilidad en extremo atractiva.

—¡Lucrecio! —María dice a su asistente—. Hay que llevar a Nezahualcóyotl a orinar, ¡el pobre, tantas horas!

—Deja las cosas ahí, muchacho, el servicio se encargará... —le dice el general Goríbar, viéndolo abrumado, nervioso, sin saber cómo salir de este aprieto.

Lucrecio suelta junto al marco de la puerta todo lo que viene cargando, toma la trailla del perro y se lo lleva caminando por Callejón del Fuego.

—¡María! —el general la mira con ojos de arrobó—. ¡Haz tu cámara a un lado para abrazar a tu padre!

María lo obedece. Lo observa, como ponderándolo, pero con un gesto lleno de serena satisfacción. Lo abraza, él regresa el gesto efusivamente, diciéndole:

—Gracias, María. Te necesito conmigo, no puedo dar esa recepción sin la mujer de la casa.

María se separa de él.

—Papá... te quiero mucho... pero yo no soy la mujer de tu casa. No lo puedo ser.

Julián mira la escena con una sonrisa absurda, como burlona, altanera, algo idiota.

—¡Julián! —le dice María. Lo abraza también.

Julián responde al abrazo estrujándola, la aplasta contra sí. Le muerde la oreja.

—¡Ay!

María se arranca de él, se lleva la mano a la oreja.

—¡Julián! ¡En lo mismo! ¿No vas a crecer nunca?

La expresión se ha instalado en la cara de Julián, ahora simplemente sarcasmo, como si fuera incapaz de otra.

—Ven, María.

El general Gorívar toma a María del brazo, la lleva hacia el patio central. Rehúye a Julián, no soporta ver en su único hijo varón esa expresión desagradable, mezcla de burla, arrogancia, simple crueldad y locura. Julián no las tiene todas consigo, pero las que sí, ojalá no estuvieran en sus manos. Julián los sigue, sin borrar la expresión perturbadora de su cara. El General Gorívar señala hacia un artefacto al lado del pozo. Es una mecedora peculiar.

—Siéntate, María.

María se sienta. Es una mecedora de asiento tejido en tule y brazos de madera sin barnizar, como las de la costa, lleva en la espalda un tubo de metal del que sobresale en la parte superior un tubo que lleva en el tope un mamotreto de abanico.

—¡Mécete!

María se mece y el abanico gira.

—¿Ves? Es obra de un genio.

María se mece un poco, sonrío.

—Papá, con todo respeto, me parece un artefacto absurdo.

—¡Absurdo! ¡Imagina el alivio que llevará adonde el calor es insoportable!

—Ay, papá, hay una cosa que se llama «ventiladores», se instalan en el techo, y...

—Techo, querida, lo que se dice techo, y requieren además energía eléctrica. Ni uno ni otro abundan en tierra caliente; teja en el mejor de los casos, palma trenzada sobre un par de vigas y la luz de la vela, eso es lo que encuentras en esa región de la República. La gente está inclinada al atraso. Tú, como vienes de Nueva York, ya no sabes dónde estás parada...

—Pero, papá —dice María, meciéndose—, esta cosa no tiene sentido común, bajo un techo o sin este...

—Me la llevo a nuestra hacienda en Veracruz.

—Me parece ridícula...

—Ya basta. Alguien te debió decir que la diseñó don Porfirio, y por esto la atacas.

—¡No lo sabía, papá...! No quería irritarte con mis comentarios... Papá, ¡perdón!

El general Gorívar entra a la casa, dejando a los dos hijos atrás, en el vano de la puerta.

No lo piensa, no lo dice, pero lo siente, con claridad y en palabras: «Es una vergüenza, siempre pateando el pesebre, don Porfirio nos da de comer, no digo a nosotros, al país, y estos jóvenes, no entienden».

Al dar el primer paso en el salón principal de la casa —donde el ebanista se afana en el último toque para reparar un raspón del barniz—, el general Goríbar es ya el señor Gutiérrez, metamorfoseado por un paso de tiempo súbito. Mi memoria me regresa al presente.

El señor Gutiérrez tiene distinto signo que el que tuvo el general Goríbar, pero de aspecto es muy similar. Otra ropa, otro siglo, otro ser. Los dos se curtieron en la lucha directa; los dos pelearon a brazo partido. El general Goríbar fue coronel de un batallón que hoy llaman heroico —aunque fallido—, pero que en su tiempo no pasó de ser más que una punta de sublevados, los del Plan de la Noria, vencidos por el general Sostenes Rocha. Se guareció en el Ajusco, en un frío de antología. Mientras caía una espeluznante nevada que le hizo creer sería el fin del mundo —había nacido en Veracruz, en tierras cálidas, no sabía que la naturaleza podría salir con tamañas gracias—, cuando se arrojaron sentándose muy juntos los unos con los otros, porque no tenían sino escuálidos sarapes y luchaban por mantener encendido un fueguillo medroso, jugaron a contarse sus sueños. Se decían unos a otros lo que más deseaban. Aquel soldado, ser músico. Otro, tener muchas mujeres. El más viejo de todos ansiaba conocer Europa. La noche era oscura. Se frotaban las manos. Insistían en volver a prender de nuevo el fuego que el viento les apagaba una y otra vez, soplando incuerdo. La nevada pertinaz no disminuía. Estaban helados, tenían miedo de morir. Por esto soñó en voz alta, y por primera vez, con grandezas que impresionaron a todos sus colegas —y a él mismo, pues aunque delirara en alta voz, algún resto de cordura le quedaba—, y que el destino le concedió años después. Él, un soldado, un huérfano, era el secretario de Guerra de don Porfirio. Lo que no supo en aquella nevada aciaga era el costo que había que pagar por mantener el poder a costa de lo que fuera, y que a él, por el puesto que ocupara, le tocaba pagar de propio puño.

Hubo una ambición que ni bajo esas circunstancias extremas se atrevió ni a soñar el general Goríbar: tener una hija fotógrafa profesional, conocida fuera de México. Esto lo enorgullecía más que todos sus triunfos. Eso, y la colección de arte que guardaba en su casa de descanso, Casa Santo, construida expreso para este fin, a imagen y semejanza de la vecina que había levantado un patriota, el padre Acosta.

Todos los paraísos vienen emponzoñados, en el mejor de los casos con un árbol del Bien y del Mal. El que enorgullecía a Bernardo Goríbar tenía un particular veneno: su hija no estaba de acuerdo con el régimen de Porfirio Díaz, se había llenado la cabeza de «cuanta tontería» decían sus detractores.

El señor Gutiérrez no tuvo un Ajusco, pero sí sus inclemencias, a saber: el frío de no tener un quinto en el bolsillo lo asedió como a Goríbar la nevada pertinaz, con la diferencia de que le duró años, hasta que Gutiérrez encontró una hoguera, y la supo crecer a pesar de las inclemencias y oposiciones mayores que una pinche nievecita. Su hija también podría ser su motivo de orgullo: terminó un posgrado en Oxford. No y sí —y una pena esto del no, porque había sido tan bonita, una niña tan bonita—, era causa de rencillas y enfados, aunque, claro, Oxford y además tenerla en Madrid, una ventaja para hacer negocios, un enclave. Es otra historia, y aquí vendrá porque es parte de la nuestra.

Este 2010, Callejón del Fuego se llena de *walkie-talkies*, armas de diversos calibres, trajes y lentes oscuros de los guaruras que laboran de planta en Casa Santo, cuando los convocados al funeral empiezan a llegar a presentar sus condolencias. A fin de cuentas, la ocasión es trágica, no se la puede pasar sin ver, ya corrió la voz de que ha muerto *de manera accidental* la joven hija del señor Gutiérrez. Una actriz, reconocida estrella de telenovelas, baja del automóvil blindado que Julián, el abogado del señor Gutiérrez, envió expreso a los estudios de Televisa para recogerla. Trae la misma ropa con la que grabara minutos atrás, dará solo el pésame y regresará a terminar la escena.

(En esta, acaba de recibir una noticia indigerible: su hijastra es amante de su marido. Tres capítulos atrás lo había abandonado, dejándolo —y cornudo — por haberlo descubierto en negocios repugnantes: traficaba niños en la frontera sur. El despechado encontró la manera perfecta de herirla, seduciendo a la hija adolescente del nuevo galán, y le ha enviado un mensaje: o regresa con él, o desaparece a la jovencita, vendiéndola a una red de prostitución que opera desde Tailandia. La actriz debe regresar al estudio a manejar con entereza la difícil situación, y a lidiar con unos parlamentos que le ha garrapateado la madrugada anterior, muy a las prisas, el escritor a sueldo. En cuanto al sueldo, sí que lo recibe, contante y sonante cada semana, pero carece del menor oído, por no hablar de noción de gramática, y menos aún de sentido común o coherencia psicológica. Lo del oído, a mí me pega en especial. Felipa no se pierde un pasaje de esta telenovela —ni doña Luz, que las oye como si fueran radio, a su lado—, ninguna de las siete de la noche del Canal de las Estrellas puede pasar sin que ella la supervise. Las mira con desconfianza, pero no abre el pico; pone cara de que no puede creerles pero ahí está su corazón de pollo, conmovido. El mío no puede contra el oído, no lo soporta, me pone mal. Ayer, por ejemplo, al escuchar el menú que le

serviría la «mucama» en la «nueva» casa, la renombrada actriz que acaba de entrar a Casa Santo, airada contestó: «Fideos no, señorita; yo soy una dama decente».

Me quedé pensando en los fideos, y en la decencia, y en qué extraña relación podría haber entre unos y otros, no pude desenmarañar nada y me quedé fatigada de repetir «dama decente» adentro de mí, las sílabas retumbando hurañas, como si acabaran de salir de un sarcófago, da-ma-de-cen-te, y eso que no me atreví a volver a los fideos, que la pura mención da indigestión).

El servicio doméstico de toda la cuadra se arremolina para ver a la actriz de moda. Alguien rompe el cerco, se atreve a pedir un autógrafo, aprovecha que conoce «tan bien» a los guaruras; cuán bien los conoce, cuán íntimamente, es otra historia.

Llega a Callejón del Fuego, sonando sobre la piedra bola como si estuviera a punto de desarmarse, la carcacha del Vértiz, un Mercedes 1969 azul marino, más raspado que un ídem. También como los raspados que vende el carrito de la esquina, descolorido arriba y de tono intenso abajo, en el caso del Mercedes por el desgaste del sol en el toldo, la última vez que lo pintaron —y ya llovió— usaron material de quinta —y en el del hielo raspado porque el jarabe que se le pone se precipita al fondo del cucurucho, dejándolo pálido al tope, la granadina caída al fondo.

Se estacionó donde hace cien años se acomodó aquella carreta de avena que acabo de traer a cuento, frente al portón. Lo abrió con movimientos ásperos, usando la llave más como herramienta empujadora que para hacer girar la cerradura. Evitó su parada ritual en la cocina, cruzó el patio con pasos largos y rápidos. Entró a su estudio, aventó el saco sobre una silla. No hacía falta ninguna agudeza para darse cuenta de que estaba de todo punto descompuesto.

Algo había pasado.

Se dirigió a las ruinas de la cantinita (el ebanista de Teté la fabricó a la medida, como los libreros, dos puertas corredizas ya desvencijadas y salidas del carril que por esto se atorán al menor pretexto desde hace un lustro), adentro un mugrero al que no entra el trapo de Felipa, como ya conté. Las pegajosas y desordenadas botellas están todas medio vacías, los vasos viudos como el mismo Vértiz, perdido el resto de su mundo, varios despostillados. Tomó un whiskero y lo llenó con tequila. Dio dos tragos, chasqueó la lengua. Se aflojó el nudo de la corbata. Dejó el vaso. Con largos pasos nerviosos,

como de león enjaulado, cruzó el estudio, ida, regreso, ida. Un (insólito) puñetazo a la pared:

—¡Que me lleve... que me lleve...!

Más ir y venir. Regresar al vaso. Otro trago. Vaciar *whisky* en una copa de vino. Otro trago.

—¡Ya me llevó...! ¡Mierda!

Se plantó frente a una de nuestras pinturas; clavó los ojos en la hermosa mujer de largo cabello, con su mantón bordado de grandes flores.

—¡Una lástima! ¡Una verdadera lástima! ¡Nunca creí ver llegar este momento! ¡Qué vergüenza! —el licor hacía su efecto, lo hacía parecer más sereno, pero en verdad solo le ayudaba a desmoronarse.

—Perdóname, mamá. Siquiera no estás aquí para ver esta humillación.

Más pasos de león en jaula, su ira cobraba cuerpo; no era ira; era... azoro, asombro, incredulidad, decepción, incapacidad para adaptarse a nuevas circunstancias, frustración —horrible palabreja, suena a estreñimiento—. Se detiene frente al retrato que pintó joven Soriano de un muchacho con ojos brillantes.

—Usted ni se meta. A usted no le pido perdón, papá. Me va a salir con su «yo tenía toda la razón, no sirves para nada».

Otro (insólito) puñetazo a la pared, que podría romperle un nudillo, y que a mí me sienta fatal.

—¡No sirvo para nada!, ¡nunca he servido para nada!

Mentira, Vértiz ha servido para lo que ha querido. No tuvo nunca ambiciones —llegó al mundo con torta bajo el brazo, y se casó con despensa llena—, ha vivido de medrar con las relaciones de la familia, sin emprender ningún proyecto demandante, gozando de privilegios de cuna. Viajes, buenas comidas, tiempo de ocio, libros, amigos. La decaída es reciente, que antes jamás faltó un céntimo. Solo un ojo agudo vería que la debacle comenzó con la muerte de Teté. No supo reponerse, el cuñado le hurtó la parte jugosa de la herencia, y cambiaron las cosas, antes conocía a todo el mundo, sabía cómo moverse, era del Partido sin estar afiliado, era miembro del clan. No le interesaba un bledo «la política». Le parecía de mal gusto. Frente al nuevo orden de las cosas —o desorden, y no sé si nuevo—, Vértiz se ha quedado aterido, y el frío reciente lo dejó momificado, y si no del todo a él, sí por completo a su bolsillo. Por no hablar de Wall Street, que esa debacle le asestó el golpe final.

Se desplomó en el sillón, casi sobre el gato Stevenson, quien ni así se inmuta. El que sí es Conrad, se levanta, medio salta, remeda que ladra.

Menearía la cola si la tuviera. Vértiz estira el brazo, le rasca el lomo, Conrad se calma.

Vértiz clava la vista en otra de las pinturas. Una mujer desnuda, cubiertas sus partes pudendas y parte de los muslos con un rebozo de bolita, sentada en un diván, a sus pies un sombrero charro. Atrás de ella, la fachada estilo plateresco de una iglesia monumental.

—Tú que decías que no eras sino un puño de tierra... ¡Estoy avergonzado!

Baja los ojos. Se tapa la cara con los dedos de las manos. Y canta al son de la música que se oye venir de Casa Santo:

—«Vagando voy por la vida, nomás recorriendo el muuundo... si quieren que se los diga, yo soy un alma sin dueño. A mí no me importa nada, pa mí la vida es un sueño...». ¡Nomás me faltaba esto! ¡Cantar al son de estos cabrones! «Yo sé que la vida es corta, al fin que también la debo... el día que yo me muera, no voy a llevarme nada... Hay que darle gusto al gusto, la vida pronto se acaba... lo que pasó en este mundo, nomás el recuerdo queeeda. Ya muerto voy a llevarmeeee, nomás un puño de tieeerra».

Conozco a Vértiz desde que llegó del hospital, por un pelo nace aquí, entre mis paredes, y nunca, ni de niño, lo había visto llorar. Ni cuando se cayó de su silla de bebé —doña Luz se distrajo, lo dejó solo, el niño intentó escaparse de la periquera o silla alta, entonces el último grito de la moda—, ni cuando murió su mamá, ni cuando se casó, ni cuando enviudó, ni cuando, apenas ayer, las acciones de la familia quedaron convertidas en pura mugre, desfalcados. Nunca, ni el dolor, ni la muerte, ni las pérdidas lo habían hecho llorar. La verdad es que hasta este momento yo lo hacía con sangre de atolache, siempre ha sido más café con leche que de tango o de rompe y rasga...

—Estoy arruinado. No tengo nada. Lo perdí todo, todo.

El ánimo exaltado le duró un instante. Desplomado en el sillón, la copa en una mano, sobaba con la otra el lomo de Conrad, Stevenson a su lado, arrebutado.

Entró Felipa. Ella, que siempre está en lo suyo, no gasta su tiempo en chismarajos, no va de un lado al otro con «es que dijo» o «es que dicen que dijeron», ni es como doña Luz, que opina de todo, ahora tiene que decir algo.

Retiembla el sonido de sable de un trompetazo de mariachi. Cimbra los muros, los cimientos. Son tres, cuatro trompetas. Conrad salta. Stevenson despierta, abre su único ojo, se eriza.

Cinco notas bastan para que en toda la cuadra las muchachas den por sentado que lo que se murmura es cierto: hay mariachis, velan en Casa Santo a la bonita que llegó hace poco. Algunas toman el teléfono para correr el chisme, otras cuentan a sus compañeras adentro de las casas todos los (pocos) detalles que saben, y los que no, los inventan; hay quien suspira, como era recién llegada y tan chulita, les caía bien casi a todos, y ahora que se le sabe muerta, pues todavía mejor. «Se murió», «se murió» corre de casa en casa. El chisme se llena de adornos, el fallecimiento aparece lleno de vericuetos. A Felipa le sirven las cinco notas para encorajinarse y hablar, pasar la noticia que, si no, capaz se la queda guardada persécula.

En la cocina de Casa Espíritu, los canarios brincotean agitados, dan vuelos cortos como gritos agudos, histéricos; doña Luz pierde el cucharón en el espeso guiso de su cazuela; la Toña, que acaba de entrar, mira la espalda de la vieja, ansiosa busca leer en ella una explicación. Doña Luz toma en las manos su sillita de palo y comienza a caminar hacia el estudio del señor para ir a quejarse, mientras maldice en voz baja a los vecinos:

—Nos van a matar a los canarios. No se puede con estos. Van a quebrar las ventanas. Tengo un budín en un pairec al horno, de seguro... ¡estos ya me lo desinflaron! La mermelada no va a salir. ¡Pelusa de quinta!

Entra al estudio. Callan los trompetazos.

—Que se murió la niña, su María —repite Felipa.

—¿María?, ¿la niña de al lado, la del Javiercito? —y doña Luz siente un aletazo de culpabilidad: «Yo pensando en los canarios y... ¡la niña!, ¡la niña del Javiercito...!».

—Quesque la mató su papá.

—¡Ni una palabra más, Felipa! —interrumpe Vértiz, otra vez injertado en ira—. ¿Qué tonterías son esas? No puedo creer que usted dé oídas a...

Trompetazo.

—Por eso los mariachis, un funeral...

—Mariachis... siempre hay músicos en ese congal.

—Y dicen además que al Javier también lo levantaron.

Otro trompetazo.

—¡Lo levantaron! ¡Eso no es español, sino...!, ¡qué jerga!, ¡en mi propia casa! ¿Qué expresiones son esas, Felipa...? Por él no se preocupe —añadió Vértiz algo más que impaciente—. Son tonterías. Javier duerme.

—Serán tonterías, niño —abrió la boca doña Luz—, pero a mí me dijo Javiercito ayer cuando almorzaba que... —no sabe si repetirlo o no—, me dijo...

Dos, tres, cuatro trompetazos.

La Toña entró al estudio.

Trompetazos ensordecedores.

La cólera de Vértiz subió, estalló sin riendas. El color de su cara cambió... Un momento de silencio sirvió a doña Luz para sorrajar a la Toña:

—¡Y tú que no le diste el mensaje de la niña al Javiereito! ¡Córrele a dárselo! Está en la azucarera, ¡esta!

Felipa dejó el estudio. Entró al cuarto de Javier sin tocar la puerta. Oscuro. Huele a cigarro con alcohol y sudor. Horrible. Felipa quiere abrir las ventanas, echar a lavar las sábanas, sacar el calzado a orear, ponerlo en la azotea donde le pegue bien el aire, «es asqueroso». Tal vez lo que la irrita más es el olor a hombre, el perfume sexual que hay en esto, la noche de deseo y placer. Pero primero, lo primero:

—¡Javier!, ¿Javier?

Javier brinca en su cama, sobresaltado. Nunca entra nadie sin tocar, pero menos que nadie esa voz, la de Felipa, que de por sí se oye tan rara vez. Es de todo punto excepcional que Felipa lo despierte, y más todavía que entre a su cuarto cuando él duerme.

—¡Javier!

Apenas había dormido tres horas escasas, él que suele dormir once o doce de un tirón, y los fines de semana se echa hasta más si no lo llama nadie, y para qué van a andar llamándolo.

—¿Qué pasa, Felipa?

—Se murió la vecina.

—¿Cuál vecina?

—La de al lado.

—¿Cuál lado? ¿De qué hablas?

—María... se les murió María...

Como impulsado por un resorte, de un solo movimiento, Javier se sienta en la cama, deja sus pies colgando, se ha puesto la almohada sobre el vientre, absurdo escudo protector, tal vez esconde una erección inconveniente. El pelo todo revuelto, la cruda del poco dormir...

—Pus se murió, le están cantando ya los mariachis.

Javier no ve a Felipa, esta no sabe si salir, hablar más, callarse. Toca la puerta abierta Toña.

—¿Qué quieres? —le dice áspera Felipa.

—Me dijo doña Luz que le traiga al joven este recado.

Da un paso adentro, extiende el brazo, en la mano lleva un papel doblado.

—Joven Javier... Esto es para usted, es de la vecina, de María.

—¡Ya ve, Felipa! —saltó Javier, el resorte volvió a operar, echándolo de la cama—. ¡Qué susto me pegó!

—No... es que... no... —tartamudeando, Toña entrega el papel a Javier—. Se lo vinieron a dejar en la mañana, es que... tempranito, apenas se había usté acostado... a ella, ¡ay!, ¡la pobrecita!, ya la están velando...

Los mariachis.

Javier enciende la lámpara de su mesita de noche. Lee.

Dejémoslo reaccionar a su ritmo, con el tiempo que necesite, que se tome el que quiera. Yo aquí también tengo mi urgencia: es tiempo de recordar. No me bastan los golpes de memoria, son como relámpagos aislados. Para seguir el hilo ardiente del tiempo, necesito volver, seguir mi historia desde un principio, buscar mis pasos:

# **Transición**

Quisiera recordar a pie juntillas, pero es difícil cuadrar esto y lo otro. La memoria es un rompecabezas en tres dimensiones. El ensamblaje confuso que quiere imponer el olvido es solo uno entre varios inconvenientes. No tiene verdadera importancia saber que si la cocinera fue la señora Lucita o doña Luz, o dónde preciso estuvo la letrina (o la secreta, como le decíamos), o si la cocina fue el patio de las gallinas, etcétera. Aunque no sea fundamental, las coincidencias —los nombres y aspectos de cocineras y sirvientes, por solo decir un ejemplo— hacen mis recuerdos confusos. Las diferencias me ayudan, fácil saber si donde hay asfalto y un mar de automóviles, estuvo el canal; si donde está el edificio de la esquina, había una casa; si el cuarto reservado para atesorar la basura, era el recibidor; si donde está la azotea, había un jardín; si en lugar del tanque de gas estacionario y el tinaco, una fuente, bancas y una mesa, con su pérgola siempre cubierta de flores. Listar las diferencias no me proporciona acceso a recuerdos necesariamente precisos, pero tampoco me aleja de estos.

Lo que puede ser de gravedad es que, al visitarlo, el pasado quede como un bloque informe, pesado, yerto; no porque se desvanezcan los detalles, el peligro es que se evapore lo que da sentido a los hechos, que se escape: que ellos queden solidificados, convertidos en cosas, objetos manipulables. Tal vez sea la diferencia entre el cuerpo vivo y el muerto, y no la calidad del barro de que fueron hechos; lo explica aquella leyenda sobre el origen: cualquiera se convierte en un puño de arena al dejar de circular su sangre y de revolotearle adentro el oxígeno. El barro fresco del cuerpo vivo es inasible. Imposible convertirlo en prisionero, manejarlo del todo, siempre tiene alguna posibilidad de escapatoria, en cualquier descuido se convierte en arroyuelo o chiflón, en hoja, en aroma o en vendaval. No estar del todo aquí, en las manos de quien lo observa, es su cualidad. Ese barro así es, como lo líquido, a su manera aéreo, vuelo, caminata, fuga, intención. Por lo mismo, por lo esquivo, es también incomprensible, y de cierta manera más frágil que el endurecido. La muerte es el horno inverso que, al sellar, al fijar, al endurecer con su helado soplo el barro, convierte a la materia humana en cosa, en objeto inmóvil, posible de prisión.

Otra es que, si me lo propongo, volver al pasado y encontrarlo vivo no es algo espontáneo. El recuerdo entra cuando le da la gana, irrumpe sin invitación, sin responder a mis intentos. Quiero volver, está en mi voluntad, por esto no sé si puedo entregarles mis memorias tal como fueron, situaciones, pausas, hechos con respiración, y no cosas escritas a cal y canto, sin la movilidad que da la vida. Vivir es moverse, aunque con qué autoridad

puedo decirlo yo, Casa Espiritu, una bola de piedras y arena, porque las pinturas que me honran no son yo, por el momento están aquí, pero no han estado conmigo siempre, y podrán dejarme, como la que hay hoy en el baño de Casa Santo.

Pero de mí no hablemos más. Baste con lo que ya sabemos: que soy piedra viva.

**1810**

## Sueños

En 1810 me habitaban el padre Acosta, Federico —un pintor amigo suyo, había llegado años atrás para elaborar una comisión, después se enfrascó en otras, y con el tiempo se ancló en el estudio—, Lucita —la cocinera—, tres mujeres que se encargaban de la limpieza —dos siempre mudables, espantadas por el mal genio de Lucita—, una niña —persona rotante por lo dicho, ejercía de la mano auxiliar en la cocina—, dos criados armados, negros como la noche —de cuyos nombres no puedo acordarme, porque según yo los dos se llamaban Cosme, cosa imposible aunque el padre Acosta les decía parejo «Cosme, ¡dije Cosme, tú!», si volteaba el Cosme que él no quería llamar, repetía «¡Cosme!, ¡Cosme!, ¡dije Cosme!», pero en todo caso de cosmes no tenían un pelo, habrían sido incapaces hasta de pronunciar ese nombre, no había vocal que no se comieran y por otra parte cambiaban de lugar todos los acentos—, y el mulato a cargo de mulas y caballos, que vivía, como los animales, afuera de los márgenes de la vida doméstica. Las mascotas, que sí convivían con nosotros, eran tres perros —espléndidos sabuesos españoles— y la variedad pajarera en las jaulas del patio y la cocina, que crecía bajo la mano de la señora Lucita, tan buena para esos enseres como para hacer tamales, tortear chocolate o guisar una variedad incalculable de salsas y sazones.

Fui idea y factura del padre Acosta, me construyeron apegados a sus órdenes. Cuidó con celo hasta el último detalle. Lo primero que edificaron para darme cuerpo, vida, forma, fue una pared, como he contado. Creció a punto de fervor, cuando el padre Acosta, recién ordenado, creía tener los pelos de la burra de su vocación en la mano. Para 1792, cuando me habían terminado de levantar de pe a pa, su conciencia hacía el viaje redondo del columpio.

¿Y cómo es esto del columpio? Desde muy niño se le notó lo excepcional, y no digo a ojos de su madre, porque esas no ven sino milagros. Los ojos maternos vuelven metal al papel, oro al latón, lobo al perrillo, pueden ser letales por esto, rara vez lo contrario. Se crece huyendo de la madre.

Acosta fue un niño brillante, tenía espléndida cabeza, aprendió a leer antes que su hermano mayor, a los tres años —al tiempo que alcanzaba el dominio de la lengua purépecha que hablaba la gente de servicio—; tenía curiosidad

por saberlo todo, instinto práctico, don de gentes, al menor descuido estaba al frente de tirios y troyanos, conciliando bandos o borrando desavenencias con su guante blanco, lo suyo era acallar disgustos. Se nace con ese genio (o con la ortiga para atizar rencillas). La astucia se adquiere, y nuestro padre lo hizo pronto, se ganó el apodo de el Zorro. Iremos a esto.

Aprendió el náhuatl y el otomí cuando todavía era una blanca paloma. A los nueve años lo enviaron a Valladolid, al Colegio de los Jesuitas, con la mira en que llegada su hora tomaría los hábitos, no había mejor carrera posible para él, en esta podría desarrollar todas sus cualidades, destacaba tanto en las armas como en las letras, y también en el gobierno, si era líder innato. Nadie pensó que al ordenarse y hacer los votos consecuentes tuviera que desertar de una parte de la vida, lo último que les venía a la mente era la idea del sacrificio, cualquier sacerdote que se respete tiene mujer e hijos. La renuncia de carne y mundo no figuraba en las consideraciones familiares, no era hembra y no se iría de monja. Su futuro se auguraba brillante.

En el colegio, sus maestros ejercían sobre él una benéfica influencia. Los jesuitas sembraron en tierra fértil, absorbía el latín con asombrosa facilidad — el sino del que es políglota desde la tierna infancia— y cuanto conocimiento podía obtener de estos. Enemigos de la ignorancia, pusieron en su mesa a Leibniz, Newton, Descartes; enfrascados como estaban en reformar la filosofía escolástica, echaban mano de cualquier herramienta y consultaban y recomendaban autores que ellos creían que podrían serles útiles para su revuelta. También aprendía francés, comenzó a leer a los ilustrados. Le apasionaban Racine y Molière, pero no se atrevía a tanto como a tentarle los tubérculos a Sor Juana o a María de Zayas, iba quedito, apegándose a los que reformaban una visión pública, sin atentar contra las costumbres. No conocía *Las ridículas* de Molière, que le habrían encantado, tanto como a mí me epatan. Los nombres pueden o no decirles algo a ustedes. Al padre Acosta le decían todo. Cada uno era como una llave, una clave, un mágico acceso a otro nivel donde todo hacía mayor sentido. Aquellos años, para él la vida era una aventura del conocimiento.

Recién llegado al colegio, dio muestras de su primera zorrería. Los estudiantes reproducían el mundo que conocían, los muchos se sacrificaban por dar a los privilegiados las mejores condiciones, se sometían al control de los hijos de las familias más acaudaladas de la región. Nuestro zorro se rebeló. Desde el primer día, no dio muestras de novato, no trastabilló en medio de la rutina, se desplazó como si estuviera en terreno conocido. En un santiamén captó con quién debía quedar bien para no tener problemas, a quién

tenía que conquistar, y a quiénes ignorar de lleno. Se puso al frente, fue suya la batuta, cambió el orden.

Cumplía catorce años y estaba por completar sus estudios en el colegio cuando expulsaron de México a los jesuitas, sus queridos, cercanos maestros, sus tutores, sus guías espirituales. El hecho lo marcó: fue su primera pérdida. No se había repuesto, cuando murió su papá; le llovió sobre mojado. Regresó a su pueblo para enterrarlo como un herido. Lo recibieron sus tres hermanos y su mamá, y (tan imprescindibles como problemáticos) los malhadados negocios de la familia. Por algo lo habían apodado el Zorro: hizo las tristezas a un lado, tomó las riendas de los caóticos asuntos, revisó, comprendió, organizó, en cuatro meses dejó afianzado el mando, su mamá había recibido instrucciones precisas. Impuesto el poder sobre empleados, delegados y parientes, regresó al seminario secular. Anunció que su vocación era la religiosa, lo que no causó sorpresa a nadie.

Lo que no sabían era que su decisión tenía un cariz distinto al previsto. Había sentido «el llamado». Sentía verdadera vocación de sacerdote. Por momentos se vio a sí mismo como a un santo. Quería la excelsitud interior, la perfección espiritual. Leyó con fervor a Santa Teresa de Ávila, y la admiró; brotó el recelo; tomó distancia. Él no quería raptos, deseaba claridad y para esta luz. Le interesaban las letras, el conocimiento, no los demonios y los delirios. Despreció los deslumbramientos. Escribió una *Disertación sobre el verdadero método de estudiar teología eclesiástica*. Lo de verdadero era muy a pecho, la teología también, el estudio de un dios o de Dios era para él materia imprescindible; lo eclesiástico iba sometido a varias consideraciones adentro de su propio pecho, y las dudas y deslizamientos lo ponían a temblar, porque lo último que deseaba era ser considerado un hereje. Extraño personaje: quería ser punta de lanza, pero no herir ni desagradar. Quería liderar, llevar los remos, pero no perturbar. Solo deseaba aceptación.

Al mismo tiempo, leía con pasión los escritos de Antonio Alzate, una presencia permanente en Valladolid, tan omnipresente que rayaba en leyenda. Este Alzate había tenido lo suyo. Sobrino de Sor Juana Inés de la Cruz (y del lado bueno, el materno, pues Lugarda Pérez era nieta de Cristóbal Ramírez de Santillana, hermano de la madre de la poetisa), de una familia acaudalada que lo protegió de manera eficaz con patrimonio y facilitándole las labores prácticas a las que él no era en nada afecto, sacerdote, periodista, amante de la naturaleza, observador de astros y plantas, y a su vez también patrocinador de empresas culturales —sacaba de su bolsillo para pagar la publicación de un periódico de divulgación científica—. ¿Quién no querría parecerse a Alzate?

La cabeza, la curiosidad bien orientada, su libertad, por no hablar de su patrimonio... Incluso se elogiaba su aspecto, pero a saber si esto fue cierto. Nuestro zorro también quiso imitarlo, deseó dedicarse a las ciencias naturales, al principio para entender de mejor manera los secretos de Dios (confieso que él tenía palabras más precisas que las que encuentra mi persona —en esencia ladrillos y piedra, cal y canto, agua y arena—), pero con el tiempo le interesó más lo que desentrañara aplicaciones prácticas que ayudaran a engordarle el bolsillo —cómo se hace un buen vino, de qué manera se debe cultivar la uva y el cítrico, cuál es la mejor de procesar las pieles, cómo debe cortarse la res para mejor mercarla—, asuntos que, ligados a los comportamientos de la naturaleza visibles para el científico, le auxiliarían a hacer de un modo casi espontáneo buenos negocios.

En lo de engordar el bolsillo iba en camino opuesto al padre Alzate, que empezó rico y dilapidó pronto la riqueza en sus obras «científicas», quedándose, si no pobre, sí de moderados recursos. Moderado no quería ser el padre Acosta. Su ambición era tener holgura, no batallar, y como no contaba con patrimonio, echó mano de lo que naturaleza enseña, se aplicó en producir lo que pudiera darle ganancias.

Cuando tuvo lo suficiente, compró un trozo de tierra vecino a la iglesia. Cuando tuvo más —y ya adquiridas otras tierras para expandir sus exploraciones científico-metálicas—, emprendió la construcción de su humilde servidora, y lo hizo a marchas forzadas. El padre Acosta contrató manos constantes con dinero sonante.

Levantar su casa le provocó una urgencia, un apetito de materia temporal, mundana, terrestre, real, tangible. Abandonó de plano sus disertaciones en teología abstracta. Dejó a Alzate de lado —pero no las industrias en las que se había vuelto experto, ni sus redes para negocios limpios pero generosos—. Leyó de pe a pa la *Declaración de los Derechos que deben pertenecernos a nosotros y a nuestra posteridad y que deben ser mixtos como el fundamento y la base del gobierno de la Virginia*, que había traducido un profesor del colegio de San Nicolás para la cátedra de Derecho Civil y Canónico. Se enamoró. Había prometido celibato, comprendida la razón de ser de este: la entrega del sacerdote tenía que ser total. A nadie sorprendió su atracción irresistible por una mujer, más que a él. Lo tomó por sorpresa. De la teoría pasó a la práctica, estaba en su temperamento. Voluntariamente sedujo a la que lo había involuntariamente seducido, y en un dos por tres. Los remordimientos por sus prácticas concupiscentes, cada día más frecuentes, le duraron poco. Los supo combatir a punta de práctica y con rigor intelectual:

no se podía vivir en ese chancletear de la práctica; eso era la inanición espiritual; nunca había sentido su vida espiritual más vigorosa, por no hablar de la vida social, la doméstica y la emprendedora. Cambió de opinión; ahora que tenía experiencia consideraba que el celibato era una asignatura innecesaria y mórbida. La imposición del rigor solitario era una aberración, una desviación de la Iglesia.

Esta primera disensión (contra sí mismo) le desencadenó un rosario de opiniones: no estaba seguro de ninguno de los preceptos que le habían inculcado, y que había creído creer. ¿La Virgen María era virgen? Se contestaba, «¿de cuándo acá?, ¿para qué y por qué motivo?, creerlo es demeritar la grandiosa esencia humana del Dios encarnado». ¿La castidad era imprescindible? «De ninguna manera». ¿El poder real viene de línea directa del divino, por el camino inmisericorde —o con misericordia—? «De ninguna manera. El poder terrenal proviene de otras fuentes, lo demuestra la Historia, catálogo de entuertos». ¿En qué más no creía? En muchas cosas. Adquiría convicciones, en cantidad incontable, porque estaba en su naturaleza confiar, era un hombre de fe, ya no diré en lo divino, en cualquier cosa, lo que fuera, humano, natural —sus estudios científicos habían robustecido su fe en la ley universal. Los estudios de filosofía y lo que hoy llamaríamos sociología lo convencían cada día más de las grandezas del género humano, de la certeza de que todos somos iguales, sin importar cuna o nacimiento, y de que todos debemos ser medidos con la misma vara, niños, negros, mujeres, indios, cualquiera.

Si en sus manos cualquier iniciativa se convertía en un buen negocio, ganancia segura, en cambio no traficaba con las ideas, para el padre Acosta esto sería una indecencia, y en esto se distinguía de muchos de su oficio. Fundó su compañía de licores, abrió el mercado de estos, cultivó la uva que necesitaba para fabricar su vino, no siempre atinada su fórmula, pero cuando pegaba era de primera; el truco era agregar trozos de carne de puerco, cabezas completas de liebres (los dientes se disolvían a pasos apresurados, después los huesos y el pelo; la carne era lo de menos, se desvanecía en un dos por tres), y una fórmula secreta de polvillos que parecían salidos del alquimista, algo diferente cada vez, y que tenía un alto margen de error: a veces el licor producido era excelso, otras era veneno. ¿Cómo saberlo? En aspecto, sabor y olor, no había diferencia, la única manera de advertirlo era echando mano de conejillos de indias. En un humanista los conejillos, obvio, no podían ser personas. Probaban los efectos del vino de Casa Espiritu en conejos, tomaban los bichos de los campos aledaños, los encerraban en alguna de las jaulas del

patio, durante tres días les daban como única bebida y comida el licor casero. Cuando los polvillos lo tornaban en líquido venenoso, caían como moscas, algunos en menos de veinticuatro horas, otros al término del encierro. Si no había efecto maligno, los conejos bailaban. El baile de los conejos es otra historia, ameritaría en algún momento su descripción. No ahora, lo que necesito aclarar es cómo es que sé estas cosas que he descrito, lo que fue el padre Acosta antes de mi construcción y mientras me levantaban. La respuesta es sencilla: escribió sus memorias. Las había puesto al día cuando ocurrió lo que aquí contaré.

Al comenzar la construcción, el padre Acosta tenía una idea clara de cómo tenía que ser su casa, no quería copiar las de la metrópoli, intuyó que representaban un aterimiento al que él no tenía ganas de pertenecer, quería algo acorde con sus tiempos, o los que él escogía como sus tiempos. No quería dos pisos —el patio de las gallinas en el primero, la cocina sobre este, en el segundo; la división entre criados y amos marcada con arcos y tamaños diversos—. No requería ahorrar espacio, tampoco quería algo fastuoso: deseaba una casa republicana. El patio central, los pasillos, el pozo al centro; la azotehuela o patiecillo de servicio al fondo, todo —criados, servicio, comida, recreación, intimidad, vida pública— en el mismo piso. Tampoco quería llamar la secreta a la letrina ni dejarla relegada afuera del resto del edificio, sino incluirla como otra habitación, y anexar un baño con su temascal. Esto no era costumbre entonces: los baños eran espacios colectivos, casas independientes con sus claras divisiones, el corralón cerrado, un temascal para los varones, otro para las mujeres; seis placeres; un cuarto para el temascalero (lo usual era tener al que practicara el oficio en el mismo edificio), un cuarto para guardar la leña, que no fuera húmedo pero tampoco demasiado seco (reventaba la leña), y otro sería el tinaco donde se calentara el agua. Los lavaderos también estaban afuera de la casa. No es que le pareciera mal que estas actividades fueran colectivas, pero como estaban concebidos, los espacios marcaban diferencias no republicanas. Y en lo de los lavaderos había algo más: eran un monopolio. Por esto, empezó con los lavaderos. Antes de anunciar que deseaba hacer unos propios, llamó al dueño único y soberano de los lavaderos públicos de San Pedro.

Julián era el único heredero de los lavaderos que su familia detentara por tres generaciones. Tenía el cabello algo rojizo, a primera vista era de edad indefinida, pero todos sabíamos que rondaba los cuarenta. No se había casado nunca. Vivía con su mamá, que se había quedado paralítica después de una paliza que le propinara su ya fallecido esposo, aunque aquí cambiaban las

versiones. Según algunos, se había quedado así porque después de una purga se asomó al frío sin cuidados. Según otros, la había castigado diosito por maldiciente. Los más estábamos de acuerdo en lo del marido. Donde sí se dividía la opinión a partes iguales era en lo de las razones por las que Julián no se había casado nunca. Los que apreciaban a su familia decían que por cuidar a su mamá. Los que les debían dinero o le tenían tirria por otros motivos (o los que sabían de qué hablaban) alegaban que era por pecado nefando. Algunos de estos creían que Julián tenía un romance estable con los cambiantes monaguillos que auxiliaban en los servicios al padre Acosta. Esto lo rebatía con furia nuestro Acosta, juraba «por lo más sagrado» que sus acólitos no eran propensos a estas aficiones, pero ahí también se dividen las opiniones. Algunos creían que así era, que los monacillos eran angelitos puros, sus costumbres intachables. Otros, los más, decían que eran y re-contraque-eran, que por eso tomaban el puesto del acólito «para parecer los angelitos... ¡pero de Julián!». Como fuera, Julián regalaba jugosas propinas a cambio de que asistieran a Acosta en la santa ceremonia de la misa.

Acosta, por su parte, y esto me consta, porque lo conocí como la palma de mi mano, aceptaba las limosnas dichas no para su propio provecho: las entregaba íntegras al orfanato de las hermanas Azúcar.

Las hermanas Azúcar no eran algo común, y de hecho tampoco eran hermanas, sino religiosas con poco sentido filial, de la orden de las Clarisas Capuchinas. Contaban con estas limosnas para alimentar a los huerfanitos. De ahí salían los muchachos que iban a dar de acólitos. Las malas lenguas decían que las hermanas Azúcar hacían la preselección con la mira en agradar a «Juliancito» para que las limosnas fueran más jugosas, para poder satisfacer las necesidades básicas de «nuestros niñitos», que cada día eran más porque así estaban de mal las cosas, la necesidad producía huerfanitos aunque la mamá estuviera viva y campante, como si no hubiera dado aquello a luz. En cuanto a nuestra opinión: el padre Acosta no estaba en este guiso, en Casa Espiritu descartábamos este infundio del todo. Que Julián sí, pues sí. Y las Azúcar, lo sabían muy bien.

Julián, el interfecto, fue a visitar al padre Acosta.

Era un mediodía de excepción en el Valle, no bien daban las doce ya parecían ser las cinco de la tarde, como si la luz hubiera hecho su recorrido con demasiada prisa, o como si en pocas horas el sol hubiera derramado su cuota diaria de energía, ocultándose empequeñecido atrás de unas gordas nubes negras arrastradas por un ventarrón.

Parecía que en breve se soltaría a llover.

Bajo el cielo encapotado, envalentonado por la siniestra cortina, Julián tocó a la puerta de la casa parroquial —que pronto, ya desalojada por el padre Acosta, se convertiría en el Dispensario de San Pedro—, enfrente y a pocos pasos de donde reposaban las pilas de piedra y grava de construcción, al pie de mi primera pared, ya casi terminada de levantar.

Julián tenía los brazos demasiado cortos. No que él fuera escaso de estatura, de hecho podríamos decir que era un hombre alto, pero sus brazos, regordetes, musculosos como para compensar su cortedad, eran los que corresponderían a un niño. Traía el cabello peinado de la manera más bizarra, como si no supiera que el peine se manipula por el lomo. Salpicado, desparejo, daba una impresión desagradable de suciedad (sobre todo para nuestras costumbres, aquí todo el mundo se baña una vez al día, pase lo que pase, no se tolera la mugre, es un rasgo que heredamos de los indios). Tenía las uñas negras. La ropa, de muy buena calidad, estaba toda desfajada.

Mientras esperaba a que le abrieran, miró las piedras y la grava con expresión de desprecio o de preocupación. Cuando la señora Lucita abrió la puerta, giró hacia la fachada de la casa parroquial, pero no la enfrentó, dejó los ojos pegados como moscas a la pared. Ella encontró esa falta de educación despreciable.

—¡Espéreme ahí! —le sopetó, sin formulismo alguno. No lo invitó a pasar, así supiera quién era y a quién buscaba. Cerró tras esto la puerta en sus narices.

Julián no dijo ni sí ni no, ni dio muestras de hacer los gestos correspondientes. Como un niño, deslizó la mirada de la fachada al piso, y empezó a trazar un medio círculo con la punta de su zapato izquierdo, de ida, de regreso, de ida y de regreso, por el mismo camino, pintando un medio círculo en el piso de tierra. No pensaba en nada. El polvo que alzaba el paso de su zapato le divertía.

La señora Lucita corrió primero a la cocina. Avisó a las jovencitas del servicio doméstico:

—Nadie se acerque a la puerta, ahí está el muchacho ese, el sucio... el Julián.

Las muchachas se acercaron rapiditas a las ventanas, y espionaron a Julián por los visillos entreabiertos, contándose las unas a las otras historias sobre Julián que todas conocían de sobra, comiéndose palabras, saltándose los pasajes más escabrosos, diciéndoselos con risas.

La señora Lucita fue por el padre Acosta. Estaba en su estudio, hablando tras la puerta cerrada con unos señores. Pegó la puerta para oír qué decían.

Oyó:

—Defiendo el castellano como idioma científico, no obrará mejor una medicina por haber sido estudiada en latín. El latín no añade la virtud a lo que aplica, ni el romance se la quita...

—¿Y qué me dice usted —interviene Acosta— del náhuatl, o el otomí?

—No, no podemos meternos con eso. El romance nos auxilia a tener una lengua común. Debemos apegarnos, considere que es lo mejor que nos ha traído la Península... Si no, tendría usted también que defender la lengua de los cafres y los...

—La lengua, y la religión —dijo otra voz.

—¿De los cafres? ¿De los nahuas? —Federico intervino en son burlón.

—¡El catolicismo, por Dios! —la otra voz, enfadada por el comentario de Federico.

—Eso está por verse —terminantemente acotó el cura Acosta.

A la señora Lucita le aburrían estas pláticas. Llamó al padre:

—Padrecito... Padrecito... Soy la señora Lucita.

Lucita no escuchó respuesta. Pegaba la oreja a la puerta cuando el padre Acosta abrió. Se apenó. Ella, que con todos actuaba como tirana y daba rienda suelta a despotiques y maldiciones, con el padre Acosta era un pan.

—Lo busca el hijo de la señora Magda, el Juliancito. Ahí lo dejé, mudo, parado frente a la puerta de la casa. No se nos vaya a derretir ahí, porque si pasa eso no vamos a encontrar cómo quitar la mancha: ¡parece que Juliancito está hecho todo de manteca!

Julián seguía restregando el piso de tierra con la punta del zapato, cuando el Padre Acosta abrió la puerta. La nube de polvo que había levantado le llegaba ya a la cintura. Otro hubiera parecido flotar, como una imagen de santo, pero a Julián se le veía hundirse en la tierra.

Al padre Acosta le dieron ganas de toser. Julián dejó de trazar el círculo, terminó con un taconazo que alzó más alto la nube de polvo. Acosta sintió arcadas.

Julián habló. Las comisuras de los labios se le habían llenado de polvo, bastó su primera palabra para que la saliva las pintara de un tono oscuro, como bigotes que crecieran desde el fondo de su boca.

Lucita entró a la cocina. Regañó a las muchachas, «¡Espionas!, ¡eso no se hace!», y estas regresaron a sus labores, llevándose en las retinas a Julián escupiendo lodo.

La conversación entre el padre Acosta y Julián duró muy poco. Julián se fue, dejando atrás la nube de polvo. El padre Acosta la vio y pensó para sí:

«Voy a poner piedra bola en el piso de Callejón del Fuego, es una prioridad».

Regresó al estudio. Su enfado era visible.

—No hay manera con esta gente —dijo en voz alta, sin explicar más—. No tienen escrúpulos.

—¿De quién hablas? —lo interrumpió Federico.

Pero Acosta ignoró su pregunta y continuó, aclarando de cualquier modo su duda:

—¡Vender el agua...! ¡Se necesita! Vino a decirme que no «me dejan» poner lavaderos a «mi» casa porque «ellos» tienen ese negocio... ¡venden el agua...! Tuvo la caradura de decirme que porque si yo los pongo, otros más los pondrán.

—¡Ah!, ¡Julián! —y Federico, que detestaba al mugroso, pero que aún respetaba su dinero, no dijo más.

Julián tenía corrompidos a todos en el Ayuntamiento y la Comisaría, y esto lo sabía el padre Acosta de cierto, no era solo chismerío de lenguas viperinas sobre monaguillos u otras faldas. Dejó la batalla de los lavaderos para después, y pasó a otra. El padre Acosta sabía calcular sus frentes, no los temía, pero no le gustaba emprender ninguna batalla que no confiara en ganar.

Para empezar, la piedra bola en Callejón del Fuego, y el canal de agua al centro, bien contenido, cavado más hondo para que no hubiera riesgo de que se derramara. Después procedió al asunto del temascal y la letrina. Irían en el mismo nivel que los cuartos, solo que el depósito de desechos abarcaría más hondo, y en esto se esmeró. Con ayuda de Federico, lo trazó tan bien que duró hasta bien entrado el siglo XXI, pero esa es otra historia.

Vino para mí un período de confusión e inconsciencia. Decenas de albañiles, pintores y yeseros vivieron y trabajaron aquí. Las mujeres les traían los almuerzos, los niños entraban y salían, a ratos mensajeros o correveidiles, a ratos ayudantes. Me levantaban con rapidez. No es solo que tantos cambios me dejaban anonadada. Es que yo estaba en manos de otros.

El último detalle en la construcción fue el cincel sobre la cantera del arco de la puerta de entrada: Casa Espíritu. Mientras lo tallaban, el resto de los trabajadores desalojaban sus herramientas e implementos de construcción, adiós tablados, martillos, etcéteras.

Yo salía de mi estado de anonadamiento.

En la parte extrema de mi cuerpo, ya separada de la vida doméstica, levantaron una bodega que el padre Acosta usaría para almacenar los vinos y las conservas. Sería el punto limítrofe de este lado de San Pedro, por lo que el

padre Acosta, previendo tiempos turbulentos, la pensó del alto de tres pisos. El convento de los carmelitas servía de segunda torre vigía del poblado, en el otro extremo, y la tercera del triángulo estaba también en el límite, en la hacienda pulquera, Hacienda San Pedro; una parte de su construcción bien puede considerarse una atalaya.

Por lo mismo, construyeron el acueducto que traía al centro de San Pedro agua fresca de las faldas del Ajusco. Estaba también el pozo, al pie de la bodega, aunque esa agua, si potable, era de aspecto turbio, algo rojizo; era curativa, según las viejas del pueblo.

Después de la bodega estaban los campos verdes, los sembradíos de uva, cacao, plátano y vegetales del padre Acosta, que no tenía interés en el maíz sino en frutas y cultivos de excepción, con el ojo en la ganancia y la novedad. El intento del cacao no dio nada sino dolores de cabeza. Terminaron trayendo las mazorcas de la costa, las ponían a secar en el patio, tostaban el grano en la cocina, sobre delgadas planchas de metal que solo servían para ello. Después, lo molían a mano, en un molino recién llegado de Francia, añadiendo una pequeña porción de pan duro y canela, nada de azúcar, y vendían chocolate de primera.

También intentó hacer crecer el árbol de achiote y la vainilla, sin suerte, lo mismo que otros frutales de tierras cálidas. Con el único que tuvo buena fortuna fue con el plátano, pero la fruta que obtenía era fibrosa en exceso, y amarga. Lo utilizable era la hoja, los árboles las daban de buen tamaño y sanas, perfumadas como son las del plátano, servían bien para la cocina, tenían buen valor comercial. La flor colorada del colorín que creció tampoco servía para alimento, solo alegraba la vista, no era como los que se dan en tierra caliente. En cambio el clima era muy propicio para manzanas, duraznos y cítricos, el limón daba fruto el año entero, por lo que reemplazó a las matas de cacao estériles por estos árboles. Les perdonó la vida a los plátanos, por lo de la hoja, y donde estuvo el colorín hizo construir un corral de piedra. Dejó el cultivo de los vegetales por ser muy laborioso, y los reemplazó por árbol de morera, para sembrar en el futuro capullos de seda.

Cuando el cantero terminó de tallar mi nombre, Casa Espíritu, el padre Acosta llamó al yesero. Le dio órdenes de bordar alrededor del arco de piedra algunas figuras. El cantero se disgustó sobremanera y rezongó con el yesero.

—Pues qué, ¿para qué tanta flor?

El padre Acosta quería que la entrada pareciera fachada barroca sin aires religiosos. Sirenas monstruosas de cuerpo de ave, el triángulo, el martillo, las herramientas del albañil, el cuerno de la abundancia (por México), Pegaso

sobre el brote de agua (para lo mismo); un barco sobre aguas turbulentas narraría los avatares de la evangelización; en la boca de los naturales, figuras de semilla de amaranto para dar a entender que aun antes de que llegaran los dichos frailes ya se conocía aquí la palabra de Cristo y se veneraba el misterio de la comunión, practicada en rituales ancestrales. La flor era para que la entrada tuviera relación con el marco del segundo frontispicio: un rosario de flores pintadas a la usanza nahua.

—A mí me lo pidió el padre —contestó el yesero—, usté pregunte a su mercé, y déjeme trabajar.

Solo faltaba, le dijo, que quien había hecho un trabajo sobrio, sobre cantera de primera calidad, traída del norte, para ser precisos de Cíbola, se dejara manchar su trabajo con los brazos cruzados. En piedra estaba, y había sido tallado y picado para quedar ahí por siempre. Si algún día Casa Espíritu cayese (que no lo permitan los dioses, me digo yo), la piedra tallada iría a dar a otra construcción con sus inscripciones.

—Me dejas mi arco en paz.

—Déjeme hacer mi trabajo.

El asistente del yesero acomodó la escalera para empezar su labor.

La discusión arreció, y acordaron un duelo. Los duelos eran entonces cosa de cada tercer día, viajaban de los folletines a la realidad sin distingo.

Atrás del duelo había algo más que la perdurabilidad de la piedra o la limpieza de su diseño: el hijo del cantero, un joven hermoso, un Dioniso mexicano que tenía a su mamá por espejo, había seducido al yesero. Esto según el yesero, porque según el cantero, el pervertido embarrador de paredes había corrompido a su inocente benjamín, y era necesaria la venganza.

En todo caso esto acabó una madrugada, de manera ingrata. A espaldas de mi pared primera, se inauguró un paredón, un rincón de muerte. Una pistola, un sable, la disparidad de tecnologías, un muerto inevitable, una huida. Y el doble marco que iba a ir en mi puerta pasó a formar parte del arsenal de los Imposibles. ¿Qué más hay ahí? Esa es otra historia, e irá cuajando. Otra que es también otra historia es la del espejo, la que vivían el Dioniso mexicano y su mamá.

A la hora en que se celebraba el duelo, el padre Acosta estaba en su cama en un ejercicio dulce que no era el sueño. Lo acompañaba por primera noche entera Ana, la mujer de carnes firmes con quien había descubierto el paraíso erótico, la que tantas puertas y sentidos le había abierto. Esa noche ella firmaba su destino. De hija de casa sólida (padre y madre y abuelos criollos respetables, si no pudientes sí sin apremios económicos), a amante del cura,

qué bajón, ¿pero cómo se le ocurrió? Diera yo consejos, le habría dicho, pero no hubo cómo. En los primeros tintes de luz del amanecer, dejaron el sueño para besarse, acariciarse, amarse; ella lo trotaba cuando sonó el disparo que, arropados por sus gemidos, no alcanzaron a oír.

Ya levantada su casa, despertaron en el padre Acosta todavía más apetitos, aquí el viaje en columpio de su conciencia. Tal vez el que más afectó mi persona fue el amor por la pintura y con esta la afición por los artistas. Comenzó a acumular telas pintadas, y a desplegarlas en mis muros. Me vi en mi interior, en los rincones más alejados de la luz directa del sol, en áreas que cualquiera diría «íntimas» (lo equivalente, digamos, a las axilas o las ingles en un cuerpo humano, por no hablar de rincones más secretos), con paisajes luminosos, cuadros de costumbres o con caras de personas que yo nunca había visto antes y que jamás cerraban los ojos o cambiaban de actitud, y grabados con disecciones del espacio y seres vivos. Quedé crucificada contra el centro del mundo, como la mariposa a la que pican viva con un alfiler para fijarla con cera de Campeche, pero a la inversa: me clavaban en mi centro el alfiler que me convertía en un ser más vivo que yo misma, más atento, y no a la cera que me hubiera dado peso e inmovilidad, sino al cielo, el agua, el aire, el color, la luz, que dan levedad. Donde yo debía estar más resguardada, quedé clavada al mundo, pero no escarnecida.

Después acogió en la casa, primero con carácter temporal, a Federico, su eterno ahuirote y sombra inseparable. Pintor y orfebre, también humanista y buen letrado, tenía la misma edad que el padre Acosta. Los distinguía el disgusto que sentía Federico por todos los ejercicios carnales, los eróticos y los gimnásticos. Federico ni montaba, ni sabía usar la espada, ni practicaba el tiro, artes todas dominadas por Acosta. Dije disgusto, pero no es la palabra exacta. No le gustaba lo que la gente llama de un modo impreciso «sexo», las prácticas eróticas; lo dejaba frío; le aburría; no comprendía que cualquiera de alguna inteligencia quisiera pasar en eso sus tardes, perder el tiempo, como hacía el padre Acosta. No que despreciara sus músculos y potencias corporales. Sabía pintarlos, le interesaba sobremanera comprenderlos, convencido de que un cuerpo vestido parecería de cartón u hoja de lata si el pintor no tomaba en cuenta los músculos que se movían debajo de la tela. Sentido común entre artistas, baste ver cómo les quedaban los cuerpos a las pintoras de siglos anteriores, cuando por prurito moralino se les prohibía estudiar anatomía.

Las malas lenguas decían que su deleite era manipular cuerpos desnudos, desollarlos, abrir los músculos, seguir nervios, huesos, diseccionar las

vísceras. Lo acepto, porque ocurrió y tuve la mala suerte de soportar el penetrante formol, el negro perfume de la sangre estancada, y cuando había sangre mala también el vomitivo de la pus. Pero las malas lenguas decían algo todavía peor: que lo que a él le gustaba no eran esos análisis, mero pretexto, sino satisfacer sus bajas pasiones en los cadáveres, y aquí me permito disentir, es un infundio.

Llevaba su interés por la orfebrería a gran escala. Había hecho espejos portentosos, de dimensiones inimaginables. Quería hacer más.

A Federico y a Acosta —noten que cuando forma pareja con el pintor, pierde el «padre»—, además del arte, los unían las ideas. Federico y Acosta coincidían en muchas de sus convicciones, para empezar en una central: no creían en el poder absoluto del rey. Redactaban al caer la tarde manifiestos, eran su divertimento. Uno decía: «Las Indias nunca han sido Colonias, y no pueden ser enajenadas. Fueron incorporadas a la Corona de Castilla y León, y no al reino». Lo rompieron por considerarlo irrelevante. Otro abundaba sobre la igualdad que siempre ha existido entre los naturales y los europeos, y lo explicaban desde un plano legal: «Los naturales son iguales en derecho a los españoles nacidos en el continente europeo. Siempre ha sido legítimo el matrimonio entre ellos. La igualdad de España y las Indias está legislada». Leían comentando a Francisco de Vitoria, a Erasmo, a Luis Vives, la *Historia eclesiástica* de Fleury.

Practicaban y mejoraban ideas y escritos; sus manifiestos cobraron cuerpo. Empezaron a circularlos entre sus amigos, cada vez con más frecuencia. Los dieron a imprimir. No los firmaban. Uno de los primeros que circularon profuso hablaba de la Guerra Justa. «Es lícito oponer la fuerza contra la fuerza». «La tiranía es causa de la Guerra Justa». El tiranicidio, como lo había explicado Juan de Mariana, es legal, pues «el tirano desgarró a la Patria y se le debe tratar como a un enemigo implacable... no obra mal quien secunde los deseos públicos». Tenían muy presente que la Inquisición no gustaría un ápice de sus gracias. Un poblano que solía visitarlos, el catedrático en matemáticas José Antonio Rojas, fue delatado por su madre y tías a la Inquisición. Había conseguido huir, desde Nueva Orleans envió un folleto («Yo me hallo en la bienaventurada Norteamérica donde mora la Libertad; no el libertinaje sin freno y aquella disolución sin límite que caracteriza todo el reino, y sobre todo nuestra corte; sino la Libertad republicana hija legítima de la virtud») que les había hecho llegar por la vía de Francisco Arrellaga desde Veracruz. El caso de Rojas no estaba solo. El zumbido en las orejas reales se había recrudecido, y sus agentes celaban,

buscaban cualquier opinión que pareciera criticar siquiera de reojo el poder central. Por el momento, a los inquisidores parecía importarles un bledo los asuntos teológicos. La batalla librada en ultramar entre el rey y Godoy, el hecho de que la Corona bailara aturdida sin comprender la tonada del son, que no se apoyaba bien sobre la cabeza real, ni esta sobre los hombros, ni los hombros sobre el torso, ni el torso sobre sus piernas, tenía repercusiones en las Indias. En las tertulias se habló más de que el trono bamboleara y de que Godoy se riera de ello que de las premuras económicas de la Corona, de sus medidas absurdas para salir de problemas, y de la guerra con Inglaterra.

En esos tiempos inestables era imponderable el valor de la amistad entre Federico y Acosta. No conocía borrascas ni tormentas. En cambio, acorde con la inestabilidad de la época, a Ana le duró poco el asiento de mujer del cura: por la curiosidad que lo caracterizaba, Acosta descubrió que le gustaban las faldas en general mucho más que las de Ana en particular. Habrá quien diga que esto le despertó viéndola (y oliéndola) embarazada (porque las preñadas se impregnan del perfume a cuna que pocas veces agrada al pito) (aunque para todo hay gustos: sobre todo para aquellos a quienes les gustaría seguir adentro de una cuna) (aunque ahí también, porque luego vienen los celos, ¿por qué compartir cuna con otro?) (solo que no esté en el plan dividir, y sea solo el momento, sin compromiso, no ver llegar al competidor, salir por piernas antes de que la cuna desaloje, y ahí sí, la cuna es perfecta) (aunque, claro, perfecto no hay nada, pero). Y una tarde cualquiera, al llegar a casa antes de la hora prevista, encontró a Acosta en su cama común con otra mujer.

—No es lo que crees —se atrevió a decirle Acosta, con las manos en la masa.

—¡No! ¡Claro que no! ¿Crees que estoy ciega?

Después soltó palabras que no recuerdo con claridad, equivalentes a badulaque o mequetrefe, y terminó con un «¡Cura de latón!» que a saber qué quería decir. Las echó fuera como una ráfaga, una expresión más inusual que la otra, en su boca y en la de cualquiera, pero en la de ella sonaban peor; eran ridículas y desmesuradas, y en todo caso más de las que hubiera querido decir. Se sintió más avergonzada que él. La otra señorita (una pelirroja que trabajaba despachando hilos en la tienda nueva que había abierto un gachupín, de quien las malas lenguas decían no era su hija sino su amante) intentaba escapar de la situación, pero ni Acosta le quitaba el cuerpo de encima —la había montado por la retaguardia, como un cabrito—, ni Ana dejaba libre el vano de la puerta.

Todo esto en dos minutos, a lo más tres, pero les supieron larguísimos a los presentes. Ana corrió hacia el estudio, buscando refugio en Federico. Lo encontró donde siempre, pintando un enorme lienzo. No tenía asistentes sino para labores menores —montar las telas, clavetear los bastidores, él mismo preparaba la yesca y los colores; él mismo usaba la gurbia para trabajar la plata.

Federico la sintió entrar, llorando. De inmediato dejó el pincel y la paleta a un lado y la conminó a apoyar su cabeza en su hombro.

—¿Qué te pasó?

—¡Me hizo algo horrible!

—¿Acosta? ¿A ti? ¡Te adora!

—¡Estaba con otra en la cama, una cabeza colorada! ¡Estaba...! ¡Hacía... fornicaciones!

—Eso nunca tiene la menor importancia... Cálmate...

—¿No tiene? ¿Cómo que no tiene?

—O sí, si tú dices la tiene, pero calma, calma...

Vestido con la túnica oscura que usaba siempre, Acosta entró al estudio; silencioso se hincó frente a ellos dos.

—Ana, perdóname, perdóname.

—¡Vete a rezar a otro lado tu rosario de hipocresías!

—Perdóname. No volverá a pasar.

Hincado le juró y perjuró a Ana que eso que ella había visto era un insignificante pajarito de invierno; lloró como un magdaleno. Después de la explosión de palabras, Ana quedó muda. Estaba azorada. Se fijó, como una estatua, en el hombro de Federico, sin pensar ni cambiar de posición, tanto tiempo que los dos varones se alarmaron. Federico la soltó. Ahí se quedó, en la misma posición, convertida en una efigie. La sentaron en el diván. Nada. Llamaron a Felipa, esta trató de sacarla de su pasmo. Felipa llamó a Toña, esta a Lupe, esta a la señora Lucita, y con todas pasó lo mismo. Con el pretexto de que había que llamar al doctor, los dos varones huyeron, salieron de la casa, Acosta avergonzado y atribulado, Federico como una sombra.

Tocaron a la puerta del doctor. Le explicaron que Ana tenía un ataque, «¿de qué?», no sabían decirle. «Tal vez», agregó Federico, «de inmovilidad». El doctor pensó en alta voz que una mujer a la que faltaba tan poco para dar a luz estaba siempre en riesgo, algo grave podría tener, tal vez... No dijo más, tomó su maletín con ventosas y emplastos, y salió hacia Casa Espíritu.

Federico y Acosta se sentaron en el poyo en la puerta de la casa del doctor. Había levantado esta banca de piedra para que lo esperaran los

pacientes pobres que no pagaban con monedas sus servicios, le traían regalos que le llenaban el salón de caca de gallina o bolitas apestosas de borregos. Sobre el piso de la calle, se veían restos de los dos y otras cosas ingratas que Acosta observaba:

—Es un asco la mancha de la pobreza en nuestro país, somos una región tan rica... Esto ya no puede ser. Debemos impedir nos sigan desangrando...

Él ya estaba en otro tema. Federico no, atribuladísimo increpó a su amigo con furia:

—Mira que meterte en tanto lío por hacer algo que de por sí no tiene el menor interés o encanto... ¡Por una gimnasia...! ¡Y con... con...! ¡Con esa mugrosa, cabeza de ladrillo! ¡Estás a punto de tener un hijo con ella!

Acosta se escudó del regaño de su amigo encerrándose en sus cavilaciones. Todas tenían que ver con la pobreza. En ellas, inventó una organización de préstamos que, como una cadena, no requería de un usurero que exprimiera con réditos a los necesitados, sino que funcionaba a costa de la solidaridad de todos con todos. El agio desaparecía, pero el necesitado tenía cómo salir de enredos, aunque no contara con propiedades para dejar como garantía. Bastaba con pertenecer a esa cadena. Ahora, ¿cómo se formaba la cadena?, ¿cómo impedir se aprovechara alguno; cómo evitar el abuso; cómo hacer crecer el monto inicial, y derramar la ganancia en todos los miembros de la cadena, por igual? Acosta ideó diferentes posibilidades. Dejémoslo en ellas.

Federico movía la cabeza a un lado y el otro, apesadumbrado con el asunto de Ana. ¿Qué iba a hacer? Conociéndola sabía que esto no caería en saco roto. Algo iba a ocurrir. Por lo pronto, lo importante era que despertara. Se acordó de algo que le contaran de niño, de un viejo de su pueblo que cayó treinta años en un pasmo, y que cuando abrió los ojos dijo: «Ya voy a morirme y quiero despedirme de mis hijos». ¡Pero todos sus hijos llevaban años muertos! El corazón del viejo se paró en seco con la noticia. Lo enterraron sin saber de cierto si había caído en un pasmo más profundo, o si de verdad falleció. Decían en el pueblo que treinta años después se oían golpes en su ataúd, que estaba tan fuerte y los daba tan recios que se escuchaban a pesar de los tres metros bajo tierra. No había escuchado nada igual en San Pedro. Quién sabe, tal vez Ana sería la primera. Ahora bien, faltaban seis semanas para que diera a luz. ¿Qué pasaría con el trabajo de parto? ¿Qué ocurriría con el recién nacido, si su madre era una estatua?

Acosta había mudado a otro tema. Pensaba que una rueda, como las de molino, podría acarrear el agua a Casa Espíritu, portándola del canal que

corría al centro de Callejón del Fuego; el flujo del agua movería la rueda, la rueda con sus brazos mudaría el agua, y con un caño elevado... Lo podría fabricar el ladrillero, o usaría teja, con argamasa... Decidió probar.

—Vámonos ya, Federico, hay algo que hacer.

—No hay nada sino ir a ver sufrir a tu Ana... Verás... Esto no tendrá remedio pronto. Pero estoy de acuerdo, vámonos.

Acosta no lo oyó. De la pelirroja, por cierto, ni uno ni otro se acordaron. La pobre, avergonzada de puro imaginar el revuelo que le esperaba (porque por lo de Ana, San Pedro entero se habría enterado de sus negocios con Acosta), refugiada en la última banca del lado derecho de la iglesia, atribulada, sin saber qué hacer, parecía un perro asustado. De lo que no tenía duda es de que su reputación estaba arruinada para siempre, como una olla mellada sin remedio. No había compostura. A menos que no se enterara nadie, pero eso era imposible, de todo punto imposible. En la primera fila de ese mismo lado de la nave, rezaba la mamá de Julián, pero esa es otra historia, y ahora no hay tiempo. A sus dos costados estaban los muchachos que la habían traído en andas. Del lado izquierdo no había nadie, ni un feligrés trasnochado. La verdad es que dos personas visitando a deshoras eran mucho más que lo usual. La iglesia pasaba los días vacía, a menos que la visitaran las hermanas Azúcar para reparar los vestidos de las santas y los santos. Si alguna de las clarisas había muerto recién, venían a ponerle cabello verdadero al santo o la santa que lo había tenido de estuco (o de paja), por lo que ya todo Cristo y toda Virgen tenían en sus cabezas cabellera. Entonces la iglesia se llenaba de risas. Hoy, la mamá de Julián y la joven pelirroja no tenían sino zozobras.

Cuando Acosta y Federico entraron a Casa Espiritu, encontraron una agitación mayúscula. Ana no volvía en sí. Ni el doctor, ni la hierbera —a quien Toña había hecho traer—, ni tampoco la curandera o el brujo de un poblado vecino, ni la partera (se creyó en el deber de aparecerse, no fuera a ser que de pronto comenzaran las contracciones, su «enfermita» no estaba lejos de su hora), encontraban la manera de hacerle volver en sí. Las hermanas Azúcar estaban también aquí, con sus huerfanitos, rezando a coro. Era un pandemónium.

Por fin Ana despertó de su pasmo. Recuperó el movimiento, los ojos se abrieron, pero no habló. No dijo una sola palabra. Ignoró a todo mundo. Tomó sus ropas de cama, que Felipa le había guardado al llegar «para lo que se pueda ofrecer» y las que había ido cosiéndole y bordándole a su hijo, sus

ahorros —poquillas monedas tomadas del gasto diario por si algún día la necesidad, convencida de que sería «para los dos»—, y salió sin decir palabra.

Esa misma tarde, apenas se enteró Lucita de dónde se había ido, fue a buscarla. Un cuartucho a un costado del caserón de Julián, por el que había tenido que pagar de adelantado. Era frío, estaba lleno de humedad, no tenía ventanas. Intentó convencerla de volver, pero no tuvo paciencia ni para arrancarle una palabra. Regresó a la casa y pidió a las «niñas» que trabajaban con ella, y a Felipa, que fueran a persuadirla. «Es una orden, me la traen, no vamos a permitir que el hijo de esta casa nazca en esa cueva de miserables» (detestaba a la familia de Julián desde antes de que no permitieran al padre Acosta levantar lavaderos en Casa Espíritu).

Las «niñas» y Felipa visitaron a Ana. Insistieron por horas, «perdónalo, qué más te da, qué te quita su pecadillo, es el papá de tu hijo, lo que pasó es una casualidad que debes ignorar, así son los hombres y aunque sea cura no es sino un hombre»; además de frases acuñadas y lugares comunes, le recordaron que estaba a punto de dar a luz, le pintaron un futuro nefasto para ella y su vástago si no regresaba; le dijeron que el padre Acosta pondría otra en su lugar, pensando que los celos la espolearían. Pero todo fue inútil. Ana negaba con la cabeza, como única respuesta. Por fin abrió la boca: «Una cosa es ser la amante de un sacerdote, y otra muy diferente liarse con un Don Juan con faldas». Volvió a guardar silencio.

Pasaron los días.

Federico iba y venía del cuartucho aquel a Casa Espíritu con cartas de Acosta para Ana que retornaban sin abrir. Tres semanas después, antes de lo anticipado, dio a luz una niña. La asistieron la partera, Felipa y Lucita, en el cuartucho triste. El padre Acosta fue a visitarla y ella, sin dirigirse a él, exigió que «ese» dejara «el piso por el que pago yo». Acosta pidió permiso para ver a su hija recién nacida. Negativa rotunda. En la cabeza de Ana, el padre había pasado de ser un Don Juan a «un diablo ensotinado», porque la pasión de Ana creció, ahora para odiar al que había sido su adoración. Decretó con severidad a diestra y siniestra: «¡Y que no se le acerque a mi hija, que la quiero ver crecer entre gente decente! ¡Nadie le dice quién es su papá!, ¿me oyeron?».

Ana nunca volvió a hablar con el cura. Se ganaba la manutención de ella y su hija lavando ropa ajena. Un año después del incidente de la pelirroja, envió un aviso con Federico, «dígame a ese que no me alcanza para vivir con mi trabajo, que con lo poco que me resta voy a levantarme tres paredes a espaldas de su bodega de vicios». Federico le financió el techo y la cocina, y se encargó de hacerle dos buenas ventanas hacia los volcanes, guarecidas con

herrería, porque sería la habitación limítrofe del pueblo, al ganarnos un palmo. Después, Federico revistió las paredes con una brocha, las pintó de arriba a debajo blanco y le puso teja roja al techo. Juró a Ana que el dinero venía de su propia bolsa, y no mentía del todo. Federico tenía con qué ayudarla porque había vendido a Acosta una serie completa de pinturas de castas, unas antiguallas que rescató de una casona del centro de la ciudad de México. Las pinturas estaban en completo abandono. En una inundación, llegando el agua al metro y un pico de alto, los dueños, nacidos en la Península, tomaron la resolución de cerrarla y dejar sus cosas atrás, hasta que la ciudad supiera tener mejor suerte. No la tuvieron ellos: en lugar de regresar como indianos enriquecidos, su barco perdió el rumbo frente a Canarias, y nunca se volvió a saber de ellos. Intestados, sus propiedades se fueron rematando poco a poco, a la buena de Dios, quesque para las arcas del gobierno, pero la casa de Plateros era tan notable que, aunque se la cotizara en muy alto nadie la tocaba, hasta que el marqués de Franciforte venció el temor y la hizo propia —recursos añadidos a su capital en el último minuto: Godoy había caído, en el próximo correo sospechó llegaría el anuncio de su remoción—. Así, el Ayuntamiento abrió las puertas y puso a la venta cuanto llevaba medio siglo encerrado, sin ser visto. Lo que un día había sido lodo con aquella inundación que echó a los amos a la mar turbulenta se había convertido en arena, en polvo. Las pinturas, a las que no había tocado el sol, seguían colgadas fieles en las paredes. De ahí las tomó Federico, pagando una bicoca «al fisco» —sabía que esa palabra usada así quería decir «los bolsillos personales del marqués»—. Cuando vio que Ana tenía necesidad, vendió las pinturas (que le eran muy preciadas) a Acosta, cobrándole también por sus servicios para restaurárselas. De ahí tuvo cómo ayudarle a levantar su casita, a espaldas de San Pedro.

A Ana no le incomodaba vivir ahí, en un solar que pertenecía al padre Acosta. Se sabía en su derecho, él no se iba a atrever a echarla, ella no usurpaba. A fin de cuentas él le había arruinado la vida.

Pronto le antepusieron el doña a su nombre, como para rodearla con algo, porque Ana se volvió una sombra, y una sombra ciega que veía poco de lo que le rodeaba, solo tenía ojos para la lejía, la arena con que tallar los puños, el agua; la gente le pagaba, más que por sus servicios, por piedad, no contaba las monedas ni ponía atención a los billetes. No dormía. Por las noches cazaba al demonio del resentimiento, salía de las sesiones de cacería agotada, cargando su derrota.

En muy breve tiempo su belleza se desvaneció. El cabello perdió color y se volvió ralo. El cutis se le marchitó. Cada día estaba más flaca. No hablaba con nadie. Perdió el vigor, la energía, incluso la pasión. Su razón comenzó a dar de tumbos. Solo tenía cordura para una cosa: cuidar a su hija, cordura es un decir. La celaba como una loba, pero cuando se ponía a lavar ropa se olvidaba hasta de ella. El agua, la jícara, le daban alivio a sus temores, no sentía, no sabía de nada sino de la mancha y el blanco y el color y la textura de las ropas. Tallar, azotar contra las piedras, poner a secar: eso era lo único bueno que le daba la vida.

En esa situación, no le fue difícil al padre Acosta vigilar a su hija. Lucita, y con extrema dedicación Felipa, se hacían cargo de que comiera y vistiera con decoro. Él mismo puso en sus manos un silabario (no la *Nueva cartilla de primeras letras* que se imprimía en Puebla, inalterable desde los primeros años de la Colonia, sino la de Juan Antonio González de Valdés, el *Silabario trilingüe para aprender a leer y escribir todos los sonidos simples elementales de la lengua española, griega, y latina, y casi todas las sílabas de la primera, reducido y acomodado a toda clase de discípulos y maestros*), y le asignó una maestra, antigua alumna de él, muy letrada y fea (a pesar de su aspecto no se salvaba su reputación, se decía que había tenido bla y blablá y blablablás con el cura porque ya para entonces sus sotanas estaban muy teñidas de gustos tales). Una tardecita, cuando regresaba de los lavaderos después de una larga jornada, con las palmas de las manos coloradas de tanto tallar, restregar, enjuagar y —lo más pesado— exprimir, apenas cruzar la plaza de San Pedro, al dar la vuelta en la calle que conduce (*sine qua non*) a Callejón del Fuego, doña Ana topó con la espalda de Federico. Hasta aquí todo bien, y lo que sigue también: llevaba de la mano a María. La niña daba pequeños saltos, cantando, feliz. Enfrente de ellos (y aquí empezó lo mal) estaba el «maldito curita», que solo parecía tener ojos para la niña y que, embelesado, le acarició la cabeza a María. Doña Ana paró en seco. El aire y los objetos y seres a su alrededor se volvieron de metal y ella se tornó en el imán que atraía a los otros: a Josefino con la canasta del pan a la cabeza, a Tencha y su olla de atole, tiznada de calentarse al carbón, a Felipa, la raja de canela en la mano, venía de comprarla en el tendajón, y a cuantos pasaban por el cruce en ires y venires de su afán cotidiano. Insensible a esto, Acosta acarició la barbilla de María. La niña le tomó la mano. En su derecha sostuvo firme la mano del cura, en su izquierda la de Federico. Con la flexible serenidad de la rutina, del juego que es habitual, María se dejó columpiar por los dos amigos, flexionando las rodillas para no rozar con los zapatos el piso.

«Una-dos-una-dos», hasta que el muchacho del pan (no era más que un niño, ¿nueve años cuando mucho?) dijo unas palabras en voz bien alta para romper el embrujo de los tres únicos sustraídos al imán de furia de doña Ana, los únicos librados del destino de metal de los demás:

—¿Quiere pan caliente, padrecito?

—¿Pan? —le preguntó el padre Acosta con un tono de asombro. Dejó de mover el brazo y soltó la mano de María, porque ¿de cuándo acá él le compraba a ese chamaco pan en la calle? Lucita o Felipa compraban pan, no él, y el del pregón lo sabía la mar de bien.

Por respuesta, el repartidor del pan le hizo un gesto, con su mirada apuntó a doña Ana. Acosta soltó la mano de María, se retiró del imán de doña Ana y del canto de la niña sin despedirse de nadie, por temor de que se desatara una escena enfrente de su hija, casi como al perro concuñado se le acurruca el rabo entre las patas.

(Ya que traigo a cuento lo del rabo: cuando me levantaban, había no uno, no dos, no tres sino media docena de perros merodeando aquí. Un día que era de fiesta, y que había que laborar porque así era la cosa, los perros se comieron los embutidos que las mujeres habían traído de almuerzo a los trabajadores —comida de excepción por ser día de fiesta—, y cuando estas se dieron cuenta del atropello y alzaron las piedras para castigarlos, no tuvieron ni que levantar los brazos: los perros, avergonzados, comprendiendo que habían cometido algo indigno, se retiraron con sus largos y peludos entre las patas).

(Y ahora que lo pienso: ¿por qué el niño repartidor del pan pudo responder, cuando el influjo del imán de la Doña tenía a todos ateridos? La respuesta: Federico tenía ligas con los que entrenaba para ser sus asistentes y, aunque no gustaba de trabajar con niños, preparaba posibles aprendices, cautivándolos bajo su embrujo. Así, su taller se ensanchaba entre los de otras profesiones).

El encuentro de los amigos con doña Ana cambió el orden, ella rompió la relación amistosa con Federico. «Traidor, hijo de perra», le escupió encima sin verlo a los ojos, sin oír su réplica, y nunca más cruzó palabra con él. Así, doña Ana cerró del todo las puertas al mundo. Si su ruta iba mal, se volvió peor.

Más fácil fue todavía para Acosta proteger a María. Una señorita bien educada no podía vivir sin defenderse. Acosta le enseñó a usar la espada (y con elegancia), le dio lecciones de tiro, le asignó uno de sus caballos para que la enseñaran a montar. Para todos en el pueblo María era la hija del cura.

No para doña Ana: mientras lavaba no pensaba ni en la hija, pero apenas llegaba a casa no hacía sino mirarla con adoración, temer por ella, hasta llorar. Sufría por su hija, ¿qué iba a ser de la niña? Lavar ropa ajena la liberaba, su hija la clavaba a sus tristezas. No enfermaba de milagro, pero se consumía a los ojos de todos, excepto a los de Acosta, lo único que él veía en ella era su tristeza, y esta alimentaba, como en un diáfano espejo, sus remordimientos.

Los remordimientos —y cómo no, si él era el causante de la desgracia de Ana, por ligarse con él se había convertido en una marginada, sin familia, y por desprenderse de él, en una desplazada— eran solo una minúscula parte de la vida de Acosta. Tenía apetito para todo. O casi para todo. Siguió aventurándose entre faldas —muy republicano, pues probó mujeres que placerían todos los gustos—, pero no tuvo más hijos ni tampoco volvió a enamorarse. Cambió su original vocación de célibe por una imaginaria fidelidad sentimental. Los otros la veían agriarse y perder su belleza, envejecida, marchita a pasos agigantados; para Acosta, ella era lo que siempre había sido. Le bastaba con la culpa de saberla expulsada de toda vida social «decente», no hubiera podido cargar con la pena de reconocerse como el verdugo de su belleza.

Después del desventurado encuentro que terminó con la amistad entre el pintor y la lavandera, Acosta hablaba abierto sobre Ana con Federico. De esas conversaciones nació un lienzo del artista, la bella santa Ana, aguerrida mujer que aplasta con el pie a un monstruo. Se parecía al del mismo tema de Cabrera, pero, alimentado por la historia de amor interruptus, cargado de fría fuerza, conseguía ser superior. O no. Depende a qué llamemos superior. Estaba elaborado con una técnica perfecta. Dominaba mejor los colores. Usaba material de calidad inigualable. Su pincel no era dulce —como el de Cabrera— sino metódico y maestro, tenía el toque del virtuoso de corazón frío y, en el caso preciso de esta pintura, un aire de crueldad que podría provocar displacer. A mí no me lo causa, sino al contrario. Soporto lo sentimental cuando llega adherido a las personas, pero en pinturas no puedo verlo. Cualquier rastro de sentimentalidad en las telas me pone los pelos de punta. La santa Ana de Federico era más que socarrona: parecía estarse burlando de su propia fuerza.

Los años pasaron. El patrimonio del padre Acosta creció. El vino que fabricaba se vendía en toda la región. Las tierras vecinas a San Pedro eran de su propiedad o las rentaba. Cultivó moreras, y en estas gusanos de seda. No

quiso abrir un taller de fabricación de la seda, porque prefería que la tierra — y no los hombres— trabajaran para él. Contrataba la mano de obra necesaria, pero no deseaba hacer su fortuna de esta. De la tierra, sí. Vendía la seda. Vendía las naranjas. Vendía la avena. Vendía vino y licor, y paro de enumerar porque se pensará que en esto de mercar se le iba la vida, y nada sería más falso. Acosta tenía apetito para todo, y habilidad extrema. Después vino el palo de la Corona, la Real Cédula de Consolidación, pero es otra historia, y ya vendrá. En todo caso, a él lo golpeó, pero no decapitó su obra, como ocurrió con los más.

Federico y Acosta adquirieron nuevo sobrenombre, los «Nuevos Expurgadores». Era una broma y era un reto a la Inquisición y los intolerantes del poder virreinal. Sus amigos lo festejan pero en otros cae como piedra. Los Nuevos Expurgadores acumulan ideas con la misma voracidad con que llevan tiempo coleccionando pinturas. Su colección de arte mexicano no tiene rival, a menos que la comparemos con las que están en la Península, llegadas con las de las familias de antiguos virreyes y la sin par de la Corona, pero esas carecen de lo más reciente, no tienen ejemplares de la riqueza paisajista o los herbolarios prodigiosos. Media docena de joyas de arte plumario prehispánico es la última adquisición de los Nuevos Expurgadores, aquí también con rival solo del otro lado del océano. Biombos, baúles, mesas pintadas, piezas de marquetería, incrustaciones de concha, bordados. Me llenaron como a un arcón, respetando solo las ventanas, y esto no del todo: un artesano de Puebla a quien Federico se negaba a llamar pintor, pues repetía copias de trabajos de siglos anteriores sobre objetos y muebles, con intención decorativa, pintó con cuadros de castas los visillos. (Lo de por qué no le decía pintor Federico: porque para él un pintor era algo más, no un hacedor de adornos. Las reproducciones del artesano eran notables —pero no del todo perfectas: los goznes de los visillos, delicadamente ocultados por el carpintero, chirriaban cada que se abrían o se cerraban por el exceso de pintura).

Acosta y Federico coleccionaban también aficiones. Una ganó territorio: la música. Formaron el coro y la orquesta. Reunieron buenas voces, también con espíritu republicano, de chile y de manteca: los miembros eran negros, mulatos, indios, mestizos y mujeres de todas las castas.

Era otra afición, pero tenía algo de repetitiva, porque contenía la de coleccionar. Acosta y Federico recuperaban partituras y memorias de canciones y composiciones de todo el continente, contemporáneas y de siglos anteriores; de todo viajero entendido seleccionaban lo que placía a su gusto, canciones sacras las más, pero sin despreciar las profanas, cargaran o no

alguna moraleja que ellos quisieran difundir. Por esto, el coro tenía relación con la diligencia. Requerían proveedores.

Había otro motivo para que la diligencia quedara ligada al coro y la orquesta. En las tertulias que antecedían a los ensayos también se debatían las nuevas recién arribadas, y estas se fueron convirtiendo en carbones ardientes.

Un sábado, la diligencia escupió a Xavier Mixares, «doctor en Música», según propia presentación, que viajaba bajo el conque «comerciante». La verdad es que venía por la fama del coro del padre Acosta y tras los huesos del dicho, no tenía ninguna intención de mercar, y usaba la diligencia aunque bien que hubiera podido llegar en propio coche. Viajaba solo, sin criados o secretario.

Seguía instrucciones que le habían dado y que sabía de memoria, sin prestar atención a nada más (venía de escuchar a la Santa María, la campana grande de Catedral, y a La Ronca, más vivaz, que anunciaba la llegada de los cajones del correo proveniente de España a bordo del navío de aviso, el que precede a la flota; venía también de admirar los palacios monumentales, por lo que sus ojos y sus oídos estaban algo enceguecidos). Llegó a Casa Espiritu. Se detuvo por primera vez desde que saltó de la diligencia, y se puso a ponderar el edificio. Se quedó de pie, contemplándome, un largo tiempo. Sacó un lápiz y su libro de hojas en blanco, encuadrado bellamente en piel. Anotó tres, cuatro frases. Cerró la libreta. La guardó en uno de los bolsillos del espléndido traje. Todo en él denotaba lujo, riqueza.

Me sentí como si hubiera venido a tomarme el pulso un doctor, y no de música. Tampoco era un galeno mi doctor: era alguien que de verdad quería conocerme.

Xavier Mixares tocó a la puerta con palmadas recias. Le abrió Lucita, todavía llevaba en la boca la última nota del grito con que reprendía a su ayudante en turno, acusándola de *desidiosaaaaaa*, y con estas últimas *aaa* la conoció el doctor en Música. Mixares intentaba hacerse entender de la vieja Lucita (insistía en preguntar dónde podía depositar su tarjeta de visita, pregunta que a ella le sonaba a chino puro, «qué modales tiene este hombre», se decía), cuando llegaron el padre Acosta y María, con un pequeño ejército de criados cargando grandes vasijas de barro sin vidriar.

Venían del mercado, de comprar peces para sembrar en el estanque nuevo. Eran de una especie nueva, con la que iban a intentar la segunda siembra. La primera había terminado en fracaso. Los axolotes habían salido volando como pájaros. Según Lucita, «es que eran murciégalos de agua» que esperaron el primer cambio de luna para cobrar su forma natural, de por sí anfibia, y

desvanecerse en el aire; «además querían darle al padre Acosta, que tanto hablaba de libertad y esas cosas, una cucharada de su propio chocolate». Según Felipa, «se los comió un tlacuache». Según los Expurgadores, los anfibios axolotes se habían convertido en terrestres salamandras y abandonado el estanque, huyendo en búsqueda de un ambiente más lodoso. Los axolotes mutaban en salamandras solo si no se les sacaba de Xochimilco, y por esto Federico argumentaba que encarnaban el amor por México en su versión más extrema, y que tanto afán en limpiar el jardín, en quitarle piedras, en despojarlo de flores silvestres y yerbas cimarronas, había devenido en que las especies naturales lo abandonaban. «Y cómo no», terminaba Federico, «si este jardín parece París; si yo tuviera agallas, aquí mismo las trocaba por pulmones».

El padre Acosta y María habían elegido esta vez una especie que el vendedor ponderó «por la calidad de la carne de los pescados, succulenta y algo rosada», y por la facilidad de su cultivo, se reproducirían «como indios», aunque vinieran del Mediterráneo. «¿Qué no son de agua dulce?», le preguntó María. Sin contestar, le dio una información que interesó al padre Acosta: «Llegan a medir hasta más de una vara».

«Le pregunté algo», insistió María (que así fuera una niña, de tanto escuchar a sus mayores se comportaba como una señorita muy precoz). El vendedor cayó en la cuenta de la pregunta de María, y «Para tu información, niña, el Mediterráneo es mar de agua dulce». María no replicó, pensó «Este es un idiota». Quería esos peces de aspecto irresistible, por lo que reblandeció con sus argumentos al padre Acosta, así fuera él insensible a estos (que no al tono de su voz), y pujó el precio con el vendedor.

Para María, lo interesante de los peces era su aspecto, sus tornasoles: «Son como colibríes del agua, hay que tenerlos en Casa Espíritu; no es verdad que no sean naturales de las lagunas del Valle, cosa de mirarlos y saber que son de aquí, ¿de dónde más?». Ya imaginaba las leyendas que se trenzarían en torno a ellos, que si guerreros cuyos heroísmos no dieron el ancho para colibríes, alcanzando a un vuelo si menos perfecto no deleznable; que si espíritus, que si doncellas... El padre Acosta decidió comprarlos por la rapidez con que crecían y por el tamaño que, según el vendedor, alcanzarían. Si además eran de buen sabor, qué más podría desear, los salaría llegada su madurez, y a la venta.

En las seis enormes vasijas que cargaban la docena de criados (negros como las vasijas) venían un número igual de peces, divididos por tamaño y separados por género.

Seis de los criados estaban armados hasta las dientes, como era costumbre: ninguna casa de la región, si era de mediano respeto, carecía de esto, nosotros no éramos la excepción. Estábamos en el límite de San Pedro, los atracos rutinarios, las escaramuzas de los bandoleros eran cosas de todos los días. No les temía el padre Acosta, pero la honorabilidad, la respetabilidad, sabía que con esa no se debía jugar. Los otros seis criados habían sido pepenados en el mercado. Apenas llegar, depositaron las vasijas en torno al doctor en Música, quien no supo cómo reaccionar ante las vasijas de peces y la ristra de criados armados y malvestidos que más parecían ejército de Hacienda que servicio de casa como-dios-manda.

Lucita aprovechó el momentáneo estupor del visitante para revisarlo. Qué ropa, se dijo en silencio, ¿de dónde la pieza? Extendió la mano y tomó una orilla del saco, lo acercó a sus ojos mientras lo palpaba tratando de entender el hilo. Seda no era, para lana era demasiado fina, no tenía el tacto del algodón. Vio también la puntada con que habían reforzado o dado forma a la orilla, preciosa puntada hecha con otra fibra y de tono algo más claro, por elegancia. Después tocó un botón, y habría seguido revisándole cada palmo de la ropa, todo detalle, si no fuera porque el doctor Mixares, incómodo con ese revisión («¡Qué altanería de criada vieja!»), pretendiendo no advertir el fisgoneo de Lucita, jaló de un tirón su saco para acomodárselo. Lucita a su vez se hizo la que ni cuenta, pasó a ver los peces, las vasijas que venían en préstamo para transportarlos —unas linduras—, y a dar manazos hacia los negros que tampoco pertenecían a Casa Espíritu, nomás faltaba que se fueran a meter al zaguán, pues cómo. «Ustedes esperan aquí, ni un pie tras el portón, se les ve lo malviviendo y ladrones». Lo que se les veía eran las manos con callos, eran gente de trabajo, honorables.

Los criados de la casa entraban con las vasijas comandados por la precoz María, deshaciendo el corro que se había formado alrededor de Mixares. El padre Acosta quedó a su lado, y entonces este le prestó atención. Mixares soltó su nombre y grado, «de la universidad a la que Händel no aceptó un título igual», y espetó una frase: «Bendito sea el Gran Arquitecto del Universo», tras la cual Acosta lo tomó del brazo. Si lo hubieran escuchado las y los inquisidores naturales, lo habrían dado por hereje. El nombrecejo que mentaba, Händel, sonaba falto a la santa Iglesia. No haber dicho de qué universidad hablaba era todavía más sospechoso. Para colmo, la frase masónica habría bastado para que juraran y perjuraran que cuando el padre Acosta lo tomó del brazo, sonó un chasquido, se vio una chispa, se olió el azufre, manifestaciones de la risa del demonio. Xavier Mixares no podría

haber estado en mayor desacuerdo con esta habladuría, era seguidor de los *illuminati*, que buscaban en todo la razón, detestaba cualquier propensión a lo oculto.

Entraron al patio, el padre Acosta guiándolo del brazo, llevándolo hacia el fondo. Al pasar al lado del estanque, Mixares dijo algo más, en voz muy baja, no se alcanzó a distinguir qué porque todos hablaban a un tiempo, María daba órdenes a los criados respondones, Felipa y Lucita opinaban, Toña reía, Lupe hacía preguntas —todas, pensó Mixares, penosamente malvestidas—; dijera lo que haya dicho, el padre Acosta desvió sus pasos, trazó un zigzag para en lugar de conducirlo hacia el fondo, al estudio, como hacía con quienes quería hablar cosas secretas, desviarlo hacia la izquierda, al salón donde habían comenzado a reunirse los miembros del coro. ¿Por qué no lo conducía hacia el estudio?

En parte era por la hora, en parte era que la naturaleza del doctor Mixares lo hizo dudar. No, no parecía un enemigo, pero tampoco un *incondicional*. Tenía razón en pensar esto, porque al entrar al salón, volvió a subir la sorpresa del doctor en Música: no había sino mujeres. Le pareció que una era más hermosa que otra, y recordó la fama que tenía el «lascivo» Acosta. Algo no embonaba con esta suposición: el trato que Acosta tenía con las jóvenes no era el del amante, ni el del seductor, ni el del maestro, estaba desprovisto de adornos o coqueterías. Se hablaban como si fuesen pares, y en esto advirtió un descaro y arrojo en las féminas que no le placía, que lo irritaba.

Si esto lo alarmaba, ¿qué habría pensado el doctor de esas reuniones donde se radicalizaba hasta el extremo? En las tertulias, no solo se consideraba intolerable la liga dependiente con España, también la idea de un trono, la esclavitud, la ausencia de un pensamiento republicano. Se leía a los norteamericanos, a los franceses, a los ingleses, y se repensaba todo el pensamiento «mexicano». Y en las reuniones del estudio se iba un paso más allá, se tramaban estrategias de subversión, algunas bélicas.

El doctor Mixares admiraba la confianza y belleza de las contertulias. María entró, y casi pisándole los talones los miembros varones del coro, y tras ellos las criadas de la casa, con las charolas del chocolate y una variedad de dulces que ya quisiera el convento de las clarisas: panochitas de piñón, mostachones de almendra, tocinos de cielo, huevos moles, yemitas de coco, compotas balsámicas.

La variedad en los dulces tenía equivalente en los asistentes: había un filipino, un negro, una mulata, mestizos, criollos, indios. Xavier Mixares dudó

de la calidad del coro, a pesar de los elogios que había oído de él, le pasó por la mente que por afanes republicanos se sacrificarían los criterios auditivos.

Pero reanimado por el chocolate, mejor que el que podría esperarse en el palacio virreinal, y ya excitado por las bellas ahí presentes que lo miraban sin recato alguno a los ojos, como si fueran muchachos, el mejor doctor en Música de todas las provincias de la Nueva España soltó de un hilo esto que aquí recuerdo:

## De dos Parténopes, según el que llegó en la diligencia tardía

—Yo no sé, señores y señoras —damas y caballeros, pensó, no podía decirse donde criados y príncipes compartían las bancas—, si ustedes tienen conocimiento de un compositor llamado Händel, su nombre se pronuncia con una vocal que ha desaparecido en nuestro idioma, suma o mezcla de por lo menos dos...

—Es usual en lenguas indias —intercaló el padre Acosta—, muy frecuente.

—Eso será, y nadie mejor que usted puede afirmarlo. Pues bien, cualquier amante de la música tiene a Händel en alto, como a un Mozart o un Beethoven (los dos han hecho sus giras del brazo del príncipe Lichnowsky), y aquí les aclaro que yo creo que el astro mayor de los compositores no es Mozart sino Beethoven, que, sabrán ustedes, le tiene gran respeto, no queda claro si recíproco.

—No sabemos nada de ellos —dijo María—, ni de Händel —la *a* muy clara, sin la inclinación necesaria hacia otra vocal que había pronunciado el musicólogo—, ni de Händel —aquí sí imitando a Mixares—, ni de Beethoven, ni de Mozar —se comió la *t*.

—Otra plaga más que debemos al influjo español, al cerco que nos impone la Corona. Son músicos tenidos en muy alto. Sus obras... Debo decirles que me duele verme en la necesidad de explicar lo que para cualquier ciudadano del mundo que ame la música es pan comido. Les haré llegar partituras de sus obras en breve. A España no ha llegado sino Haydn y una sinfonía de Salieri que no se repitió por lo mala; conservan los oídos en el pasado, y escogen de este lo más aterido... Llegan *maestros* italianos que no sé cómo tienen el descaro de decirse compositores y músicos, que son deleznable... Qué más dan sus nombres: Tozzi, Pallieri... Besan la costumbre, la repetición, las fórmulas... Esto, mientras ocurre una revolución en Europa, una cuyo corazón está en la música... Del que les hablo hoy es de Händel... Prolífico compositor, intérprete, empresario, dejó la Alemania por la Inglaterra, ahí lo acogió el rey George I —pronunció Schoorsh—, y a su muerte el hijo, también la señora Pendarves, una dama de sociedad, rica e influyente. Tuvo teatro, compañía, viajó por Europa buscando cantantes para

sus temporadas, con Senesio cosechó éxitos, contrató un tenor (Annibale Fabri), cosa insólita, porque se les consideraba buenos solo para roles insignificantes, en Nápoles representaban viejas obras cómicas. También fue el primero que contrató mujeres para reemplazar a los *castrati*, esto fuera de España, donde (algo bueno tenían que tener, tampoco hay que cerrar los ojos) lo usual es que canten las mujeres. La tesitura de la voz de la mujer es muy diferente, el *castrati* no la consigue.

»Este Händel, para volver al compositor que ocupa mi atención y sobre el que quiero llamar la de ustedes, en continuo trato con otros, buscando siempre cómo renovar para agradar al público y para hacer crecer la calidad de sus óperas, compuso una llamada *La Parténope*, que es para nosotros de especial valor. La estrenó en 1730.

»Diecinueve años antes, en 1711, por encargo del virrey Alencáster, el mexicano Manuel Sumaya compuso una ópera del mismo nombre que se estrenó en palacio en la ciudad de México, la primera ópera de la Nueva España, la primera compuesta en este continente.

»El libreto que usaron Händel y Sumaya es el mismo, de un italiano, Stampiglia. La historia es simple: Parténope es la reina fundadora de Nápoles, dos hombres la cortejan, uno de ellos un traidor que ha dejado atrás a Rosmira, su amada, quien viaja vestida de varón a reclamarle el cumplimiento de las promesas.

—¿Usted usa *mexicano* y no *novohispano*? —preguntó María.

—¡Por supuesto!, ¿usted no?

—En esta casa el *novohispano* está prohibido.

—En esta casa —aclaró el padre Acosta— no está prohibido nada.

—Yo uso *novohispano* —dijo Julián, que venía entrando y había alcanzado a oír la intervención de María, diciendo esta frase a modo de saludo. Había llegado puntual a la hora del ensayo, mas con la compra de los peces y la visita de Mixares el comienzo de este se había retrasado—. «Novohispano» es el término correcto. Imagine usted si se hubiesen quedado como salvajes, sin el auxilio de España que vino a redimirlos, lo que sería de estas tierras.

—¡No otra vez! —tres, cuatro mujeres dijeron burlonas a coro.

—Siga, siga —instó el padre Acosta al doctor en Música.

—Este virrey Alencáster...

—El del Tribunal de la Acordada: prohibió la fabricación de licor de caña —aquí Federico, que amaba la fabricación del vino casi tanto como sus pinturas.

—Sí. Abrió para los ingleses ancho territorio para el contrabando y concedió a los ingleses el mercado de negros en nuestras tierras. Tratar a humanos como animales es deleznable de todo punto, inadmisibile. Considerar que la trata es legal es inmoral —dijo Acosta, que no podía desaprovechar oportunidad para hablar en contra de la esclavitud.

—La trata no puede ser inmoral, la economía del continente completo se desmoronaría —dijo Julián.

—¿Más? ¿Se desmoronaría más? —sopetó María, buscando pleito, y para evitarlo, el padre Acosta regresó al detestado Alencáster a cuento.

—Las tierras mexicanas recibieron al virrey Alencáster de la manera más inusual: el día que llegó a la ciudad nevó, y en la noche tembló fuerte.

—Pero no podemos considerarlos signos, sino meras coincidencias — Julián.

—Eso podríamos discutirlo —María.

—No en este momento —dijo Mixares, preguntándose a sí mismo si esa niña impertinente sería más bien una enana marisabidilla—. La mención de la trata de negros nos viene bien aquí, porque con el ir y venir de las naves y los atracos de que son objetos los navegantes, viajó la música de Sumaya. ¿Dónde fue a dar su partitura? Como muchas otras composiciones novohispanas, a las manos de los mejores músicos de Europa, en este caso a Händel, que, como les decía, se había convertido en inglés. En casa de su amiga, la señora Pendarves, conoció a este pirata, allá les llaman navegantes u hombres de comercio, y en un ver-sin-ver Händel vio y oyó, y tomó pródigamente, muy pródigamente, como acostumbran los compositores a hacer unos de otros. Lo que le llamaba la atención a Händel no eran las particularidades de Sumaya sino el genio de la música creada aquí.

Julián había perdido interés en la diatriba del viajero. Bebía su chocolate succulento, sorbiéndolo ruidosamente y pensando en no sé qué tonterías, tal vez haciendo cuentas. Intervino Acosta:

—Aquí, como en otras, los ibéricos, luego de arrebatarnos de las manos nuestras riquezas, las dejan pasar de largo, estas fluyen directo a otros, sin que nadie diga «es mío esto que dices tuyo». Se puede decir más: que España no sabe favorecerse con lo nuestro, y que con su no saber ha hecho ricos a ingleses, franceses, italianos y flamencos. Se llevaron los metales preciosos de sus colonias, pero todo fue exprimido en un vaso perforado, y aunque España sea el vaso, no sabe ni contestar ¿dónde quedó el jugo? La respuesta la tienen Inglaterra, Francia, Italia, Génova, Holanda y toda la Europa.

—Y lo que conservaron —terció Federico—, ¡cuáles cuentas de vidrio a cambio de tesoros!, quedó en puños, muselinas, rengues y crespones, trapos y quinquillerías.

Siguió Acosta:

—El asunto va a peor: España tiene las manos baldadas. No sabe imitar los tejidos ni pinturas de Londres ni de Francia. No saben hacer cerámicas, fabricar cristal, tejer terciopelo. Lo suyo es flojedad, y más: es abandono de la industria, desprecio del comercio, la ruina... Y nosotros, atados a ellos como el buey que intenta jalar carreta sin ruedas. Y más todavía...

Mixares retomó la palabra:

—Dejemos esto de lado y voy al punto preciso que quiero tocar hoy: los españoles están convencidos de que con la zarzuela tienen, pero qué va, nada que ver con la ópera, el arte perfecto.

María veía acabarse el tazón de chocolate de Julián, y pensaba: «¿Qué le va a argumentar el burro?», pero se preocupaba en balde. Julián estaba en muy otro lugar, cavilando a saber qué.

—¿Usted no apoya entonces —preguntó Federico a Mixares— ese canto del vulgo en famosa zarzuela?: «No lo será; / sino solo una pequeña representación; / demás de que no dudo que tenga, / en la duda de que yerre, / la disculpa de que inventa».

—¿Y cómo voy a apoyarlo? Ya no hablemos de la música, escuchen la malhechura de esos versos: «En la duda de que yerre, / la disculpa de que inventa». No, no estoy de acuerdo. Tampoco con un colega mío, o, aclaro de mejor manera, un hombre de mi misma profesión, Antonio Eximeno: «Los extranjeros echan de menos en el teatro español el melodrama, ya trágico, ya cómico; pero los españoles tienen demasiado juicio para haber adoptado un género repugnante a la razón, al buen gusto y a la naturaleza de las lenguas modernas. Gustan, sí, y con pasión, de la música en el teatro; pero no sacrifican el juicio a esta pasión; tienen piezas pequeñas de música, que sirven de intermedios; presentan dramas musicalizados, que llaman zarzuelas, en las cuales se declaman las escenas y se...». Etcétera. Burradas.

»Y nada de esto me importaría si no fuera porque nosotros, no solo con el chocolate, con el jitomate, con el chile, con la plata, con el oro, nosotros llenamos las arcas (monetarias y artísticas) del Viejo Mundo, y después nos sentamos a rascarnos la cabeza, como si fuésemos seres irracionales. Mal está el español, pero peor el mexicano. Esto no puede continuar como va: arriba de nosotros, a nuestras expensas, los europeos haciéndose ricos, unos con mayor astucia y fortuna, otros con ínfima, las proporciones no nos deben importar un

bledo. El caso aquí es que nos quedemos satisfechos con rascarnos la cabeza. Es nuestro deber combatir la indolencia: deben ustedes cantar *La Parténope* de Manuel Sumaya, antes de que se pierda de nuestra memoria, para que las futuras generaciones puedan reconocer que nosotros, los mexicanos, hemos aportado a Europa algo más valioso que la plata, el chocolate y el jitomate: nuestra música. Lo que llaman *música barroca* es nuestra creación. Nosotros nos enriquecimos con lo que traían aquí los africanos y con lo que nos heredaron los buenos indios.

»Para el que no quedó claro: los mejores músicos de Europa continental se están bebiendo nuestra creación a manos llenas. Nosotros estamos aportando a su revolución musical los mayores aciertos. Reclamemos nuestro lugar.

Fácil imaginar lo que esta provocación desató, y porque sé que podrán hacerlo, me la ahorro. Julián salió de su pasmo. Todos tenían para esto una opinión, y hablaban tropezándose los unos con los otros. Esperanza los llamó al orden:

—Vamos a ensayar ya. El doctor Mixares tendrá que irse pronto. La diligencia está por salir hacia la ciudad.

En el camino de regreso, Mixares iba paladeándose la hermosa interpretación que esas voces (muy variadas y bien educadas) habían hecho de la tonadilla popular:

Si tuviéramos un ajo,  
manteca y tantita sal,  
hiciéramos unas migas,  
pero no tenemos pan.

## Triángulos y rompimientos

La niña, María, se convertía en mujer. Era la única persona aceptada en la pareja indisoluble que formaban Federico y Acosta, tornados por ella en tercia, una mundana trinidad que imitaba, si no la forma divina, en la que Acosta tenía últimamente tan poco interés, sí la del trazo de nuestro pueblo, San Pedro. Las tres caras de su tríada pasaban por un buen momento: el artista en sus medios (pintor y orfebre excelente), el sacerdote en los suyos (emprendedor, retórico brillante, organizador, divulgador de ideas, e incluso como hombre de empresas); y la que comenzaba a ser mujer sin que la obligaran a inclinar las rodillas frente al metate o la pila de agua. Ojalá estuviera en la misma situación nuestro pobre San Pedro: la hacienda pulquera se iba a pique, el convento de los carmelitas tenía un revuelo interno por un motivo que no cabe aquí, y en el mercado los bienes a menudo no llegaban o no se vendían, que antes hubiera sido impensable.

(La historia que no va aquí del convento de los carmelitas era sobre unos raptos místicos que fray Miguelito decía sufrir. Sufrir es la palabra, pues en breve le brotaron en las palmas de las manos las llagas de Cristo. Aun a pesar del encierro total, como correspondía a la orden, no pudieron contener la nueva de los estigmas y las iluminaciones, y el milagro pareció ser visto por todos, porque romerías de necesitados se apiñaron a la puerta del convento, requiriendo abasto —agua y comida— en lo que esperaban les cumpliera fray Miguelito un milagro. La orden no tenía con qué suplir las necesidades de las hordas de necesitados. Leprosos y otros enfermos indeseables corrían a buscar curación. Los carmelitas insistían en pregonar que fray Miguelito no era un santo, ahora sí con la intención de que lo supiera el mundo, decían que con las heridas que le había mandado el Altísimo pagaba pecados cometidos. De los raptos no decían nada. La gente se hacía lenguas de los estigmas de Cristo en san Miguelito, se decía que ya le sangraba la frente y le supuraba la espalda, por los azotes. Y se hablaba de sus milagros. Pero de estos solo bla y bla, que nadie podía dar constancia de ni uno.

San Pedro veía a la legión de miserables y enfermos con repugnancia y miedo. Las oraciones a las llagas de Cristo cundían también en San Pedro, para pedirle al Altísimo prevención contra los enfermos que lo acosaban. Ningún sampedrense creía en los milagros en que tanta fe tenían los

forasteros. Acosta insistía en que lo único real era la miseria que acorralaba a la gente al éxodo, reuniéndolos bajo las faldas de los carmelitas por su desamparo).

Así las cosas, pero hasta en San Pedro se tenía en alto al virrey Iturrigaray. Se había echado el pueblo a la bolsa. Era lo que hoy se llama populista corrupto. Llegó de la Península cargando ropas y piezas completas de tela, que introdujo con la intención de mercarlas sin pagar impuestos, como si fueran parte de su ajuar personal, amasando así capital semilla que usó para alimentar su nombre; vendió los empleos públicos; creó monopolios; acaparó los estancos; usó el erario a discreción, sirviéndose con la cuchara grande y olvidándose del beneficio público; era eficaz; tenía buena sangre, buen instinto; supo dar golpes oportunos para ganar simpatías, como por ejemplo: cuando la ciudad se inundó, el virrey tomó la pala con sus propias manos, ayudó a los trabajadores hombro a hombro a limpiar de lodo la plaza pública; su mujer —la hermosa virreina doña Inés de Jáuregui—, le hacía de contrapunto; a su lado, le limpiaba el sudor de la frente, y traía de comer al mandatario y a sus compañeros de pala y lodo.

Iturrigaray no aceptaba críticas, y manejaba tan bien los hilos que no necesitaba reprimir porque sabía infamar, quienquiera se atreviera a alzar contra él la voz quedaría marcado como un miserable, enemigo del pueblo y amante de lo siniestro. Federico y Acosta se cuidaban muy bien de no tocarlo, tampoco sumaban elogios a los que circulaban, ya que no eran pocos, ni añadían a su lista de corruptelas las que la gente repetía con un sonsonete que rayaba en el elogio.

Su estrategia era no hablar de él. Lo tenían bien medido. Marquina, el anterior virrey, se ganó el desprecio del pueblo porque pobre había llegado y pobre había regresado a la Península; por esto, más que por sus otras debilidades (que las tenía), lo calificaban de tonto. Iturrigaray era el lado opuesto de la moneda, hasta un cierto punto. Las ineficacias de la administración virreinal seguían ahí, los vicios, el techo puesto a los naturales, incluidos los criollos que no podían alcanzar altos cargos. Cuando opinaban enfrente de alguien más, Federico y el padre Acosta despotricaban en contra del orden colonial, pero no tocaban a la persona del virrey, a sabiendas de lo costoso que podría salirles, los pensarían ratitas envidiosas como los que detestaban a Iturrigaray porque les había arrebatado prebendas y fuentes de dinero. Iturrigaray había sido muy hábil, detectó apenas llegar de dónde servirse con la cuchara (sucía), y con ayuda de su mujer encontró un lugar privilegiado en los salones, el arropo de los jerarcas de la Iglesia y el

respeto de los gacetilleros. Se atrincheró para robar de lo lindo y ganar aceptación y respeto.

Puestas así las fichas, Federico y el padre Acosta se sabían con las manos atadas, y se las soltaban solo con prudencia. Hablaban sin ambages de los problemas financieros de la Colonia, de la desafortunada guerra con Inglaterra debida a la desafortunadísima mancuerna con Napoleón; hablaban de la Revolución francesa, la traicionada y la hipotética; hablaban, también, de sus vecinos del norte, de sus premisas y su ideario, y los leían, así Acosta no dominara el inglés había conseguido un ejemplar de Thomas Paine al español —no su *Common Sense*, por el que sentía gran curiosidad, sino *Decadencia y ruina del sistema de Hacienda de la Inglaterra*, que consideraba una biblia—. De todo esto hablaban con libertad, pero no de Iturrigaray. Hasta que llegó la Real Cédula de Consolidación con la que sobrevino la debacle financiera general, que le cambió el juego a Iturrigaray, y por la que pudieron desatar la lengua.

El territorio que en la tertulia de Acosta y otros muchos círculos respondía al nombre de México era la Colonia que dejaba más ingresos a la Península. En un año normal aportábamos a su maltrecha economía diez millones de pesos oro (en alcabalas, tabaco, pólvora, naipes, bebidas, novenos, vacantes y tributos), sin contar los auxilios que enviábamos con regular fidelidad, y los más voluntarios, para financiar operaciones en el Caribe, la Florida y Louisiana. Dos terceras partes de lo que recibía la Corona de todas sus colonias provenían de aquí. No le alcanzaba para nada, sus bolsillos tenían agujeros, en balde cargaban a sus territorios con impuestos y pedían de continuo donativos voluntarios para salir de aprieto. Pasaban por momentos difíciles: los piratas ingleses atajaban los envíos provenientes de las colonias, tenían al mar en un puño. Estaban con las manos vacías cuando Napoleón orilló a España a declarar la guerra a los ingleses: sus bolsillos se desfundaron del todo. Carlos IV se había comprometido a colaborar en las guerras napoleónicas con apoyo financiero, e incluso prestar su Armada para enfrentar a la flota inglesa; Napoleón presionó para que esto se cumpliera, convencido de que con su alianza podría invadir Inglaterra —y tenía pensado apoderarse de la plata de las colonias españolas, sin invertir un céntimo o ningún esfuerzo político para tenerlas.

Buscando un remedio a su mal financiero —y sin pensar las consecuencias dos veces—, la Corona expidió la Real Cédula de Consolidación. El 26 de diciembre de 1804, catorce días después de declarar

la guerra a Inglaterra, la orden real llegó a Veracruz. Principiaba 1805: «La paz se ha conservado a fuerza de millones que se estrechan por la paga de los que se deben, y que son necesarios otros muchos para cubrir los que faltan, y acudir a las innumerables cargas de la Corona, y de la defensa del reino», comenzaba, y apenas soltar esta justificación iba directo al punto. La Iglesia, la entidad más rica en las colonias, debía convertir en líquido, y con prontedad, todos los préstamos otorgados. Dueña de bienes raíces, receptora de continuos donativos y de capellanías, durante más de dos siglos había puesto a andar su capital en el rendidor ejercicio de la usura. La Iglesia era el banco del pueblo y de los ricos. Los préstamos eran el oxígeno de la economía. La agricultura llevaba tiempo en crisis: las heladas, la sequía, las lluvias en demasía habían provocado que labradores y criadores tuvieran gravadas sus tierras, nueve décimas de las propiedades campesinas estaban hipotecadas a la Iglesia, y una tercera parte de las de los mineros y mercaderes. Las obras pías de «cualquier clase y condición que fueran» debían ser depositadas en la Real Caja de Amortización.

Por la orden real, todas las deudas debían ser pagadas de inmediato a la Iglesia, las hipotecas saldadas con la misma premura, y si los deudores no lo hacían, sus bienes raíces debían ser embargados y puestos sin demora a la venta, a remate las propiedades de los que no pudieran pagar sus deudas, y el usufructo entregado a la Corona.

¿Quién iba a tener en la mano con qué desembolsar de golpe cantidades que era imposible reunir ni con amplio margen de tiempo? Nadie, ni los más grandes nombres de las colonias. ¡Solo la misma Iglesia, que era quien las pedía! Con la salvedad de que esta también perdía su contante y sonante, porque toda moneda debía ser entregada a la Corona.

Del otro lado del océano, la escuadra binacional formada por las flotas francesa y española al mando del francés Villeneuve esperaba en Cádiz el momento propicio para atacar al vicealmirante Nelson y su Armada inglesa.

De nuestro lado del Atlántico, la orden real que contenía la Real Cédula de Consolidación abrió otro frente de batalla, más complejo, inmanejable y riesgoso. A pesar de las objeciones y argumentaciones y litigaciones, que no fueron tímidas, las autoridades virreinales procedieron a ejecutar la orden real. Todo capital se enajenaba y todo bien raíz hipotecado (excepto los que fueran propiedad de la Iglesia o las comunidades religiosas) quedaba confiscado: tierras de cultivo, granjas, talleres de artesanos, haciendas, palacios, casuchas, ermitas, santuarios, hospitales, casas de misericordia, orfanatos... Las familias afectadas eran cerca de treinta mil, por no hablar de

las obras y empresas colectivas. Ni quién pudiera pagar. El remate de propiedades empezó, sin compradores. Un par de vivales, involucrados en la misma «recuperación» que ejecutaba la orden real, se frotaban las manos, esperando a que las propiedades cayeran a precios nimios, convencidos de que este era el momento de su vida para hacer grandiosos negocios. Ah, chacales, comedores del hambre ajena...

En aquel lado del océano, la escuadra franco-española esperaba impaciente en un Cádiz desabastecido por la epidemia de fiebre amarilla, que había diezmando a la población y al ganado de Andalucía. Los ingleses en sus costas frías, entrenaban y planeaban con serenidad el encuentro, tenían comida y agua de sobra. Por la misma epidemia, las filas españolas eran variopintas. La leva había pizcado por parejo mendigos, campesinos, artesanos o truhanes con un ojo o con dos, carentes de una pierna o de toda salud, lo que se encontrara al paso. Cuatro meses después de la leva forzada no habían recibido un céntimo aún de su pago, y entrenamientos o planes ni siquiera se mencionaban.

Nelson hacía reuniones informales en las que iba dando indicaciones, y cenas donde conversaba con un grupo y otro de capitanes, creando un clima de confianza y la sensación de cohesión para lograr armonía y futura unidad de acción.

Franceses y españoles no llegaban a ningún acuerdo. Ni españoles con españoles, pues la leva no probaba ser muy domesticable, y las más de sus energías se iban en poner en orden a la marina y reparar las naves maltrechas. No hablemos de los franceses, es otra historia, pero en resumidas no demasiado optimista, el napoleonismo y sus campañas habían para entonces acabado con el ejército entrenado, con su moral y entusiasmo. Las antesalas del emperador habían mermado el orden de su actual ejército.

Nelson dio la orden de atacar cualquier buque que llevara vituallas a Cádiz. Fue cercando a la fuerza binacional con hambre. Designó dos naves para vigilar cualquier movimiento en Cádiz, a tiro de piedra.

Los ánimos de la flota binacional estaban por los suelos por lo ya dicho de que no habían recibido pago alguno desde hacía cuatro meses —y no había esperanzas de que, si acaso salía un salario a tiempo, se les restituyeran los pasados en un futuro próximo—. Antonio de Escaño escribió: «Esta escuadra hará vestir de luto a la Nación en caso de un combate, labrando la afrenta del que tenga la desventura de mandarla». Mazarredo no estaba más optimista: «Llenamos los buques de una porción de ancianos, de achacosos, de enfermos e inútiles para la mar».

De nuestro lado del océano, el virrey Iturrigaray se apresuró a hacer cumplir la ordenanza, a la cabeza de la Junta Subalterna de Consolidación que controlaría todas las operaciones. El obispo de México se sumó gustoso. El poderoso Consulado de México ofreció colaboración al rey. Las deudas debían ser recogidas, el líquido o las propiedades embargadas y puestas de inmediato a la venta.

Contra todo sentido común, no se hacía un frente común para resistir la Real Cédula de Consolidación. En un principio, algunos se amparaban despreocupados bajo el amparo del conque «en los dominios de Su Majestad, se acata, pero no se cumple», pero no requirieron demasiados golpes para que se rindieran ante los hechos. Quienquiera tuviera propiedades, las tenía hipotecadas, por ende las perdía. Para los que no poseían nada también había repercusiones: se quedaban sin tierras de trabajo, perdían sus fuentes de empleo, no podían seguir viviendo donde estaban porque todo lugar cambiaba de manos. Era una catástrofe para pobres, medianos y ricos.

La representación del Real Tribunal de Minería alegó que el capital de las obras pías debía considerarse como «el asilo universal, el pronto socorro, el espíritu que mueve a la agricultura, a la minería, al comercio y a la industria». Los hacendados y agricultores, fueran poderosos o rastacueros, también apretaron filas con objeciones, y muchos emprendieron con vigor litigios. Pero pronto se dieron cuenta que se estaba llevando a cabo un asalto a mansalva, eso sí, protegido por la orden real. Pero, insisto, no se hizo un frente común, y los dispersos esfuerzos no contrarrestaban la voracidad del obispo, la Junta, el Consulado, quienes se apresuraban a ejecutar la voz del rey, llenándose los bolsillos a manos llenas.

En aquel lado del océano, los españoles también enviaron naves espía para observar la flota inglesa. Advertida su superioridad numérica —entre franceses y españoles sumaban 41 naves, los ingleses tenían 33—, atezados por la impaciencia y desazón del estado de la tropa y el desabasto, decidieron atacar sin plan concertado. Informaron a Villeneuve de la decisión. Sería omisión imperdonable no agregar que también existe la versión contraria: que reunidos en el *Bucentauro*, los oficiales españoles Gravina, Antonio de Escaño y Churruca intentaron convencer a Villeneuve de abandonar esta decisión, como mucho se ha escrito.

Por su parte, Nelson ya había entregado indicaciones precisas y por escrito a cada uno de los capitanes de su Armada.

Dos días después de que la flota binacional dejara Cádiz, ocurrió el encuentro. El plan de Nelson consistía en atacar con una formación inédita, «el golpe de Nelson»: atacaría a la escuadra franco-española simultáneo en dos puntos distintos, a primera vista ilógicos, algo hacia la retaguardia, algo hacia la vanguardia, divididas en dos las de por sí descoyuntadas fuerzas de los binacionales, clavadas un par de cuchillas en puntos inesperados. Sin tocar a la capitana, Nelson convierte el frente de batalla en dos círculos, destroza la posibilidad frontal de ataque.

El ambiente en ultramar está cargado de turbulencias que poco tienen que pedir a las batallas navales. En boca de todos anda la palabra «ruina», causada por la orden real. Por las lluvias irregulares, la agricultura pasaba por pésima racha desde hacía un lustro; con la Real Cédula de Consolidación, los hacendados quedaron pecho a tierra, y a su lado los pequeños agricultores de a tiro tumbados, a esperar el hambre o la muerte. El campo en pleno quedaba desfalcado.

No solo ahí. También en las ciudades cundía la debacle. De la gran industria al más rastacueros de los artesanos, todo mexicano quedó desnudado a manos de la insensatez de la Real Cédula de Consolidación, que asesinaba a la gallina de los huevos de oro, magnificada la absurdidad porque con el cerco inglés —Armada y piratas— lo obtenido no podía llegar a la Península.

México era un país al que habían aventado a su propia venta, sin que lanzaran al ruedo compradores. Qué digo turbulencias: era un huracán, un terremoto, una catástrofe. La buena fortuna, la holgura de los últimos años, quedaron deshechas de un golpe de pluma. Fue una segunda Trafalgar, pero en esta no hubo un triunfo sino solo el agandalle de pillos inescrupulosos. Mal cobrado, mal vendido, y no arribado. La riqueza conseguida con tantos esfuerzos se arrojó al mar.

Para enfrentar la cédula, se abrían expedientes, se levantaban inventarios, se pedían prórrogas, se probaba la incapacidad económica para pagar, cambiaban arrendatarios, se suplicaba piedad, sin conseguirla. La mayoría se hundía en la miseria, dejándola sin dónde vivir, ni cómo conseguir su sustento. Historias personales sobran, pero aquí no vienen a cuento.

Excepto una de ellas: la de María. Ella pasaba por su propia tormenta, por su propia derrota o triunfo, sin reaccionar al movimiento del torbellino ambiente. En su tormenta privada ella era todos los jugadores. De día, en las horas laborales, María vivía entre los humanos —Lucita, Felipa, Federico, Acosta—, pero apenas caer la tarde y regresar a casa, su universo era doña

Ana, que no ponía pie en el mundo sino en una tolvanera que nadie sino ella y María conocen.

Voy a describir esta tolvanera, con riesgo. Nada toca el piso. Nada pesa. El bocado cae sin que la fuerza de gravedad lo atraiga. Las entrañas ansían el cielo. Vomitar es su movimiento predilecto: regresar al cielo lo que es del cielo. Sin gravitación, sin centro, la rabia y el amor tierno conviven. ¿Y cómo no? María es la causa de las dos para doña Ana. Blanco y negro, flor y hueso, luz y oscuridad, y por lo mismo noche y día se empalman y celebran, sin percibir sus diferencias: en última instancia María vive en la tolvanera todo el día. Cierto que es muy bella, que su rostro tiene una placidez sonriente, los celosos cuidados de Casa Espíritu (como decimos en estas tierras, «para servirles») le dan la apariencia de dulzura y civilidad que además parecían connaturales a su celestial aspecto. Pero adentro de María una flama fría consume cuanto tocaba. Su papá se asombra de su sagaz inteligencia, Federico de su capacidad de percibir defectos y sinsabores en otros, Felipa y doña Luz, que la adoran, conocen sus berrinches, y complacen todos sus caprichos por que no se emberrinchara, todo era un ten y un sí para la niña. Sin embargo, el sí y el ten eran relativos, porque en la otra mitad de su mundo, el que comparte con doña Ana, todo es quitar y negar, y no a María sola, sino a ellas, las dos, que habitan ahí cercadas por los otros. Lo único real en el cuarto de doña Ana es la Negación.

Su historia pareció caminar hacia otra dirección porque un pariente del virrey, Javier Cortina Iturrigaray, vista la turbulencia que reina en la capital, llega a estudiar con «el reverendo y humanista» Acosta.

El vicealmirante Nelson es herido a medio combate. Sus hombres alegan que fue culpa de sus condecoraciones, las traía todas cosidas al saco, convirtiéndolo en un blanco visible.

«Yo, que no conseguí jamás mi escaño en el Parlamento y que haré mi último viaje marino sentado en una barrica de coñac, bañado en vino perfumado en mirra y alcanfor, yo, Horatio Nelson, que no pude aprender jamás francés, casado con una viuda a quien no quiero, enamorado de Emma —que fue criada, fue actriz, fue modelo y bailarina, y es la dueña de mi vida, a quien debo mi única hija, Horatia, y la amistad sincera de quien fuera su marido, William Hamilton, con quien compartimos casa y muchos días inolvidables—, yo, Nelson, que perdí un brazo hace años en mi vida de soldado, yo, que apagué con violencia la revuelta de los nobles en Nápoles, gané la victoria más preciada de mi vida, quedándome sin esta».

La estrategia de Nelson fue un certero gancho al hígado que tiró a los contendientes en la lona en dos patadas. Le ayudó el viento, las corrientes marinas, el clima, el estado de las marinas respectivas (nadie rezó para su causa el rosario, esta no es Lepanto, aunque habrá quien diga que aquí se confirma que Dios no es papista).

La derrota fue catastrófica para los vencidos —7000 hombres y 21 naves cayeron cautivos de los ingleses, una embarcación naufragó, 2218 franceses y 1025 españoles fallecieron, cerca de 2500 hombres resultaron heridos—. Las repercusiones de esta fueron todavía mayores. La batalla de Trafalgar no fue un encuentro bélico más. La victoria inglesa dio la puntilla a la economía española, también a la tambaleante Casa de los Borbones. Vinieron las abdicaciones de Bayona, la del rey Carlos IV a favor de su hijo idiota, Fernando VII, la del hijo a favor del padre, la de los dos a nombre del extranjero, y no olvidar cuando Godoy firmó el Tratado de Fontainebleau y estalló el Motín de Aranjuez. Gracias a estas lindas torpezas, Napoleón se embolsó la Corona de España, nombrando a su hermano José Bonaparte, entonces rey de Nápoles, monarca de España y sus colonias. Lo apodaron pronto Pepe Botella, aunque no tuviera un pelo de borracho, o Pepe Plazuelas, en Madrid, por su manía de llenarles la ciudad de plazas y reformas urbanas.

Del otro lado del océano, el padre Acosta conjeturaba su explicación para el apodo Botella, la oreaba solo con Federico, no se atrevía a exponerla más allá del estudio de la casa (y en todo caso es otra historia). No veían del todo mal esto de los franceses, la Revolución francesa estaba muy presente, aún adoraban a Napoleón, como si no estuviera subido en un trono, enmonarcado tirano. En cuanto a José Botella, era de la logia, era un hombre de letras, como ellos.

Pero no pasaban por alto que esta era la oportunidad de oro para México, veían venir la derrota del brazo fosilizado que sostenía al poder peninsular. Acosta y Federico, como muchos otros cabecillas a lo largo y ancho del país, se prestaron a cuantas alianzas fueran posibles. Había que ganar a todos para la causa, esto es, añadir a sus filas a quienes deseaban apoyar el trono legítimo, con comillas, en contra del usurpador francés, con comillas también. No que creyeran en esto un ápice, ni Acosta ni Federico ni la mayoría de sus cómplices: debían jugar para sumar, se consideraban ya en pie de lucha; los insurgentes.

Lucita repetía lo que había oído: que el virrey se había mandado hacer una corona con el mejor platero, que ya se veía a sí mismo como monarca, rey del

pueblo mexicano. Juraba que era cierto: se lo habían contado a la salida de misa, se lo había chismeeado el afilador, y el sábado era la comidilla generalizada en el mercado. Apoyados en la maledicencia, que con corona o sin esta crecía por todos lados, los insurgentes se subieron a los que habían acumulado tanto justo enojo para avanzar casillas.

Iturrigaray jugaba a «todo para mí, nada para ti», y lo aplicaba también a sus más cercanos. Pronto tuvieron en su bando hasta al cuñado del virrey.

El hábil Iturrigaray perpetra uno tras otro despropósito, se gana más enemigos que cuando despluma parejo. Bien que rechazara la Junta de Gobierno que se había puesto a los pies de los franceses, pero mal que no aceptara a la de Sevilla que proponía lealtad a los Borbones. Convoca a una Junta de Novohispanos, pero se opone a las mociones de Primo de Verdad y otros que compartían con él claras ideas independentistas. Queda mal con realistas e independentistas, con los que deseaban zafar a la Nueva España del yugo y con los simpatizantes de los franceses. (Y por si fueran pocas sus torpezas, perdía a su protector, Manuel Godoy, por aquello del Motín de Aranjuez).

No me voy a detener en pormenores: después de varias metidas de pata virreinales bastante notorias, una medianoche, en silencioso ataque, una turba, que aunque multitudinaria actuó sigilosa (se entiende solo porque venía alentada por el obispo, que como ya vimos había pasado del púlpito y el reclinatorio al despojo, y del hurto a la sublevación, sin crear revuelo alrededor de su tiara), entró al palacio virreinal, irrumpió primero en la habitación de sus hijos pequeños, después en el dormitorio del virrey, tomando por la fuerza presa a la virreina, humillándola de manera soez, y después a él. Costó trabajo despertarlo, creía que los gritos propinados a la esposa provenían de un mal sueño: el virrey soñaba que era niño, que viajaba en barco, que los atacaban los piratas, que estos procedían al abordaje, que la mitad de los ingleses herejes eran (hermosísimas) mujeres (de vestidos muy descarados), que eran de ellas las voces que atrás de la cortina del sueño le gritaban asperezas, seduciéndolo e increpándolo a un tiempo, sin que supiera bien a bien qué sentir ante sus provocaciones, ni cómo reaccionar. De entre sus espaldas y dulces pechos semidesnudos salían sus voces roncas, gritadas en tonos penetrantes, no podía responder y no encontraba cómo hacerse de una decisión y no sabía qué cara poner, siquiera.

Se llevaron a la familia del virrey antes de que Iturrigaray pudiera darse cuenta de lo que pasaba, de modo que dicen que ya estaban presos en la Merced cuando su excelencia preguntó: «¿Es que nos han tomado presos?».

Los Iturrigaray emprendieron un peregrinaje de prisión en prisión, los hombres separados de las mujeres, y los niños de los adultos. No fue sino hasta 1808 cuando confinados los reúnen en Veracruz. Un año después, los envían en barco hacia la Península.

Aquí debo detenerme, porque fue al término de este trajín cuando llegó a vivir con nosotros Javier, pariente de Iturrigaray, hijo de un primo en segundo grado que, luego de haber sido su colaborador entusiasta (y su favorecido), echó mano de cuanto pudo para deponerlo. La caída del virrey lo golpeó, estaba desprestigiado entre los defensores de los diferentes bandos que apoyaran al virrey o al poder virreinal, la traición entre familia no se perdona fácil, y los enemigos del virreinato y de Iturrigaray también lo veían con desconfianza, si a fin de cuentas no era sino un familiar del depuesto. Por este ambiente enrarecido y hostil, el papá decidió enviar a su primogénito a pasar una temporada bajo la tutela del ilustre sacerdote Acosta. ¿Había mejor maestro? Con él aprendería de los clásicos, de las novísimas corrientes de pensamiento y, con suerte, de paso se contagiaría de su buena mano en los negocios, cosa que le haría falta, dado el golpe financiero que la Corona había propinado por parejo a todos aquellos que hubieran tenido escrúpulos y no se hubieran avorazado sobre parte del botín, o que, sin tener escrúpulos, no habían tenido primo generoso para intentar hacerlo.

En su primer encuentro, Javier dejó en María la peor impresión. Ella lo vio de espaldas, su ropa y el modo en que la portaba eran para ella detestables, «gachupín enriquecido a nuestra costa». Su pretensión le pareció insufrible, notó la grosería del que exhibe sus riquezas con irritante desparpajo. No sintió ninguna curiosidad de acercársele, ya había oído quién era el nuevo estudiante, pero no se lo había figurado tan señoritengo. No deseó ningún trato con él. Siguió camino al estudio, donde trabajaba de asistente de Federico, y no porque tuviera alguna intención de aprender a pintar.

Lo primero que vio Javier de María al entrar al estudio fue el cabello. María estaba en cuclillas, a Federico se le había caído una piececita del relicario republicano que estaba armando, y ella se empecinaba en encontrarla, casi pegaba la cara al piso. «Mechas de india», pensó para sí Javier, «pelos de placera». Tenía apetito por lo grato y lo bello, si topaba con algo desagradable lo nombraba tal, y le retiraba la mirada. Después del cabello, Javier le conoció la voz. María habló, triunfal anunció «¡La tengo!». Una frase tan breve y sencilla provocó en Javier un terremoto: «¡La tengo!», aunque no supo bien a bien si había sido la voz a solas porque María no había terminado de decir «tengo» y Javier ya miraba su cara, y vio los ojos y esa

expresión de ángel pícaro. Un ángel rebelde, juguetón. Un ángel de cuidado. ¿Quién era?

—¿Necesita ayuda? —se ofreció a ayudarle.

Ya no hacía falta, pero él se agachó con ella, y cuando María lo vio frente a frente, a corta distancia, sus sendas caras cerca del piso, como dos cachorritos, lo encontró hermoso, dulce. Y también la voz, la voz la embelesó.

De ese momento en adelante todo fue mirarse el uno al otro, encontrar motivos de alegrías, y de cierto tipo de zozobra.

(Sobre el «relicario republicano» debo agregar: intramuros celebraban bautizos profanos, y la gurbia de Federico se aplicaba en cálices y relicarios que guardarían objetos patrios significativos que Acosta conseguía de mercaderes continentales, los huesos de Cuauhtémoc, el peine de fray Bernardino, las sandalias de Quetzalcóatl, espinas del nopal primero donde el águila se posó a devorar una serpiente, plumas del traje de Moctezuma, papeles de amate manuscritos por Nezahualcóyotl, la proclama independentista de Martín Cortés, etcétera etcétera).

Fue tal la atracción de Javier por María que no se dio cuenta de que no sabía qué pensar o sentir hacia ella: se comportaba de un modo para él inédito. Demasiado arrojo para una mujer. No le quedaba claro si era dama o de servir. Dama parecía adentro de Casa Espíritu, pero afuera no podía decirlo con certeza. Además, practicaba cosas que no todas las mujeres. Eso de manejar armas blancas con tanta justeza, con él un lance y lo derrotó sin hacer esfuerzo. Eso de montar a caballo como varón. Eso de practicar el tiro. Eso del latín, y las ideas, tantas y tan radicales. Su papá se habría escandalizado —y él también se escandalizaba, pero acicateado cada día la veía más hermosa, la creía más inteligente, el escándalo en él se convertía en un brillo lunar irresistible—. Javier la comenzó a seguir como un perro domesticado que de pronto sentía ansias de morder.

En la capital, Pedro de Garibay fue nombrado virrey. En el coro incluyeron en su repertorio esta copla:

Quien prendió a Iturrigaray  
sin ruido ni armas ni fuego  
sabr  hacerlo desde luego  
con el viejo Garibay...

Quien prendió a Iturrigaray  
lo cogió inerme y en cueros

mas seiscientos granaderos  
custodian a Garibay.

No todo se les iba en cantar. Al empezar 1810, les era muy claro que el levantamiento era inevitable, y a ojos de Acosta y de Federico era mejor que fuera temprano, antes de que se desatara la represión, porque el poder virreinal espurio iba a ser implacable desde el momento en que sintiera que le llegaba el agua a los camotes.

El estudio de pintor y orfebre se tornó en fábrica de armamento. En una tertulia asentó: «No pintaré más hasta ver a México libre del yugo español». Cuando en la calle alguien le preguntó qué estaba pintando, contestó: «La Libertad». Un cañón consumió su vigor creativo. Con María llenó montañas de cartuchos mientras Javier peleaba con Acosta latinajos (educación tardía es fastidiosa cuesta arriba).

Acosta hacía transacciones rápidas y (considerando las circunstancias) fructíferas, para tener recursos con los cuales ir formando un arsenal; buscó distintos vendedores, compró aquí y allá para no levantar sospecha. El levantamiento de armas estaba planeado para la primera semana de diciembre.

Cayó el virrey (interino) Garibay. No aguantó ni doce meses. Recibe el cargo el arzobispo Francisco de Lizana y Beaumont. El coro ensaya una copla que se llama, en honor a su gobierno, «El Pontificado»; la interpretan para una visita de José María Izazaga, no la vuelven a repetir porque el 8 de mayo cae el virrey; no duró tampoco el año. «A este paso», dijo Federico, «el coro se va a consagrar a las coplas de los virreyes». Quiso suspender los ensayos, pero Acosta estuvo en total desacuerdo.

Si mal no recuerdo, era el 4 de septiembre. Está por comenzar el ensayo del coro. A cierta distancia se escuchan instrumentos musicales, llevan una hora ensayando al pie de la cruz en Callejón del Fuego, los niños se reúnen ahí a jugar y a oírlos repetir mil veces un acorde. Porque han sido mil veces.

Lucita entra al salón y pasa lista con la mirada. Acosta y Federico siguen en el estudio. No están tampoco María y Javier, Lucita lo sabía a ciencia cierta, hasta hacía unos minutos había estado con la oreja pegada a la puerta (en realidad no decían literal estas palabras, pero así han quedado fijadas por la gente, y me apego a repetir las, a falta de las que mi memoria no me entrega confiables):

—Yo, padre Acosta, antes de decidirme titubeo; pero una vez decidido no retrocedo de mi resolución —la voz de López.

—Os ayudaremos impertérritos en la gloriosa empresa, y moriremos si necesario fuere, pues morir por la patria es inmortalizarse —Pérez.

Ruido de pasos, ¿qué hacen? El oído no le alcanza para entender que los ahí presentes, Acosta, Federico y los tres señores, forman un círculo, extienden las manos y las unen al centro, tomándose unos a otros de las manos. Más pasos. Los hombres deshacen el círculo. Federico se encamina hacia la mesa de trabajo, cubierta con una gruesa manta.

—Hoy no podremos brindar. Vendimos la producción del año 9, necesitábamos fondos para la causa... —Federico.

—¿Y el aguardiente nuevo que nos anunció? —Pérez.

—Envenenó ya a seis conejos —el padre Acosta.

—¿Conejos? —Pérez.

—Siempre damos a probar a los del corral el alcohol que fabricamos en casa. Para estar seguros —Federico—. Acosta prueba de continuo nuevas fórmulas, nunca podemos saber de seguro... Las barricas siguen en la bodega, son veneno puro.

—Lo damos a probar una vez más a los conejos. El proceso puede revertir el veneno en... —Acosta.

—Ni lo creo yo, ni lo crees tú, Acosta —Federico—. La verdad es que no tienes corazón para tirarlo.

Después de esas palabras, Lucita escucha más pasos.

Federico levanta de la mesa la manta, deja descubiertos los cartuchos rellenos por María con la pólvora conseguida a buen precio en el contrabando —decían que venía de Nueva Orleans.

—Esto hemos hecho en días pasados, estos llenó María, y aquí... —Federico.

Para doña Luz, solo ruido de pasos. Está intrigadísima. Hace semanas que no la dejan entrar al estudio. Ni a ella ni a Felipa. Nadie sino María y ellos dos, y los invitados misteriosos. Toca la puerta con vigor.

—¡Padre!, ¡padrecito! Ya están todos los del coro. ¿Les digo que los esperen?

Del otro lado de la puerta, Federico levanta otra manta gruesa, descubre el cañón.

—Este lo he fundido yo. Todo es mi invención.

Más pasos. Federico cubre de nuevo cartuchos y cañón.

Acosta se acerca a la puerta. Dice sin abrirla: «Ya vamos, Lucita». A los ahí reunidos, de un hilo (Lucita escucha solo las primeras palabras y empieza a

caminar hacia la sala) (de nuevo repito como dicen otros que fue, incluso andan impresas en libro estas palabras, Lizardi también las consigna así):

—Amigos míos: no esperaba otra respuesta de vuestro honor y vuestro patriotismo. La causa que vamos a defender es la más justa —añade en muy otro tono—: ¿Dejaron con el notario de la ciudad los documentos de mis propiedades puestas a nombre de María mi hija?

—Los pusimos a buen resguardo en México. Si algo pasara, María es dueña de todo —la voz de Pérez.

Lucita no hubiera podido ver que el padre Acosta pone en las manos de Pérez una carpeta con documentos.

—Se va a casar con Javier, no me cabe duda.

—¿Javier Cortina? ¿Es pariente de Iturrigaray? —Pérez.

—Es de los nuestros. Con quien sea que se case, siempre que sea uno de los nuestros.

—Yo no la veo casándose. María tiene demasiado carácter. Con todo respeto, lo único que hacer con una hija así es asegurarle un lugar en el convento —Gómez.

—¿Al convento? —Federico—. María no lo soportaría. Por lo mismo que dices, tiene demasiado carácter. Considera que es una persona con un gran sentido de la libertad.

—Es la más radical de nosotros, eso ya lo sabemos. Pero es mujer —Gómez.

—No por ser mujer está condenada al encierro. No lo creemos así aquí —Federico.

—Con quien se case María, lo iniciaremos, será de nuestra logia. De María, pierda cuidado —Pérez. Él piensa, como Gómez, que María no es para el matrimonio, pero también cree, como Federico, que no tiene cuero para resistir la vida conventual. Pero en verdad, ¿qué más podría esperarse de la hija de Acosta? Había heredado su carácter y disposición. El lío es que nació mujer. Pero en el nuevo México que pensaban eso dejaría de ser un baldón en la vida de una persona. Para todos habría igualdad de trato y condición, y educación.

La reunión termina y salen al patio. Ven pasar hacia la calle a Felipa, presurosa, y la oyen dar de gritos:

—¡María! ¡Javier! ¿Dónde andan?

En el portón abierto de par en par, los tres amigos del padre Acosta se despiden, ya sin decir palabra. Se irán en breve con la diligencia, de vuelta a la ciudad. Federico toma al padre Acosta del brazo, y le dice en voz muy baja:

—Debemos tirar el aguardiente...

—Probemos con otro conejo la próxima semana.

—¿Ya para qué?

—No me resigno. ¡Es tanto! La esperanza es lo último que se pierde. Podría ser que en dos semanas la bebida esté en espléndido estado. Nunca habíamos probado esta fórmula. Puede ser. ¿Por qué deshacernos de algo que puede convertirse en un licor soberbio?

—Déjate de sensiblerías donde no hay cupo para estas... Aquí no hay lugar y punto, necesitamos el espacio de la bodega —le contesta Federico, en voz más baja aún—, hay que llevar el cañón y los cartuchos, necesitamos el lugar ya, no hay tiempo de levantar otra bodega.

El padre Acosta hace señas llamando a los músicos, los incita a entrar a la casa. Juntos, músicos, pintor y el cura, caminan hacia la sala para reunirse con el resto de sus contertulios.

En lo que todos se acomodan, llegan María y Javier, sin aire de tanto correr. Parecen venidos de otro mundo. No es ilusión: vienen de otro mundo.

Ese otro mundo está frente a nuestras narices, aquí en la misma sala. Es un hermoso paisaje que Federico pintó hace poco más de un lustro, un paisaje panóptico que cruza horizontal buena parte de la habitación y representa lo que veríamos si la pared fuera translúcida, el área al costado de la casa —la última del poblado—. La pintura reproduce los árboles, el canal de agua, el verdor del suelo, las montañas al fondo y, más importante, crea un ambiente, ahí se respira la placidez del paraíso original, un área sin pecado, sin dolor, donde el tiempo no corre, libre del imperio de la muerte. Lo ilumina otra luz, distinta a la terrestre, proveniente de un astro que no marchita al iluminar, que no come segundos, horas, días, meses, años; que no consume.

No es asunto mío, ni nuestro, el que María y Javier se amaran, porque al hacerlo se escapaban de nosotros. Eran los huidos, incluso de pie frente a nuestros ojos, jadeantes, los colores en sus caras encendidas por la carrera; aunque hubieran llegado no estaban entre nosotros, los sostenía una nube, un codo arriba de la tierra. Lo más preciso es decir lo que ya formulé: que habían entrado al espacio que Federico plasmara en la panóptica. Venían de ahí, de jugar como cachorritos:

—Vamos, doña María, usted seréense y cuénteme sus cuitas.

—¡Nadie me dice doña a mí! Ni para bien, ni para mal. ¡No soy doña! Soy una ciudadana, como usted, como todos... ¡Y más! ¡Yo soy el pueblo! ¡Y usted no me alcanza!

—Si la alcanzo, le doy un beso.

—No me alcanza, verás.  
—Ya déjese de cosas, María. Dígame sus cuitas...  
—¡Que yo no tengo cuitas, señor marqués! ¡No me puedes alcanzar!  
—Ahora verás...  
—¡Inténtalo!  
—Pícara, bonita, ¡ven!  
—¡No me robarás un beso!, ¿viste?  
—Cuando te cases conmigo, te voy a robar... ¡toda!

Pero así hubieran estado en carne y hueso y con toda su conciencia entre los árboles, saltando y corriendo, en cada gesto, en cada respiración dejaban el mundo. Por esto, ahora, frente a nosotros, entrando por la puerta del salón que da al patio, se asomaban desde ese territorio ideal al que habían conseguido entrar, rompiendo la lógica del espacio.

—Una... dos...

La voz de Acosta invita a los miembros del coro a empezar a cantar. Los amantes bajan de la nube, los amigos paran en seco sus charlas respectivas.

Abren las hojas con sus anotaciones, los que las usan. Los demás, fijan la vista en Acosta. Deben concentrarse para empezar.

—Vamos a ensayar «Esta noche yo bailá».

—¿No la de Gaspar Fernández? —María no sabe obedecer sin previo recular—. ¡Pero...! —y a una objeción suma otra—. ¿Por qué no «Tleycantimo Choquiliya»? , hoy que están todos los músicos... Aquí está la guitarrilla y el bajón...

—«Esta noche yo bailá» ¡no! —agrega Julián Goríbar—. Me parece impropia. Es de negros, ¿por qué vamos a estar cantando eso nosotros, gente de bien?

María mira a Julián con desprecio, le retira la mirada y la cruza con su papá, como diciéndole: «Por eso nos gusta, porque es de negros, ser negro es ser gente de bien». Acosta dice sin dar mayor explicación:

—«Esta noche yo bailá». ¿Empezamos?

—¿En qué grupo voy yo? —Esperanza, incómoda, pide con esta frase reacomodo. Julián se ha sentado al lado de ella.

—Aquí, Esperanza, ven —Federico le indica un lugar a su lado. Acosta da algunas otras indicaciones para que el grupo quede dividido en dos partes equivalentes, y da la indicación para empezar, agitando una varita en la que en algún punto hay un botón de nardo (ya había empezado a florear, enseñaba el principio de los pétalos algo rosáceos).

—Una, dos, ¡tres!

El tambor suena. Al tercer golpe de este, entra el primer grupo:

—Esta noche yo bailá.

El segundo su parte:

—A-a-aa.

El tercero dice a ritmo:

—Con María y con José.

Aquí, la irrupción de una broma a costa de la canción: una voz de mujer grita sobre la última palabra del estribillo, empalmado con su voz fingida chillante «Javier».

Parte del segundo grupo, mermada pero entonada, emite su estribillo «e-e-e», pero las risas comienzan a romper el canto. El tambor sigue tocando impertérrito.

Acosta baja las manos:

—No otra vez —dice en tono muy serio—, no de nuevo, no es broma, no es juego.

Pase lo que pase, Acosta quiere tener bien puesta la xácara, encontró la partitura en unos papeles del xvii que le trajeron a vender de Puebla, llegó hace un par de semanas, nadie, cree Acosta, la ha tocado en casi doscientos años. «¿Ya no más coplas?», le había dicho Federico. «No más; ya no hay tiempo para bromas. Vamos a hacer nuestra memoria. Eso es lo que van a oír los que escuchen coro y orquesta: lo que somos». Pero la xácara no parecía en lo más mínimo seria, con sus «De la mano al niño, compaé» y otras expresiones, por no hablar de la música, festiva. A todos les gustaba tanto que les ganaba de vez en vez la risa, la tomaban como algo de bromear y hacer burlas.

—Basta ya —dijo en una de esas Acosta—. Entiendan lo que hay en esto. Mucha alegría, sí, pero escuchen: es tan compleja y completa como la mejor música. Presten atención: es mestiza, es lo que somos nosotros, tan negrilla como india y como de Iberia —agregó cantando—: «Oiga usted, compa Manuel» —y siguió, con su voz de quien la ha educado para decir los más convincentes sermones—: Nosotros estamos hechos de todos los continentes.

El tambor continúa. Los otros instrumentos empiezan otra melodía.

—No es por la alegría del canto que nos estamos riendo —le explica Federico—. Es que María dijo «Javier» en lugar de «José».

—Y lo dijo con voz chillante, como guacamallita —Esperanza.

Acosta toma un aire más serio todavía:

—Son momentos difíciles, no nos sobra el tiempo. Si estamos aquí con la música nuestra es porque, aunque no sobre el tiempo...

—Estoy de acuerdo: no sobra el tiempo —María interrumpe su discurso que ya todos conocen hasta el cansancio.

—¿Entonces? —presiona Acosta—. Una, dos...

—Porque no sobra tiempo, tenemos que hablar —dice María—, no cantar.

—Yo digo que basta con un Congreso que guarde la soberanía para nuestro monarca Fernando VII —Javier.

—¡Cuál! ¡Debemos exigir la libertad para el país! —María.

—La gente se muere de hambre... —Esperanza.

Acosta continúa con la varita de nardo que Lucita le había dado hoy para conducir el coro, bien levantada, como a punto de agitarla para marcar los compases. Sin bajarla, dice:

—Hay que declarar la guerra a los monopolistas del carbón. Insisto en que debemos optar por estrategias claras en causas comunes, no dispersarnos en...

—Eso no lo sé. Lo que sí es que urge limpiar los caminos de bandidos —lo interrumpe Julián Goríbar, desplazándose hacia el otro extremo del salón.

—No son bandidos. Son rebeldes —dice María, con voz tranquila.

Su comentario provoca silencio. La varita de nardo baja, golpea la rodilla del cura Acosta. Se detiene del todo la música. Julián vuelve a recorrer el salón de un lado al otro. Está furioso.

—Bandidos es lo correcto —Julián.

Acosta levanta de nueva cuenta la varita.

—Todos a su sitio. Una... dos... ¡tres!

Los tambores empiezan, y el palmeo. La guitarra con lo suyo. Una flauta. Dos acordes del clavicordio: todos en algo distinto. Entra el arpa, también a lo suyo.

—¿Nos dice qué canción vamos a ensayar? —María, sin cejar en su intento de interrumpir.

—Yo vine a eso —Julián—, a cantar en el coro. Cantar alimenta el alma, restaura el espíritu, calma las malas inclinaciones. El canto es una actividad pura. ¡No el desorden!

—¡Pura! —dice en baja voz María, en un tono algo burlón.

—Pero ya que ustedes hablan —continúa Julián, ignorando de plano a María—, diré lo mío: las cosas están mal, las aguas revueltas. Un indio descendiente de Moctezuma reclama el trono de México...

Los instrumentos continúan sonando, tambor, arpa, clavicordio, guitarra.

—El indio está en todo su derecho. En su de-re-cho, ¡y en su revés! —María—. ¡Que le den el trono mexicano! ¡Pero ya!

Julián se enciende en ira.

—Hasta el sol me amanece —canta a solas uno del coro, y otros le contestan el debido estribillo:

—Ah-ah-ah.

—Hay que evitar un derramamiento de sangre inútil. Es lo que debe preocuparnos. Planear... conservar la calma... pensar bien las cosas —habla con voz calma Acosta, encendido su ánimo de púlpito.

—Esa gente comentaaaa —entona alguien la frase que corresponde a la melodía.

Alguien le responde con el cantante:

—Ah-ah-ah.

Acosta no parece escuchar el ah-ah-ah, y dice muy serio, en marchita voz opaca:

—Cerraron los hospitales y las casas de beneficencia... Las viudas están en la calle... Mi hermano perdió sus tierras... Nos llevan a todos a la bancarrota...

Lo interrumpe Federico, con ánimo de cambiarle el modo:

—... Para robárnoslo todo; su leyezuela es un hurto en despoblado. ¿Volvemos al ensayo?

—Y todo para bolsillos corruptos —remata María, que no tiene ninguna gana de cantar.

—Sugiero nos concentremos en lo que es urgente: ¡Muerte a los franceses usurpadores!, son herejes calvinistas —Javier, con énfasis, en tono acalorado, casi gritando.

—Hay insurrecciones en Buenos Aires, en Santa Fe de Bogotá, en Caracas, en Quito... —Esperanza se embellecía con la excitación que le causaba la conversa—, puedo seguir... pero sería lección de geografía.

—El cura Hidalgo en Dolores, Morelos en Cuautla, nosotros aquí —continúa Federico. Este diciembre nos alzaremos en armas. Hidalgo...

Julián vuelve a rabiar:

—A Hidalgo no hay que tomarlo en cuenta... ¡Por Dios!, ¡qué despropósitos! Hidalgo anatema... lo dice el obispo Venegas...

—Usted me perdonará, Julián —le replica María ásperamente, casi regañándolo—, pero Venegas tiene de obispo muy poco, y mucho de traidor y ratero...

Julián se molesta sobremanera con el comentario de María. Deja su asiento y se acerca al padre Acosta, con lentitud parsimoniosa.

—No puedo escuchar más estas bocajarradas, faltas de... Cállela, por respeto a lo más sagrado...

—Me va a tener que perdonar, pero me es imposible pedirle que calle. Aquí hay libertad absoluta de expresión. Es la condición de Casa Espiritu. Usted lo sabe en carne propia.

—¡Yo vengo al ensayo del coro! ¡A cantar!

—El que canta y no habla, en verdad no canta —María no pierde las ganas de bromear, alzándole más la sangre a Julián.

—Su comentario, padre Acosta, me produce tanto disgusto como las impertinencias de esta bastarda alzada. Aténgase a las consecuencias.

Sale, tan rápido como un alma que lleva el diablo.

Los músicos miembros del coro regresan a sus instrumentos. El tambor suena, la guitarra y el bajón echan a vibrar sus cuerdas, la flauta baila notas, el clavicordio y el violín se unen con el arpa, interpretan la misma sin haberse dicho nada entre sí.

Tres hombres cantan:

—Su hijito ya nacé...

A lo que otros contestan:

—Eh-eh-eh.

Los primeros regresan con el siguiente:

—Poca gente lo verá...

—Ah-ah-ah.

—Antes que la vuelva a hacer...

—Eh-eh-eh.

Todos tocan y cantan concentrados, dan la impresión de querer restaurar algo que sabían se había roto. Tocan y cantan, pero están como gritando «aquí estamos tocando y cantando». Poco a poco van dejando este sentimiento de urgencia, y resbalan en la belleza de la canción. El sonido que producen hace honor a la composición.

Julián sale de Casa Espiritu envuelto en una nube de ira. Apenas dar el primer paso en Callejón del Fuego, las suelas de sus botas nuevas se resbalan sobre la piedra bola que cubre el piso para evitar los enlodados en tiempos de lluvias. Se lamenta con amargura por no tener consigo su caballo, la torpeza de sus pasos le hace crecer aún más la furia. ¡Él es quien tiene toda la razón y los del coro lo miran como si dijera despropósitos! Bien que se da cuenta de las miradas que se cruzan entre ellos cuando él abre la boca. ¡Y él es el único que razona en ese grupo de salvajes! Pensar que en el coro había gente tan distinguida, con la que él, antes de tratarlos, habría dado lo que fuera por departir... ¡Traidores! ¡Infidentes! ¡Subversivos! ¡Hidalguianos!

Sale de Callejón del Fuego, toma San Francisco hacia el centro. La piedra bola le resulta más resbalosa todavía porque sin darse cuenta acelera su marcha. La ira crece. Julián resbala. Se moja los pies en el agua podrida del canal estrecho que corre al centro de la calle. Se mancha el pantalón. «Voy a oler a miados y a saber qué más, ¡por su culpa!». Las casas de los dos lados de la calle, alineadas, en orden, lo enfurecen más, cree que detrás de cada ventana alguien se burla de su torpeza, imagina risas mientras las suelas de sus botas se resbalan, no hay cómo pisar en firme. Todo lo enoja, los árboles a ambos lados de la calle le provocan deseos de cortarlos de tajo, «¡Debieran quitarlos, afean!».

Pasa frente a la iglesia, se dice: «¡Y pensar que el hombre que debiera encauzarnos por buen camino es el responsable de tanta estupidez! ¡El cura mismo!». Se asoma al atrio y el apacible espacio termina de rajarle el ánimo. «¡Él los llevará de bulto al infierno!». Las botas mojadas terminan de empeorar su andar. En su trote torpe se enfila hacia los arcos.

Mientras tanto, el coro ensaya la xácara de Francisco de Vidales. No la dominan aún, es en extremo complicada —quiebra los ritmos donde no lo solicita la cordura, causa un pasmo continuo—, y como la lengua no es una que manejaran a la par con soltura, la dificultad se acentúa. El clavicordio repite impecable sus partes, lo mismo que la guitarra y el tambor, pero en las voces está toda la dificultad, y la mayor parte de la gracia. Lo otro es un puro bailar sencillo. Ahí hubiera querido estar Julián, olvidado de lo negro de la xácara, de lo incongruo indio que esta tiene, ahí donde nadie pensara en alcabalas, cortes en mudanzas, artesanos en problemas, carbón mercado, monedas acuñadas por cualquier estanquillero, ni menos aún en el empedrado de piedra bola resbaladiza, y el canal de aguas sucias. El coro alcanza el lugar al que Julián busca llegar con ellos, la comunión en serena alegría, y él, envuelto en su maloliente nube de ira que se ha vuelto un remolino, apestoso también e incongruo, es propulsado por este a la comisaría.

Lo reciben de inmediato, dinerito manda; quién no sabe quién es Julián en San Pedro.

Escupe su ráfaga de quejas ante el comisario. Perder control le da una dignidad de la que carece. Su voz cuaja en un timbre convincente y aplomado. Apenas termina de hablar, el comisario avisa al cuartel y da a un primer piquete de soldados la orden de enfilarse hacia Casa Espíritu. No que hiciera falta los guiara, todos saben dónde queda Casa Espíritu, pero el comisario pide a Julián lo encabece. Julián acepta, pide un caballo (no iba a volver resbalando las suelas en la piedra bola), alega premura «porque los

hidalguianos están a punto de perpetrar un magnicidio», echándole mucha crema a sus tacos.

Nadie entiende bien a bien qué es esto de magnicidio, pero la palabra suena importante, proyecta una idea de urgencia. El comercio asigna cuatro caballos. El teniente, dos soldados y Julián salen de inmediato, a todo galope. El resto los alcanzará a pie, en dos partidas, un grupo irá en cuanto las filas pasen revisión y visiten la estación, el resto del regimiento detendrá la inminente salida de la diligencia, vigilará las entradas a los caminos. Nadie saldrá de San Pedro hasta nueva orden.

Llegan a Casa Espiritu. Los integrantes del coro repiten por sexta vez el mismo pasaje de la deliciosa xácara.

—Los que fueren de buen gusto, óiganme —María, ya entregada a la música, canta a todo pulmón cuando la nariz del caballo del primero de los guardias cruza el vano.

El cuerpo del caballo entra al patio, y «¡Óiganme!», todas las voces de mujeres se unen al canto, «¡Óiganme!», a compás la canción y los cascos.

Con las cuerdas del bajón, seis voces de varón acompañan la entrada al patio de los otros tres caballos restantes con «una xacarilla nueva que he de cantar en Belén».

Los militares y Julián desmontan con el «¡Óiganme!, ¡óiganme!» de las voces de las mujeres.

Vibran las cuerdas de las guitarras, el cascabel y el bajón al abrirse la puerta de la sala, y el clavicordio se queja en el momento en que Julián pone un pie adentro del salón.

Los miembros del variopinto coro no atienden sino a la música, como hechizados.

—¡Siempre el garbo y la voz! —cantan con hermosura, animados porque no han cometido error alguno. Por fin pueden interpretar la difícil xácara sin tropezos. ¡Y no sonaba nada mal! ¡Por primera vez después de semanas de intentarla! Les ayuda, sin duda, no cargar con el fardo de Julián.

Atrás de Julián, los tres armados hasta los dientes irrumpen en el supuesto cónclave de los subversivos. A los cuatro les toma por sorpresa el estribillo que en ese momento entona el coro en pleno:

—¿Cómo qué, cómo qué?

La ira de Julián sube aún más, derramándose como la leche al fuego, al percibir en los del coro el gusto, el placer de cantar, y tanto en los militares como en él crecen sus respectivas reacciones cuando el coro, ignorándolos y si acaso tomándolos en cuenta como a espectadores de un concierto, continúa

con el canto de la xácara, apoya mejor las voces, los instrumentos suenan más bello:

—A que só me toca a mí, y el porque yo me lo sé.

Lo de Julián es ya un batidillo. Su ira se ha derramado, como la leche al hervir, y tras atizar el fuego, quemándose, lo ciega.

El teniente interrumpe al coro con voz sonora, a la mitad del foro:

—Padre Acosta...

El resto de la frase del teniente es como un silbido en el que más suenan las consonantes que las vocales:

—Son órdenes expresas...

Para el que alcanza a oír más allá que las eses zumbonas, sus palabras están marchitas. Al salir de su boca y entrar en contacto con los instrumentos que interpretan con fineza su parte, pierden toda vida, de tal suerte que, cuando aún no termina el teniente de explicar lo que hubiera querido decir sobre el papel ausente que viene en camino, las voces de los bajos responden con su estribillo («¿Cómo qué, cómo qué?»), y cuando continúa con la voz más rota —«... de tomarlos presos a todos por subversión»—, un solo masculino canta —«¿Cómo qué, cómo qué?»—. La voz del teniente queda disminuida al punto de hacerse inaudible. Ah, pero en cambio la xácara suena mejor en cada acorde.

El teniente intenta seguir con su encomienda, pero más que decirlas se come las palabras:

—... Por planear derrocar a los representantes de la Corona de España. También tenemos orden de revisar la casa, previo llevárnoslos a todos.

El coro, como si los guardias fueran un contrapunto de su canto, continúa entusiasmado:

—Tres a tres y una a una, vaya, vaya de xácara, pues.

Uno de los soldados sale al quite del jefe desmoronado, resume la orden en una frase bien articulada y dicha a pulmón lleno; su voz aplomada saca fuerzas de la vergüenza ajena que provoca el trance de cobardía de un superior:

—Todos están presos por conspiración.

El empequeñecido teniente agrega algo a las palabras del subalterno con su vocecita apenas audible, pero eso sí, con mucho énfasis:

—¡Subversión!

Y se le escapa un eructo. Fue por este, emitido después de la palabra encogida, tímida, cobarde, que el coro, terminado el pasaje que ensayaran de la xácara, mira de golpe al piquete de soldados, y con estupor. Frente al

eructo, Federico añade al temor del soldado y al asombro de sus amigos franco miedo: si los realistas descubren el cañón y los cartuchos que esconden en el estudio, ya pueden dar por firmada su condena de muerte.

El tercero de los soldados, en un tono interrogante en el que también se trasluce el miedo, revela lo que hizo flaquear al mando:

—Padre, ¿no es pecado, verdad, cumplir con una orden?

María atrapa al vuelo la fuente de su incómoda ansiedad, y le contesta con una salida para su predicamento:

—Si se llevan al cura, se los chupa la bruja. Primera luna llena, y ustedes... ¡las llamas y los tormentos del infierno, pero en este mundo!

El subalterno que acaba de decir en corto a qué han venido sorraja:

—Tomen presa a la bocona.

El tercero, el preguntón, envalentonado por el adjetivo bocona, la agarra, tornado en un animal de presa, asiéndola de los dos brazos con sus zarpas. Es considerablemente más alto que María, inclina la cabeza sobre ella, acomodándola como a un tercer miembro prensil.

—Un momento, señores —saltó de su estupor el padre Acosta—. Suelten a la joven. No sé de qué proviene este malentendido, porque esto no puede sino ser eso. Aquí no hay ni ha habido ninguna reunión subversiva. Es el ensayo del coro de la iglesia. Exijo respeto, para los feligreses, para mi investidura.

—La orden es llevarlos presos a todos y revisar la casa.

El soldado ha tomado las riendas, porque al teniente ya de plano le comieron la lengua. Acosta y Federico cruzan rápidas miradas desesperadas. El teniente, intentando decir un «lo siento mucho», mueve los labios de forma grotesca, se aproxima a Acosta a ponerle las esposas.

Julián interrumpe, «con sus venias», y sale. No da mayor explicación. Veo con toda claridad lo que le ocurre: Julián se achica, no de la manera en que lo hizo el jefe, que temblequeó porque se le impuso la figura del cura, un respeto miedoso que le infundieron desde niño hacia las sotanas. A Julián le resta fuerza *otra cosa*. De ninguna manera que tuviera vergüenza alguna de haber delatado a sus compañeros de coro; antes bien, siente que ha hecho lo correcto, que nunca antes en su vida ha hecho algo tan correcto. Pero esto no le produce ningún orgullo. Con una ráfaga de inteligencia, comprende que bien puede ser que eso «tan correcto» no le traerá ningún beneficio personal. Esta manera de obrar es para él algo insólito, porque siempre, pase lo que pase, actúa conforme un cálculo crudo de ganancia. Si iba al coro era para mezclarse con gente que de otra manera lo vería por abajo del hombro, para

ganar respetabilidad con los de arriba y con los de abajo, y porque se sentía bien al cantar —sentirse bien es importante, aunque no sea algo contante y sonante—. La revelación de la «bondad» de su acto le provoca un sentimiento que no conoce: ha hecho algo importante, que alterará la vida de San Pedro, que cambiará los rituales diarios de su comunidad reformándola, desde su punto de vista sin duda para bien. Y las repercusiones de su acto no serían todas favorables para él. Frente a esto, Julián siente miedo, él es desde la médula un cobarde. Lo sobrecoge la necesidad imperiosa de abandonar la escena. Otro hubiera saboreado el caramelo del orgullo, él sale de Casa Espíritu como si trajera un petardo clavado en su retaguardia, ni vuelve los tres pasos que lo separan de montar el caballo; dando brinquitos para no resbalarse desde sus suelas nuevas, no voltea a ver, no para hasta llegar a su casa. Ahí («¡córrele a la secreta!»), sentado en la letrina pasa la mayor parte del resto del día encerrado, cuando otro se habría ufano como un pavo real. A solas gritaba —no por su boca, sino por sus intestinos—: «No soy un héroe ni lo quiero ser; solo me interesa mi sólida ganancia diaria, y que no me ocurra nada que me cueste trabajo digerir, porque se me descomponen las entrañas».

Cuando Julián sale, transcurre un compás de espera. María en manos del soldado, el teniente sin lengua, Federico en sus cavilaciones siniestras, Lucita pensando en el pan que ha dejado en el horno y la olla con el agua a hervir al fuego, Esperanza en sus siete hijos (como si fueran solo uno, o una hidra de siete cabezas), el de la guitarra en la ampolla que le ha salido en un dedo (inmune a la situación, aún obsesionado con alcanzar la perfección de la xácara, atento a la voz de Acosta, su «una-dos-tres» para empezar de nuevo a interpretarla), el resto de los soldados espera la siguiente orden y la llegada de sus refuerzos.

Antes de que ninguno despierte del compás de espera, Pérez y Gómez irrumpen por la puerta que da al patio. Cada uno lleva sujeto un soldado, al que le apunta con una pistola en la sien.

—Ciudadanos soldados: suelten al padre Acosta, dejen ir a todos los aquí tomados presos, o estos dos son hombres muertos.

La respuesta de los militares es inmediata y hecha con tan buen espíritu que parece los hubieran venido a liberar también a ellos. Sueltan sus armas, las tiran al piso, Federico y uno de los músicos se agachan a recogerlas. El de la guitarra saca de entre sus ropas un arma. Javier y María desenfundan sus espadas. De un salto, María se acomoda junto a Javier, su espalda contra la de

él, y sus espadas amenazantes hacia el teniente y el que había tomado el mando.

Atrás de Pérez y Gómez con sus dos soldados cautivos, se aproxima en silencio el resto del batallón realista.

Sin entender bien a bien la escena, entran en acción armas blancas y de fuego, de tirios y troyanos. El cuerpo del ejército dispara con tino a la nuca de Gómez y a la espalda de Pérez, a la frente de tres músicos y al corazón de Acosta. La bala que penetra el corazón de Acosta se aloja en este, el miembro rey y centro vivo de espíritus vitales. Se interrumpe su bien regulado movimiento. El corazón siente la bala y al sentirla revienta, su *corazón deshecho* se hace jirones. En cada uno de estos jirones hay un olor dulce, de santo, el perfume del lirio.

Los del coro también disparan, con menor suerte, solo una sola de sus balas pega a un objetivo, cae el teniente, las otras bailan de balde en el aire. No sé decirles si las espadas de María y Javier mellaron a algún soldado. Yo fijo la atención en el trayecto de una de las balas realistas: camina paralela a mi muro original con velocidad vertiginosa; imposible no atribuirle una voluntad, un empecinamiento; no pierde el ángulo, no la arredra nada, no hay qué la desvíe, no escucha los ayes y oyes, no percibe las caídas y los golpes, no la distrae el penetrante olor a lirio. Sigue directa, provocando en mí algo rayano en admiración, cuando otra bala —identifico el casquillo: es de las que María rellenó de pólvora—, desviándola, la empuja, irritada por su empecinamiento. Las dos balas pelean: Realista quiere atacar Casa Espiritu. Insurgente quiere destrozar a Realista antes de que toque la pared de Casa Espiritu. Insurgente recurre a la fuerza de cada uno de sus granos de pólvora, se tuerce un poco a su derecha, rebota de nuevo contra Realista y, a escasos milímetros de la pared, estalla. Su acto suicida no detiene a Realista, esta se implanta en uno de los lienzos predilectos de Acosta, *La divina Trinidad*, traspassando, perforando uno de los tres corazones ahí representados, e incrustándose en mí, Casa Espiritu.

Herida, iluminada por la penetración del metal, descubro a Javier entre los cuerpos tendidos en el piso. A su lado, María. La cabeza de Javier está bañada en sangre. Su sangre escurre sobre María. Casa Espiritu, yo, sufro más por verlos que por herida. Mi corazón está perforado, literal. No revienta, como lo hizo el corazón de Acosta. Como un cadáver con alma, se torna en un reloj humano. Siento el paso del tiempo. Huelo el correr de la sangre.

(Y ahora que recuerdo aquel temible pasaje: el sonar de esa balacera se mezcla en mi conciencia con una insidiosa música guapachosa que contiene

un sonido que imita al de las metralletas. Viene del 2010, intenta arrebatarme al mundo de mis memorias. Pero no voy a permitir me robe aún la atención. Casi he terminado de decirles cómo terminé en otras manos en 1810, y pase lo que pase voy a acabar de hacerlo).

Cuando el regimiento real creyó haber eliminado a todos los enemigos, cuando no quedaba un solo miembro del coro en pie, cuando aún no habían caído en la cuenta de que habían asesinado al sobrino de un ex virrey y de que eso los podía meter en problemas, llegó el capitán. Vio el trabajo, y cantó victoria. Pero algo adentro de él le dijo que esto no le iba a traer solo las condecoraciones y premios que llevaba años esperando. Algo olfateó y quiso provocar un festejo antes de volver a padecer el archiconocido sentimiento de derrota. Ordena a sus soldados traer las barricadas de aguardiente del cura.

—¿Sacamos los cadáveres?

—Échenlos nomás al patio, ¡que traigan músicos!

Trajeron músicos, y sirvieron a todos vino y bebieron hasta caer, cosa que no les tomó mucho tiempo, porque el licor, como ya lo habían comprobado algunos malaventurados conejos, era más veneno que otra cosa.

María despierta. Una bala la había rozado, sin penetrar su frente. El golpe la había dejado sin sentido, la piel de la frente pelada, marcada su cara con una línea horizontal. La sangre que la baña es la de Javier. No despierta de golpe sino con dificultad, sube como baldada escalones resbalosos. Oye y no oye lo que no había escuchado por estar desvanecida, como si los ruidos de la escaramuza se hubieran agazapado en el vano de sus tímpanos, a la espera para entrar a su conciencia. Irrumpen desordenados ahora que se abre la puerta.

Cuando por fin puede pensar en algo claro, se dice: «¿Qué diantres pasó?». Las frases de la xácara, «A que só me toca a mí, y el porque yo me lo sé» y «Óiganme, óiganme» se le mezclan con los ruidos que se agolpan en sus tímpanos. Sabe dónde está, el ancla de su conciencia no había soltado del todo sus amarras. ¿Qué pasó? Siente una pesadez extraña en todo su cuerpo. Intenta moverse, quiere abrir los ojos, pero tiene la cara empapada. Puede zafar un brazo, pasarse la mano limpiando sus párpados de lo que la moja. Nosotros ya sabemos que es sangre. Cuando por fin puede abrir los ojos, lo primero que ve es su mano colorada, la siente pegajosa. Un rayo de pánico sale de su bajo vientre y corre eléctrico en dos sentidos: hacia su garganta y hacia sus piernas. El que corre hacia arriba la ayuda a moverse, un efecto de resorte la zafa de los cuerpos que la cubren. Se incorpora, ahora con horror.

Entiende de golpe lo que los ruidos le comunican: es-tán-to-dos-muer-tos. Y el «es-tán-to-dos-muer-tos» se mezcla con el «Ói-gan-me» de la xácara, y la música le da energía para tornar el horror en pensamiento. Sabe qué debe hacer.

Busca dónde lavarse. Entra a la sala, sin ver el piso, sin importarle qué cuerpo es el que pisa mientras camina. Descuelga de mi pared el paisaje de Iztacalco, también la pequeña pintura con el corazón averiado. Los lleva a la bodega del solar vecino, donde había vivido el licor envenenado. Regresa por más lienzos, privilegiando los que más amaran Acosta y Federico. Cierra con cadena y candado la bodega con el tesoro de Acosta.

Revisa en el patio los cadáveres de sus amigos. Eran eso, todos cadáveres. Ve a su papá. Lo toma en sus brazos, como una Piedad de piedra, fría, estática. No puede sentir. Esto es demasiado. Percibe la inminencia del peligro. Le quita a Acosta el sobretodo —una especie de chaquetín oscuro que lleva en lugar de sotana—, de Javier toma los pantalones y se los viste. Se arma con las mejores armas que encuentra. Acarrea los cadáveres de ellos dos y el de Federico hacia el estanque y los echa a los peces. Hubiera querido enterrarlos, pero no hay tiempo. Además, se consuela, ella los llevaría consigo. No serían sus muertos. Serían sus vivos. Ella los portaría, no solo chaquetín, pantalón y armas de fuego. Ellos estaban en María.

Apila en el centro de la sala leños para hacer una hoguera.

Va a la caballeriza, prepara una montura. Regresa a Casa Espíritu. Toma las espuelas del teniente. Se las calza. Sella los visillos de las ventanas y cierra todas las puertas que dan al patio y al exterior, excepto la de la cocina. Prende fuego a los leños y a las cortinas. Sale por la única puerta que ha dejado abierta. La cierra tras de sí, y la sella también. Monta el caballo. Lo pica con sus dos espuelas.

Humo. Fuego. Fui una hoguera. Ardieron las cortinas, los tapices de los muebles, las pinturas que no recogió María, los papeles —entre estos las memorias del padre Acosta, de las que no queda nada sino lo que yo recuerdo—, las ropas, los armarios. Perdí la mayor parte del techo, los visillos y marcos de las ventanas, cuanto en el piso había de madera, partes de mis puertas. Mis paredes quedaron ennegrecidas.

No volví a ver a la hija de Acosta. A partir de este momento, las versiones de la vida de María difieren. Lo único que se puede confirmar sin margen de error es que escribió una nota de propia mano, dirigida al cura Hidalgo, firmada el 7 de octubre de 1810; le informa (no sabemos con certeza de qué escaramuza): «Por nuestra parte no se derramó una gota de sangre», los

enemigos «todos quedaron heridos, y de gravedad». La nota está mutilada, falta una parte del papel. Termina: «Yo quedo gloriosamente satisfecha por haber manifestado mi patriotismo, y deseosa de acreditar a V. E. los sentimientos de amor y respeto que tengo a su persona».

Dicen que se unió a los insurgentes, que, charretera al pecho y sable en mano, comandó un batallón de indios flecheros, que fue una guerrera temible, cruel, que su corazón ardía en deseos de libertad para su país y en ansias de venganza, y que a menudo estas segundas enturbiaban sus actos, la velocidad del rayo y la fiereza del depredador. Sus seguidores la llamaron María Espíritu —en parte por venir de aquí—, sus detractores la apodaron Demonia —ahí sí que no tengo nada que ver yo.

En otras versiones, su batallón estuvo formado solo de mujeres, las más armadas de palos, machetes y cuchillos; la astucia, y no la crueldad, fue lo que la caracterizó, y, aunque corrió con buena fortuna en escaramuzas en las que tomó por sorpresa a sus enemigos, en el primer encuentro estratégico de importancia, cuando se enfrentó a un ejército que las sobrepasaba seis a una y que venía con la intención expresa de barrer el piquete de mujeres cuya existencia y triunfos humillaban al poder virreinal, así ya contaran con lanzas y armas de fuego (aunque no suficientes para todas), cayó en poder de los realistas. Presa con todas las suyas, fueron despojadas de sus ropas y ultrajadas, dándoseles tratos «de prostitutas», y así, golpeadas las más, sucias todas y las afortunadas vistiendo andrajos, sin calzado las forzaron a andar a pie por leguas, cruzando poblados sin consideración a su pudor y condición, hasta arribar a la cárcel de la Merced de la ciudad de México.

Desde la Merced, recuperado el espíritu que la caracterizara, María escribió largas e innumerables cartas defendiéndose ante las autoridades con tono aplomado e ideas claras, echando mano de todo lo que podía para provocar simpatía por su situación, incluidos los prejuicios acerca de las mujeres. Reclamó el trato que ameritaban por ser prisioneras de guerra y exigió para las de alto rango mejores condiciones de cautiverio y el derecho a un juicio justo por haber formado parte de un ejército y luchado frente a frente como valientes. Imploró consideración por ser féminas y por lo tanto seres a quienes un varón debía tratar con respeto, así estuvieran en el bando enemigo.

Pasaron seis meses de riguroso confinamiento sin que se les tomara siquiera una primera declaración. Las cartas se volvieron más largas y más persuasivas, su paciencia y su astucia crecidas, parecían más sentidas porque eran más calculadas. Sin pudores, María reseñó en estas el honor perdido a

manos de la brutal soldadesca, habló con detenimiento de los embarazos provocados por estos abusos, de su fragilidad antes y después del parto, de los hijos nacidos previo al encierro, de los recién nacidos que dejaron de amamantar, devoradas por la ola violenta, de los padres viejos necesitándolas casi más que sus vástagos. Recurrió a toda forma posible para provocar piedad y clemencia.

Las autoridades atienden sus ruegos, son juzgadas, y encontradas culpables; reciben todas la pena de muerte por haber cometido insurgencia. Algunas estaban a punto de dar a luz los frutos de las repetidas violaciones de los miembros del ejército realista. Las que habían parido en cautiverio dejarían las cunas desamparadas. Pero sus captores no consideraron la situación de sus frutos, porque aunque algunos digan que la pena total no se ejecutó en ningún caso, los más afirman que los realistas las pasaron a todas por las armas.

En otra versión, después de que María abandonara Callejón del Fuego, un grupo de insurgentes la encontró vagando como un alma en pena. La acogieron y atendieron, María recuperó su cabeza y sus fuerzas, se convirtió en la mano derecha de un general independentista que el tiempo consagraría (por ser gran traidor). Se dice que los desmanes y abusos de las tropas rebeldes (que los fueron tantos, y a ojos de algunos tan denigrantes, los saqueos, los incendios, los actos de venganza violenta, los estupros) eran parte de la estrategia ideada por María, convencida de que por la mala fama se rodearían de un aura de miedo, un escudo que les ayudaría a conseguir alianzas, provocaría en el bando contrario desertiones y en el propio adiciones, como ocurrió a su debido tiempo, aunque María no pudo disfrutarlas. Porque Julián, advertido de que María había sobrevivido y escapado, temeroso de que algún día regresara a vengarse, paga a un indio yaqui por rastrearla y hacerla muerta. El yaqui la encontró una tarde soleada, trotando a buen paso por un calmo camino. Silbaba. El yaqui la enfrentó. María se quitó el sombrero, a manera de saludo. ¡Buena respuesta recibió su cortesía! María murió de un artero balazo, desgraciadamente no en una contienda como le habría correspondido a la valiente. El yaqui se deshizo del cadáver de una manera que prefiero no mencionar, porque es otra historia.

Hasta aquí, las versiones concuerdan en un punto: María muere antes de que se firme la Independencia, su vida se corta sin dar satisfacción a su máximo deseo, cumplirle el sueño a su papá. Hay una que difiere:

María conforma un batallón selecto con mujeres y arrojados indios, acumula victorias, concerta alianzas, ocupa un lugar sobresaliente en las luchas insurgentes, y, llegado su tiempo, participa de la miel de la victoria independentista, aunque por poco tiempo: en breve, nadie se acuerda ya de ella ni de los que lucharon a su lado, las otras mujeres y los indios. La memoria consagratoria la borra con los años, al punto de que no queda huella de sus acciones y logros, como si ella nunca hubiese existido. Cuentan, los que sostienen esta versión, que tuvo una hija, que las dos terminaron los días mendigando para sobrevivir malamente. Durante la epidemia de tifus de la ciudad, mueren una noche fría de enero, las dos a la misma hora.

Quién sabe cuál de las versiones sea la que corresponde a María. Lo que es verdad es que todas fueron ciertas en una o varias mujeres, cerca de San Pedro, o mucho más al sur del Ecuador.

Ningún documento prueba la defunción de nuestra María, lo que ha dado pie a una leyenda bizarra que no pudo ocurrir a nadie sino a María: que no murió nunca. Que el amor que tenía por Javier la convirtió en una caída de agua. Que apenas vio la Independencia de México ganada, antes de saber que Iturbide se coronaría emperador y que la fundación de la República tendría que esperar mejores tiempos, se retiró al Ajusco y ahí se convirtió en lo que se ha dicho. La caída de agua se llama con uno de sus sobrenombres, La Demonia. Fija en ese lugar, corriendo, desde entonces hasta el fin de los tiempos, seguirá en su afán, buscando a su amado. María es una cascada, viva y muerta de sed de amor.

Mis paredes sobrevivieron. Pasé de unas a otras manos, me repararon a medios chiles, fui pesebre, fui granero; subdividieron mi terreno; ya sin tierras que fueran parte mía, volví a cambiar de dueño. En los albores del siglo xx, un tercer poseedor me regresó algo del esplendor republicano que tuve con Acosta. Pero yo seguí desnuda. Mis pinturas, las que yo había visto nacer, las que habían llegado para conformar la colección memoriosa de los insurgentes, habían sido malbaratadas por alguno de mis dueños anteriores, cuando vendió el terreno del solar inmediato. Un mismo comprador estuvo interesado en «tierra y pinturas». Este se abocó a construir, ahí mismo, una casa para sus días de descanso, donde planeaba albergar la colección de arte, pero esa es otra historia y ya vendrá aquí. Solo adelanto un detalle antes de tomar aliento: para hacer juego con mi nombre, llamó a su edificación «Casa Santo».

**1910**

1910 me trajo una nueva experiencia: convivir con mi vecina. ¡Se dice fácil! Aclaro antes de seguir: vivían en la nueva Casa Santo los Goríbar, porfiristas el padre y el hijo, y en Casa Espíritu los Serrán, mis deseosos de cambio.

Casa Santo estuvo en construcción durante siete (para mí turbulentos) años. Después de mucho repelar por el incesante golpetear de sus martillos y cinceles, cuando no por el alboroto de los trabajadores, sus rencillas, las juergas que se corrían, y de tanto lamentar que el maestro herrero se hubiera instalado con toda su tribu ruidosa por varios meses, invitando a departir de vez en vez a mujerzuelas de muy baja especie, cuando ya me había yo acostumbrado a tenerla a mi lado en obra permanente, pararon de golpe.

Pero ya llegué a esta pausa, sin haber comenzado. Explico:

Apenas comenzaba yo a disfrutar de la vida serena después de mi reconstrucción cuando un ingeniero de habla alemana llegó de visita. Lo traían los Goríbar, los nuevos dueños del solar vecino, una pareja elegante, envuelta en una nube —y de brillantes—, de las que no rondaban entonces por aquí. Fue este ingeniero germano quien, después de tomar muestras en su terreno, de pedir permiso para visitarme, de rascar paredes mías y rocas del suelo en otros puntos del área, de cavar profundo en su terreno y hacer una perforación, delgada como un tubo y muy honda, salió con el diagnóstico de mi «enfermedad»: el salitre que sube de lo más hondo y me ataca hasta los vanos de las ventanas, si no se combate. El fuego me había hecho bien, matando la amenaza por un tiempo. Pero ahora, con mis añitos encima (aunque parte tostada), el salitre era, en efecto, el enemigo contra el que luchaban mis habitantes. No lo había hecho el padre Acosta, y para mí que el ingeniero estaba algo errado en su diagnóstico: el problema había sido cegar el estanque donde aquellos bellos peces habían crecido de lo lindo. Cierto que lo vimos después con malos ojos, vuelto la tumba que envolvió a Acosta, Federico y Javier, protegiéndolos del incendio que empezó María, pero...

El ingeniero ordenó cavar el pozo en la franja de piedra volcánica, no requirió ser muy profundo para que empezara a brotar agua, diseñó un canal a varios metros de nuestras fachadas (él fue el primero en hablar en plural de nosotras), y eligió con cuidado el primer material con que comenzarían a levantar los cimientos de Casa Santo.

Después de los cimientos, cuando pasaron a levantar la edificación, el ingeniero dejó de venir, lo reemplazó un maestro de obras que se sabía todo —y lo que no, inventaba—. Ya no se aparecía por aquí el dueño, el general Bernardo Goríbar dejó de venir, su señora supervisaba la construcción, ella

pedía y despedía, moviéndose como pez en el agua con sus elegantes calzados (siempre distintos pares), caminando como si estuviera en los Campos Elíseos entre vigas, pilas, hilos, polvo, resonar de martillos y gritos de carretoneros.

La levantaban a mi imagen y semejanza, con una salvedad. El espejo de que habían echado mano para reproducirme era convexo, el reflejo magnificaba las proporciones de los espacios. Su patio, también al centro de su construcción, era casi el doble que el nuestro. Sus salones, su cocina, las habitaciones, los baños, todo en ella era más grande, grandiosidad paródica que me irritaba sobremanera. Clavada en mí, sobre mi muro de material mixto, había sido levantada de golpe en golpe, dándole una dureza que no tengo yo: el mármol había sido traído del otro lado del océano, la cantera también provenía de aquellas tierras o islas; los mosaicos venían de Italia, fabricados, pintados y horneados expreso para Casa Santo (C y S, las dos iniciales de su nombre, formando diferentes formas que imitaran siempre un diseño que mezclaba nahua, maya y olmeca con un toque japonés, dándole un aspecto modernista), en los mismos talleres, para los baños, la cocina, los zócalos de los pasillos, los pretilos de las barditas que levantaron al pie de los arcos y la fuente; incluso pusieron teja laqueada, también bordada con el mismo diseño, en dos colores, rojo y verde, y me dirán que eso se hace si quiere adornarse una casa como dios manda, hasta la arena la fueron a traer toda en un golpe, quién sabe de qué región, la transportaron en barco, después en tren, luego a lomo de cargadores que la llevaron desde la estación hasta mi vecina, como habían hecho con los otros materiales; eso sí: los ladrillos vinieron de Mixcoac, pero no trajeron de ahí los árboles frutales para sembrarlos al lado de las arcadas del patio, y que se marchitaron antes de terminar la construcción, importaron los naranjos de Valencia, y los cerezos de más al norte. Llegaron los vitrales, fabricados también en Italia, llegaron piedras de Sicilia, llegaron en canastones de un tule muy diferente al nuestro cantidad de conchas, caracoles y piedras de colores vivos arrancados de alguna costa sin nombre para dar los últimos detalles a los baños. Los colores que llegaron ahí no habían sido nunca vistos.

Un maestro yesero italiano y sus asistentes entrenados en el país llenaron el techo de absurdos rosetones, entremezclados con grecas como las de Mitla, adornando los bordes superiores de las paredes y sobrecargando las esquinas con figurillas absurdas que eran de nuevo combinación de mundos, los de los carpinteros, los talladores de piedra, los ebanistas, los herreros que ya mencioné, etcétera.

Porque terminada la obra negra, habían comenzado el vestimento, hasta que la señora, la dueña, la entusiasta dicharachera que caminara sobre vigas como si fueran trapecios, saltando de una a otra con gracia elegante, murió de súbito, nadie supo de qué, y todas las labores pararon en seco. El lugar quedó abandonado, excepto por el velador, un tipo desagradable que soltaba carcajadas ruidosas cuando menos se esperaban. Pensé que era borracho, pero no lo era. Pensé que era loco, pero tampoco. Creo que era medio idiota, pero caben otras conjeturas.

Pasaron dos años y un pilón para que el general Bernardo Gorívar se sintiera con ánimos de regresar a Casa Santo y emprender lo poco que faltaba para terminarla. Se convenció a sí mismo de que Casa Santo, y la colección de arte que albergaría en ella y que había comprado junto con el solar, serían su consuelo y refugio. Entonces volvieron el carpintero, los ebanistas, los pintores, de nuevo los yeseros y canteros, lo moderno de lo más moderno, un electricista y su siniestra turba, quien dejó a Casa Santo iluminada con bulbos.

La luz eléctrica, así palpitante a ratos y por mucho imperfecta, me fue muy apetitosa. No somete, como el sol, a la lógica de la pudrición y del tiempo. Por esto, me pareció una luz noble. ¿Lo era? Encendía en mí algo parecido a la envidia —¿por qué ella, Casa Santo, tenía que estar clavada en mí como una alcayata más grande que toda mi persona?, ¿no había llegado yo antes, no me había levantado a mí el que soñara un México sin esclavos, republicano, con libertad de pensamiento e igualdad para tirios y troyanos?—, y no era una luz engañosa, intramuros iluminaba con toda claridad la naturaleza de Casa Santo. Afuera, a la luz del sol, éramos casas gemelas, pero bajo la claridad eléctrica de la luz de los bulbos se comprendía por qué ella era muda: había nacido muerta; sus piedras mismas estaban muertas; en ella entraba la muerte incluso donde no puede penetrar, porque su esencia era la muerte. No sé de cierto la explicación de por qué era así. La más probable es que la levantaron durante los años en que el general Gorívar fue ministro de Guerra. Se tornó de reconocido liberal en afamado represor, y su prestigio — porque su habilidad era extrema— subió como espuma. Excepto entre los enemigos del régimen, el general ganaba adeptos. El prestigio de Díaz bajaba, el de Gorívar crecía; se le creía mensajero de paz, apaciguador de bandoleros, buen político, y honesto. Honesto sí era, pero para mí, y mis habitantes, sus manos goteaban sangre. Con el fruto alimentado por ese riego, con el chirriar de dientes de los presos de conciencia, con los cadáveres de los yaquis y los mayas, de los manifestantes acallados con balas perdidas; de los desaparecidos por críticos, rebeldes o antirreeleccionistas, Casa Santo se

erigía como una noche de silencio. «Mátalos en caliente» era su argamasa. «Orden y Progreso» su barniz. Era una casa feroz en su carga. Grande, lerda, trazada con meticuloso cuidado, se comió a su señora antes de que la pudiera habitar. Se fagocitó a su hacedora.

Fue a partir de enero de 1910 que Casa Santo estuvo habitada. Con mayor o menor regularidad, el dueño y su hijo venían los fines de semana, recibían con mucha frecuencia amistades. El velador y sus heladas carcajadas idiotas se habían multiplicado en tres o en cuatro, según se haga la cuenta: tomó mujer, una escuálida y fea, que como él reía a lo idiota, y esta dio a luz a una cría insufrible que encerraban en la habitación cuando estaba el patrón, por lo que Bernardo Goríbar no tenía conocimiento de su existencia. La cría era (o eran, si los pensamos en plural) dos niños pegados del torso. Sus cuatro ojos eran como dos líneas. Tenían en total tres brazos, el cuarto había quedado adherido al cuerpo, su manecita era la cola del fénix que formaran. Eso sí, lloraban mucho y con dos bocas.

Yo atendía tanto lo que ocurría en mí como lo que le pasaba a la vecina, por la novedad de la experiencia, bastante incómoda. No cuando solo estaban los cuidadores, esos dejaron de tener interés casi de inmediato. En cuanto vi desnudo el cuerpo de la cría y retiré con desagrado los ojos, la creí una mala broma, una alusión de mal gusto a mi vecindad con Casa Santo. Yo quería distancia, una mano mía jamás quedaría sometida por esa guay de protervos, yo no tenía piernas para correr, alas para volar, estaba atada de raíz mi piedra al suelo. Sé de cierto que, así su cuerpo remedara paródico nuestra vecindad —ella levantada en mi torso—, no era buen reflejo. Los dos corazones de esa infeliz cría estaban por igual mudos. Vivirían largos años, sobrevivirían a sus padres, a todos sus coetáneos, pero sus corazones no tendrían jamás el palpito de la vida. Pero esa es otra historia.

Mi curiosidad por la vecina Casa Santo renacía cuando llegaba Bernardo Goríbar, y más cuando recibía visitas. Atendí todas las conversaciones, comparándolas con las nuestras. De su lado hablaban de los magonistas conspiradores, de las ideas subversivas que carcomen al país, de los rebeldes maderistas que incendian las voluntades de los inocentes, de los movimientos sediciosos que se reprobaban desde el púlpito. Del nuestro, se arremetía contra los frecuentes carcelazos arbitrarios practicados en los que se atreven a denunciar la podredumbre porfirista, que es mucha. Se hablaba de injusticias, de arbitrariedades, de tiranía y de la necesidad de escuchar a los antirreeleccionistas, «los pueblos se dignifican por la ley». En Casa Santo, de las prédicas disolventes de Madero. Amotinados, se decía en Casa Santo. En

Casa Espiritu: patriotas. Madero era de nuestro lado un ser ejemplar, del suyo un alborotador que traía desazón al pueblo. En Casa Espiritu: «¡Somos rebeldes!, seremos implacables». En Casa Santo: «Seremos implacables contra los rebeldes». En Casa Espiritu: «Nunca la maldita resignación». «Tirano». «Nos opondremos a la fuerza». «El imbécil Díaz».

Las dos casas vecinas teníamos un gusto en común: la pintura. Ahí coincidíamos en loas y me atrevo a decir que en gusto, aunque sé que en aquel entonces no habría sido fácil decirlo. Los de Casa Espiritu conocían (no solo de oídas) la colección que albergara Casa Santo. El paterfamilias la había dejado pasar sin interés cuando se la ofrecieron, a pesar de las peticiones de sus dos hijos niños, pensando que era un capricho pueril pagar por «telas pintarrajeadas». Lo que él sí había querido comprar era la tierra, pero en ese momento no tenía con qué, y se negaron a prestarle el importe. Eso sí que lo lamentaba. La vista de las pinturas había cambiado la vida de los dos pequeños, en especial la del varón. Después de haberlas visto, quiso ser pintor. Pocos años después se había tornado en un artista profesional, y muy dotado. Los dos jóvenes consideraban la estancia de esa colección de arte mexicano en Casa Santo un ultraje. Era una colección sin rival. Tendría que estar a los ojos de todo el mundo. Era criminal que fuera para el esparcimiento de ese viejo y su hijo que solo ponían encima de esta los ojos cuando, abotagados de comida y bebida, se retiraban a fumar cigarros puros («ignominiosamente») fabricados en Holanda. Tenían además una espina clavada: un autorretrato del joven pintor había ido a parar a la colección que algún día perteneciera al prócer Acosta. No había modo de recuperarla. A la oferta que hicieran de recomprarla, recibieron una contraoferta, muchas monedas «por cualquier lienzo que salga del mismo pincel, en el que estamos interesados para nuestra colección».

Al fondo de Casa Espiritu, en el estudio, había una bandera de los alzados, blanca con tres picos, colgada de un bastidor. En Casa Santo, un enorme retrato de don Porfirio, al que nomás le faltaba poner una veladora y cantarle mientras humeaban incienso. Del nuestro se llamaba al mismo personaje «déspota que no conoce más ley que su capricho». En Casa Santo le decían «reformador generoso de un país atrasado, el profeta de México».

Si en Casa Santo se comentaba un *garden party* en Chapultepec, muy lucidor, de nuestro lado se hablaba de la tierra arrebatada a sus legítimos dueños. Ellos, de un té aristocrático o un *lunch*. Acá se coordinaba el envío de telegramas desde distintos puntos de la República, pedían «la libertad de los presos políticos que gimen en el castillo de San Juan de Ulúa y en la

penitenciaria de Mérida, exigimos que al brillar el Centenario de nuestra Independencia, ganada de la mano de la justicia, no haya un solo mexicano encarcelado por su disidencia».

«Patean el pesebre», se decía en Casa Santo. En Casa Espíritu se desglosaban los detalles escandalosos de las corruptelas y los despojos. En Casa Santo, se reseñaba la carrera de caballos que organizó el Country Club en el hipódromo de la condesa, se elogiaban vestidos y elegancias. En Casa Espíritu, se remachaba sobre los presos políticos.

Un mismo hecho se comentaba como dos contundentes verdades antagónicas: de Madero, aquí se decía que había hecho marchas triunfales durante su gira. En Casa Santo se le creía promotor de movimientos sediciosos, que no se cansaba de crear desasosiego.

Los nuestros insistían en mencionar fraudes desvergonzados.

En Casa Santo leen *El Debate*, que en Casa Espíritu llaman «inmundo periódico reeleccionista, cloaca del porfirismo». En Casa Espíritu, *La Guillotina*, entre otros que de aquel lado llaman subversivos, panfletos que debieran quemarse en plaza pública. Como el que en Casa Espíritu era motivo de orgullo: el periódico donde publica Esperanza.

En Casa Espíritu hay una reunión semanal de mujeres que se llaman a sí mismas El Club de las Juaristas. Recibirán la visita excepcional de una representante de las Hijas de Cuauhtémoc —maderistas con agenda revolucionaria—, la poeta y periodista de altísimo prestigio Dolores Jiménez y Muro, cuñada del poeta potosino Manuel José Othón (que aquí no era bien visto por chismes de esto y lo otro, de los que no doy mayores detalles porque huelen a infundios; todos bordados alrededor de su poema *El idilio salvaje*, «por qué a mi helada soledad viniste», pero de lo que no hay margen de duda es que no les era simpático; era un gran poeta, sí, pero un mequetrefe, cazador de alimañas que tuvo el vicio del vino, mal cuñado e ingrato marido).

Fue aquí cuando llegó María. Acababa de empezar septiembre, en breve comenzarían las grandes fiestas celebratorias del Centenario de la Independencia. Llegó, como ya conté, manejando su Oldsmobile, con el que había viajado por vía de Veracruz, a donde llegó de Brooklyn por *ferry*. Lo conté también ya, ella estaba al volante. Un chofer había conducido el Oldsmobile del puerto a la capital, María viajó en tren con su asistente, en el vagón del Ministerio de Guerra. Como he dicho, en Casa Santo la recibieron calurosamente el general Goríbar, su papá, y Julián, su hermano, mordiéndole la oreja. Los habíamos dejado ahí, en el vano de la puerta.

En Casa Santo se preparaban para una fiesta muy formal. La animaría una orquesta de violines, los invitados serían la cuadra mayor del Gobierno porfirista, con sus señoras. Don Porfirio mismo no podía asistir, los embajadores de distintas naciones comenzaban ya a llegar (era la versión oficial, lo cierto: su estado de salud distaba de ser ideal, no estaba en condición de emprender un viaje a ningún punto, por más cercano que estuviera a la capital).

—Pasa, María, tienes que ver nuestra Casa Santo, verás que ha quedado como la soñó Esther, seguí a pie juntillas sus indicaciones. Es el sueño de tu mamá...

—Sueño a diario con ella, papá...

—Yo también sueño con Esther. Ella era un sueño en vida.

—Los dos con sus ridiculeces, por eso se llevan tan bien —dice Julián a María, caminando más rápido que ellos dos y llevándose del brazo a su asistente—. Yo le enseño a este dónde está «tu» estudio.

—A ti hasta Amado Nervo te parece ridículo —le contesta sin ponerle mucha atención el general Goríbar, pero Julián no lo alcanza ya a oír—. Aquí, María, en el recibidor pedí a don Telma nos hiciera esta cajonera, mírala. Tu mamá quería aquí un armario, ya lo había encargado cuando nos dejó...

—Yo estaba con ella cuando lo pidió... Fuimos juntas al taller de don Telma, en San Francisco...

—Es lo único donde no seguí su idea, necesitábamos dónde dejar las armas, ya no se puede salir a la calle sin... Las cosas se han puesto mal... ¡Pero no amarguemos tu llegada! Ven, vamos a ver las pinturas. Estas son pinturas de castas, de la Colonia.

María vio las pequeñas pinturas con escenas de la vida cotidiana en el XVII. No le parecieron gran arte, sino «del aburrido, es costumbrismo».

—Costumbrismo sí es —dijo el general—, pero a mí no me parece en lo más mínimo sin interés —de cualquier manera, no se detuvo en estas, quería enseñarle a la hija el resto de Casa Santo, y lo que esta contenía.

María y Bernardo recorrieron toda Casa Santo. Cada paso oprimía más el corazón de María. Más. Más. Era la casa de su mamá, pero en ella respiraba su muerte. Guardó silencio.

—¿Por qué tan callada, hijita?

—Me da tristeza, papá. La casa...

—No hay espacio para tristezas, María. Piensa que a Esther eso de verdad no le gustaría. Ven. Te voy a enseñar el fumador.

Entraron al cuarto de fumar. Era el salón más grande de Casa Santo. Ocupaba casi toda el ala poniente. Cuatro (excepto el espacio de las cuatro aperturas al patio central) estaban cubiertas de pinturas, del piso al techo.

—Esta es la colección que tu mamá y yo compramos cuando cerramos el trato del terreno. Este fue mi capricho. Lo guardamos desde entonces en una bodega, esperando tener este espacio. Espero entiendas por qué la quise —Bernardo Goríbar cambió aquí de actitud, dejando de lado su aire marcial—. Esto, María, hija, esto es México. Está en mis manos salvarlo, cuidarlo, protegerlo. Tenemos aquí, en este salón, la mejor colección de arte mexicano. Es tu deber protegerla, María. Tenemos el xvi, los primeros años de la Colonia, el xvii, el xviii, principios del xix, arte de los insurgentes, la veremos con calma cuando acabes de llegar, hay mucho que decir de ella. No he comprado sino pocas piezas, tres de José María Velasco, los ahuehetes de Chapultepec, el paisaje del Valle, te voy a señalar dónde estaríamos si decidiera incorporarnos —le señaló dónde—, y su autorretrato, que me parece extraordinario.

—Papá, ¡es formidable!

—¡Por fin hablas, niña! Toda la colección es formidable.

El general y María pasan en silencio observando las pinturas que cuelgan en los muros.

—Es tuya, María. Tu herencia, tu capital. Debes protegerla a toda costa. Entiende lo que significa. Como están las tormentas del país, esta puede ser la única que reste como testigo de las grandezas de nuestros artistas. Las pinturas están en perfecto estado. Solo hay una que está rota, pero te diré que me gusta: un corazón perforado, parecería que por una bala. Me enamoró desde que la compramos. Ahora, viudo... me parece apropiado —Bernardo cambió de tono—. Esta —dijo, señalando otra pintura de menor tamaño— es también un autorretrato, también de un pintor. Es la adquisición más reciente, la compré a un amigo. Por cierto, el artista es nuestro vecinito, tiene una hermana que es la jaqueca de don Porfirio. Pensar que cuando nos mudamos pensé: «¡Pobres diablos de muchachos!». Ya no lo pienso así... Sus odiosidades... Él se llama Javier Serrán. Lo pintó adolescente. Es un artista genial. Lo decía mi padre: el genio artístico no suele llegar a las almas delicadas, sino que el capricho del destino lo deja caer en placeras. Él lo decía de las artistas, las del escenario. Sé, por experiencia propia, que estaba en lo correcto también en relación con otras artes. Si te contara... los escritores... ¡las que me han hecho pasar...!

—Tengo la comisión de retratarlo, papá...

—¿Retratarme a mí? ¿Quién va a encargarte la foto de este viejo arruinado?

—No eres viejo, ni estás arruinado. No, papi. No tuya. De Javier Serrán, «el pintor de la raza indómita que puebla el antiguo Anáhuac».

—¿De Serrán? ¿Comisión? —Bernardo recobró su aire de general—. ¡No lo repitas! No lo oí, y no lo quiero volver a oír. No lo supe, y no lo sabré.

María no dijo nada más. No le habló más de Serrán, ni dijo una sola palabra de su vida neoyorkina. No tenía nada que ocultar, sino motivos para enorgullecerse. Pero sabía que cualquier cosa que dijera provocaría enfados y desavenencias. No era solo un asunto de ideas. Su vida en el extranjero la había ayudado a establecerse con independencia total de su familia y su círculo mexicano. No podía suscribir las palabras del general Gorívar: «Es preferible una tumba que todo un cementerio».

El general Gorívar era impulsivo, progresista y enemigo de los científicos. ¿Quiénes eran estos? En corto, los dueños de todo lo redituable en México. Tenían por líder o jefe a Matías Romero. Por ese lado había perdido aliados. Pero eran muchos los frentes donde la situación se había hecho difícil para Gorívar. Las batallas contra los yaquis en el norte, contra los mayas de Yucatán que se habían rebelado en contra de los negreros, contra los trabajadores de los talleres textiles, los mineros. Y estaba encima el asunto Madero, que él enfrentó con una tempestad de intrigas, delaciones, combinaciones, hurtos y estafas desatadas entre (y contra) los líderes antirreeleccionistas de la ciudad de México, y reprimiendo las manifestaciones públicas que no había podido sabotear. Que todo fuera tan fácil como corromper. Los ciudadanos eran dóciles a los cañonazos de dinero.

María Gorívar venía de trabajar al lado del fotógrafo Alfred Stieglitz en Nueva York. Había establecido allá una reputación. El periódico *The New York Times* la había contratado. Estaba en México, sí, convocada por el padre, pero el verdadero motivo que la traía a México era un asunto profesional. Con motivo de las celebraciones del Centenario, su periódico iba a publicar un largo artículo sobre el gran pintor mexicano emergente. María Gorívar se encargaría de las fotografías, un retrato del pintor y algunas tomas de su obra. Él era Javier Serrán, el vecino que vivía en Casa Espíritu.

El campesino enriquecido que había comprado Casa Espíritu tenía dos hijos. Esperanza era la mayor, periodista y activista política, aguerrida y dulce. El benjamín era el talentoso pintor de quien todo mundo se hacía lenguas. María no conocía aún a ninguno de los dos.

Ni tarda ni presurosa, en cuanto Bernardo la dejó para atender asuntos con su secretario personal, fue con Lucrecio, su asistente, para ver cómo iba la instalación del laboratorio de revelado y la situación de Nezahualcóyotl. Todo parecía estar instalándose sin mayor conflicto. Fue a su recámara —una experiencia ingrata, pues bien el general o Esther la habían diseñado a pie juntillas idéntica a la que tenía en Ciudad de México, la recámara de su infancia, a la que pocas ganas tenía de volver—, y dio indicaciones al servicio doméstico de cómo acomodar la ropa en el vestidor —no a la pareja de escuálidos pálidos, sino a dos jovencitas venidas de la casa de la familia en la capital—. Tomó un baño. Arregló su cabello. Se vistió de punta en blanco, un vestido recién importado de París. Se colgó del cuello su camarita portátil, el rojo acordeón de su lente marcándole en el pecho un corazón con ojos, pura memoria fija. Se calzó un pequeño sombrero, solo por coquetería —el viaje le había quitado gracia a su largo cabello—. Tomó su maletita de trabajo —una lámpara, la carta en donde le encomendaban la fotografía del famoso pintor, el tripié plegable—, y sin decir ni agua va salió de Casa Santo y caminó los doce pasos que la llevaron al portón abierto de Casa Espíritu.

Vivían en Casa Espíritu los Serrán. El papá, un viudo que no tenía ninguna intención de volver nunca a casarse, el campesino enriquecido que había comprado Casa Espíritu, hábil para el cultivo de la tierra, y para los negocios, tomó la decisión de mudarse con su familia a las cercanías de la capital porque desde aquí podía mercar en situación más favorable los productos del Bajío en la capital; el lugar era ideal para el comercio. Los caminos se habían vuelto inseguros, no podía viajar como lo había hecho antes. La condición de los caminos había empeorado, lo que hacía más necesaria la mudanza; había comenzado cultivos en áreas cercanas, encontrando con ojo certero los puntos favorables. En cuanto a los hijos, eran ya adultos los dos, y no lo necesitaban como cuando eran niños, pero él a ellos de la misma manera.

El papá de los Serrán tenía ojo, instinto y habilidad organizativa. Era una bala, pero bala de trigo. Su hija, Esperanza, firmaba su columna periodística con el seudónimo Bala de Tinta. En cuanto a Javier, sin duda el pintor más talentoso de su generación, no era una bala. Tenía otro temperamento. Él era un suave, un dulce pincel.

María entró al patio de Casa Espíritu cuando los cargadores acomodaban la avena. La escena la conmovió. Tomó su cámara, extendió el cuello del

lente, y pulsó el disparador. La cocinera, que salía de la sala palmeando las manos para alejar a una gallina entrometida, la vio.

—¿Y usted?

—Buenas tardes, señora. Mi nombre es María Goríbar. Soy fotógrafa. Vengo con la comisión de tomar una fotografía al artista Javier Serrán. ¿Podría usted tener la gentileza de comunicarle mi interés? Tengo aquí una tarjeta.

—Déjese de papeles que tengo las manos llenas de aceite, ando moliendo ajonjolí para el mole —doña Luz cambió el tono de voz por uno más áspero aún, gritó—: ¡Toña!

Toña salió de la cocina, secándose las manos con el mandil.

—¿Me llamaba, doña Luz?

—¿Abriste la puerta del corral de las gallinas? Acabo de sacar una clueca de la casa...

—No, doña Luz, yo no, se lo prometo —pero en la cara de Toña había más una confesión que una disculpa, suerte que no se la vio doña Luz, que le hubiera puesto ahí mismo una regañiza.

—Ve a decirle al joven que lo busca una señorita que es mecanógrafa. Y corriendito te me vas a revisar si está cerrada la puerta del corral, ¡anda!

—Fotógrafa, soy fotógrafa.

—Eso, pues, niña, qué más da.

Doña Luz ve pasar otra gallina a sus pies, la palmea, la gallina se asusta, cacarea y echa a andar rápido, doña Luz sale tras ella, repelando:

—¿Quién las dejó salir del corral?, ¡ya en esta casa no se puede con nada!, ¡todos meten las manos en lo que no, y una cómo va a hacer...!

Toña, aprovechando que doña Luz está en otras, se enfila al solar vecino, a cerrar la puerta del corral, segura de que sí, de que fue ella quien la dejó abierta en una distracción, cuando les fue a echar maicitos trozados. Va corriendo, corriendito, repitiéndose para sí «fotógrafa, fotógrafa, fotógrafa». Luego irá a decirle al joven Javier que lo busca esa «fotógrafa», ¡con que no se dé cuenta doña Luz de que va primero al corral y luego a obedecerla! («fotógrafa»), ¡pero peor que vaya al corral y note los maicitos recién tirados y la puerta abierta! («fotógrafa»), ¡porque se iba a dar cuenta de que fue ella, y ahí sí le daría de cueros! («fotógrafa»). Para colmo, cree que sobre la puerta dejó colgado su trapito de sacudir, lo puso ahí al entrar y tiene rato que no lo encuentra («fotógrafa, fotógrafa»).

La mirada de María topó con la escena de los cargadores de avena, las mujeres al fondo. Dejó su maletín en el piso. Sacó el tripié, lo armó sin dejar

de ver la escena, manos hábiles de ciega, lo puso al piso —aquí sí debió separar los ojos—, fijó su camarita, tomó la primera placa. Para la segunda usó su lámpara, también portátil.

Fue en el momento en que la luz artificial brilló —luz que, confieso, me embelesó, la anhelé más todavía que a la de los bulbos de Casa Santo— cuando, como convocada por esta, Esperanza salió del estudio al patio, rumbo a la calle. Al salir de la puerta del estudio alcanzó a ver el resplandor de la luz artificial. Sus ojos buscaron la razón de esa luz.

Esperanza vestía también de punta y blanco, también a la última moda, pero su vestido, de factura nacional (se lo había cosido doña Cuca, la modista de San Pedro), tenía toques mexicanistas: un bordado, también blanco, barroco (flores, palomas, figuras mayas), en el cuello, las mangas, el dobladillo de la falda y el cinturón, y un hermoso rebozo de bolita. No llevaba sombrero, sino atadas las trenzas alrededor de su cabeza.

—¡Una fotógrafa! —exclamó Esperanza, al ver quién era la causante de la luz que le había llamado la atención—. Mucho gusto —dijo, acercándosele y dándole la mano—, soy Esperanza Serrán.

—¿Hermana del pintor?

—¡Suerte la mía!, ¿no le parece? ¿Me permite? —dio a María un ejemplar de su periódico—, lo publicamos nosotros. Ojalá quisiera usted colaborar, veo que le gusta tomar fotografías de escenas reales. Hace tanta falta eso en México. Firmo «Bala de Tinta». Con permiso... Fue un placer. Disculpe me retire, tengo cita con mi editor —dio un paso para salir y se volvió a decirle—: Se me ocurre que tal vez está usted interesada en asistir a nuestra reunión de hoy. Solo mujeres. Y solo demócratas. Y solo patriotas. Maderistas las más, pero algunas... ¿Qué me dice? No me decida ahora. Tenemos una visitante especial, Dolores Jiménez y Muro, es poeta (muy buena), espléndida periodista, y activista fervorosa. Una mujer admirable. ¿Viene? A las seis de la tarde, si quiere llegar.

Mientras cursaba la invitación Esperanza, Toña cruzó rápida frente a ellas, iba a avisarle a Javier que lo esperaba María, se decía a sí misma en voz baja: «Fotógrafa, fotógrafa».

Toña no tardó ni un minuto en salir, con una sonrisa en la boca. Javier recibiría a la «fotógrafa».

Toña sonreía porque había visto a Javier y, «como todas» —o así se decía ella—, estaba enamorada de él, por supuesto que a sabiendas de que era un amor imposible, o contemplativo. El segundo motivo era la satisfacción: había dicho «fotógrafa» con total corrección. Había visto la reacción en él,

«fotógrafa» era algo a lo que valía ponerle atención. Doña Luz había repetido «mecanógrafa», por una vez en su vida ella sabía hacer algo mejor que esa enfadosa vieja.

Fue en el momento de verlo que María se dijo en silencio versos que le avergonzaran por venir de pluma porfirista:

Si eres sombra seré sombra,  
si eres sueño seré sueño,  
si eres nube seré nube,  
si eres luz, seré risueño  
rayo de alba o de poniente  
por llegar hasta tus brazos,

versos que había oído de niña, y con los que había imaginado entonces lo que era el amor. Pero ahora lo sabía con toda precisión: esto era el amor, mirarlo, mirar a Javier Serrán.

Dejó su maletita al piso. La cámara le pesó al cuello como nunca. Lamentó el sombrero. Lamentó haberse puesto ese vestido nuevo, tenía que haber llegado con algo menos formal. Él hacía unos trazos en el papel, rápidos, con lápiz, delgados: no alcanzó María a distinguir qué eran. María se lo repitió: era un hombre bellissimo. El autorretrato que acababa de ver, el que su papá compró, no le hacía justicia: se pintaba como un ser siniestro, ensimismado, gris. No lo era. Él era la luz, radiante. Era un ángel. No: era un demonio dulce. No: era un dios de manos suaves. No: él era el amor.

Javier hizo a un lado el cartón con papeles en el que estaba ensimismado. Volteó a verla, pero en realidad no la vio: clavó los ojos en el vestido blanco, muy francés, muy porfirista. Se dijo: «¿Conque fotógrafa? ¡No hay tal! Es un pavo real esponjado, botarate del dinero heredado de un abuelo laborioso, dilapidadora de la fortuna amasada sobre los surcos de la hacienda y fertilizada con sudor y sangre de los trabajadores. ¡Una *dandy*! Para esos no hay patria».

—¿Usted me busca? —le dijo, casi maquinal; extendió la mano, clavó los ojos en el techo.

—María Goríbar, mucho gusto.

—¿Goríbar? —y pensó para sí: «La plata que dilapida nació de un contrato leonino con el gobierno de San Luis Potosí o de Veracruz, baja estofa de corruptores corrompidos».

—Soy fotógrafa profesional. Vengo de Nueva York con el encargo de tomarle una fotografía para el *Times*, el periódico más importante de Estados Unidos.

María le extendió un sobre. Javier lo abrió: era una carta, en efecto, del mencionado periódico. Se la regresó sin decir palabra. Su voz le cayó tan mal como su vestido, la entonación reveló a la efebica patricia, la arrogancia presente en su cantadito... ¡Burguesa!

—¿Quiere ver mis fotografías? —agregó María—. Vengo de estudiar con Alfred Stieglitz, ¿sabe quién es?, y...

—¿Cuándo las necesita? —Javier fijó la vista en la falda del vestido. ¿De dónde era la tela? ¿Centroeuropa? ¿De qué telar venía ese hilo? «Hermoso hilado», se dijo, pintor al fin.

—Cuanto antes. Me la han pedido con cierta urgencia. Quisiera, si le es posible, las hagamos cuanto antes. Como dependeremos de la luz... Es un oficio tan difícil. Lo sabe usted porque su oficio es *igualmente* difícil.

El comentario cayó en Javier como plomo. Dejó de ver la falda y fijó los ojos en los zapatos. «Ridículos», se dijo, y en alta voz:

—Espere. ¿A qué «oficios» se refiere?

—La fotografía, la pintura...

—No podemos comparar. Pintar es un arte, no un oficio. ¿Puede venir mañana?

—La fotografía también es un arte, y no un arte inferior. Y la pintura es también un oficio, requiere de absoluto dominio sobre la técnica. Imposible hacer una renovación en la pintura sin hacerla también sobre la técnica, y...

Javier la interrumpió, con cierta irritación:

—La veo mañana, aquí, a las cuatro. En este valle siempre hay buena luz.

—No quiero contradecirlo, pero...

Javier volteó la cara hacia la ventana que daba al patio. Tras la cara, el cuerpo. Estaba dando la espalda a la «fotógrafa».

Silencio. María no agregó nada. Javier remató su comentario, ninguna intención de ser amistoso, cordial o siquiera cortés:

—Y por cierto: Stieglitz, o Smith, ¡aquí hay López y Rodríguez, y de mucho talento!

Con un gesto de sus brazos, Javier le indicó a María el camino hacia la puerta. La fotógrafa le había colmado el plato. «Riquilla gazmoña», se dijo, un error porque su ropa no era de gazmoña, y lo de riquillo podía aplicarse a él también. Giró otra vez hacia ella, pero de nueva cuenta no le puso los ojos encima. María echó a andar. Javier la siguió, sin prestarle mayor atención y

sin ofrecerle llevar la maletita, mínima cortesía en un joven bien educado como era él. Pero había personas con las que no ameritaba pasar por educado, porque sería servil. No resistió la tentación de hacer un comentario contra los gringos:

—No me negaré a que me tome usted una fotografía, pero... si los gringos son insensibles a sus propias miserias, si dispersan a los sin trabajo con machete, ¿qué podemos esperar de sus periódicos?

María se detuvo. Pero no se giró para hablarle:

—No voy a defenderlos, porque no es algo que me interese. Pero sí quiero decirle que cualquier país es imperfecto. Y que sin prensa seria y honesta, cualquier país es un infierno. Y que sin solidaridad entre naciones, cualquier mundo es un manicomio.

Javier la escuchó, entrecerrando los ojos. Tenía razón.

Salieron los dos al patio. Antes de dar el primer paso hacia el portón, María se detuvo, y en silencio señaló con una mano la escena de los cargadores de avena, como si ocurriera no a dos pasos de ellos sino en un lugar inalcanzable, mítico. Siguió apuntando con la mano, ensanchando el instante. Se quitó el sombrero, dejando caer el cabello sobre sus hombros. Tiró el sombrero a sus pies. Tomó la cámara que colgaba de su cuello, sacó su trailla por arriba de la cabeza, apuntó, y tomó una foto más de la escena. Se volvió a poner la correa al cuello y dejó la cámara pender a su pecho.

—Bella, bella escena. La fotografié de tres maneras ya. La primera, entrando, desde aquel ángulo. La segunda desde el mismo punto, pero usé luz artificial, las hojas de la avena toman otra tonalidad, son casi metálicas. Esta fue la tercera. No sé... las voy a revelar.

Javier la había volteado a ver por primera vez, intrigado por esa mirada que había visto lo que él había estado buscando ver en el patio. Con los bocetos a lápiz, había explorado la escena. Aún la estaba observando —y ella no lo notaba ya—, cuando contestó a su comentario:

—La estoy dibujando, la quiero pintar.

—Será un magnífico lienzo. De hecho, esta creo que es mucho mejor en pintura, que no es para fotografía. No resistí tomarla porque es... Mira, ¡mira!, la luz, las caras... ¡un poema de amor a la clase trabajadora!

Volvió a señalar con el brazo extendido, y repitió, con un entusiasmo casi infantil:

—¡Mira!

María volteó a ver a Javier y fue la primera vez que cruzaron miradas. La joven se sintió temblar, como una hojita a punto de caer por el viento. Bajó la

cara. Se agachó a recoger su sombrerito del piso. Recordó de nuevo los versos venidos desde su infancia, de Amado Nervo: «Si eres sombra seré sombra». Era lo único que podía cruzarle por la cabeza. Volvió a alzar la vista. Él la seguía observando. Era hermoso, hermoso... María bajó de nuevo la cara. No supo de dónde, pero sacó fuerzas para dar el primer paso hacia la calle, olvidando atrás de sí su maletita. Tras su primer paso, el segundo, apresurado. La mano izquierda de Javier alzó del piso el maletín de la fotógrafa, dio un paso largo para alcanzarla, estiró el brazo derecho para tomar a María del brazo y acompañarla hacia el portón.

La mano de Javier en el brazo hizo en María el efecto de una corriente eléctrica. Pero como si esta fuera de alta intensidad, María no pudo separarse de Javier. Se dejó llevar en un estado que casi parecía dolor. El portón continuaba abierto de par en par, los cargadores van y vienen. La vista de estos liberó a María del efecto «mano-de-Javier» lo suficiente para separarse de él. María giró a verlos avanzar hacia el fondo del patio. Tomó su cámara. Apretó el obturador. Otra vez. Otra. Cambió de mira: enfocó a Javier, apretó el botón. Intentó una segunda con Javier, en otro ángulo, el torso de un cargador de avena atrás de la cara del pintor, pero ya no pudo, se había terminado el rollo de diez fotografías.

María dejó la cámara colgar sobre su pecho.

—¡Lástima que ya no pude tomar la última! —dijo recuperando la compostura, como si usar su cámara la hubiera restaurado—. Además de hermosa, la escena huele precioso. No sé qué es el olor, me gusta muchísimo.

Se agachó para tomar su maletita.

—Te veo mañana, Javier, a las cuatro —extendió hacia él el brazo, y se despidió dándole la mano, con aplomo viril.

Entró a Casa Santo feliz, como una campanita —la puerta estaba abierta, el secretario de su papá recibía unos documentos—. Cruzó el *hall*, sin verlo, el salón, como una flecha, sin notar los Cabrerías y los Lagartos, se detuvo al llegar al fondo frente al autorretrato de Serrán adolescente. En él puso toda su atención y lo vio con otros ojos: sí, también aquí era bello. El pintor se había envejecido en su retrato, buscando una gravedad que en efecto conseguía, un artificio teatral. Debió ser casi un niño al retratarse aquí, y parecía todo un señorón.

A toda prisa se dirigió a la cocina.

—¡Inés! ¡Estás aquí!

—¿Dónde más voy a estar, niña?

—¡Inesita!

María abrazó a Inés, que con los años se había empequeñecido aún más.

—¡Me lastimas, niña! ¿Qué traes colgando? ¿Qué es eso?

—Es mi camarita, Inés. Me acaba de pasar algo... tú no te imaginas... ¿Dónde está Nezahualcóyotl?

—¿Quién?

—Mi perrito, el chihuahueño.

—¡Ah! ¡Eso! Pedí a Lucrecio lo sacara de aquí, me parece una cosa espantosa.

—¡Inés! ¡No digas eso!

—A comer. La mesa ya está lista. Tu papá ya había preguntado por ti.

En Casa Espíritu, Javier entró a su estudio, tomó sus hojas de bocetos, el rígido cartoncillo que usaba para apoyarse, y salió de inmediato. Se paró donde María había tomado las últimas fotografías, hizo rápidos trazos representando un detalle u otro de los cargadores de avena. No, no encontraba el ángulo que necesitaba para hacer el conjunto. «Debo intentar pintar ese olor a avena fresca». Y diciéndose esto, siguió en sus bocetos.

En el patio de Casa Santo, al lado del pozo, María está a punto de tomar una fotografía, da indicaciones a Lucrecio de cómo reacomodar la tortuga en el pretil del pozo.

—La necesito un poco más a la derecha, Lucrecio... No tanto... A la izquierda... casi ahí, pero ponla un poco más...

Julián, que los ha visto desde la sala, corriendo irrumpe en el patio, empuja a Lucrecio, provoca que la tortuga caiga al pozo en el preciso momento en el que alumbra el *flash* de la cámara. Después, empuja hacia el pozo a Lucrecio, lo manosea con groseros gestos.

—¡Julián! ¡Déjalo en paz! ¡Déjalo! —María grita—: ¡Papá! ¡Papá! ¡Ayúdenme! ¡Auxilio, socorro!

El general Goríbar, con una pluma en la mano, acompañado de su secretario, aparece con expresión de alarma.

—¿Qué pasa aquí? ¡Julián! —sus ojos fueron a dar a la escena soez—. ¡Por Dios!

Julián suelta a Lucrecio, no sin antes decirle muy quedo al oído «Ya me la pagarás, peladito», y gira la cara para ver a su papá con una cara de arrojito extraño, un mudo «¡Ni sabes!».

María se cambió el vestido por algo más casual y «menos blanco». Entró a la sala de Casa Espíritu en el momento en que Dolores Jiménez y Muro hablaba. Esperanza le hizo una seña de que se acomodara en algún asiento,

cosa que hizo. Escuchó a la mujer con asombro. No era hermosa, no era joven, pero su energía era bella y juvenil. Era socialista —como la mayor parte de sus amigos neoyorkinos—. Decía que había fundado el Club Femenino Antirreeleccionista Hijas de Cuauhtémoc tras unirse al maderismo, «aunque con Francisco tenga yo mis reservas».

—De los clubes políticos surgirá la revolución, de lugares como este, de medidas que tomen los ciudadanos en sus propias manos, guarecidos de la herramienta atroz de un Estado corrompido en sus entrañas... Queremos libertad y verdad, no acrecentar sus bolsillos y padecer sus represiones.

María hizo una seña a Esperanza consultándole si podría utilizar su cámara. Esperanza asintió entusiasta. Con prudencia, mientras Dolores Jiménez y Muro continuaba hablando, María acomodó el tripié de la cámara y colgó su lámpara en el vano de la ventana, sin dejar de escuchar:

—Después de la muerte de mis padres, abandonando un poco mi sociedad habitual, comencé a visitar los cuchitriles de los miserables para llevarles, como miembro de alguna sociedad filantrópica, un poco de pan y algún consuelo; y como todo se los daba con amor, veían en mí a una amiga, y me hicieron infinidad de veces sus tristes confidencias, cadena desgarradora de miserias, de humillaciones y de injusticias, la cual puede sintetizarse en estas palabras: usurpación, despojo, abuso; porque el trabajo no era retribuido debidamente; porque se les hacían pagar muy caras sus miserables viviendas, de modo que a los propietarios de ellas reituaban el 4, el 5 y hasta el 6 por ciento mientras que las casas destinadas a las otras clases reituaban cuando mucho el 2 por ciento; y como si esto no fuera bastante, se les exigía un humillante servilismo.

María tomó la primera fotografía. En ella, Dolores Jiménez mira directo al lente y deja de hablar. Su expresión tiene cierta dulzura que contrasta con la firmeza de sus rasgos. Dolores continuó:

—Después de ver las miserias de la ciudad, originadas por la mala retribución del trabajo, fui al campo, en donde era todavía mayor la explotación del hombre por el hombre, pues, además de lo bajo de los jornales, había que agregar el despojo de los terrenos, tanto de los pueblos como de los particulares. Y allí, entre aquellos seres analfabetos, oí, de los labios de ellos al hacerme la relación de sus desdichas, el grito de rebelión y de protesta, como lo escuché en la ciudad.

Aquí María tomó la segunda fotografía. En esta, se ve a Dolores alzando la mano. Está pronunciando alguna vocal abierta. Su expresión cambia: hay

en ella la voluntad del que sabe llevar el mando. Siguió, como si no hubiera habido luz o fotografía.

—Nadie lo había proferido ante ellos, si no era su propia conciencia, diciéndoles que eran hombres y no cosas; que eran hijos de Dios y no propiedad de los que los despojaban y oprimían. Desde entonces comprendí que la revolución actual no estaba lejos, porque ideas germinaban por todas partes.

María tuvo que dejar la reunión antes de que terminara la presentación de Dolores, y no escuchó la intervención de Esperanza («Hace poco el encarecimiento de la vida en México, la paralización de muchas industrias, la falta de trabajo y las tristes noticias de la represión alejaron el buen humor que nos quedaba. Hoy, Dolores Jiménez y Muro nos ha regresado la fe en un país que vamos a refundar, en el que para vivir bien y honrado no es necesario ser maromero, acróbata o torero»).

María esperaba una llamada de teléfono de su editor que debía atender. Como el general Goríbar no había instalado aún teléfono en Casa Santo, María había dado al editor el número del cura. De modo que recibía los dulces que las monjitas habían preparado para su papá, cuando escuchaba las siguientes comisiones de su editor: una era urgente, tomar la casa de un tal Juan Sánchez Azcona, que acaba de ser arrestado en Washington acusado de estafa por el Gobierno mexicano. «Tu fotografía será pieza documental, se habla de su mansión como argumento, y de su casa de campo, pero otros alegan que no hay motivo para culparlo; veamos si la imagen refrenda o desdice la teoría de malversación de fondos». Esto era para «hoy, mejor dicho para ayer». El editor le dio la dirección precisa de la casa y le encargó localizar la casa de campo. La segunda comisión consistía en retratar a un «bandolero» —según algunos—, «prófugo de la justicia» —según otros—, llamado Santanón. Esta no iba a ser fácil, pero, le dijo María, encontraría la manera de acercársele.

—Ah, y otra cosa. Un poeta... se llama Díaz Mirón, es también diputado. No creo que podamos correr la historia, pero... ¿lo conoces?

—«La perla brota del molusco herido / y Venus nace de la amarga espuma. / Hay plumajes que cruzan el pantano / y no se manchan... ¡Mi plumaje es de esos!».

María le recitó los versos de memoria, traduciéndoselos a inglés improvisado a renglón seguido.

—¿Así que es poeta importante? ¿Es conocido?

—¡Una celebridad!

—Dicen que ayer por la mañana asesinó a alguien por quítame estas pajas. ¿Un infundio?, ¿es un enemigo político?

—No he oído nada, pero se sabe que estuvo ya en la cárcel por asesinato. Estos versos van mejor para el caso: «¡Hemos venido / a este valle de lágrimas que abate, / tú como la paloma para el nido, / y yo, como el león, para el combate!». No puedo traducirte la rima, pero rechina.

—Consíguenos al poeta, dondequiera que esté, toma la foto, y ya veré si puedo meterla.

Antes de dejar la casa del cura, María obtuvo de las monjitas y del dicho información. La casa de fin de semana de Juan Sánchez Azcona estaba en San Pedro, a escasas tres cuerdas; en cuanto a la del centro, el tranvía la depositaría a pocos pasos, no necesitaba llegar en su automóvil. Mejor, pensó María, así podría viajar sola, iría a primera hora. También le contaron lo que había ocurrido con Díaz Mirón. Otro diputado, de apellido Lozano, había circulado el chisme de que Chapital levantó un día la voz a Díaz Mirón, y «este lo había soportado». Díaz Mirón encontró en Plateros a Chapital, cruzó palabras reclamándole el infundio, Chapital lo negó, a Díaz Mirón le dio uno de sus famosos ataques de ira, insultó a Chapital y le vació encima el revólver, pero no lo hirió. Chapital lo sometió, lo tomó del brazo y esperó a la policía con la pistola humeante en la mano.

Sobre el bandido no pudo obtener ninguna información. No sabían nada. Le hablaron de otros, un tal Villa, que Madero hacía su aliado, decían que hasta jugaba con él al jai-alai, juego elegante, de señoritos; «una vergüenza», decía el cura, y ni qué opinar de los de la sierra, las gavillas en el Ajusco, no podrían jurar fuera cierto; no, no los había visto, solo repetían de oídas.

A primera hora del día siguiente, María salió en tranvía rumbo al centro de la ciudad. Tomó la fotografía de la casa que buscaba, una mansión. Y regresó de inmediato, a revelarla y enviarla. Alcanzó a darse un baño antes de sentarse a la mesa. Terminando de comer, se cambió. En el pasillo de las habitaciones tuvo un enfrentamiento con Julián sobre la ropa que vestía, que él consideraba de lo más inconveniente. Por decirlo rápido y claro, María lo mandó por un tubo.

A las cuatro en punto apareció María ante Casa Espíritu. Venía empantalonada. El portón estaba cerrado. Tocó la campana. Bastaron los doce pasos que median entre la puerta de Casa Santo y el portón de Casa Espíritu, más los dos minutos de espera bajo el arco de cantera, para que todo San Pedro se enterara de que la hija del general Goríbar se vestía como varón, que

traía pantalones, eso sí, de muy buena lana y cortados espléndido. Cuando la nueva llegó a la cantina hicieron bromas grotescas. En la iglesia, las gazmoñas se persignaron, dijeron que ropa así era obra del demonio —¿pues qué todos los hombres eran cosa del chamuco?—. En la comisaría, la noticia causó alarma, pero más que por los pantalones, porque había entrado a casa de los Serrán, «revoltosos, revolucionarios, terroristas», aunque lo de la ropa tampoco cantaba malas rancheras, les parecía un gesto que bien podría calificarse de «incitador al desorden social». Los huerfanitos de las clarisas se rieron a carcajada batiente. La nueva llegó incluso al encierro de los carmelitas, fresca como la leche fresca, rezaron tres rosarios por la familia Goríbar, eran beneficiarios de la orden. Se enteraron también las mujeres que lavaban en una poza del arroyo. Una tuvo el atrevimiento de decir que «tal vez» María no era mujer, «si viaja sola, si viste así, vaya Dios a saber con qué cosa nació entre las piernas». Nunca, nunca se había visto algo parecido en San Pedro. Y alegaban que en todo México, nunca. Las monjitas y el cura oyeron la noticia dándola por falsa, convencidos de que era un infundio. María les había caído la mar de bien.

Cuando Javier la vio con ese atuendo, sintió la reacción que ella tuvo al verlo por primera vez, sumada a la que desató su mano en el brazo de María cuando la condujo hacia el portón. Quedó en un golpe hechizado y electrizado. Eso, se dijo al verla o verle la ropa, eso es lo que él deseaba, lo que él amaba. Sintió el deseo irresistible de pintarla. El asistente de María —bello, también, pensó Javier, todo le pareció entonces bello— puso y quitó luces, puso y quitó marcos que le sirvieran de fondo, puso y quitó lienzos de su autoría para los que le solicitó permiso de moverlos, puso y quitó las superficies reflejantes. Tardaron más de dos horas en conseguir lo que ella quería. Javier no se impacientó. María usaba la cámara pesada, siniestra y negra. El despliegue de luces atolondró más a Javier. En ese estado se conservó mientras María, con celo laborioso, capturó la imagen que pocos días después daría la vuelta al mundo. Parecía un santo, un héroe, un dios, pensó María al verlo a través del lente. Esa es la que ella quería de él, para que se imprimiera a los ojos de todos lo que ella sentía al verlo.

Al término de la sesión de retrato, fotografiaron tres de sus pinturas, también con sumo cuidado, ya sin la presencia de Javier. Cuando acabaron, el asistente de María hizo dos viajes a Casa Santo regresando los útiles y herramientas. Por último, volvió para entregar a María su maletín, el que ella llevara el día anterior.

—¿Está adentro la carpeta? —preguntó María.

—Sí, con las fotos forradas. No les puse etiqueta.

—¿Ninguna?

—Sí puse la que va en el envés, pero no cerré el papel cebolla con otra.

—Está bien. Gracias, Lucrecio. ¡Ah! ¡Otra cosa! ¿Tiene rolo la portátil?

—Tiene las diez completas.

—Gracias. Prepara el laboratorio. Voy a revelar hoy.

El asistente dio la mano a Javier, despidiéndose en perfecto inglés, y salió.

—¿Por qué en inglés? —preguntó Javier.

—Un código que hemos inventado él y yo. Es muy tímido, y como salía de las sesiones de fotografía sin decir un pío a los que, como tú, han tenido la gentileza de aceptar mi lente, como si fuera una obra de teatro, o un ritual, le hice aprender esas frases para despedirse. Olvidé traducírselas para ti.

—Mejor enseñárselo cuanto antes, ¿no te parece? Es un poco ridículo que el asistente zapoteca de una fotógrafa mexicana no se despida en español sino en inglés.

—¿Es ridículo? Sí y no. Me regreso a Nueva York la próxima semana. Lucrecio viene conmigo. Aquí no quiero retratar a nadie. A nadie. Solo a ti. Bueno, me gustaría también hacer una foto a tu hermana.

—¿Esperanza? ¿Por qué Esperancita?

—La vi ayer. Me dio el periódico donde publica. Leí lo que escribió. Tal vez algún día me pidan también su fotografía...

—María —Javier cambió el tono de voz—. ¿Te puedo retratar?, ¿me lo permites?

María estaba agitada, y uno diría que desencantada de Javier, aunque no fuera el caso. El cabello ya no parecía estar perfecto en su lugar, como cuando llegó, y la corbatilla se había movido a un lado. Ni siquiera oyó lo que Javier acababa de decirle. Él se dio cuenta de que no lo había oído y lo repitió. María removía en su maletín, agachada, y no lo escuchó de nuevo, y ahora, más enfrascada en su búsqueda, se acuclilló. Al verla así, Javier sintió acuciante el flechazo: las pantorrillas de la bella sobresalían de la orilla del pantalón, hermosas. Estaban desnudas. Traía el calzado —de charol blanco— en los pies desnudos.

—¡María! —le dijo en tono imperativo, alzando la voz, que consiguió ella levantara la mirada—, ¿puedo pintarte?

María volvió la vista a su maletín. Por respuesta, sacó de este su carpeta con fotografías.

—Son para ti —dio la carpeta a Javier, sin levantarse, y siguió acuclillada al lado del maletín, ya sin buscar nada en él.

Javier dobló el torso para tomar la carpeta. Buena carpeta, de cuero, ¿de qué animal? Curada de manera que parecía terciopelo.

—¡Ábrela! Las revelé de una manera especial, para que el contraste de luz y sombras fuera más notorio. Creo que te pueden ser útiles.

Solo decirlo, y María volvió la vista al fondo de su maletín. No oía a Javier porque estaba pensando, y no en mucho orden. «Es un gran pintor», «nadie pinta ya así en Nueva York». Entendía que él no hacía un arte trasnochado, que había encontrado un camino personal para ponerse en contacto con el presente. Interrumpió sus pensamientos. Mientras sacaba un estuche de su maleta, de este la cámara portátil y se la colgaba al cuello, dijo:

—En París hay un nuevo estilo que se llama cubismo.

—Sé de él, hay un mexicano, algo más joven que yo, se llama Diego Rivera, que...

Javier observaba los movimientos de María. No le separaba la vista. Cuando la cámara pendió de su cuello, se dijo que esa cámara y esa mujer le habían gustado desde el primer momento en que las vio.

—¿Ya viste? —le dijo María, alzando la mirada y levantándose.

—¿Qué?

—¡Lo que te traje!

Javier puso una expresión de total desconcierto.

—¿Qué?

—¡Lo que te acabo de dar!

—¿Cuál?

—¡En qué estás pensando, Javier! ¡Abre la carpeta!

Javier sintió al quitarle los ojos de encima como si se hubiera arrancado de la piel una ventosa. Lo hizo para obedecerla, casi le causó dolor. Puso su atención en la carpeta que tenía en la mano. La abrió. Contenía varias fotografías, cada una forrada con papel cebolla. Comenzó a desenvolver la primera. Tras el papel cebolla había una hoja de otro papel, este de algodón, un papel muy fino, fabricado al tamaño exacto de la faz de la fotografía, las cuatro orillas con rebaba. Un papel hermoso. Javier estaba por levantarlo y ver la fotografía cuando entró Esperanza, como un torbellino, agitaba los brazos, estaba fuera de sí, tartamudeaba «es que... es que... es que...», y atrás de ella, casi inmediato, pisándole los talones, se escucharon gritos en Callejón del Fuego. Esperanza salió del azoro, y dejó salir sus palabras como una ráfaga:

—¡Es una manifestación! Hay entre ellos magonistas, ¡están en Callejón del Fuego! Vienen a casa del represor... La caballería venía atrás de ellos,

caminando a su paso... se detuvieron en el Parque, no sé si se atreven a entrar a Callejón del Fuego. Espero que no, es una trampa cerrada. ¡Los van a...!

—¡Vamos arriba! —reaccionó con rapidez Javier.

Cerró la carpeta, la dejó sobre la mesa, tomó a María del brazo, ayudándola a levantarse, y la guio. Esperanza se adelantó. Subieron la escalerilla del fondo. En la azotea, el sol golpeaba con luz filuda. Recorrieron la azotea, hasta llegar a la parte superior de la fachada. No se podían leer las pancartas, pero se oían las consignas. No eran demasiados, hombres casi todos con bigote, vestidos de traje riguroso, algunos de cabello más largo que lo habitual, imitando el estilo de los hermanos Flores Magón.

En el otro extremo de la azotea que compartimos Casa Santo y Casa Espíritu (porque nos alzamos a la misma altura, y una plataforma uniforme es lo que viste nuestra altura, como un sombrero calzado por dos cabezas), en el baño de uno de los cuartos de servicio de Casa Santo, a pocos pasos de donde la pareja escuálida encierra al niño de tres brazos bajo candado riguroso, en una habitación con las ventanas cegadas para esconderlo del mundo, Julián acorrala a Lucrecio, el asistente de María, lo aprieta contra la esquina, lo empuja hacia las dos paredes. El torso de Julián aplasta a Lucrecio hasta causarle dolor contra el ángulo de la habitación, echa mano de toda la fuerza de sus piernas para comprimirlo. Manosea el cuerpo de Lucrecio, unta caricias violentas y le dice con voz untuosa:

—Conmigo no se juega, ¡maricón! ¡Para que veas con quién te metes...!  
¡Te voy a...!

Lo oprime más contra la pared.

—¡Pero yo qué hice, señor Julián!, ¡yo no hice nada!

Golpes se alternan con los manoseos, tira de las orejas de su víctima, las mordisquea, hace sangrar un cartílago. Las caricias libidinosas son cada vez más agresivas.

—Pendejo, pedazo de...

—¡Señor Julián!, ¡déjeme ir, por favor, déjeme!

Julián mete las manos bajo las ropas de Lucrecio, alcanzan el escroto, el pene encogido, arrebujado. Lucrecio deja salir de la boca algo que parece un chillido, pero es más como un inerte objeto, sólido, opaco, sin vibraciones.

—Atrévete a gritar, y diré que te vi robar monedas del guardadito que tiene aquí arriba papá.

Julián intenta bajarle los pantalones a Lucrecio, los rasga, los pantalones empiezan a deslizarse por la cadera cuando se oyen gritos en la azotea:

—¡Tírense al piso!, ¡tírense al piso!

—¿Qué pasa? —se dice Julián, suelta a Lucrecio, gana la curiosidad sobre la crueldad, pierde todo interés en su juego.

Lucrecio se acomoda la ropa (le escurren dos lágrimas de un solo ojo), se apresura a escapar por las escaleras, antes que cambie Julián de idea baja a las carreras, se detiene los pantalones rotos con las dos manos. Julián se alisa el chaleco, sale a la azotea.

Reconoce a María («¡indecente!»), vestida con pantalones, pelearon por ellos en la mañana. Reconoce a los dos «vecinitos», los revoltosos, revolucionarios. ¿Qué hace María con ellos? ¿Y qué hacen tirados, pecho a tierra al piso? Camina hacia ellos, mientras grita:

—¡María! ¿Qué haces con esos indeseables? ¡Y vestida así! ¡Cusca!

María no lo escucha. La caballería se ha detenido en la boca de Callejón del Fuego. Los manifestantes la ignoran, lanzan, sin desgañitarse, con clara voz, las proclamas:

—¡Los pueblos se dignifican por la ley!

—¡No reelección!

—¡Morir al pie de la Democracia!

—¡La Constitución ha muerto!

—¡Respetar la ley, violento tirano!

Julián perdió la cordura. Cerró los ojos. En su cabeza se sucedían imágenes grotescas, cebadas por los gritos y el sol. Se sumergió en un torbellino propio, íntimo, sobrepoblado, absurdo y a su modo hermoso. Un canal de sangre se arremolinaba ante él, como un milagro se alzaba del piso. Siguió caminando hacia María. El tiempo dejó de existir. Sentía que sus pasos eran los del dios, sin la atadura, ajenos al rigor de las manecillas del reloj, pero el sonido del propio (que colgado de su cadena de oro pende del bolsillo del chaleco) es la única realidad concreta, cada tic y cada tac marcan un arco sobre el que su conciencia, divina, se afianza. Ahí, en la cabeza perturbada de Julián, existió la eternidad.

No solo para Julián. Para los hermanos y María los segundos parecían horas. Javier veía, guardaba cada imagen, las archivaba con cuidado (este levantaba la mano, aquel ponía un gesto, el copete del cabello del otro caía). María veía también, la cámara entre su cuerpo y el piso de la azotea. Esperanza oía a su corazón galopar, quería estar abajo, entre los manifestantes, se arrepentía de haber entrado a casa, ahora ya no podía bajar... Se incorporó un poco del piso, semiarrodillada gritó, la única voz de mujer en ese clamor:

—¡Viva Madero! ¡Dinero para la educación, no para las armas!

Julián aterrizó en seco, caído de su eternidad divina. El grito de Esperanza lo había salvado de caer. Estaba en la cresta del reborde que enmarcaba la fachada de Casa Santo, sobre la puerta de entrada, sobre la onda del pretil, a la manera de un ángel siniestro. Se paró con sus piernas bien separadas, buscando mayor apoyo. Sacó un pequeño revólver de sus ropas. Preparó el tiro. Disparó sobre uno de los manifestantes. De inmediato se dispuso a lanzar un segundo tiro.

María gira la cara hacia Casa Santo, sus ojos topan con Julián apuntando hacia Callejón del Fuego:

—¡Julián!. ¡Julián!

Julián disparó un segundo tiro, ahora a la caballería, hiere a un caballo.

—¡Julián!

Entre los manifestantes ha cundido el pánico. Algunos atienden al caído (es inútil, ha muerto), otro saca un arma de sus ropas, alguien forcejea contra él para que no la utilice.

—¡Julián!, ¿estás loco? —grita de nuevo María, levantándose.

—¡Calladita! ¡Te quedas ahí! ¡Tú y esas viscosidades que tienes por amigos, se me están ahí!, ¿oyeron, cretinos?, o también les doy a ustedes para su atole.

Julián amenaza, apunta hacia ellos el cañón de su arma, mueve la boca del revólver hacia Callejón del Fuego y dispara un tercer tiro, de nuevo hacia los manifestantes.

María se incorpora, se pone en cuclillas, dispara su cámara hacia el primer manifestante caído. Después, voltea su cámara hacia la caballería que ataca a los manifestantes con sus armas de fuego y blancas, les echa encima sus caballos. Aquel que había sacado el arma con la intención de usarla, y que había sido disuadido por sus compañeros de hacerlo, cae. Los disparos llueven de dos frentes, el de Julián, el de los uniformados.

Javier toma a María del brazo, quiere que se proteja, que recueste el cuerpo entero sobre la azotea. Murmura:

—¡María!

La película en el rollo de su cámara portátil se ha acabado. Pero María sigue capturando imágenes, como hizo Javier minutos atrás.

Javier insiste en que se proteja, la jala del brazo. Julián se da la media vuelta, y se dirige hacia la escalerilla del fondo de Casa Santo. El fuego en Callejón del Fuego persiste, la caballería se ensaña, así ya no encuentre cuerpos en pie para derribar. María se tiende al lado de Javier, como si en su memoria no hubiera ya tampoco dónde guardar cadáveres. Javier extiende los

brazos, en su gesto protege a María y a Esperanza, una a cada lado. La cara contra el techo ardiente. El sol pega en su nuca, en el cuello, burlón, cruel.

No sé cuánto tiempo estuvieron los tres acostados sobre mi azotea, sobre mi lomo, guarecidos del temporal bestial de balas y locura. Sus respiraciones se fueron tranquilizando. Creí sentir lágrimas caer en mí, y creí que eran de Javier, pero no puedo jurarlo.

Una partida de hombres silenciosos desaloja los cadáveres de Callejón del Fuego. María, Javier y Esperanza bajan las escaleras del fondo. Cruzan el patio sin hablar. María toma su maletín, y deja Casa Espíritu, se despide sin decir palabra. Silencio. Los doce pasos que la llevan hacia Casa Santo huelen a sangre y miedo. Las muchachas de servicio de Casa Santo limpian la fachada, usando cepillos de mijo y abundante jabón. Aquí también, silencio. El camposanto temporal está investido del respeto ceremonial que pide la ocasión. Se siente en el aire. Los zapatitos blancos de María parecen llevar en sus puntas el luto —el piso de la azotea los manchó—, y sus suelas no suenan, hacen coro al silencio.

María evita la entrada principal, toma la de servicio. En la cocina ve a Lucrecio sentado, las piernas cubiertas con una cobijita, y enfrente de él, sentada también, está la cocinera, Inés. María la conoce desde niña, y desde niña la conoció su mamá, va y viene con los Goríbar del centro de la ciudad a Casa Santo. Inés cose los pantalones de Lucrecio, mientras dice:

—Primero pasan los vendedores de leña, tienen que dejar un peso. Luego los arbolarios de Atonoc, uno también. Los que venden chiles dan dos. Los que venden chiquihuites, cuatro. Los ollereros, cuatro. Los que venden escobas uno.

Inés, la cocinera, percibe a María y le dice:

—¡Niña, niñita mía! ¡Ven! ¡Ven acá! ¡Me tenías preocupada! ¿Dónde vas? ¿Te hago un chocolate?

Como si María tuviera cinco años, agita para ella las dos manos, bailándoselas mientras le canta:

—Tengo manita, no tengo maniiita, porque la tengo desconchabadiiita, tengo manita, no tengo maniiitaaa...

María la ve, perdida en su nube de tiempo. Es tan vieja... y todavía puede coser... Siente que ella, en cambio, no puede ni hablar. Se le ha subido un nudo a la garganta. El canto de Inés, los recuerdos de su mamá... Se sobrepone:

—Gracias, Inesita, nada ahora.

Lucrecio tiene los ojos al piso, atribulado. Nota sucias las puntas de los zapatos. Dice, sin alzar la vista:

—María, ¿le limpio el calzado? Está...

Calla. María no lo escucha, como si sus palabras hubieran sido transparentes. Sus palabras se disuelven en el aire de inmediato, se desvanecen, Lucrecio regresa a sus cavilaciones.

Inés retoma su plática y regresa a su costura:

—Como te decía, Lucrecio, los que venden pescado dan uno. Los que venden comales, dos; los de tamales tres, los de caña uno, los de urdidores medio; los que hacen chiquihuites, dos; los que hacen petates, dos; los que venden cáscaras de encina, dos; los herreros, uno; los que hacen navajas, uno; los que venden plumas, uno; los que venden chía, sean o no de Iztapalapa, uno; los que venden carne, seis; los que venden mecapales, medio; los que venden pebetes que llaman poquiet...

María no escucha más. Se encamina hacia su habitación. Necesita estar sola. Pasa por el patio sin poner ninguna atención en nada. Si lo hubiera hecho, habría escuchado un llanto provenir de la azotea. El niño de tres brazos, asustado por el ruido de los balazos, los gritos, los aullidos, pero más todavía por el subsecuente silencio, inconsolable no para de llorar.

Al día siguiente, muy temprano en la mañana, Toña entregó en la mano de Inés una nota manuscrita de Javier dirigida a María. Le pedía acudiera «hoy mismo» a su estudio. Sabía, decía la nota, que planeaba dejar pronto el país, y no quería pasaran días sin tener la ocasión de retratarla. A las cuatro sería perfecto.

La nota venía atada con un lacito rojo. Inés la abrió. María le había enseñado a escribir su nombre, y a distinguir unas de otras las letras de molde. Vio esos trazos elegantes, no entendió nada, y pensó: «Cualquier cosa que sea, no es buena». No le gustaba nada que María tratara a los vecinos, nada. Lo pensó dos veces. Decidió hablarlo con ella. Es lo que habría querido «la señora». No ocultárselo, no. Tocó a la puerta del cuarto de María. La despertó. Entró y le dio la nota, diciéndole:

—No está bien te trates con esos. Patean al pesebre. Todos comemos de don Porfirio.

María se presentó en Casa Espíritu a las cuatro de la tarde en punto. Toña la guio al estudio de Javier. Lo primero que vio María al entrar, a un lado de la puerta, fue el atril con un lienzo con trazos en lápiz y algunos brochazos de color en distintos puntos, ensayos de Javier. En la parte superior derecha, con

una pinza sujeta, la fotografía de los cargadores en el patio que María habría elegido como su predilecta. En su letra manuscrita tenía un nombre sobrepuesto: «La cosecha», y debajo de este su firma, María Goríbar.

No cruzaron una sola palabra de lo ocurrido el día anterior. Él había preparado el estudio para la sesión. En el rincón de la derecha, un diván sobre el que había un rebozo. A su pie, sobre una tarima, alzándolo unos centímetros del piso, un sombrero charro. El área estaba iluminada con velas. El retrato sería «uno jamás visto», le dijo Javier. Le enseñó un lienzo a medio pintar sobre el que iría su retrato.

Era un lienzo peculiar. Del lado izquierdo del espectador, en la parte superior, la fachada de una iglesia monumental había sido pintada mirando hacia el exterior del lienzo, en un ángulo que causaba extrañeza. La plaza, el centro del poblado al que la iglesia pertenecía —y que no era la de San Pablo, parecía ser más grande y era más barroca—, quedaba fuera del lienzo. Estábamos en los exteriores de ese poblado, como habíamos estado cuando mi fundación. Del lado derecho, arriba, la fronda de un árbol frutal, tal vez un manzano, pero podría ser un naranjo o una granada, pues los frutos que habían caído de él eran de las tres especies. Bajo su verde fronda, y más atrás de esta, había una mole blanca, tal vez una pérgola enorme, tal vez un templo profano de un país fantástico. Enfrente de este, bajo la fronda, un diván cubierto de mantones y alfombras —también exóticos como pérgola o templo—, y encima de estos un rebozo de bolita, de seda, de largos hilos, trenzado en blanco y negro, un bello rebozo tradicional mexicano, un símbolo de México. Al pie del diván, un sombrero charro reclinado, abajo del cual también había frutos del (frutal) cuerno de la abundancia.

María vio la composición.

—Aquí vas tú —señaló Javier a un punto del diván—. En este lugar.

María volvió a revisar el lienzo a medio pintar, luego regresó al diván. A sus ojos, algo ahí no hacía sentido.

Javier adivinó su expresión.

—¿Algo no te gusta? Te quiero sentada aquí. Mirando hacia mí. Que la luz de la vela toque tu cuello y la cara.

—Es el color de mi vestido —dijo María; mentía porque estaba segura que no era un asunto de tonalidades sino de fondo—. ¿Puedo aportar algo a tu pintura?

Javier asintió con un gesto. Después de lo de ayer, no le quedaban demasiadas palabras. Lo que habían presenciado desde la azotea le había roto su cuerno verbal. Se sentía atrapado por un sentimiento que no podía

comprender. Por esto había escrito a María. Sentía que una garra podría caer pronto, paralizarlo, romperlo. La certeza de su fragilidad, de la fragilidad. Tal vez era tristeza.

María caminó tres veces entre el lienzo a medio pintar y el diván que Javier le había preparado. Sopesó las luces de las velas. Vio los colores del diván, el sombrero y demás.

—¿Cierras los ojos? —le dijo.

Javier tomó su paleta, el pincel, y se colocó frente a su lienzo. Cerró los ojos.

—Es una carta: «Pues contigo sola estoy —María repitió, aunque no a pie juntillas, versos de Juan Ruiz de Alarcón que sabía, y él también, de memoria —: porque mi recato veas —empezó a quitarse las prendas de vestir—. Oye, señor, no leas; Que la carta viva soy yo. Que me atreva no te altere, Pues estoy sola contigo, Y un agravio sin testigo Al punto que nace muere... Tal en viéndote me veo, Tan absorta y admirada, Que en admirarme ocupada, No doy lugar al deseo; Que esos divinos despojos Tanta gloria me mostraron, Que al punto me arrebataron Toda el alma por los ojos... Pues ni en morir parará; Que en el alma vivirá El amor que os tengo agora». ¡Ya puedes abrir los ojos...!

Javier la obedeció.

María estaba desnuda. Se había cubierto el bajo vientre con el rebozo.

Javier la obedeció, y sin dejar ver ninguna reacción, comenzó a pintarla con trazos rápidos y seguros. María siguió:

—«Quiero... Solo sé que os quiero, Y que remedio no espero, Viendo lo que merecéis. Como el mísero doliente Que en el lecho fatigado A cualquier parte inclinado, Los mismos dolores siente, Y por huir del tormento Que en cada lado es mayor, Busca alivio a su dolor En el mismo movimiento...».

—No hables. Por favor, no hables.

Javier pintaba con pinceladas seguras, sin tomar apuntes. Sabía lo que veía. Era un cuerpo que no había ni siquiera imaginado, pero al tenerlo frente a él lo reconocía como territorio propio.

Sentí que la luz de aquellas velas era toda vida, esta sí contradecía la naturaleza hiriente del sol. Si en aquel momento yo no hubiera tenido memoria (y hubiera querido no tener memoria), habría creído que eso que ocurría ahí era eterno.

Algo quiso decir María:

—Javier...

—¡No hables!

—Necesito decirte una cosa.

—¡María! Calladita.

María guardó un silencio traicionero. Lo miró de manera provocativa, elocuente.

—¡No me mires así!

María se rio.

—Quieres decir... ¿así?

Lo volvió a ver con una mirada seductora.

—¡María! ¡Déjame pintar!

—¡Déjame amarte!

Javier dio los tres pasos que lo separaban de María y, sin mayor preámbulo, le plantó un beso en los labios.

Se dio la media vuelta y regresó a su lienzo.

El beso que él le había dado, en el pincel, en los ojos, en el ambiente del estudio continuaba.

Justo cuando en Callejón del Fuego se encendieron las lámparas de trementina del alumbrado, María salió de Casa Espíritu. Miró el cielo atrás del tenue alumbrado. Algo se dijo a sí misma que no alcanzó a oír.

Esa noche, María trabajó en el revelado. No quiso el auxilio de Lucrecio. La acompañó su fiel Nezahualcóyotl.

Al día siguiente, Lucrecio llevó a Casa Espíritu un sobre cerrado para Javier Serrán. Contenía fotografías, y una nota manuscrita.

El resto del día, María estuvo fuera de San Pedro con el general Goríbar. Según dicen algunos, a una recepción con el embajador especial que Japón había enviado para el Centenario. Según otros, a ver a una costurera afamadísima, que terminaba los últimos detalles del vestido que usaría en la fiesta que se celebraría en Casa Santo al día siguiente. Según los más, visitó con su papá a don Porfirio, y le tomó una foto. Si fuera así, de esta no queda copia, o no se ha encontrado ninguna hasta el momento. De lo que sí hay copia es de la fotografía que le tomó a don Porfirio inaugurando en Coyoacán el kiosco que él regalo a la Plaza, desde ese momento llamada «Jardín Centenario». Debió tomarla ese día. Cabe la posibilidad de que el padre haya ido a dejar a la hija en manos de algún amigo que la acompañara a la visita a la cárcel, a fotografiar a Díaz Mirón. Podría ser que el general mismo haya ido con ella. No existe esa fotografía, solo algunas notas de su puño y letra, «tan los charoles ricos de mis piececillos (que pude comparar con los carruajes de los adinerados que acabamos de ver en Plateros) contrastan con el patio de talleres de la cárcel de Belem, como la austera honestidad de los

presos zapateros estirando sus cordelillos o claveteando sus tachuelas, encorvados sobre sus banquillos, contrasta con los imaginados vicios de los encausados».

Lo único que yo puedo afirmar con certeza es que al entrar a Casa Santo, padre e hija discutían acalorados. Y que el motivo del agrio intercambio de opiniones entre ellos era la corrupción. Se alzaron la voz el uno al otro. Había algo absurdo: en el fondo, los dos opinaban igual. Coincidían en el punto esencial: la corrupción había alcanzado niveles inadmisibles. Pero así estuvieran de acuerdo en esto, para el general el problema era «de una gavilla de avorazados que utiliza sus buenos nexos con el Gobierno», mientras que para María el origen de la corrupción estaba en la entraña misma del porfirismo. Y esta opinión provocaba en su padre un disgusto que lo sacaba de sus cabales. La opinión de él también causaba en ella una reacción que no es fácil definir. No era solo sobre asuntos públicos. Ella, que tanto amaba a su papá, aquí parecía blandir contra él un sable, un cuchillo, un arma que tenía la intención definitiva de eliminarlo de una vez por todas.

El pleito terminó con un final feliz, si así puede calificársele. Alzadas las respectivas voces, a gritos se decían improperios que casi eran vilezas, no personales sino en contra de los dos mundos a que pertenecían, se insultaban a punta de prejuicios, cuando los ojos del general cayeron en el corazón herido del siglo XVII, el que una bala había perforado el día en que murió el padre Acosta. Bernardo paró.

—María —el tono de su voz con una dulzura olvidada, que no había vuelto a usar en años, y que María reconoció; era el afecto paternal mismo, encarnado; eso era su padre para ella; eso era la familia; eso era la raíz; eso era su mamá también, estaba comprendida en la voz amorosa de él, el tono que desde hacía siete, tal vez ocho años, él no había vuelto a entonar y que hoy volvía a sus pulmones, habitante de una honesta y tranquila garganta, libre de crímenes, capaz de sueños, ilusiones, esperanzas. La visión del corazón herido al que era tan afecto había provocado en su cuerpo un milagro. Era, tal vez, la primera vez que Bernardo Goríbar comprendía lo que ese corazón incorpóreo y sacro significa: en él estaba el trazo del indio totonaca, estaba la representación plástica heredera de una visión autóctona; estaba, también, la ilusa fantasía del fraile cantábrico, convencido de que propagaba la salvación eterna y de que el beneplácito terrenal imponía en los aborígenes la religión verdadera; estaba, también, el puño del artesano (o artista, según se cuente esta historia) que creía pertenecer a todos los mundos sin perder ninguno, el que se sabía orgulloso descendiente de tirios y troyanos, el que

conciliaba luchas, peleas, traiciones, avaricias, el que sabía desconfiar y pelear por su lugar y quien se consideraba fénix sin que su excepcionalidad implicara denigración alguna. Todo esto había en el único de los tres corazones pintados en lámina siglos atrás, que había sido perforado por una bala desviada en 1810, lastimando de paso mis paredes, estas que hablan, que son herederas de la dulzura que Bernardo Goríbar percibió, de su resentimiento, de su fuerza, de su diferencia, de su fortaleza.

Al día siguiente, María ayudó a los últimos preparativos de la gran celebración que el general Goríbar daría para el Gabinete y otros notables.

El tiempo corría tanto como yo lo hago aquí al recordarlo. Los corazones de María y de Javier palpitaban a un mismo ritmo. Lo único que deseaban era volver a verse. Esto no pudo ser sino hasta que la fiesta decayó.

Los hombres se habían retirado al fumador. Las mujeres, en el salón donde se escuchaba con claridad la orquesta de violines, hablaban de vestidos, matrimonios recientes, buenos partidos. María, que se había comportado como correspondía a la hija del general, no pudo con esto. Deambulaba de grupo en grupo de mujeres, impaciente.

En más de uno hablaban de ella. Era la novedad. Se sabía más de lo que les he contado, pero hablaban en clave, y me era imposible seguir las conversaciones. Me detuve en la de un puño de mujeres hacia donde se dirigía María, cambiando como estaba de uno a otro:

—¿Viste el escote que trae la hija?

—Berta, ya sabes lo que se dice, ¿verdad? Que se vistió de pantalones. ¡Como hombre!

—Debes estar bromeando.

—No, no estoy bromeando. Si no me crees, pregúntale, aquí viene.

—¿María?, sí te llamas María, ¿verdad?

—Sí, Berta, ya tuve el gusto de que nos presentaran. Soy la hija del general.

—Eso lo sabemos todas. Te quiero hacer una pregunta.

Todo el grupo puso atención en lo que Berta iba a decir, esperando la reacción de María.

—Es una pregunta que espero no te moleste. Si no quieres, no me la contestas. Tú me dirás si te molesta hablar de eso.

—Dígame, Berta. Soy toda oídos.

—¿Dónde compraste tu vestido?

El grupo sintió un alivio. Pero María no. Ella hubiera preferido defender sus pantalones, o explicar la razón de portarlos.

—¿Mi vestido? ¡No me acuerdo!

Otra de las mujeres le preguntó, con sincero asombro:

—¿Cómo que no te acuerdas?

María perdió la paciencia:

—Con las cosas que ocurren en este país, no puedo creer que pasen el tiempo hablando de vestidos. Con permiso...

María se retiró, brusca, rápida, irritada. Había comprendido la hostilidad hipócrita que la exasperó.

—¿Qué te parece, Bertita?

—¡Qué moditos!

—Por dejarla viajar... ¡y sola! Eso se ganan los que no cuidan a sus hijos.

María salió del salón. No soportaba la idea de volver a entrar, habría sido menos tormento sumarse a la reunión del fumador a escuchar arengas porfiristas, pero entendía que eso no era posible. Y además de *verdad* quería hacer otra cosa.

En el fumador, rodeados de la formidable colección de pintura mexicana, los hombres aspiran cigarros puros y toman una copa, mientras escuchan hablar a su anfitrión.

—Lo que pasó es que cayó de la gracia de Presidencia. ¡Pobre infeliz! Lo van a despachar a Europa dizque a estudiar armamentos alemanes. Imaginarán que yo, como ministro de Guerra, sé que...

Sin tocar la puerta, entra un suboficial, llevando en la mano el ejemplar de un periódico. Sin respetar las formas, se dirige con premura, cruzando por el centro que forma el círculo de invitados, hacia el teniente coronel Lumière, se cuadra frente a él. Julián arrebató al suboficial el periódico de la mano. De pie, enfrente de todos, lee la primera plana de este, y con un gesto exagerado, teatral, lo tira al piso, y sale. El general Goríbar deja de hablar. El suboficial continúa cuadrado frente al teniente coronel Lumière que no sale de su azoro.

Irritado por la impertinencia de la interrupción, Lumière interpela al suboficial:

—¿Diga?

—Teniente coronel...

Mete la mano a su chaqueta y saca de esta un sobre, que le entrega en silencio.

Lumière lee la carta. Empalidece. La pasa al coronel Carral. El suboficial recoge el periódico que Julián había arrojado al piso, y lo pone en manos de Lumière. El coronel Carral pasa a su vez la carta a otro oficial, y Lumière le

pasa a él el periódico. Nadie dice una palabra. El general Goríbar es el primero en hablar:

—¿Qué pasa?

El periódico ha regresado a las manos del teniente coronel Lumière. Sin decir palabra, se levanta de su asiento y entrega el periódico al general Goríbar, sigue de largo hacia la puerta y sale.

El general Goríbar toma el periódico.

—Es el periodicucho de los disidentes, *El Demócrata*. En la portada, «Don Porfirio asesina», artículo de Esperanza Serrán... fotografías de...

El general Goríbar hace una pausa, le falta el aire. Lo toma no sé de dónde, y, con voz aplomada, termina la frase alzando la voz:

—Fotografías de María Goríbar. «Los manifestantes asesinados...».

Se levanta y toma la carta de las manos del oficial que la sostiene. La lee y empalidece. Con aplomo agrega:

—Esto es comprensible.

María va entrando al patio de Casa Espiritu. Lo cruza, se asoma al ventanal del estudio de Javier, donde lo ve iluminado por las velas, pintando. Toca con los nudillos.

En el *hall* de Casa Santo, Julián está cargando su revólver cuando pasa, con una charola con servicio, la escuálida mujer del cuidador.

—¿Sabes dónde está María?

—Creo que fue donde los vecinos.

El teniente coronel Lumière, en el salón donde se encuentran las mujeres, busca con los ojos a su hija. Su mujer, con cara de contrita, está a su lado, en silencio. Lumière no ve dónde está su hija, se impacienta, quiere sacarlas a las dos «cuanto antes» de Casa Santo.

El general Goríbar deposita la carta en las manos del coronel Gómez. Deja el ejemplar del periódico sobre la mesa. Frente a todos, que inmóviles contemplan la escena, se despoja de sus honores militares, arrancándose las condecoraciones del pecho.

Julián camina hacia la puerta principal de Casa Santo. Antes de abrir el portón, Nezahualcóyotl se le acerca, le ladra. Julián lo pateo con furia, aventándolo hacia adentro de la casa.

En Callejón del Fuego, un grupo de músicos del pueblo interpreta «Mi negra». El portón de Casa Espiritu está abierto de par en par.

En el patio de Casa Espiritu, Julián camina, asomándose a las ventanas de las habitaciones iluminadas con velas. En la primera, Esperanza está sentada

al escritorio, escribe; lo mismo, pero desde otro ángulo, se ve desde la segunda. En la tercera y la cuarta, el papá de los Serrán toma clase con un seminarista, empeinado en aprender a escribir y leer con propiedad. A su lado está sentado Lucrecio, tomando también notas en un cuaderno.

—¡Maldito indio! —dice para sí Julián.

El espacio a que da la quinta ventana está menos iluminado que el anterior. Julián se acerca para ver. Se acerca más, pega su cara contra la ventana.

En el *hall* de Casa Santo, el general Goríbar abre el cajón de las armas. Saca un revólver, revisa el barrilete: las recámaras están vacías. Sin balas, los orificios se ven particularmente oscuros. Pequeños. Hostiles. No, hostiles para mí, que estoy hecha a la ventana y la piedra, pero no para Bernardo. Uno le parece más acogedor, clava en él su ojo izquierdo, aloja ahí la vista. Respira hondo, siente alivio. Retira la vista. Observa el cuerpo completo del revólver. «Dichoso el que muere sin ultraje», se dice, y bajo la sombra de estas palabras, mete una bala en la primera recámara; después, con un movimiento casi natural de la vista, a lomo de su mirada desliza su alma en la segunda cámara, como a una pesada munición. Con un golpe de su muñeca, regresa el barrilete al cuerpo del arma, y la guarda a su cintura.

Abre la puerta. Pone un pie en Callejón del Fuego. Por una fracción de segundo, Bernardo duda. Sin alma, no sabe que está dando un paso en el vano de la puerta de la casa que su mujer soñó, pensó, planeó, deseó y no alcanzó a ver. Sin alma ya no reconoce. Es como si saliera de un lugar desconocido y entrara a otro desolado y sin nombre, que no es nada. Bernardo no es un hombre que piensa, es un animal perdido, duda pura, sin olfato, sin instinto. La duda abre en su tiempo un cráter. Se pierde más. Deambula en ese cráter sin tiempo, su humillación es la de un perro apaleado y famélico. Bernardo se ha quedado sin alma —la lleva al cinto, enfundada y en el barrilete—. Al fondo del cráter bulle la llama líquida de la eternidad de su vergüenza. Bernardo remonta el cráter al trasponer el vano de la puerta.

En el estudio de Javier, a la luz de las velas, de pie, María posa desnuda, excepto por el sombrero negro y el delgado velo que lo cubre y lo ata a la barbilla con un gracioso nudo. Atrás de María, apoyada al piso hay una enorme tela donde Javier ha pintado un paisaje onírico y en la orilla derecha una vieja, parecida un poco a la Inés de la casa vecina, vestida de cuello alto, mangas largas y entalladas, falda larga hasta el piso, el cabello recogido en la nuca, el cutis marchito, los ojos brillando como los del moribundo. La vieja

recatada es el México antiguo. María, que Javier pinta ahora mismo sobre el espacio reservado para ella en la tela, en la esquina izquierda, es el México joven, con el negro, tradicional, pomposo sombrero descrito. Esa figura promulga la irrupción de un nuevo mundo, un México sin prejuicios, desnudo, pero que aún deberá despojarse de ideas obtusas. Por su desnudez, por su juventud, por su belleza, alegre. La vieja, sentada en la orilla, tiene el cuerpo orientado hacia el centro del lienzo, su construcción es diferente a la de *El rebozo* —allá la fachada de la iglesia se asoma hacia el exterior, mira hacia una plaza pública que no contiene la pintura, y en cambio este lienzo convoca a sus partes al centro. No a salir: a entrar. Y en el corazón de su centro no hay aún nada. El futuro es un espacio en blanco, o, si piensa uno en el pintor, el futuro es él: un creador que contempla el pasado y la transición, los recrea y medita.

María posa, pues, de pie, mirando al pintor, quien con un gordo pincel traza brochazos rápidos, anota las áreas a las que volverá con paciencia, ya sin necesidad de su modelo. Acota, envía mensajes a su memoria.

Julián golpea el vidrio de la puerta con el cañón del arma que lleva en la mano, estrellándolo, en su afán de abrir la puerta. Irrumpe:

—¡María! ¡No te basta con destruirnos! ¡Caes al punto de humillarnos así! Blande el revólver.

Javier se acerca a María, con un rebozo, para cubrirla.

—Deja eso, Julián —dice María, sin perder la serenidad, aún inmóvil, como una estatua. El sombrerito en la cabeza; al frente de su cuerpo el bello rebozo negro y blanco que sujeta Javier.

Julián le apunta.

—¡Deja eso, Julián!

Julián tira el gatillo, atina a la frente de María. La bala se aloja, temerosa de salir, diciéndose tal vez las mismas palabras que acaba de pensar su padre: «Dichoso el que muere sin ultraje». Prefiere quedarse aquí, ser enterrada con ella, sin presenciar su obra.

(El alma de Bernardo está alojada en la recámara de la bala. La de María ha dejado su cuerpo para hacerle lugar a otra bala amiga, proveniente del mismo armario).

Julián tira del gatillo otra vez, sin ver, y otra, de nuevo sin apuntar. El rebozo cae sobre María. Tras este, con la misma levedad, cae Javier. Imposible saber si Julián lo alcanzó con el primero o en el segundo tiro. Jala el gatillo dos veces más.

Carga de nuevo el barrilete. Siente algo parecido al placer entre las ingles. O tal vez es miedo. O excitación. O satisfacción. Actúa con rapidez. Dispara, esta vez sobre los cuerpos ya inertes, otra, otra, otra. Cuando las cámaras de su arma están ya vacías, contempla su obra.

El vidrio esmerilado que Julián lastimó con su pistola pasará por la boca de la gente. Algunos dirán que fue un balazo lo que lo dejó así.

Otros, en cambio, aseguran que entre Javier y Julián hubo golpes, y que uno de estos lastimó la ventana.

Otros juran y perjuran que el vidrio estrellado es la prueba de que Julián fue inculcado arbitrariamente por los enemigos del (ex) general Goríbar, que Javier y María se suicidaron. El autor de esta versión fue Julián mismo, me sorprende saber la acogida que tuvo un tiempo. Después cayó en el olvido.

Para otros, la ventana sufrió un percance natural: con el temblor, quedó herida.

Hasta hoy el vidrio sigue así, estrellado a la altura en que la mano de Julián pegó para entrar a asesinar a la pareja que se amaba.

El cuerpo de María está casi cubierto por completo por el de Javier. Entre los dos, marca de su virginidad, el rebozo enrojecido, parte ya de su cuerpo. La sangre resbala con lentitud por el piso. Julián mira embelesado la sangre oscura. De nuevo siente eso entre las ingles. Es placer. Es miedo. Son las dos cosas entremezclándose en un dulce empalagamiento de la conciencia.

Los invitados de Casa Santo, que hace unos momentos escucharon la despedida del ex general Goríbar, al escuchar los disparos salen en bloque a Callejón del Fuego.

Pasos delante de ellos, también los escucha el sin alma. Perdido como iba, rastrea las detonaciones. Entra aquí, a Casa Espíritu, cruza el patio, entra al estudio de Javier. Tras él, Esperanza, el papá de los Serrán, Lucrecio, el seminarista. Julián los ve, sin girar el cuerpo, con disgusto. Han interrumpido esa onda, esa sensación que lo inunda. Desearía vaciar en ellos varios barriletes llenos de balas. Pero no trae más. No reconoce a Goríbar, ni como el militar y hombre de Estado, ni como su padre, no ve al joven que maltratara en la azotea, ni nota la presencia de la (para él) detestable Esperanza. No ve sino posibles blancos que desea abatir, y siente rabia, frustración; inmóvil, paralizado, los zapatos bañados en la sangre que él ha parido. Todos salen, excepto Bernardo, el sin alma, el que fue general.

Este ve los cuerpos, un brazo limpio de mujer, sin sangre, sobresale del bulto sangrante. Pasea los ojos por el estudio de Javier. Advierte en una silla la ropa de María. Su alma sale disparada del revólver, lo impulsa, despierta, vuelve a ser.

Con la mirada rápida identifica a Julián, le arrebató el arma de la mano, le sorraja un bofetón.

Con la misma decisión y velocidad, sale al patio. Ahí están doña Luz, Felipa, Toña, ha venido de Casa Santo Inés, ya está llorando. Lucrecio llora también. Esperanza llora.

Bernardo deja el arma de Julián al pie de la higuera. Se acerca a Esperanza. Le dice con voz serena:

—Es suya la colección de arte que aloja Casa Santo. No permita la tome Julián, el asesino. Me avergüenzo de haberlo engendrado. Si en algo soy responsable, le ruego me perdone. Pero, créame, yo no le di lo que él tiene. Es una locura con la que el destino me castigó. Inés —agregó, alzando el volumen de la voz—, ayuden a la señorita Esperanza a mudar esta misma noche todas las pinturas de mi colección hacia Casa Espíritu. Desde hoy le pertenece. Háganlo hoy —y en un tono muy diferente—, vele por favor a María, que se la entierre con propiedad. Rece mucho por su alma, arrópelas hasta que cruce el Leteo. En mí no piense.

Evita decir una sola palabra sobre Julián. Cruza el patio hacia Callejón del Fuego. Lo vemos salir. Apenas lo perdemos de vista, se oye un disparo.

Termina sus días frente a la fachada de Casa Santo, echando mano de su única bala.

Si alguien pusiera atención, escucharía un llanto, punzante, oscuro, arrancado a un cuerpo que pareciera carecer de garganta, un llanto salido de la entraña más profunda: el niño de tres brazos, el niño con mano en su cola, el niño de un torso, dos corazones y cuatro piernas, asustado por el ruido de los balazos, aterrado en la oscuridad de su habitación desventanada, aúlla.

Si alguien pusiera atención con mayor detenimiento, vería en la parte superior de la ventana izquierda de la puerta de dos hojas del estudio de Javier, que quedó intacta, la huella de la frente de Julián, marcada con toda precisión. Se ve el ceño fruncido. La frescura del frío vidrio no sirvió para distenderlo.

Otros dicen que Bernardo Goríbar dijo a Esperanza: «Dejo en sus manos la única cosa querida que me queda», y hay otros que dicen que todo ocurrió distinto, o que Goríbar tardó días en volarse los sesos, o que no se los voló

nunca, o que fue ajusticiado de lesa traición, o que partió a Europa y no volvió nunca. Yo puedo afirmarles con certeza de testigo que mis piedras desearon no haber visto caer tronchada una y otra vida, y que nada me plació la sangre de Goríbar que sentí salpicar mi fachada. ¡Tanto honor y honra para verte como el polvo en que en breve te convertirás!

Inés obedeció la orden, y esa misma noche mudaron la colección intacta. Reclinaron las pinturas en el tramo de fachada que hay entre las dos casas. En Callejón del Fuego, a la luz parpadeante de las lámparas de trementina, los volcanes bajaron las rodillas, las mujeres del XVIII arrastraron las faldas, las vírgenes alzaron sus espadas, el corazón exhibió su herida de bala, los ojos de los autorretratos escrutaron las tinieblas. Frente a estas, los violinistas de Casa Santo, las mujeres del servicio doméstico, los militares de alto y mediano rango, escucharon a los músicos del pueblo.

A primera vista, se diría: más puede la arena y el viento que la sangre y la piel percederas.

Pero lo que ocurrió parece desdecirlo:

En Casa Santo, en la mesa del comedor, han acomodado el cuerpo de María, vestida de blanco. La han rodeado de flores, las que habían usado para adornar la casa durante la fiesta. La velan el personal de servicio, encabezado por Inés, y algunos hombres de traje oscuro. La pareja de escuálidos se ha refugiado en su habitación, allá arriba en la azotea.

Alguna voz de hombre murmura:

—Un pesar doble para un padre, no podía soportarlo. El hijo en la cárcel, la hija en la tumba. Y el país, que él ayudó a pacificar, en llamas. Debemos perdonarlo y comprenderlo...

—¡Santa María purísima! —encabeza el rezo Inés.

Nezahualcóyotl ladra mientras corre de un lado al otro del salón, dando saltitos.

En la sala de Casa Espíritu, el cuerpo de Javier está tendido en la mesa del centro, rodeado de los rebozos y mantones que él eligiera para vestir el diván donde posó para su retrato María. Doña Luz se levanta de su sillita de palo con mucha dificultad.

Los deudos de las dos casas y medio San Pedro se congregan frente al atrio, en Callejón del Fuego. Es el cometa Halley, que va pasando. «Vean la cola», grita alguno. Los demás guardan silencio. Algunos tienen miedo. Otros piensan en la muerte, convencidos de que lo que ha ocurrido hoy es augurio para todos.

En Casa Santo, el cuerpo de María se ha quedado a solas. Desde el otro lado de la vida, María percibe su desacompañamiento. Abre los ojos, revisa hacia un lado y el otro, levanta la cabeza para ver mejor. No hay nadie. Está sola.

Se levanta con sumo cuidado, como si fuera una muñeca fabricada en material frágil. Camina hacia la pared que limita con Casa Espíritu. Sigue caminando, sigue de largo aunque esté la pared, la cruza mirando el paisaje rojizo del tránsito al que yo estoy acostumbrada, la luz color ladrillo, el polvo, y, en actitud prototípica de fantasma (como si caminase dormida, los brazos al frente), caminando sobre el piso de Casa Espíritu, se acerca a Javier. Este velorio está también vacío. Todos los deudos han salido a la calle. María llama a Javier, tocándole el hombro.

—Pst, pst. ¡Javier! Despierta. ¡Estamos muertos, pero estamos solitos! ¡Despierta!

—¿Muertos? ¿Por qué? —le contesta Javier, aún sin abrir los ojos, ni respirar, ni moverse (aunque cabe aclarar que María aún no ha inspirado ni exhalado nada).

—El cretino de Julián mi hermano. Tú no estabas preparado, pero yo debí preverlo. Nos sorprendió cuando me pintabas.

Javier levanta la cabeza, ve a su alrededor.

—Todo se ve distinto. ¿Qué pasa?, ¿qué ha pasado?

—Eso que te digo, Javier. Nos mataron, nos mató Julián. A balazos.

—Le pedí a Lupe que cuidara que nadie entrara a la casa, o que me avisara si no...

—¡Tontino! —le dice, acariciándole la cabeza—. ¿Que no te diste cuenta que Lupe estaba enamorada de ti? La hizo feliz castigarte, ¡aunque ahora llore, es la verdad!

—¡Qué idiota fui!

—¡No fue tu culpa, tontito! ¡No fue tu culpa! Julián es un loco. ¡Y nunca entrará en el manicomio! ¡Qué va! Ya veo lo que va a hacer el miserable...

María nos mostró a Javier y a mí lo que vería su visión. Era así: a los pocos días, en la cárcel, Julián recibe la visita de Inés. Recibe dineros de ella, que a su vez él pasa a sus carceleros, consigue lo dejen salir por el soborno. Sube al tren. Recorre el camino al norte. Cruza el puente de El Paso. Asesina a uno de los Flores Magón en Los Ángeles. Regresa envuelto en un tufo de gloria. Da un histórico discurso en la Cámara de Senadores de México que conmueve a todos. Más no les puedo decir.

Javier y María se abrazan, se besan, quieren desnudarse, estar piel a piel, comienzan a desabrocharse (María) o desanudarse (Javier) las blancas ropas de fiesta, cuando escuchan afuera algo que los perturba. Es la voz del cantante del grupo de músicos del pueblo, que en muy alta voz, casi desgañitándose, interpreta (o desentona) una copla inventada al vuelo. En ella, aparecen las fotografías de María publicadas en *El Demócrata*, firmadas con su nombre; Bernardo Goríbar es conminado a juicio militar por su don Porfirio; María y Javier mueren asesinados a balazos por Julián ebrio, un vicioso enamorado de su hermana; Bernardo se levanta de un tiro certero la tapa de los sesos. Al escuchar María este último verso, pierde el aliento extraordinario de vida que la ha traído aquí. Julián intenta reanimarla. Insufla en ella aire, aire. Es inútil. María ha muerto para siempre. Julián la toma en brazos, cruza mi pared original, deposita a María en su mesa mortuoria. Regresa a Casa Espíritu, el sonar de ladrillos se escucha más alto, como si sus pasos los fuesen trozando. Antes de acostarse por última vez y exhalar, esta vez sí, su último suspiro, Javier llora.

(El movimiento de los cuerpos rígidos ocurrió, lo constato: no lo supieron ver los ojos).

Así los amantes descansaran en su paz melancólica, la agitación siguió el resto de la noche, alentada (tal vez) por la cola del cometa Halley. Años antes, cuando visitó nuestro cielo el cometa, cayó el emperador Moctezuma. Pero Esperanza no piensa en el cometa, ni en los astros, ni en nada parecido. Cuando escuchó los disparos de Julián, terminaba de redactar una larga despedida, dirigida a Javier y a su papá. Les explicaba: acompañada de la emisaria de las Hijas de Cuauhtémoc, se unía al Ejército Revolucionario de Zapata que operaba en la sierra cercana. La decisión, tomada de manera irrevocable al presenciar la actuación de la caballería asesina contra los ciudadanos, provenía del convencimiento de que no había otra manera de enfrentar a Porfirio Díaz, la violencia se combate con la violencia.

El dolor de la muerte de Javier fue para Esperanza correspondiente al tamaño de la pérdida, pero no la ciega. Continúa con su plan. No le cabe duda de que Julián actúa por indicaciones de algún agente porfirista. La muerte de Javier reafirma su decisión. No esperaría el rayar del día. Le parte el corazón abandonar así a su papá, pero la Patria es primero. No tiene tiempo de tachar la frase donde pide a Javier cuidarlo, prodigarle cariño. Ya volverá, cuando México sea otro. Conoce la naturaleza ensimismada de su papá. Para su duelo, ella no puede ser alivio alguno.

Se viste con ropas de Javier, un traje negro entallado, de buena lana, que algún día ella le regaló para montar —recibía buena paga de sus artículos periodísticos—, y que le quedaba como anillo al dedo. Se arma hasta los dientes, se acomoda al pecho dos charreteras cruzadas. Se calza un sombrero. No que lo necesitara para la noche, sino por el día, es recomendación expresa de Dolores, el sol en la batalla es despiadado. Han acordado encontrarse al pie del camino del Ajusco. Sabe que su partida debe ser hoy, que si no tal vez terminará en un nunca.

Sube al caballo. Pica las espuelas.

Al verse en campo libre, grita la consigna creada por Dolores Jiménez y Muro, que Zapata propagará:

—¡La tierra es de quien la trabaja!

Esperanza regresa a casa cuando la victoria de Madero. Sostiene reuniones opositoras a las medidas antirrevolucionarias del dicho, en las que la flama es —otra vez— mujeres. Vuelve a abandonarnos para unirse a los alzados durante la crisis maderista.

Esperanza suscribe el Plan de Ayala, redactado también por la incansable «maestría» Dolores Jiménez y Muro, para entonces general brigadier del ejército zapatista (su relación con Zapata se había estrechado al punto de que algunos murmuran son amantes, pero no son sino habladorías, así su amistad y retroalimentación sean intensas, y así él reconozca en ella cualidades intelectuales que él requiere para dar cuerpo a su causa y a su lucha).

Esperanza regresa con el asesinato de Madero. Pronto se une de nuevo a los alzados, coordinando la rama del ejército zapatista que se apertrecha en la Otra Banda, a un paso de San Pedro. Se va.

Tarda en volver. Regresa casada, muy establecida con reconocido coronel revolucionario. Pero esa es otra historia.

**2010**

El día en que María regresó a México, después de quince años de ausencia, con estruendo tocaba en Casa Santo una banda grupera muy de moda que ella no supo apreciar o despreciar, porque la aturdió el ruido.

No había tenido tiempo ni de digerir del todo que iba a emprender el viaje. Para ella, México era una especie de torbellino con magníficos aposentos, siempre en movimiento pero siempre fijo, congelado en un pasado al que era imposible entrar. Un pasado que había sido paradisíaco, para ella, hasta que ocurrió lo que ocurrió. En parte, México representaba su infancia, su vida hasta los doce, un paraíso, si cabe en la palabra. En parte era más, y muy complejo: la perversa relación de deseo y repugnancia con su papá, la distancia traumática, el rompimiento con su propia persona y mundo, una violencia nacida de lo más entrañable, sumada al odio adulterado con dinero.

Había dedicado su adultez a recuperar lo posible. Era historiadora de arte, se había especializado en arte colonial mexicano. Le apasionaba el arte prehispánico, pero no alcanzaba a entenderlo del todo. Creía conocer bien la pintura mexicana del XVII al XIX. Nunca había vuelto a su país, la idea de volver a enfrentar a su papá le desagradaba en extremo, y entendía que era peligroso, por motivos que se explicarán solos. Tenía pasaporte español, su abuelo materno era hijo de refugiados republicanos. Su mamá había muerto joven, hacía tres meses, en una distracción: cuando peleaba con su hija a los gritos por el portátil, la arrolló un conductor borracho en el paseo de la Castellana. ¿Por qué peleaban? Su mamá había decidido que tenía que volver a México, que ya no podía más. «¿No puedes más?, ¿de qué no puedes más?, aquí está tu vida. ¿A qué vas a volver? ¿Estás loca? ¿No me has dicho que tú allá no vas a estar nunca a salvo? No te voy a dejar ir sin mí». «Pero tú no puedes acompañarme, de ninguna manera, nos tiene allá a las dos y...». El chofer embriagado interrumpió su conversación. Ni un pleito más, ni un enfado más, ni un jaloneo más, ni un grito.

En realidad peleaban por su papá, reproducían una pelea institucionalizada entre las dos, solo que ahora tomaban bandos contrarios. De niña, al dejar México, María lloraba por él; lo extrañaba aunque lo odiara; lloraba porque él era la causa por la que habían tenido que dejar el país, tomar distancia, principalmente de él; lloraba por lo que él le había hecho; extrañaba la vida mexicana, la abuelita, las muchachas, las amigas, las primas, la maestra del kínder, su nana, su casa, las paletas de limón de la esquina, los churrumais, los pelonpelónricos, los miguelitos, los raspados, las jícamas con chile piquín, los chicharrones del parque, y, más que nada o a nadie, María extrañaba a su papá, el causante de su huida, el señor Gutiérrez, con quien ella

compartía el apellido, y a cuyas expensas había vivido toda su vida. Se debe insistir en un punto de dos cabezas —o pinchado por agujas—: lo extrañaba, y lo detestaba; lo amaba, y lo odiaba. Su apego por él, bipolar, sembraba de agujas el camino de la vida.

Las agujas tenían las cabezas dulces: el dinero que él les enviaba le añadía complicación al sabor del síndrome. Incluso ahora no le alcanzaría para el nivel de vida con lo que ganaba dando clase en la universidad y por sus publicaciones. Ni para la ropa, no hablemos del piso donde vive, los viajes, la vida de reina. Tere, su mamá, jamás había ganado un peso. No rehízo su profesión. Psicóloga, terapeuta de niños, desde que llegó a Madrid por escapar del marido —sus palizas, el círculo de violencia que él exhalaba y (sobre todo) lo que pasó con la hija—, no volvió a ejercer. Tomó clases de esto y lo otro, eternos talleres de «escritura» —a saber qué es eso—, decía que escribía, pero al morir fue una desilusión para María encontrar su enorme colección de libretas casi por entero vacías. En algunas, Tere había empezado a anotar algo, media página, una, casi dos en rara ocasión. No más, las libretas guardaban hojas y hojas en blanco y dispersos recortes de periódicos y revistas metidos entre estas, subrayados en algunas ocasiones, imágenes, postales de museos. En resumidas cuentas, nada.

Los últimos años, Tere se había dedicado a tiempo completo a mejorar su aspecto, una, dos, tres cirugías plásticas, la nariz, los senos, adiós lonjitas, *au revoir* a un poquitín de papada que se le había ido formando, a esas ojeras o bolsas bajo los ojos, adiós; en cuanto a la piel que perdía turgencia en la quijada y comenzaba a colgarse —sí, pues, un ápice, pero nadie le iba a negar que ya no estaba pegada al hueso, y eso sí que no lo iba a permitir—, adiós. Recurría a los mejores cirujanos plásticos, en el Brasil. Iba sola. Eso era su trabajo, mantenerse bella, buscar procedimientos cosméticos, practicarlos con rigor. Aparte de esto, su obsesión única era María.

María llevaba dos años de haberse mudado a su propio piso. La separación —que no lo era sino física— era un drama que no parecía acercarse a buen fin. Entonces ocurrió el pleito por teléfono, uno más entre muchos otros, un borracho irresponsable al volante, y María quedó huérfana completa. Porque lo que es su papá, no sabía nada de él, no había vuelto a saber de él desde que dejaron México. No le reconocería el tono de la voz y había borrado de la memoria su cara. Él le había comprado el piso, un regalo de cumpleaños al cumplir los dieciocho —era magnífico, atrás del Retiro (y de pilón, a los veintiuno, le regaló el edificio, del que recibía las rentas)—, y las había mantenido, a ella y a su mamá, a cuerpo de reinas. Al morir su

mamá se enteró con asombro de la cantidad de propiedades que había a nombre de la occisa. No solo era el dinero que entraba sonante cada día primero a su cuenta de banco, era que él, el innombrable señor Gutiérrez — así le decía Tere, así María, como si no tuviera nombre de pila, como un desbautizado—, con los años había ido poniendo ristas de propiedades a nombre de su ex esposa.

Un representante del señor Gutiérrez, interlocutor entre este y Tere desde su salida de México, se presentó en Madrid apenas ocurrido el accidente. Llegó cuando Tere todavía estaba en el hospital. Se hizo cargo de todo, trámites, papeleo, demás. Procedió a los arreglos del funeral. Era un abogado encantador y dicharachero que parecía haber llegado en plan de hacer fiesta y que María empezó a apreciar, aunque con dificultad: su estilo era demasiado mexicano. Se llamaba Julián, había conocido a Tere en la universidad, explicó a María, le tenía cariño añejo; Tere le había presentado a quien era ahora «mi patrón», el señor Gutiérrez. Julián también lo llamaba con el «señor» y el apellido. Apenas pasado el funeral, explicó a María la situación: las centenas de propiedades que habían estado a nombre de Tere, entre otras los bienes raíces donde una reconocida cadena de cafeterías se expandía por el mundo, su mamá era millonaria; pero el acuerdo no firmado era que todas esas propiedades *en realidad* pertenecían al señor Gutiérrez; ahora que Tere había muerto, el señor Gutiérrez quería repetir el trato con María.

—¿Quieres decir que todo esto que era de mi mamá será mío, siempre y cuando no lo sea?

—No lo pongas así, es una tontería. Las propiedades de tu mamá, donativo generoso del señor Gutiérrez, tu papá, van a pasar a ser tuyas, siempre y cuando arreglemos el asunto legal. Para empezar, tu nacionalidad. Perdiste la mexicana.

—Así quiso mi mamá.

—Tere era una necia en asuntos prácticos, con todo respeto. No tuvo nunca sentido común. Suerte, sí. Y date de santos que estuve siempre ahí para cuidarle las espaldas. Otro abogado, y no sé qué habría sido de ustedes. O sí lo sé: cualquier vivales las pela, les arranca hasta el vestido que traen puesto.

Lo primero que debía hacer María era viajar a México para arreglar papeles legales.

María no quería ir a México. Pero fue en el diván del psicoanálisis donde decidió que tenía que volver y enfrentar a su papá, su objeto de deseo, su destructor, su pesadilla. Si no lo enfrentaba, nunca tendría su vida de regreso.

Habló entonces con Julián de que en una fecha próxima visitaría México para arreglar los asuntos pendientes, Julián le prometió que comenzaría a limpiar para hacérselos más sencillos, «verás que Gobernación es un laberinto para los extranjeros, pero tenemos palancas». Acordaron que sería al terminar el semestre académico, en junio. Pero a mediados de mayo murió la mamá del señor Gutiérrez, la abuelita de María —de quien ella tenía todavía entrañables recuerdos—, y su última voluntad fue que María, la mayor de sus nietos, depositara sus cenizas en su residencia final, en las criptas de la catedral de México.

Nomás faltaba que el señor Gutiérrez fuera a pasar la última voluntad de su mamacita por alto, de ninguna manera, qué te traes. Pidió a Julián se comunicara con María de inmediato, le hiciera llegar su boleto («en primera, si no es hija del lechero»), y la trajera a la de ya al funeral. Matarían dos pájaros de un tiro, pensó Julián, a quien la muerte de la viejita le tenía bastante más que sin cuidado, era una chinche —y saberla muerta era para él un alivio—. De hecho, Julián sospechaba que la viejita había salido con la puntada de su nieta María solo porque sabía que él era quien lidiaba con ella, y que no era fácil, queriendo jeringarlo desde ultratumba.

Lo que hubo entre la dicha abuelita y Julián merece más atención. Pero esa es otra historia. Solo que aunque sea otra, va aquí un piquetín: cuando Julián entró a formar parte de «la familia» al hacerse cargo de todos los asuntos legales del señor Gutiérrez (el «mi Pepito» de su mamá), la vieja jija de la abuela lo sedujo. Era un muchacho, sí, cierto; y ella no era tan de peor ver, aunque depende. Lo sedujo, lo embrujó, lo agarró distraído y lo amarró, y de ahí en adelante Julián quedó enterrado con el clan Gutiérrez, entre otras porque no quería que nadie supiera —menos que nadie el señor Gutiérrez— que él se había estado ponchando a la mamá del jefe (con perdón de la expresión, pero es que él se la ponchaba, nadie dirá que eso era o un acto amoroso o un acto erótico, era puro penetrar y dale y dale, quitarle el aire al cuero viejo inflado de aire). Años quedó sometido a la señora. Después, la vergüenza mayor era que se enterara su mujer, una joven hermosa y vivaracha que llenó la vida de Julián de alegrías. Pero esto no duró, se divorció pocos años después, y tras la separación definitiva Julián fue acumulando muchos más motivos de avergonzamiento. Esa es nuestra historia, no sé si saldrá. Si queda enterrada, mejor. A reserva de lo que opinan los vulcanólogos, yo con mi punto de vista de casa diré que como los volcanes: lo que está afuera de la vista resulta mucho más interesante y digno de estudio que lo que de pronto irrumpe a la superficie causando lamentables estragos. La belleza

perturbadora de las montañas jamás será equiparada por los vómitos de lava, ceniza y fuego.

María llegó a la terminal nueva del aeropuerto de la ciudad de México, el Benito Juárez. Tenía la intención de quedarse solo una semana. Julián la esperaba apenas salir de la pasarela del avión (el único que estaba presente para dar la bienvenida a un privilegiado viajero, «Dame tus documentos», lo primero, y ya con estos en mano, «Bienvenida»), de la mano de un empleado del aeropuerto que le preguntó, contestándose solo: «No trae equipaje, ¿verdad?». Custodiados por este, cruzaron la garita de inmigración saltándose la muy larga cola y llegaron al semáforo de la aduana, donde otra tomó su formulario —«Pique el botón, señorita, si le sale rojo hay revisión, si es verde... salió verde, siga, siga»—. Traspusieron la puerta hacia el área comercial del aeropuerto (Julián agradeció dando la mano al acompañante), la escolta los rodeó, hombres vestidos de negro riguroso, el cabello muy corto engomado, lentes negros, *walkie-talkie* en la cintura, chaleco antibalas, las armas no tan bien escondidas en su ropa. Carlín, el Ojaiz y el Güero eran los tres asignados a no separarse de ella ni a sol ni a sombra; en el aeropuerto estaban acompañados por dos guardaespaldas de Julián.

A pesar de que la rodearon como una nube negra, María apreció la nave de la terminal, «hermosa», pensó, enumerando para sí, en silencio, las virtudes del diseño arquitectónico, y no comentó ni pensó nada de los guardaespaldas.

Caminaron hacia el estacionamiento, los esperaban dos camionetas de lujo negras, los vidrios polarizados, blindadas, y el resto de la escolta. Subieron con Carlín, el Güero y el Ojaiz a una de estas, manejada por un chofer muy joven, delgado, nervioso, de camisa gris y el cabello sin gomina. El resto de la escolta subió al otro vehículo, arrancaron motores, salieron del estacionamiento trasponiendo la puerta principal, frente a esta una gran rotonda.

—Qué bonita —ahora en voz alta María.

—Es la terminal nueva, la dos —dijo Julián—; es del arquitecto Serrano Cacho, espléndida.

—Es elegante, sobria.

—¿Cómo estuvo el vuelo?

—Me vine leyendo.

—¿No dormiste?

—Nada; ya dormiré hoy por la noche.

—Faltan horas para eso; ahora son las doce, la misa es hasta las seis y media, vamos hacia el funeral.

—No te preocupes, Julián, estoy bien.

Una vía rápida desemboca en una calle que termina contra una pared, arriba pasa un puente, los vehículos giran en ángulo cerrado hacia la derecha. A los dos lados hay variedad de casas, edificios de formas irregulares, todo sin armonía alguna, colores estridentes, balcones absurdos, ventanas de distintas dimensiones y, las más, ilógicas. Esta es una ciudad desconocida para María. Busca con los ojos algo que pueda identificar. Creía que pasarían frente al Palacio de los Deportes, recordaba ese edificio de picos brillantes, pero no lo vio. Iban sobre un puente. Julián le entregó un celular:

—Solo yo tengo tu número, ya salvé en él el mío, no dudes en marcarme, cualquier cosa estoy para servirte.

La disposición urbana la asombra, el trazo de las calles, y las construcciones tan desiguales. Julián le señala el Palacio de los Deportes, recordaba gigantes los picos de cobre, ahora son una pizca en medio de edificios que, si bien no son gigantes, lo devoran con su barroquismo; a derecha y a izquierda grandes anuncios comerciales; los carriles estrechos, «Es que donde había dos, hicimos tres sin ensanchar el paso del viaducto, nos sacamos uno de la manga con un costo mínimo», le explica Julián; pregunta por el estadio de béisbol (tenía recuerdos, camino a casa de su tía Lupe pasaban frente al estadio, a un costado del viaducto), Julián le señala un centro comercial: «Ahí está el Parque Delta». No reconoce nada. Desembocan en el Segundo Piso, circulan en las alturas, la ciudad se extiende a sus pies. A su izquierda, atrás de un velo, los dos volcanes: el Popocatepetl y el Ixtla, enfrente de ellos el cerro del Ajusco, y a sus espaldas la otra camioneta negra, siguiéndolos pegadita. María recuerda los volcanes, y al hacerlo una escena como la que ella va representando: un día, vio pasar la «caravana» —fue la palabra que usó su mamá— del presidente Salinas: consistía en dos automóviles, el del presidente, y el de sus policías. Ahora ella va custodiada, el carro blindado y siguiéndolo el de los guaruras, y ella no es nadie, nadie; ¿cómo viajaría ahora el presidente por las calles de México?, ¿con qué escolta, cómo se protegería?

Llegan a San Pedro, nuestro barrio elegante; se enfilan hacia Casa Santo, mi vecina.

Un sinnúmero de automóviles estacionados a todo lo largo de Callejón del Fuego, grupos de escoltas ante su puerta, una banda grupera hace su entrada

triumfal. Felipa los ve desde la cocina: «¡Mire, doña Luz...! ¡Mire...! ¡Los López!».

—¿Y quiénes son los López?

—¡Salen en la tele!

La tele ya no tiene interés para doña Luz porque ya no ve ni pío. A nadie a su alrededor, y menos a ella misma, se le habría ocurrido que podía usar lentes.

—¿Sí?

—Usted los ha oído, son los de «Pasado de copas, borracho en la calle, me puse a gritar como loco tu nombre en la calle... rata rata flaca... torta descarada... qué desmadre provocaste en mi corazón, por caliente me has perdido».

Doña Luz la deja cantar el trecho de la conocida canción. Le divierte cuando Felipa, en muy raras ocasiones, tiene estos exabruptos.

—¡Diosito bendito! —dice; por molestar a Felipa hasta se persigna—. ¡Ya no hay moral!

Se ha puesto de buen humor.

—¡Bailan hasta a sus muertos! —dice cuando comienza la música.

Saber que los detestados vecinos velan el cadáver de un ser querido apacigua el enojo que les tiene siempre. No es día para maldecirlos, con lo suyo les basta. Su tristeza la alegra, porque mucha fiesta pero, a fin de cuentas, falleció la mamá del señor Gutiérrez, algo tiene que dolerle, hasta para el más desalmado una madre es una madre, piensa, sin acordarse de que sus hijos dejaron de echarle un lazo muy antes de retirarse de la vida, absortos en sus propios hijos y nietos, recordándola solo cuando necesitaban dinero, préstamos que nunca pensaron pagar, ni ella cobrar.

Llega la camioneta negra con María, Julián y el cuerpo de seguridad. Los que se han arremolinado para ver a la banda grupera entrar la observan, se preguntan «¿Quién viene?».

Primero baja el Ojaiz, arma en mano, oteando a diestra y siniestra en busca de sabrá qué enemigos. Tras él, el Güero, también armado, dice al *walkie-talkie*, «Llegando el paquete, llegando con el paquete», mientras escruta aquí y allá. Después María, las miradas la revisan mientras baja del vehículo, se preguntan «¿Quién es?», la creen alguna famoseta estrella de la pantalla chica, «¿Quién es?, ¿quién es?, ¿la reconoces?». «¿Pues no es la que le pone los cuernos al marido en la novela del canal 2 a las siete?».

Copetito le toma una foto con su teléfono portátil. «Es bellísima», piensa. También está convencido de que es alguien famoso.

Felipa sigue atenta a la puerta de Casa Santo, dizque seca los trastes, el ojo al garabato.

—¡Miren nomás! A mí se me hace que llegó una artista. ¿La conoces, Toña?

Toña se apresura a asomarse a la ventana, pero para cuando llega ya no se ve ni sombra de María. Solo alcanza ver entrar a Julián, el abogado, y atrás de él, al Güero, cargando la maleta de María.

Toña pega la nariz a la ventana. Doña Luz la regaña:

—¿Y tú qué haces ahí? ¿No ves que hay que ir a ver si los señores quieren algo? Llévalos cacahuatitos, ¡no estés ahí de chismosa, holgazana!

—Llévalos de una vez más hielo —se suma al regaño Felipa—. Y vacíales los ceniceros, ya me imagino cómo los tienen, y tú aquí... ¡Chamaca floja! ¡Avísales que ya acabó la misa! Ya vienen las señoras, si los ven apostando se les arma...

Toña toma la charola vacía y se dirige hacia el estudio; como todos los domingos, Vértiz juega una partida de póker con sus amigos mientras las señoras están en misa.

Lo que los varones practican mientras las mujeres comulgan, confiesan pecados, pretenden arrepentimientos, patinan en la comunidad de su fe burguesa y critican a las vecinas, no es juego y apuestas, sino caridad enmascarada.

Felipa se queda frente a la ventana, a ver si la bonita que había entrado vuelve a salir.

En el *hall* de Casa Santo, Lupe, en uniforme de empleada de servicio (rosita, con almidones, mandil blanco y cofia clavada sobre su negro cabello largo, que lleva a la espalda en una larga trenza del mismo color), aborda a María.

—¿La ayudo con su impermeable?

María le toma la mano, le da dos besos, uno en cada mejilla, y le dice:

—Así estoy bien, gracias; mucho gusto, soy María.

Sus ojos se acostumbran al cambio de luz y siente que el corazón le da un vuelco cuando topa frente a ella con un oso polar, de pie, amenazante, los brazos extendidos, las afiladas garras, la boca abierta, en posición de ataque y ahí te voy. Gira la cabeza y su mirada topa con el tigrillo, el nuevo cachorro de la casa, un guarura de la casa lo lleva en una traílla. Lupe llama su atención al tapete que acaba de pisar:

—Cuidado, señorita, puede resbalarse.

Es una piel de leopardo, la cabeza completa, los ojos de vidrio, las fauces bien abiertas.

—Del gatito no se preocupe —dice, señalando la mascota—. Ni hace daño, ni le hace caso a nadie. A los perros mejor ni se les acerque, pero no se preocupe por ellos, están siempre encerrados en el cuarto del señor. Solo si está él aquí los suelta por la casa, pero hoy que hay visitas, pus no.

Traspusieron la puerta del *hall* y entran a un salón o sala más abigarrada aún. El ataúd, las múltiples coronas funerarias de flores son lo menos extraordinario. María no sale de su azoro. Nada de esto es parte de su infancia. Nada le es siquiera remotamente familiar. Esto no puede ser su casa. Los muebles parecen Último Imperio extraídos de la bodega de un museo provinciano. Oro, trofeos de safaris, mármol, dos columnas de las ruinas de quién sabe qué palacete de quién sabe cuál ciudad centroeuropea. Lujo. Barroco. Una única pintura figura sobre la chimenea revestida con oros y mármoles: es el retrato de un hombre semidesnudo en atuendo de Tarzán, plantando el descalzo pie sobre la cabeza de un cautivo desdentado y despeinado, los ojos desencajados, la tez cetrina. Clava su pica flamenca sobre un paisaje desolado, símil de la Luna. A lo lejos, una ciudad en llamas de la que parten caravanas de automóviles en dos diferentes direcciones. En el extremo derecho, una casa de paredes de vidrio deja ver otra escena dantesca: hileras de personas acostadas al piso adentro de ristras de jaulas, las manos atadas a la espalda, los ojos vendados. Abundan los detalles. Lo que domina la escena es el Tarzán, la cara pintada «fotorrealista», piensa María. La llama una voz:

—¿María?

Quien habla es la viva imagen de la cara del Tarzán de la pintura, el cuello, las manos, idéntico.

—¿Papá?

Los dos preguntan con sincero asombro. Para un testigo del encuentro, el impulso es decir «¡De ninguna manera!, ella no puede ser tu hija, ni él tu papá, ¡imposible!». No parecen tener nada en común, ni raza, clase, educación, modo, ni compleción: semejan ser, no ya de familias, de planetas distintos. Su habla y gesticulación, su manera de caminar, todo es diferente.

Repite María:

—¿Papá? —con mayor énfasis en la entonación dubitativa. Su memoria lo borró por completo. Hubiera jurado que era distinto.

Ninguno de los dos da el paso que les permitiría darse la mano, tampoco extienden los brazos para intentarlo. Se observan a prudente distancia.

La banda grupera comienza a tocar al fondo del patio central, sobre una tarima acomodada para este motivo, bajo moños de papel crepé negros que penden de adornos fúnebres; si no fuera por el color, se les llamaría festivos. Al primer acorde, el aire parece vibrar, como adentro de una caja de música.

El patio está recubierto con un tragaluz de cristal en forma de cúpula. Bajo este, una palmera artificial con cocos de cerámica, una jirafa disecada (real), una fuente de mármol negro. Al lado de estos objetos, el pozo con su pretil de piedra empequeñecido. El pretil es lo único que conserva desnudo el material original, el piso del patio está cubierto de mosaicos diminutos color dorado que suben por el cuerpo del pozo, respetando solo el borde dicho. Hay mucha gente, la casa está atestada, no cabe un alfiler. El funeral congrega a las relaciones del señor Gutiérrez, políticos de diversos partidos, tres gobernadores de Estados, estrellas musicales y cinematográficas, músicos y ex divas. Una de estas —famosa por bailar en las películas mexicanas de la época del cine de oro nacional al lado de Pérez Prado, Resortes y Tin Tan, cantaba un poquito, pero lo que la hizo célebre fue el tilín-tolán de sus caderas y estar descalza y con pocas ropas— interrumpió el encuentro (incómodo) entre padre e hija:

—¿Es tu hija? ¡Qué guapa! ¿De dónde lo heredó?

Su broma cae como piedra. No saca ni al señor Gutiérrez ni a María de su estupor, al que cooperan la noche en vela del primero, y el vuelo transatlántico de la segunda. La susodicha intenta componerla:

—¡Era chiste!, si están igualitos; tu hija parece tu espejo, Gutiérrez.

La mentira saca al señor Gutiérrez de su azoro, sonrío, gruñe, y gira el cuerpo hacia el corrillo más cercano, que de inmediato lo acoge. Los asistentes al funeral de su mamá están ávidos de agradarlo. La ex diva queda de contertulia de María.

—¿Me dijo tu papá que estudiaste en Oxford?

—Ahí obtuve mi doctorado en Historia del Arte.

—De ese antro sacó un título mi primer marido. Esto en el año del caldo, entonces Oxford era un pueblo medieval. ¿Y qué haces? ¿A qué te dedicas?

—Doy clases en la Complutense de Madrid. Y estoy por publicar mi primer libro, sobre un aspecto del arte colonial mexicano.

—¡Un libro! Tan jovencita... Tengo algunos amigos que me gustaría presentarte, les gusta el arte, como a ti.

—Encantada. Pero voy a estar muy pocos días, solo para arreglar documentos con los abogados. Mi mamá murió y hay cosas pendientes.

—Sí, me dijo tu papá, pobrecita; primero tu mamá, ahora tu abuelita... en tan corto tiempo. Lo siento mucho.

—Gracias.

La ex diva se incrusta de inmediato en el grupo contiguo, pasa la información recién obtenida de María. María encuentra con la vista la espalda de su papá y camina hacia él. A eso vino a México. No le es grato, pero va a enfrentarlo.

Circulan charolas con tamales miniatura, taquitos fritos, sopes y panuchos, y bebidas diversas. María toca el brazo de su papá. Este reacciona como si lo hubiera picado una alimaña, dando un paso atrás gira a verla, guardando distancia entre uno y otro. Pasan dos incómodos segundos, que María remonta, se le acerca y le dice en voz baja:

—¿Papá? ¿Puedo decirle algo?

—Soy todo oídos —le contesta él en voz alta.

—Siento mucho lo de tu mamá —sigue María en un susurro, cambiando al tuteo—. Yo la recuerdo con mucho cariño. A ella y a ti era a los que yo más extrañaba de México cuando nos fuimos.

—Ven a verla.

El señor Gutiérrez se encamina hacia el costado del ataúd, mientras María maldice para sus adentros, «No terminé de decirle lo que quería, no pude», trasponen la guardia del momento que consiste en el secretario de Minas, la presidenta de un partido político, un cardenal y un famoso locutor de la televisión.

María se asoma por la ventanita del ataúd. Ahí está una cara en la que no reconoce un solo rasgo. Lo que más recuerda de ella es el olor de su chal al menor asomo de frío, usaba el mismo, tejido en estambre de lana gris oscuro. No está ahí su olor.

De nuevo se acerca al oído de su papá.

—¿La enterraron con su chal?

—¿Cuál chal?

—Siempre usaba un chal.

—Hace años que no.

Se retiran del ataúd. El señor Gutiérrez tiene los ojos llenos de lágrimas. A cada paso se le acerca alguien a darle el pésame o conversar. Él es la estrella del funeral, no la viejita que por fin descansa en paz después de tanto darle vuelo a la hilacha, tantas ambiciones cumplidas, tantas intrigas, tantas venganzas, tantos apapachos. Y a saber cuántos amantes escondidos, echando mano de sus ingratas armas.

María deambula por el salón. Sillones tapizados de sobrecargados gobelinos, arqueadas patas y remates de cedro, con tallas de conchas y acantos, laqueados en dorado. En el centro del grupo de sillones, una enorme mesa baja, al centro la boa o pitón de los cuentos del señor Gutiérrez —«¡Espero que disecada!», piensa María—, la mitad de su cuerpo en espiral apoyada sobre la mesa, el resto de este erguido hacia el techo, un metro y medio arriba con la garganta hinchada, a punto de ataque. Un animal monumental.

Se acerca a María un hombre de cara redonda y moreno, los dientes de oro.

—Conque la hija, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y la nieta?

—Sí.

—¿Y a quién te pareces más?

—Imagino que a ninguno, no lo sé.

Julián se aparece a su lado y el dientes de oro se retira, sin hacerle una sola señal de saludo. En voz baja, Julián advierte a María:

—A ese no te le acerques.

—Yo no me le acerqué, él vino.

—Es gente de cuidado, ¡de cuidado! Disculpa, María, tengo que atender a...

Julián se escurre de su lado y se pierde entre la gente.

María se siente más huérfana que nunca. Vuelve a rastrear con la mirada a su papá. Encuentra su espalda. Camina hacia él, bordeándolo para no llegarle de frente. Buena estrategia. Se planta a su lado.

—Les presento a mi hija, María. Se recibió en Ósfor.

—Y va a publicar su primer libro, sobre arte colonial mexicano —la ex diva se une al corrillo—. Vas a venir a presentarlo para que te hagamos fiesta los amigos de tu papá, ¿verdad, María?

—Ya se verá —dice cortante el señor Gutiérrez—. Su carrera está allá. Es un cerebritito. Le dieron un magdacumlou en Ósfor.

Las palabras del papá le asestan el golpe del peso del viaje en avión, el cambio de horario, la altura de la ciudad de México. Quiere dormir. Por lo menos quisiera estar a solas.

—El cortejo sale de aquí a las cinco y media —Julián se suma también al círculo, toma a la ex diva por la cintura—. Y en quince minutos salimos hacia el San Ángel Inn, tenemos reserva; comemos y de ahí a la misa.

María vuelve a acercarse a su papá y gira un poco el cuerpo para forzarlo a un aparte.

—Papá, no puedo comer bocado. Me trajiste en primera clase, y me dieron de comer como seis veces.

—No te preocupes.

—No dormí en el vuelo. Tomo una siesta mientras ustedes comen.

—Perfecto.

—Y quiero irme a un hotel.

—Eso no te lo puedo conceder. Pídeme lo que quieras, pero no eso, no puedo jugar con nuestra seguridad. Te quedas aquí hasta que regreses a Madrid. Tenemos citas durante la semana, ¿sabes?

—Con Julián acordé que me quedaba en un hotel.

—Por mí no te preocupes. Yo no duermo aquí. Este es tu hotel. Los guardaespaldas van a estar aquí; ni se te ocurra salir sin ellos.

María voltea a ver de nuevo el paisaje inusitado que la rodea. Los trofeos de caza —colmillos de elefante, animalones disecados, tapetes, taburetes y mesas de trozos de felinos, patas huecas de hipopótamo usadas como ceniceros—, los muebles suntuosos hasta el ridículo, las filas de servidumbre, la fauna humana variopinta, los altoparlantes con la música ensordecedora.

—Insisto, papá, un hotel...

—Te quedas aquí, está listo tu cuarto. Si no te importa perder el pellejo, a mí sí me altera pensar que me expongo a que me humillen o lastimen. Pídeme algo que te pueda conceder, ¡te digo!

—Quiero ir a una librería... y... —se desata el demonio de María; se impone la incordura; la niña que extraña al papá al mismo tiempo que lo detesta, la que conforme pasan las semanas lo puede convertir en culpable de no venir a verla, la que, odiando el resentimiento de su mamá, fue absorbiéndolo, haciéndolo propio, rastreando cómo cuajar uno nacido de ella misma— y... te lo digo de una vez. Quiero a mi nombre el departamento de Polanco donde vivía mamá cuando la conociste. Tú se lo quitaste... —se da cuenta de su tontería, y trata de parchar el absurdo, mintiendo—: Hablábamos de eso cuando la atropellaron...

Casi imperceptiblemente, el señor Gutiérrez golpea con el pie derecho el piso, solo es evidente un movimiento algo nervioso de cabeza provocado por su taconear, como si tuviera bajo el talón la cara horrenda que el retratista había representado estrujada a sus pies. Esconde la ira que capturó el artista, los músculos de su cara se tensan casi imperceptiblemente.

—Librería, hay una cerquita. Vas hoy, te llevan los muchachos camino a la misa de cuerpo presente, sales de eso cuanto antes. A los problemas, darles prisa, no dejes para mañana lo que puedes hacer hoy. Nadie tiene asegurado su mañana. Del departamento que dices... —cambia el tono de su voz— ¡Qué huevos! —otra vez el gesto, el leve meneo nervioso de la cabeza, el golpe al piso—. ¡Qué huevos tan... pero tan... pero tan azules! ¡Qué poca...! ¡Qué realmente poca madre! ¡Decir que yo le quité algo! Yo, yo, yo, escucha bien, María, dije yo, yo —repite la sílaba golpeándose el pecho como un Tarzán con su manaza—, yo compré el piso completo del edificio, toda la planta cuatro, de pe a pa... —baja el tono, controlando su exabrupto—. Todo es tuyo, la mirruña que fue de Tere y todo lo que yo, óyelo bien, yo, yo, yo —un único golpe al pecho tarzánico y contenido—, yo le anexé —gira el cuerpo para darle la espalda a María y alza la voz, dando una orden—: ¡Ya nos vamos!

Julián lo toma del brazo y le susurra al oído:

—Todavía no, espera. Acaba de llegar el góber de Veracruz...

La Toña en el patio de aquí, Casa Espíritu. Acaba de cortar un higo maduro. Deja la charola al piso, con riesgo de que se llene de hormigas. Se rasca la cabeza. Luego parte con los dedos el higo en dos, despanzurrándolo, y se lo come con deleite, excepto la cáscara.

(Cuestión de gustos: algunos prefieren el higo con todo y cáscara, otros los quieren verdes, vueltos dulces a punta de calor y azúcar. Y hay los que toman las hojas para perfumar infusiones o mieles).

En el estudio, Vértiz, con Pérez y Gómez, amigos desde la adolescencia —fueron a la escuela de los jesuitas, el Instituto Patria, estudiaron en la Libre de Derecho—, siguen con su partida semanal de póker. Sobre la mesa hay un cenicero lleno, tazas de café vacías, al centro unos cuantos billetes y monedas, la polla de apuestas. Pérez se frota los labios con las cartas extendidas en abanico:

—Ustedes se quejarán todo lo que quieran, la verdad es que la situación mexicana es apasionante. Estaba hablando con mi querida Esperanza el otro día...

A la mención de la periodista de moda, Gómez interrumpe.

—Detesto su noticiario. Esa lesbiana extremista... Cuándo te hubiera visto yo de amigo de marimachas.

—¿Pero ves el noticiario o no? —dice en tono burlón Pérez.

—Quién no ve su programa —interviene Vértiz—, es una pregunta absurda. Esa bigotona corajuda sabe estar en todo...

Gómez deja las cartas sobre la mesa.

—Tercia de jotos, no es broma, miren —y cambiando el tono de voz—: Esa vieja es intolerable, punto final. Yo no la veo, ni aunque me amarren.

—Póker de ases —Vértiz pone sus cartas boca arriba en la mesa—. Intolerable, cierto; vieja mamona, también; pero la veo, si no ¿cómo me entero? Ella lleva el pulso.

—Ni hablemos de ella. Me tiene harto, y eso que no la veo. ¿Nos echamos otra mano? ¿O creen que ya salieron nuestras viejas de misa?

—Claro que la ves, no te hagas.

—Vértiz, si Gómez dice que no la ve es porque no la ve.

Gómez repite la pregunta:

—¿Acabó la misa? ¿Reparto otra mano?

—Cómo voy a saber, con la plaga de vecinos ruidosos... No puedo oír nada que no sea su mierda, perdón por lo de oír, cual campanadas llamando a misa, ni la gente pasando al salir, nada, ¡me tienen sordo...! Deja, pregunto a las muchachas —toma de la mesa una campanita de cobre y la agita. Es la tercera vez que la suena, ¿cómo van a oírla con el escándalo de Casa Santo?

Como por acto de magia, entra Toña, con la charola en la mano, el hielo, los ceniceros limpios, el platito con cacahuates japoneses, de milagro sin hormigas. Aún tiene en la boca el dulce sabor del higo, estaba buenísimo, si se entera doña Luz de que lo cortó y se lo comió, le cae encima una regañiza: «Son para el niño Javier» —y niño Javier querrá decir Vértiz, no Javiercito.

—¿Señor?

Vértiz alza la vista para verla.

—¿Ya acabó la misa?

—Parece que sí.

Gómez, con cara de resignación, y diciéndose «Donde manda capitán no gobierna marinero» —mientras se imagina a sí mismo niño, vestido con su traje de marinerito, aquel de factura española que le ponía su mamá para ir a visitar a los abuelos—, recoge la baraja de la mesa, rápido pero como si la acariciara, indolente.

—Dejamos la siguiente mano para la próxima. La polla es tuya, Vértiz...

Vértiz recoge los billetes de la mesa.

—Parecería que se dejan ganar, domingo a domingo...

Pérez y Gómez cruzan miradas cómplices, y Pérez abre la boca:

—¡Cómo crees! ¡Es tu envidiable suerte!

Se levantan de la mesa y se dirigen a la sala, siguiéndole a Vértiz los pasos.

—¿Qué les ofrezco? ¿Un whiskito?, ¿un tequila?

—Cada día está mejor tu Velasco, Vértiz, si me permites —Gómez habla de pie frente al paisaje.

—A mí me parece mejor cada día ese Lilia Carrillo, es soberbio —Pérez. Vértiz se planta frente al Lilia Carrillo.

—Es bueno, ¿verdad? Muy bueno. No sé bien por qué. Como a Gómez, me atrae más la pintura realista, pero Lilia... Mi Javiercito dice: «Pintaba la oscuridad, pintaba la muerte que veía venir corriendo». Aunque yo no le veo lo de correr, ¿tú lo ves, Pérez?

—Yo quiero probar el mezcal que te traje —contesta Pérez volviendo a la pregunta anterior—. Es uno nuevo. Curado en pechuga y tabaco...

—No sé cómo compras a granel, cómo te atreves. ¿No será de los que dejan ciegos?

—¡Ese es uno de los mitos urbanos más idiotas que he oído! ¿Cómo va a dejar a nadie ciego el mezcal? Bebida de dioses, ¡nomás faltaba! Cuál ciego ni qué ocho cuartos, la mezcalina provoca sus visiones, si uno se aplica en tomar suficientes dosis. Sírvete uno, Vértiz, está espléndido. Lo venderíamos en Nueva York o París más caro que el mejor coñac.

Se escuchan risas y parloteo aproximarse. Los tres señores cierran la boca. En abierta cháchara, arrebatándose una a la otra la palabra, entran Lucía y Berta, esposas de toda la vida de Gómez y Pérez. No se parecen pero el estilo es idéntico, el tono de hablar, el tipo de ropa y arreglo personal, las dos del mismo tipo despampanantes. Traen el cabello teñido de rubio —mismo tono de tinte—. Las dos en espléndida condición física, de lunes a sábado van al gimnasio, muy maquilladas y vestidas con esmero, zapatos de tacón alto, pantalones entallados, y arriba y adelante los implantes, sus pechos aumentados de manera sobresaliente, las nalgas les servirían de cojines en bancas de cemento. A primera vista parecen hermanas, pero una mirada más atenta distingue las enormes diferencias. Lucía es pequeña y menudita. Berta más alta, la quijada ancha, los pómulos salidos, tuvo una nariz prominente que se mochó hace décadas, sigue presente en ausencia, es una mujer de carácter. Lucía es más como un mosquito. Sus inteligencias son similares a sus complexiones. Lucía, apenas posarse, corre. No tiene ningún apetito intelectual. Berta, así carente de toda educación literaria, científica, filosófica o de cualquier disciplina que se respete, tiene eso que llaman inteligencia natural. Es astuta y cauta, desea entender, comprende. No lee gran cosa —en realidad ni pío—, pero escucha los mejores noticieros de la radio, asiste a interesantes seminarios, devora videos, y viaja sacando provecho a la

información ambiente. Consigue los mejores guías para los rincones más interesantes de las ciudades. Si no perdiera las dos terceras partes del día luchando contra los estragos del tiempo, podría tal vez... aunque tal vez nunca hubo reversa, o reparación para subsanar la estulticia de una educación que ni siquiera le enseñó a bordar con propiedad. El año de internado en Suiza, con Lucía, por cierto, les dio un francés manicurado, y con eso las dos dan el gatazo, pasan por educadas.

Los hombres se levantan para saludar, encabezados por el gesto de Vértiz que las recibe con su «quíhubole»:

—Quíhubole, bonitas; qué suerte tienen mis amigos, ¡qué mujeronas! ¿Qué les ofrezco?

—A mí, dame a probar del *whisky* que trajo Luis, nunca había visto siquiera la botella. ¿De qué aeropuerto lo trajiste?

—Lo traje cuando vine de Dublín, no lo compré en el aeropuerto. Ya te lo dije tres veces, Lucía. ¡Tres! Esta es la cuarta.

—A mí dame un mezcal, porfis, el que tengas.

Cuando los cuatro tienen su copa en la mano, se miran a los ojos y guardan silencio, alzando sus vasos. Siempre que se reúnen —salvo contadas excepciones, una vez por semana— hay un momento en que circula la sombra de Teté entre ellos. Las tres parejas son amigas desde la adolescencia; los seis juntos, en Acapulco, conocieron el amor por primera vez (los varones en sus rituales, ellas con ellos, en escapadas a espaldas de sus familias), se casaron en el mismo año, juntos crecieron, se formaron, compartieron sueños y aspiraciones, supieron cuándo este o aquel puso o padeció cuernos y cuándo pararon las infidelidades o los deslices, juntos cruzaron crisis y disfrutaron buenas rachas. Teté hace falta. Como Vértiz sigue viudo, el hueco de ella está intacto. El silencio evita algo más incómodo: el brindis de Javier dedicado a ella. Es una ceremonia que previene una práctica dolorosa para todos. Callan, brindan, no dicen su nombre, la recuerdan al unísono, en silencio.

Toña entra llevando un platón con gorditas de frijol y chicharrón recién hechas a mano por doña Luz, y Berta aprovecha la ocasión para romper el hielo, así empieza con voces que suenan más a balbuceos de mono que de persona.

—... Hmm, umm, mmmn... qué delicia... con lo que me encantan las gorditas de chicharrón que hace doña Luz... —y Berta pregunta a Toña—: ¿Hay salsita?

—Ahorita se la traigo, señora, las de este lado son de frijol con requesón. ¿Algo más?

Nadie le contesta. Vértiz sirve las copas. Da la suya a Berta:

—Gracias. ¿Cómo andas, Vértiz?

—Tristeando, ¿cómo más?

—¿No sale nada?

—Nada.

Silencio, ahora para arropar el «nada» de Vértiz. Todos le creen: «nada» es nada.

Toña regresa con la salsita, la deja en la mesa entre las revistas más o menos viejas y los ceniceros más o menos rotos.

—¿La salud? —Lucía.

—También tristeando. Eso de no dormir, mi coco... —Vértiz.

—Debieras hacer ejercicio, Vértiz —Berta.

—O —aquí Lucía— tener novia, una noviecita te caería de perlas, Vértiz, es muy amarga la soledad —aquí miente, lo amargo para ella es la convivencia. Sola no tiene problemas, su temperamento es dulce y llevadero, es optimista y a todo le encuentra el lado luminoso. El lío es que no la soporta el marido, y que tiene que vivir con él aguantando su hostilidad continua. No es ella la hacedora de su martirio—. Te quiero presentar a una amiga.

—Lucía: conozco a sus amigas, las tuyas y las de Berta, antes de que me las ofrezca. Se lo agradezco mucho, pero sus amiguitas son todas puras escobas feministas... altaneras detestables... Ya no hay mujeres como las de antes. Estoy condenado a esta viudez fastidiosísima. Las únicas dos que quedan son ustedes, y son esposas de mis dos mejores, y muy suertudos, amigos.

Berta cambia de tema, han hablado tanto de esto que ya le da fastidio:

—¿Cómo está Javiercito?

—Igual. Me enfurece, todo lo que gasté en su educación para que me saliera...

—Pero es comprensible, hombre. Mira tu casa, llena de arte. Mírate a ti, te interesa tanto...

—Sí me interesa. Pero tengo la cabeza en su lugar: estudiar Historia del Arte es para viejas. Con perdón de las presentes.

—A mí no me molesta que digas eso. Tienes toda la razón —lo dice Lucía de una manera espontánea que irrita a su marido, despertándole un desprecio que externa con una mueca.

«Idiota», piensa Gómez, «tanta cháchara y cháchara con las hijas de que todos somos iguales, y lo mismo con tus amigas, para que salgas tú también

con esto». Lo piensa no porque le desagrade el contenido del comentario. Detesta a su mujer, su reino por tenerla lejos.

—Si hubiera decidido ser cirujano plástico, tendría el futuro asegurado. Pero ¿Historia del Arte? ¿De qué va a vivir? —Vértiz.

—De las rentas de su mujer —dice con tono enfadoso Gómez—. Como todos los Vértiz.

—Esto, cuando Wall Street no era un cementerio —Vértiz.

—Déjate eso —dice Pérez—, hace dos generaciones que se acabaron los Vértiz que tenían mujer, ya ves tus primos cómo andan. La verdad es que todos vivían del Partido. A ver qué hacen ahora...

—Vivir fuera del presupuesto es vivir en el error —Gómez deja salir otra vez su enfado, la frase suena a balazo estropeado.

—Gómez, eso era antes —Pérez.

—No, eso es hoy, todavía. Miren nomás con las guarderías, qué negociazo. Estés o no en la nómina, el chiste es hacer negocio con ellos, es el único negocio redondo. La bolsa grande sigue ahí. No hay de otra en México. Por lo menos para empezar. Ahí tienen a Slim, para muestra. No se escapa nadie. Hay que estar con los que pueden, Vértiz, es lo que no entiendes. Y cállate, Lucía, no sé qué estás a punto de decir, pero seguro estás equivocada.

—No iba a decir nada, qué te pasa —Lucía.

—No me hacen gracia tus comentarios —Vértiz quiere detener la saña de Gómez contra Lucía, le entristece—. Si no se viene abajo la bolsa, otra historia sería... Estaría inflado. Bueno, no tanto, pero no asfixiado.

—Ya que lo dice Vértiz, la verdad es que a mí tampoco me hacen gracia —dice Lucía, con tono chillón—, ¡negocios! ¿Ustedes creen que está bien? ¡Pobres niñitos! ¡Los quemados!

—Ya sabía —casi ruge Gómez—, tenías que salir con «los niñitos»... ¿A quién carajos le importan los niñitos? Se quemó la guardería ABC, fue un accidente. ¡Es que eres bruta! —Gómez la quiere humillar frente a todos, exhibirla como él la ve, un nido de lugares comunes y cursilerías, según él «promovidos por la lesbiana». Se levanta, da un par de pasos. Regresa a su lugar en el sofá, más calmado, y sigue—: Perdonen las palabrotas, Lucía me impacienta... Javier, piénsalo dos veces. ¿Vivían los Vértiz del Gobierno o no? Enrólate al PAN, verás.

—¡Nomás faltaba! ¡Antes al PRD!

A Gómez casi le sale espuma por la boca, está por perder los estribos:

—¿Qué te pasa? Ahora es a mí a quien no le gusta la broma.

—Ya no hablen de política —dice Lucía, que no entiende un pelo de política, pero que teme los arranques de ira del marido y ve venir uno de dimensiones formidables. Pregunta a Vértiz—: ¿Qué festejan ahora tus vecinitos? ¿No estaban de luto?

—Lo del luto no les pesa. Como dice doña Luz, «bailan a sus muertos». Hoy acaba el largo funeral. Se murió la mamá del Elegante.

—¿Tenía una hija con la ex, esa que murió hace poco?

—Imagínate. Rica hasta más no poder, joven y guapa, y la pasó a aplastar un coche.

—Fue Miss México, ¿verdad? —Lucía.

—Eso se dice —Vértiz.

—La suerte del pobre, el rico la desea —Pérez.

—Eso no es verdad —Gómez.

—¿Y cómo te enteras de tanto? —pregunta Berta a Vértiz.

—Por lidiar con las muchachas. Destino del viudo, me toca a mí batallar con el servicio doméstico. Quiéralo o no, me cuentan todos los chismes de San Pedro.

—Cuando te cuenten uno bueno nuestro, me avisas.

Vértiz entiende la petición de Lucía. Si se entera de quién es la que trae de ese humor a Gómez, que le diga. ¡Ni loco le chismeal, y sí se la sabe toda, pero no va a traicionar al amigo, por más ley que le tenga a Lucía no puede echarlo de cabeza, lealtad entre varones.

Berta mira su reloj y señala a todos la carátula.

—¿Qué, es nuevo? —Vértiz.

—No hagas bromas, es el Cartier de siempre —vuelve a señalar su reloj —, tú acompañaste a Héctor a comprarlo, míralo, ahí están sus diamantitos — cambia el tono—. ¿Nos vamos? Hice la reservación para las tres.

—No dan sino quince minutos de tolerancia —Lucía.

—¿Nos vamos caminando? —Pérez.

Se levantan de los arruinados sillones. Lucía se sacude el vestido, nota que está llena de pelo del gato, piensa: «Siempre es lo mismo en Casa Espiritu. Siquiera no tengo alergia. Pero se ve tan feo, sale uno de aquí con la ropa como sucia. Y hoy que visto de blanco, pues». Se sacude más y más.

Javercito irrumpe en la sala, despeinado y en pijama, se acaba de despertar. Viene cantando «Las histéricas somos lo máximo, las histéricas somos lo máximo», la de Liliana Felipe, cuando los ve:

—¡Buenas! ¿Van llegando?

—¡Ya nos vamos! —Berta.

—¡Qué fachas, hijo! ¡Siquiera ponte una bata!

—¡Ay, papá!

—Ya no se usan las batas —Lucía—. Bonita canción, ¿de quién es?

—¿Te dormiste tarde? —Berta.

—Tardísimo. O tempranísimo.

—¿Dónde andabas?

—Rumbeando.

—La siguiente invitas.

—Será hasta mi graduación. Tengo que terminar las revisiones de la tesis. En cosa de días soy historiador de arte. ¿Cómo la ven? Están conminados a la celebración.

—¿Me dices de quién es la canción? La quiero tener en mi iPod.

—La canción, Lucía, es de Liliana Felipe —Vértiz.

—¿De qué es tu tesis? —Gómez.

—¿No les había dicho? Diego Rivera el coleccionista, y cómo esto influyó en su obra. Ya está, solo falta reescribir un tramito...

—No estaría mal hables con unos gringos amigos —Pérez—, acaban de publicar la biografía definitiva de Diego Rivera, en inglés... No pongas esa cara. Están de visita en México...

—¿Un libro nuevo? ¡No mames, güey! Lo tengo que ver...

—¡Javier! —dice Vértiz—. ¡Qué expresiones!

—Disculpa, papá.

—Hay algo más —sigue Pérez—. Publicaron algo sobre el Anahuacalli en el último *New York Review of Books*. Espléndido.

—Me funden en el examen profesional si no sé de esto... —dice ansioso Javier—. ¿Cuándo?

—Te lo paso. El martes los veo, en el Anahuacalli, con gente del Instituto de Bellas Artes... Quiero traer a Consuelo, si se deja...

—¿Consuelo la del Conaculta? —pregunta Lucía, haciéndose la que todo lo sabe.

—Ella... Admiro cómo trabaja. ¿No quieres venir, Javier?, ¿qué dices, Vértiz?, ¿los invitamos a ver su colección? Me traigo a Consuelo, ya es hora de que se la presentemos.

—Yo fui a la escuela con Julia, su amiga.

—¿Estaba con nosotras, Berta?

—No, Lucía, fue en la Ibero. Estudiaba como yo, Letras, era preciosa.

—Yo digo que lo sigue siendo, la acabo de ver...

Todo se vuelve un sí, sí, y los cinco amigos se apresuran a salir hacia el restaurante.

Llegan en diez minutos. Habrían hecho por lo menos diez más en coche, los callejones de San Pedro están atestados por los paseantes de fin de semana —los puestos de vendedores ambulantes invaden todas las banquetas, la gente camina sobre la calle—, y en la estrecha avenida que sube a un costado del barrio hacen alguna reparación, o mejor dicho no hacen nada porque es domingo, pero dejaron dispersos los burros anaranjados que impiden el paso, un descuido que interrumpe el tránsito. Pérez los quiso hacer a un lado para liberar la calle del caos.

—Miren nomás. Ahorita los nuevo, si lo que hay es solo un bachecito, ya se hizo una cola de coches. ¿Me ayudan?

A Vértiz y a Gómez les pareció pésima idea eso de meter la mano y quitar los burros que impedían el paso de tutti-mundi, Pérez lo intentó solo, pero estaban muy pesados, no los pudo mover un ápice. Siguieron hacia el restaurante.

La fila de automóviles se extendía media cuadra, esperando a los afanosos muchachos del *valet-parking*.

—¡Qué bueno que no trajimos coche! —Lucía.

—¡Con que no llueva! —Berta.

—Si llueve, llamamos taxi, no pasa nada —Gómez.

—O esperamos a que pase el tormentón. ¿Pero hace cuánto que no llueve? ¡Ojalá lloviera! —Pérez.

El restaurante está lleno, es domingo.

El capitán los reconoce de inmediato, y los sienta en su mesa predilecta, en el pasillo alrededor del patio central, por fumadores. Les gusta, porque así ven llegar a quien arribe, y todo el mundo los ve también. Domingo social.

Conozco este restaurante como si ahí vivieran mis propias paredes. Ahí estuvieron los lavaderos de doña Ana, ahí levantaron la edificación central de la hacienda pulquera que después colapsó y que compraron los gringos, volviéndola hotel y restaurante desde tiempos de don Porfirio. Aquí quería Javier Serrán montar su estudio, era su sueño, exacto donde años después se hospedó Zorrilla durante una buena parte de sus once años de estancia en México, y no por lo del Don Juan, que de eso él no tenía un pelo, hasta donde se supo.

Se instalaron, y habían ordenado ya su comida cuando vieron entrar al vecino de Vértiz, el señor Gutiérrez, acompañado de carro completo, mujeres,

niños, guaruras (armados), licenciados y hasta un prominente político de cuyo nombre no quiero acordarme, y que se acerca a la mesa de nuestros amigos para saludar.

Vértiz no resiste hacerle un comentario:

—De veras, Lucho, ¿con quiénes te juntas!

—Con los mismos que tú, Vértiz, si es tu vecino. ¿Te lo presento?

—No, gracias. Ya tengo suficiente con el ruido de su casa.

—Buen apetito, ¿nos vemos pronto?

Y se fue el que hacía poco había acuñado nueva amistad con nuevo dinero (a que los sentaran en la peor mesa de todas, al lado del paso de la cocina, ahí los apelmazaron con sus niñitos llorones y los guaruras en la mesa de al lado).

Los nuestros permanecen, conversan evitando tocar el tema.

—¿Hace cuánto que comemos aquí, Gómez, en esta misma mesa?

—Ni digas, Vértiz, que me deprimos. Hace veinticinco años nos sentamos aquí, los domingos, si-ne-qua-non. Hace treinta y cinco que comimos aquí para celebrar nuestro título de abogados.

—Hace cuarenta que nos trajeron nuestros papás a cenar para festejar la graduación de preparatoria.

—Yo venía, ya lo saben, desde niña, a los cumpleaños de mi abuela Lupe —Berta.

—Y tu abuela, como la mía, venía a jugar a los jardines, como otros niños que vivían en San Pedro. Sus familias se habían arruinado, tuvieron que dejar la Colonia Roma —Lucía.

—Dos veces arruinado, porque antes habrían dejado el centro de la ciudad, sus palacios —Vértiz.

—Porque nuestro bisabuelo compró unas minas que no existían, se las vendió un querido amigo de su infancia —Berta.

—¿Qué vamos a hacer de la nueva compañía? —Vértiz no resiste volver a lo que han visto y los ha molestado tanto.

—¿Y qué no prohíben los niños en este restorán? —Gómez.

—Sí, pues, pero con dinero baila el perro —Pérez.

—Déjate eso. No vayan a tener sus metralletas guardadas bajo la mesa... —Berta.

Mientras, Javiercito hace de las suyas. Se había desayunado rápido un jugo de naranja y huevos rancheros, antes de que las muchachas salieran a pasear porque era domingo, su día de salir. Doña Luz no, que ya no puede ni caminar, pero Felipa y Toña dejaron la casa, «Vamos a dar la vuelta», irán a misa de siete, regresarán al caer la noche.

En su Vespa, traqueteando las calles empedradas y cruzando Insurgentes, Javiercito llega a la librería Gandhi. La estaciona frente al parque, la encomienda al cuidador, que conoce desde niño, y a lo suyo: ligar; según él, no hay mejor sitio para encontrar mujeres apetecibles que una librería. Eligió la Gandhi porque el domingo pasado alguien le dio un descolón nada fino en la del Fondo de Cultura Económica que está al lado.

Apenas entrar, le llama la atención una muy bonita en el primer piso, antes de subir por las escaleras a donde están la mayoría de los libros. Ella pregunta algo a un vendedor, y toma las escaleras eléctricas para pasar al piso principal. Javier va tras ella. La librería está atestada, cuánta gente.

Arriba, Javier encuentra a un conocido, lo saluda, tres palabras, cómo estás, cómo va todo, nos vemos pronto. Recorre con ojo de ligador el piso. Da con la bonita, husmeando en una mesa de libros. Se le quiere acercar, pero dos «qué gandallas horrendos» se interponen. Son el Ojaiz y el Güero, protegiéndola de los dos costados. A Javier le basta una segunda ojeada para darse cuenta de que son guaruras. «¿Será hija de un político?», la hija de un Cacagrande nacional no andaría de librerías husmeando, ¿la de un presidente de visita?, ¿pues quién anda por aquí?

Javier se atrinchera en el otro extremo de la mesa, frente a María; pone lo más cerca de ella que puede una copia del libro de la colección de su casa, *Colección Vértiz*. María pica el anzuelo. Lo toma. Lo hojea. Lo retiene. Pasa a la siguiente mesa con el ejemplar bajo el brazo. Javier intenta acercársele otra vez, no lo dejan los guaruras, no consigue esquivarlos. No se da por vencido. Pone en las narices de la bella, desde el otro lado de la mesa, un ejemplar sobre el Anahuacalli de Diego Rivera. Es un hermoso volumen de la revista *Artes de México*. No es fácil fotografiar ese espacio, y aquí lo consiguieron. María lo toma. Lo hojea. El pez vuelve a caer: lo guarda bajo el brazo. Javier intenta una vez más aproximarse, pero no consigue trasponer sus guaruras. Oye que María pregunta dónde está la caja, y la ve enfilarse hacia las escaleras. Javier emprende el camino a la salida, siguiéndole los pasos con prudente distancia, los guaruras le van pisando los talones a la bella, ahora hasta con *walkie-talkie* a la oreja, «¡Qué nacos!». María se dirige a la cola de la caja con el par de libros en la mano. Javier se forma atrás de ella. Carlín y el Ojaiz se interponen entre María y él. Apenas paga María, Javier se retira de la cola, no tiene nada que hacer ahí, no va a comprar ni un pelo de gato. Los guaruras van hacia paquetería; viéndola un instante sola, Javier intenta atajarla, pero otro par de trajeados la rodean impidiéndoselo. Lo que más lo deprime es que ni una sola vez María se da cuenta de sus intentos. O no, no lo

deprime. A fin de cuentas, se dice optimista, él gana la partida: la bonita lleva en la bolsa de compras el ejemplar sobre la colección de Casa Espíritu, y también ha mordido el segundo anzuelo, el libro del Anahuacalli.

La ve subirse a la camioneta negra de vidrios polarizados, que arranca con otra pegada atrás. «¿De quién será hija?», se vuelve a preguntar. Javier sube a su moto, la vieja Vespa, más ruinoso aún que el Mercedes azul marino de la casa, modelo 63, asientos de cuero, algún día de lujo y hoy vil ruina. El optimista, algo frustrado, consolándose con la visión de la bella, se enfila hacia casa de unos amigos.

Sentada en su sillita, doña Luz dormita en la penumbra de la cocina. Varada en Casa Espíritu en su día de salida, no tiene nada que envidiar a la Vespa de Javier. Sueña que estamos en el Valle de la antigua Tenochtitlan, tal como era la región hace cien años; con toda claridad se ve abrir la puerta y se encuentra rodeada por el hermoso bosque. Lleva una canasta de moras bajo el brazo. Quiere recolectar setas, «Voy a hacer una sopa de hongos, y tengo que encontrar un ramito de epazote». Al pie de los árboles hay variedad de setas, encuentra yemitas, clavitos, patas de pájaro y trompetas. Lo que no encuentra es el perfumado epazote. Sigue caminando, ¡ah, qué bien se siente tener piernas útiles! En un claro del bosque, doña Luz ve a la pareja original, dos jóvenes hermosos, él con el rostro de Javier, ella tiene el de María. Corretean, van jugueteando como dos cachorritos, rehuyéndose y persiguiéndose el uno al otro. Ríen. Dicen algo que doña Luz no alcanza a oír. Se habla a sí misma: «Sorda hasta en mis sueños», y esta frase la despierta, con un aguijón de dolor, «Soy vieja, me estoy pudriendo en vida».

Vértiz y sus amigos emprenden el regreso al caer la tarde. El camino de vuelta no es grato como lo fue a la ida. Los ensombrece ver pasar el cortejo fúnebre de «la» Gutiérrez por la avenida, coronas de flores, limousine, camionetas negras que preside, en una troca abierta, la banda grupera, tocando a todo meter. Lo cierra otra pick-up, también descapotada, con una orquesta completa de mariachis, los metales, el bajo, los sombreros.

—Otro México —dice Vértiz, con un tono exageradamente nostálgico.

—Ya nos comieron el país —se lamenta Gómez.

—No todo está podrido —opina Pérez, señalando que un voluntario había hecho a un lado los obstáculos anaranjados que impedían el paso de los vehículos.

Vértiz ya no abre la boca sino para medio balbucear cortos adioses a sus amigos. Las dos parejas viven a un par de cuadras de distancia, lo van abandonando para desviarse a sus destinos. Llega a la puerta solo. Abre con

dificultad, se le atora la llave en la chapa. No quiere tocar el timbre, como es domingo en la tarde «seguro doña Luz está sola», le cuesta trabajo caminar a la viejita. Empuja la puerta y la llave cede. Adentro, la lámina de metal antibalas que la compañía de seguros exigió instalar para renovar la póliza, «algo ridículo». «Y feo».

Camina hacia su estudio. Las cartas de la baraja siguen sobre la mesa. Las muchachas recogieron vasos, ceniceros. Esa visión lo desanima. En realidad todo lo desanima. Se dirige a la sala. La televisión encendida. No la golpea para que se oiga el sonido, la deja muda, la imagen temblorina. Toma un libro del desorden de la mesa del centro, enciende la lámpara y se sienta a leer, al lado del gato Stevenson; se acomoda a sus pies Conrad, el viejo chihuahuero. Es un libro voluminoso, se lo había traído Pérez porque todos hablaban de él. Lo abre. Cabecea. Le ocurre lo de siempre cuando lee a esta hora, todo libro lo invita a la siesta. Cae en un sueño corto y hondo, un pozo. Chapalea con displacer entre imágenes inconexas e incompletas hasta que toca fondo: sueña que Teté todavía vive; los dos son jóvenes, ríen; están con otras personas, pero no las identifica. Adentro del sueño, él mismo, sesentón, amargado, insatisfecho, les pregunta: «¿De qué ríen? Todo es inútil. Todos somos inútiles, desechables como cualquiera; ya no hay quien cuente; todos somos reemplazables». Lo voltean a ver, con expresión de no reconocerlo. Se esfuman. Cree que se desvanecen como resultado de lo que él acaba de formular, y se siente culpable.

Mientras él duerme y sueña, en la pantalla de la muda televisión un grupo de hombres y mujeres tomados presos son presentados a los medios por la Procuraduría de Justicia. Tienen aspecto de no haber dormido, las (finas, caras) ropas arrugadas, las manos en la espalda, esposados, los alinean frente a una pared blanca y los bombardean a flashazos. La voz de Esperanza diría, si se escuchase: «La banda de trata de blancas operaba bajo el amparo del gobernador de un Estado vecino que, prevenido por algún cómplice, se ha dado a la fuga». A bordo de lujosos automóviles, los raptos entran a pueblos miserables a enganchar jovencitas núbiles, seduciéndolas con un helado (traen heladeras portátiles) o con muñecas Barbie; alguno ofrece un vestido para la hermanita recién nacida. Contrastan las imágenes de las liberadas de una casa cerca de Tlaxcala, centro operativo desde donde se controla la salida hacia la frontera. Las empacaban bajo el piso falso de un tráiler de carga, para cada una un compartimento, especie de ataúd viajero, proveyéndolas de agua y sándwiches, triste matalotaje para el largo viaje.

Vértiz cae en un segundo escalón del sueño. De nuevo Teté, y él, en una imagen tan grata que lo escalda, una imagen estancada, fija, dulce, se le diría perpetua, impoluta, imperecedera. Remonta, ansioso, hacia la vigilia.

Este segundo sueño tiene en él un efecto relámpago, lo ensordece y ciega un momento. También lo lastima. Piensa, para hacer de lado la sensación y el dolor, «¡Qué estupidez!»; se lo dice en voz alta, «estupidez», un maldecir lleno de signos admirativos, y retoma la lectura de la novela, ya con ánimo lector.

Lee pensando, sin dejarse ir en los personajes; sigue lejano la historia, como un espectador de una película en la pantalla que corresponde al vecino de viaje. Recuerda bien el *lieder* de Schubert a que la novela hace mención en la anécdota inicial, el diálogo entre el organillero y el poeta que escribió Müller, o el poeta hablando del organillero. Después, en lugar de sentir alivio, siente incomodidad ante esa Europa mítica, donde no ha caído todavía el hacha del holocausto y el nazismo, una Europa sin Hitler y más cercana a Voltaire que a Robespierre. Le inquieta la idea, lo seduce la extraordinaria prosa. Ya nadie escribe así. Cierra el libro aceptando que lo prefiere a muchas otras cosas contemporáneas a las que no sabe bien a bien reaccionar, incluyendo Bolaño —la verdad es que Vértiz no lo entiende, no le encuentra la gracia—. Le gusta, en cambio, Stieg Larsson, el sueco *best-seller*, pero no hay espacio aquí para hablar del tema, sus gustos son otra historia.

Vértiz se levanta. Da un golpetazo a la tele, escucha a la periodista (detestable) entrevistando a un (ex) amigo que habla con una autoridad que Vértiz le desconocía. Era (es) un canchanchán, un chingüñina, un asistente de tercer rango —se dice Vértiz—, por un pelo el que trae las tortas a la oficina, no tanto, leve exageración, lo cierto es que no tenía batuta ninguna cuando trabajó con un primo de Vértiz, en la campaña del «to be president» López Portillo (por cierto, se dice Vértiz, el peor de muchas décadas, el más corrupto), (¡ah, qué tiempos de euforia!; creíamos vivir en un país que ya no existe, o que nunca existió, ahora —vuelve a decirse Vértiz— el mediocre es el que está en la punta de la pirámide, el sino de estos tiempos, hasta en el arte, cuántos premios nacionales y homenajes son para ningunobra).

Están por dar las diez de la noche cuando María deposita las cenizas de su abuela en una cripta. Inevitable la sensación incómoda. No solo lleva un muerto en las manos, sino que una desconocida (prácticamente) le ha encomendado esta misión, a ella, la más distante de todos los miembros de su familia (unos viven en Apatzingán, otros en Cuernavaca, alguno en el Valle y uno en Interlomas). Las miradas refrendan lo absurdo de la situación, dicen en

silencio una palabra, favorita de telenovelas o historias de coronas bamboleantes: u-sur-pa-do-ra. Es verdad. Ella ¿por qué? ¿Qué demontre le pasó por la cabeza a la viejita para elegirla a ella entre la ristra larga de nietos?

Viejita, vejeta, vegetal, carcamana, pinche vieja jija.

María regresa a Casa Santo bien pasada la medianoche. Se acuesta, agotada, para ella están por dar las siete de la mañana. Escapa de sueños confusos para entrar en claras pesadillas y despertar ahogándose con la compañía de taburetes de patas de elefante, más un colmillo, y la cabecera de la cama dorada con rosetones rositas, los sillones forrados de piel de cebra. Se levanta, son las cuatro de la madrugada, quiere caminar para calmarse, asomarse al pozo de su infancia, ver si el ojo de agua que habita al fondo la reconoce, de niña lo observaba aunque estuviera prohibido, buscaba la tortuga que sabía vivía en su fondo, se lo había dicho Inés, su nana.

El pozo, el viejo pozo de la infancia, en el centro del patio de la casa.

Esta noche, una camioneta pick-up algo destartada entra a Callejón del Fuego, frena justo frente a la cruz colonial que los franciscanos mandaron hacer en el XVI, se estaciona, acomoda su cola casi rozándola. Bajan de la pick-up una partida de hombres, las caras cubiertas con pasamontañas negros. No vienen armados. Llevan en los cinturones sus herramientas. La luz de seguridad de Casa Santo se enciende, pero no sale ninguno de los guardaespaldas.

Los enmascarados abren la portezuela posterior. Atan la cabeza de la cruz con cuerdas y tiras de cuero. Auxiliados con un rayo láser que marca el borde, con una sierra electrónica de filo diamante, cortan la cruz separándola de la base. Por las cuerdas y tiras de cuero con que la ataron, no permiten caiga al piso. Levantándola con doce brazos, la suben a la pick-up. Después, colocan una simple cruz de cemento de fabricación industrial en el sitio que ocupara, lleva en su base una cantidad generosa de cemento instantáneo. Cuatro encapuchados suben al cajón con la cruz original, la que el padre Acosta comprara, tallada en el XVI por manos indias. Cubren la caja posterior con una lona, bien amarrada. Los otros dos hombres suben al frente. Arrancan. Se van.

¿Cuántas cruces coloniales han cortado para mercar? ¿A quién las venden? Es otra historia, da para novela; faltan cruces en plazas, frente a iglesias, centenas hurtadas por vivales. Nadie externa una queja, como si el cemento bastara para... Es otra historia.

A la mañana siguiente, cerca de mediodía, frente a Julián, acompañados del notario y dos representantes del Registro Civil —nada como un lavador de dinero para hacer las cosas a la letra—, María se entera de que la abuelita («jija de su puta», dicen los otros nietos, «vieja jija de su reputérrima») le hereda el bulto de sus propiedades, «que deberá administrar mi hijo, César Gutiérrez».

María no manifiesta ninguna reacción. No dice nada. Firma varios documentos. Julián explica. María firma otros papeles. Un golpe de *jet-lag* la aturde, y pierde la bola que le acaba de pasar Julián, «el licenciado» para los más de los Gutiérrez.

—¿Disculpa...?

Julián está cortado en otro casimir, más parecido al de María, por el lado de madre y por la educación recibida, que al de los Gutierritos. Con el *jet-lag*, la desconcertada María se pregunta en silencio: «¿Qué horas son? ¿Dónde estoy? ¿Con quiénes?», y repite en voz más alta:

—¿Disculpa?

Julián la ve con cara de «¿qué te pasa?», ella responde con otra pregunta:

—¿Dónde está el baño?

Le informan que a pocos pasos, se levanta y de inmediato se hace más manifiesta la tensión, los tres guaruras la siguen pisándole los talones, uno incluso insiste en entrar con ella al apartado «mujeres», pero María lo detiene con un terminante «No, señor, eso sí no», y traspone a solas la primera puerta, después la del gabinete, se sienta en el excusado, orina, siente cierto alivio, sale, se lava la cara, se recupera antes de volver a enfrentar a su corte de guaruras, murmurando atrás de la primera puerta. La pregunta que no la deja en paz es: «¿Con quiénes estoy?, ¿qué hago aquí?». Esto no es su mundo, no.

¿Qué hace ella con estas personas?

Sale del baño, y al sentirse custodiada por los tres hombre bajitos («chaparros», se dice, usando la expresión mexicana) siente la aguda incomodidad renovada. Su vida madrileña la ha acojinado. Se rodea siempre de personas que considera sus pares, primero los que su mamá escogió —cuidadosa buscó la escuela apropiada, para hijos de intelectuales y diplomáticos, temerosa del tufo franquista al que estaba hipersensibilizada por haber estudiado hasta la preparatoria en el Instituto Luis Vives, fundado por republicanos españoles—, después los que ella elige con celo «neurótico» —según su amiga Ana—, muy *picky* —según Marcela—, paranoico, según alguno que intentó (sin suerte) ser su novio. Este había puesto todo de su parte para entablar una relación con ella, pero María no puso nada de la suya, e hizo

bien en no enredarse con él. Como le aconsejó su intuición, el olfato varonil reaccionaba al interés, lo atraían las monedas más que ninguna otra de sus cualidades. Estaba forrada por demasiado dinero. Imposible ocultar los billetes salidos de la nada a borbotones, limpios, puros, sin mancha, sin contaminación de sudor humano, un manantial de dinero de primera calidad. Por más Oxford y ropas y viajes y lenguas y cultivo, María no era sino la hija primogénita de un lavador de dinero, enriquecido espontánea y desafortadamente en un lustro, y buen administrador en la siguiente década. De lavar a administrar: el señor Gutiérrez tenía esta inusual combinación de talentos.

Minutos antes de las once de la mañana del martes, María espera abran la puerta del Anahuacalli de Diego Rivera, no quiere retornar a Madrid sin visitarlo.

Espera acompañada de seis guaruras. El museo abre puntual. Tres de sus acompañantes se quedan adheridos a ella, uno cuidando los vehículos, y dos explorando el lugar antes de su entrada. Revisan, no encuentran más accesos, María pueda pasar sola, basta con vigilar la puerta principal.

«Un cigarrito, ¿traes fuego?», «¿Algo para almorzar?», «¿Elotes?», el Ojaiz tiene antojo de una mazorca de maíz, Carlín sale por unas tortas, conoce un lugar que no queda lejos, y son buenísimas, les echan mucho aguacate, frijolitos refritos, su chilito, «¿de qué las quieren?», «Yo, de lomo», «A mí tráeme de pavo», «Si hay de bacalao, eso quiero», «Yo ya te dije que quiero elotes», «A ver si hay». «Si sale la güerita me avisan y me regreso pitando». Vuelve con las dichas, sin elotes y con chelas bien frías. Se comen las tortas, esperan y esperan, que se apure la güerita, pasa y pasa el tiempo, y ahí siguen esperando. Nadie entra, nadie sale.

De pronto, llega un grupo. Se acerca a la puerta.

—Carlín —dice el Ojaiz—, entra a ponerle un oclayo.

—¿No son los vecinos, los de Casa Espiritu? —Carlín.

Son. Javier, Vértiz y Pérez, acompañados de dos amigos gringos, van hacia la entrada del Anahuacalli.

Ya están parados a la puerta cuando llega una mujer (debe de ser Consuelo), el chofer la deposita a un costado de la explanada.

Trasponen la entrada del museo.

Javier advierte a la bonita del día anterior, está por meterse a la librería del museo.

—Ahorita los alcanzo.

«Casi no lo puedo creer», se dice en silencio, «qué buena suerte tengo. Por eso los guaruras allá fuera, ¿de quién será hija?».

En la librería, María está preguntando a la vendedora por un libro:

—No, no sé el autor, ni la editorial, ni el título. Lo que quiero es cualquiera que hable de la colección Vértiz.

Javier se instala a su lado. María le sonríe mientras da más instrucciones a la vendedora. Carlín se para al lado de los dos porque no consigue encajarse entre ellos. María también le sonríe, parece un novio celoso.

Javier se entromete en la conversación con la librera:

—Hay dos libros sobre esa colección, los conozco.

Camina, María lo sigue y tras ellos Carlín. Javier saca un ejemplar de un travesaño y lo pone en manos de María.

—Este ya lo tengo, gracias.

Javier busca en el librero.

—No veo el otro.

La vendedora se les acerca:

—Solo tenemos ese, el que tiene en las manos. Está agotado el otro.

—Yo tengo copias —dice Javier a María—. Me encantaría llevarte una. ¿Me das tu dirección?

—¡Qué amable!, pero no te molestes. Solo estoy buscando una pintura...

—¿Cuál? Mi favorita de la colección es el *Saltapatrás*.

—No lo puedo creer, ¡esa es la que busco! ¿La conoces?

—¿La quieres ver? ¿La original? Puedo enseñarte la colección.

—¡Me encantaría! Pero es una colección privada, no está abierta al público.

—Está en casa.

—¿En qué casa?

—En mi casa. O, como decimos en México, en tu casa. Soy Javier Vértiz, mucho gusto. Es mi colección. Bueno, es de mi papá, hasta que yo me case —lo decía sin sonar pedante, como el que explica que un ojo se le desvía desde el nacimiento—. Era de mi abuela, me la heredó, soy su único nieto. Mira, no te estoy tomando el pelo.

Saca de la bolsa trasera de sus *jeans* su cartera, la abre, y le muestra a María su identificación de la universidad.

—No sabía yo nada de esta colección, como no vivo en México... El otro día en la librería vi... me llamó la atención... —se recompone, y habla en su tono usual—: Encantada. Soy María Gutiérrez.

—¿Dónde vives?

—En Madrid.

—¿Estás de visita?

—Algo así. Nací aquí. Vine a arreglar asuntos de familia. Se murió mi abuelita.

—Lo siento mucho.

—Solo vine a eso. Me voy en un par de días. No puedo vivir aquí, es imposible... —María hizo una pausa, pensando. El hombre le gusta. Mucho. Hay algo en él... Pero esto mismo la pone en alerta. «Mi cabeza es un cuchitril. Desconfía». Alza los ojos para volverlo a ver. Bien. Puede confiar en su intuición, está segura; no es un mal bicho. Este no muerde—. ¿Así que es tuya la colección?

—Es. Era de la familia de mamá.

—¡Qué suerte!

—Pues sí, y pues no. El seguro nos está ahorcando. No todo es miel sobre hojuelas.

Más para sí misma que para él, María musita, viéndolo a los ojos:

—El mío no es un lecho de rosas tampoco.

Javier decide ignorar lo del lecho y las espinas, y retoma la conversación un punto anterior, menos incómodo.

—¿Así que te vas? Mayor razón, mejor motivo para venir a ver la colección. El libro que conoces no reproduce sino una parte de la obra. La mayor parte es pintura colonial, pero hay del XIX y algo del XX. Ven a verla. ¿Cuándo puedes? Ahora tengo que irme, estoy con unas personas... ¿Quieres venir a casa? Te invito a comer. Nada del otro mundo, excepto que doña Luz hace unas salsas y unas gorditas de chicharrón, y unos frijoles refritos que no están mal.

María lo ve con atención. No miente, podría jurarlo. Le gusta mucho. Se dice «¿Qué pierdo?», y le contesta:

—Me parece muy bien. Yo llevo vino. ¿Dónde?

Javier saca su moleskine. Escribe su dirección y teléfono. Arranca la hoja, la dobla, escribe en su exterior «PARA MARÍA» y en la esquina izquierda superior su nombre, Javier Vértiz, rodeándolo con un corazón al que cruza con una flecha. Se lo da.

María ve el papelito, sin abrirlo.

—¿Hoy? —le pregunta Javier.

—¿En qué barrio vives?

—En San Pedro, ¿lo conoces?, ¿sabes dónde es? No es fácil llegar, está un poco enredoso el acceso al callejón, ¿quieres que le explique a tu chofer?

María abre la hoja y lee la dirección.

—¡Voy hoy! Sé dónde es. ¿A qué hora?

—¿A las tres y media?

María va oteando el panorama por la ventana polarizada del vehículo blindado que la transporta del Anahuacalli a San Pedro. No entiende esta ciudad. Cada casa es diferente a la siguiente, excepto en su barrio. Cada fachada, cada forma, cada diseño... como si detestaran la repetición. No es un asunto de desorden, es la estética que tiene al desorden por modelo ideal. En este contexto entiende mejor el Anahuacalli. El edificio la ha impresionado sobremanera: la forma exterior, de templo prehispánico, pesado, imponente, un desafío a la arquitectura contemporánea (lo contrario de aquellas pirámides tipo el Louvre, simple adorno y tragaluz), el esqueleto externo —sostén y peso en uno—, la utilización afortunada de un diseño díscolo, los espacios interiores convertidos en túneles de luz, y sobre todo la relación con el tiempo: en el Anahuacalli, el tiempo no transcurre en horizontal sino que gira, un círculo. La decoración barroca y austera a un tiempo, que sorprende en el piso o en el techo, el ornato y la explicación del mundo son en esta lo mismo... El Anahuacalli es un lugar único, sin par, sin rival, incomparable, impenetrable, autófago, agorafóbico, infantil, ciego, iluminado, como lo es México, cosa que aún no entiende María.

El Ojaiz contesta el celular.

—Sí, señor —pausa—. Sí, señor.

Termina la llamada.

—Señorita, que dice el señor Gutiérrez que hoy comen en el restorán de siempre, que le quiere presentar a un amigo. Es un político, uno que va por la grande.

—No puedo. Tengo una invitación.

—¡Una invitación! ¿De quién? ¿De la cajera?

—Ya, güey, no ofendas a la señorita. Del vecinito, le hablé en la librería  
—Carlín abre la boca.

A las tres y media de la tarde en punto, María, con una botella de buen vino bajo el brazo —comprada poco antes de llegar a San Pedro—, toca la campana de Casa Espiritu. Ha convencido a los guardaespaldas de que la dejen entrar sola, insisten en «Sin nosotros no vas a ningún lado», «Pues no estoy yendo, estoy aquí, espérenme afuera», «Hay puerta trasera, al callejón, cómo sabemos...», «No hay puerta ni nada, esperen, o uno de ustedes cuide

atrás, yo voy a estar adentro». Se resignan a vigilar en la fachada, pegados a las ventanas y a la puerta de entrada.

María tiene una rara sensación apenas pisar el patio y ver en ese contexto a Javier. Dice:

—Nuestras casas están construidas en espejo, el patio al centro, las habitaciones alrededor. Pero...

—Espera tantito, ¿cuál «nuestras»? ¿de qué hablas?

—Mi papá es el de Casa Santo.

—¡No!

—El no ser de padre honrado fuera defecto, a mi ver, si como recibí el ser de él se lo hubiera yo dado...

—Sor Juana.

—Y yo lo mismo, aunque en mi caso él sea el único bastardo de los dos. Disculpa.

—No, disculpa de qué.

María encogió los hombros, como un «¡Ni modo!, ¡no puedo remediarlo!».

—¿Qué decías de las casas?

—Que aunque sean en espejo, en Casa Santo no puedo evocar lo que aquí: «“La casa no es tan grande”, pensó. “La agrandan la penumbra, la simetría, los espejos, los muchos años, mi desconocimiento, la soledad”». ¿Suena cursi?

—¡Es de Borges! —dijo Javiercito—, ¿cómo va a ser cursi? Imposible.

—De *La muerte y la brújula*.

—La acabo de leer. No hay nadie como él. ¿Tal vez Bolaño?

—Son tan diferentes. Por mí que no se parecen nada, ¿o tú qué dices?

—Nada. Los ponen juntos como los que comparan a Stevenson con Conrad, bobos que se dejan ir con la finta del mar.

—Pero ni así, no.

Mientras María y Javier entran a ver la colección, doña Luz se afana con sus salsas y guisos, la Toña pone la mesa en el comedor y Felipa se distrae por un momento de su rutina diaria, se pone a observar el ir y venir de sombras frente a uno de los balcones de la cocina, se acerca, se asoma a la calle, y:

—¡Santo cielo, doña Luz! ¡Mire nomás!

Desde Callejón del Fuego, apostado frente a la ventana, el Ojaiz lanza a Felipa una mirada de esas que matan.

—No estoy para moverme de la estufa.

—Es que, doña Luz... —Felipa sigue pegada a la ventana, ve al Ojaiz con toda indiscreción. Este, con la mano libre de la uzzi o akka o lo que sea el arma que lleva, finge ametrallarla—. ¡Ay, diosito!, ¡doña Luz!

—¿Qué es, Felipa?, ¡dime!

Toña, que acaba de entrar a la cocina buscando el salero para ponerlo en la mesa, corre hacia la ventana y se asoma también.

—Son los guaruras de la casa de al lado. Están aquí cuidando a su patrona.

—¿Cuál su patrona?

—Ahorita la ve, doña Luz, es la que vino a comer.

—¿Cómo que vino a comer? ¿Con Javiercito? ¿Vecinos pelusa? Quita los lugares del comedor. Van a comer aquí en la cocina, ¡nomás faltaba! Qué barbaridad...

—No vive ahí, doña Luz. Es la hija del Elegante, pero vive fuera. No sé a qué vino, la pobrecita... No se les parece... Espere y vea...

—Que quites los lugares, ándale, no me llesves la contra, muchacha rejega. Comen aquí, no hay más. ¡Qué ocurrencias del Javiercito, invitar a esa...! Si tuviera estricnina, le ponía a la salsa.

Pérez, Vértiz y amigos esperan en la recepción del restaurante que fuera hacienda pulquera, donde Zorrilla se hospedó bla bla, es otra historia. El capitán se acerca a ellos con una expresión difícil de interpretar:

—Lo siento mucho, señor Vértiz. Su mesa está tomada.

—¿Tomada...? Le llamé para reservarla, capitán. Somos sus clientes desde hace veinticinco años... ¿Cómo que tomada?

Gómez y Javier se asoman al salón. En la mesa que suelen ocupar Vértiz y sus amigos, han sentado al señor Gutiérrez con Julián, su abogado, y alguien que Vértiz intenta identificar. Tiene cara de político prominente, ¿es el hijo de quién?, ¿trabajaba con quién? Es una cara conocida.

—¿Ya viste, Javier? Tus vecinitos.

Javier siente una ola de indignación.

—Vámonos.

Pérez le habla en voz baja:

—No seas absurdo, Javier. No hagas el ridículo con mis invitados. Nos quedamos, anda. Comemos aquí.

—Pero cómo nos hacen esto...

—Con dinero baila el perro.

Y en nivel de voz audible, dice al capitán:

—Ande, capi, denos otra mesa.

En la cocina de Casa Espiritu, María y Javier. A ninguno de los dos les incomoda en lo más mínimo estar ahí (para Javier es habitual si no llega su papá, para María es una aventura comer entre cazuelas de barro, mosaicos antiguos en la pared y las tres mujeres de servicio de pie, trayendo y llevando de la mesa a la estufa salsas diversas, tortillitas calientes, una gordita de chicharrón, otra de frijol, el quesito quemado).

—¡Pero doña Luz! ¡Qué delicia! ¡Usted es un hada! —algo así dice María—. Esta comida es maravillosa. ¡Me encanta su cocina!

Tras un largo rato de espera, Pérez, los dos extranjeros y Vértiz son llamados por el capitán. Los guía hacia la peor de todas las mesas del restaurante, la que ocupara, en la visita del anterior domingo, el señor Gutiérrez. Al verlos pasar, el señor Gutiérrez, sentado en la mesa central, choca su vaso de *whisky* con el de Julián. Vértiz rabia de coraje.

En la cocina de Casa Espiritu, Javier y María siguen comiendo, conversan. María ya tiene en la bolsa a doña Luz, Felipa, la Toña.

—¡Doña Luz! Mmm, ¡qué maravilla de mole! ¡Es usted una maga!

—No es mole, niña, es un recalentadito que me quedaba del pipián. ¿Le caliento otra tortillita?

—Así estoy bien, doña Luz, gracias. ¿Qué es pipián?

—Pipián es lo que te estás comiendo —Javier—, tiene pepitas de calabaza.

Doña Luz se atreve a hacer la pregunta que la carcome:

—¿Es cierto, niña, que su papá es el de al lado?

En el restaurante, Vértiz parece ya haber olvidado el ultraje. Han pedido una ronda de tequila y conversan en inglés.

En su mesa, el señor Gutiérrez departe muy animado.

—Lástima que no pudo venir mi hija, licenciado. Se la quiero presentar.

—Es muy bella —acota Julián—, y un encanto.

—Así era su mamá. Julián era compañero de escuela de Tere. Por eso nos conocimos.

—Verdad. Entonces, licenciado, ¿cómo ve usted la renuncia de Gómez Mont? Me han contado que...

Javier y María se han retirado de la cocina y se han sentado enfrente de dos lienzos de Serrán. Javier le señala la mujer de la pintura *El rebozo*.

—¿Ves, María? Por eso cuando te vi me parecías conocida. Eres idéntica a ella. En la familia dicen que ella es mi bisabuela, pero no es verdad, la modelo murió poco después de posar. Como el pintor (que sí es mi pariente), ella murió joven, se tejen leyendas hasta en la propia familia.

—Como de Bolaño.

—Así es, el artista que muere joven...

Pérez deja a Vértiz en la puerta. Vértiz advierte a los guaruras apostados frente a su casa. Siente una nueva ola de disgusto y rabia. Diciéndoles «buenas tardes, señores», a lo que no contestan y por lo que apenas se mueven, abre la puerta. Cierra con doble llave por dentro. La vista del patio repleto de macetas, las flores, la higuera, lo tranquilizan.

Cuando entra Vértiz, María y Javier continúan sentados en el sofá, platicando.

—Buenas noches, jóvenes.

—Papá, te presento a María Gutiérrez...

Vértiz pone atención en ella. Linda chica. Esta sí le place.

—¿De dónde saliste? ¿Eres una aparición, o un ser real?

—Soy real y le voy al Real Madrid.

—Eso sí que va mal —interviene Javier—. Yo le voy al Barça.

María se levanta.

—Mucho gusto, señor Vértiz. Felicidades por su colección.

«Es tal vez más hermosa de lo que conviene», piensa Vértiz. Le incomoda su excesiva manera coqueta de vestirse. Dice, por darle voz a ese mal humor que ha vuelto:

—Esto sí es el colmo. Están en la fachada de la casa sus guaruras. Parados aquí afuera, con sus metralletas y...

—Debieran prohibirlos —dice María.

—¡Ja! ¡Prohibirlos! ¿En qué país vives?

—Vivo en Madrid, señor.

—Pues sábette que eso de prohibirlos aquí no va. Con que no se paseen en la puerta de mi casa me doy por satisfecho.

Ahora la incómoda es María.

—Bueno, creo que ya tengo que irme. Javier, mil gracias. Muchas gracias, señor. Es una maravilla su colección de arte. En mi libro tengo que hablar de ella.

—¿Tu libro? ¿Cuál libro? —le pregunta Javier.

—Ya lo entregué a la editorial. Pero voy a añadir un comentario.

—¿Quién te lo publica? ¿De qué va?

María entra a Casa Santo. Cruza el *hall*. Está por cruzar la sala cuando ve al señor Gutiérrez, sentado, encendiendo un puro.

—Buenas tardes.

María lo saluda a la distancia, de pie, viéndolo con desconcierto. El acuerdo era que ella se quedaba en Casa Santo, y no en un hotel, porque él no estaría ahí. Está a punto de decírselo cuando:

—¿Buenas? —le pregunta el señor Gutiérrez con tono irónico.

—Sí. Todo bien.

—Hubiera estado bien que vinieras, te quiero presentar a un amigo, es un político, gente finísima.

María lo ve, sin moverse ni acercarse.

—¿Cuándo crees que puedo irme?

—¿Qué prisa?

—¿Cuántos días faltan para que estén listos los documentos?

El señor Gutiérrez se encoge de hombros.

—Insisto en lo de irme a un hotel.

—Si tienes ganas de morirme es tu problema. A mí qué más me da, me sobran hijos. Pero yo no voy a amarrarme las agujetas del tenni izquierdo con las del tenni derecho. ¿Qué te falta aquí?

—Uno, todo es horrible.

—¿Horrible? Me contó un pajarito que te fuiste a ver las cosas que tienen en las paredes los vecinos. Mira, te compré tu pinturita, para que no andes buscando ajeno.

Señala hacia una pintura grandota, cursi en extremo, más que *kitsch*, malísima, que presenta con colores brillantes la leyenda del Popo y el Ixtla. La acaban de hacer traer de la tienda para turistas que hay al doblar Callejón del Fuego. Tiene aún las cuatro esquinas protegidas con cartón. Añade el señor Gutiérrez:

—¿Te gusta?

—Sin comentarios. ¿Dónde está Julián?

—En su casa, o qué sé.

—Me voy a un hotel. Este no era el acuerdo.

—No te vas a ningún sitio.

María sigue de pie, en el mismo lugar. Respira hondo. Vuelve a aspirar hondo.

—Ya no tengo once años. Pudiste hacerme lo que me hiciste porque yo era una niña. Ya no soy una niña. Ya no te tengo miedo, ya no... Te amé con todo mi corazón entero, viví girando alrededor de ti, te adoré, y tuve que

aprender a detestarte con la misma fuerza. Después tuve que enseñarme a dejar de quererte. Ya no te quiero, nada.

—¿De qué estás hablando?

—¿Cómo que de qué estoy hablando?

—Eso es tener la mente cochina, estar solo pensando en esas cosas. ¡Puerquita, la niña!

—Me robaste mi infancia. Le robaste la vida a mi mamá. Eres un patán y no puedes entender que en las historias de abuso sexual a niñas, no solo ellas son las víctimas. Sí, pues, son el blanco, y muchas veces arrasan con sus vidas, pero también arrastran a sus familias, hermanos, la mamá...

—¡Pendeja!

—¿Pendeja? Me dejaste muda, sin lengua. Temor y amor fueron para mí la misma palabra. Me destruiste. Si mamá no se da cuenta, si no me saca de aquí...

—No oigo, no oigo, soy de palo...

—Si no me lleva a vivir lejos de ti, si no es por años de terapia...

—Tengo orejas de pescado. No oigo, no oigo, soy de palo, tengo orejas...

—Si no es por ella, yo no sería nada, nada.

—... De pescado.

—Me dejaste muerta —María toma aire. Aspira hondo. Vuelve a respirar hondo—. Ya dije lo que tenía que decir. Con permiso. Voy a mi cuarto.

—Un momentito, no me dejas hablando solo aquí. Te vas cuando yo te diga que te puedes ir. ¿Con quién crees que estás tratando?

—Tú estás tratando *conmigo*. Yo no tengo ningún interés en hablar contigo. Ya dije, te lo repito, lo que tenía que decir.

—Pus todavía no. Contéstame, ¿de veras no te gusta la pinturita que compré? Ya la mandé poner en todas las pantallas de plasma, me la vendieron acompañada por un USB que traía la imagen...

—Es horrenda y estúpida. Como todo lo que tienes en esta casa. Una sola de las pinturas de Casa Espíritu, una sola, tiene infinito más valor económico y estético que cualquiera de tus triques, trastes, como quieras decirles. Te lo repito para que te quede claro: nuestros vecinos tienen una colección de arte maravillosa. Una sola de sus pinturas vale diez millones lo que todos tus objetos juntos, incluidos los electrónicos, las cerámicas, tu cúpula de cristal sobre el patio, los muebles de los baños... Ahora sí, con tu permiso, me retiro —María toma aire—. Una cosa más: si vas a quedarte aquí, exijo me hospedes en un hotel.

—¡No entiendes, de veras! Hotel no, a menos que quieras que te degüellen. No por ti, tú a quién le vas a interesar... por jugarme a mí una mala pasada. No te vas. No sé si me quedo o no en Casa Santo. A fin de cuentas es mi casa. Y tengo flojera. Pero estate en paz, no te voy a ir a molestar. No te me antojas ya, para mis gustos estás muy pasadita de tueste.

En Casa Espiritu, en la sala, Vértiz y Javiercito:

—La vi primero en la Gandhi, pa. Luego la vi pasar en la plaza de San Pedro. Después la vi desde la terraza del hotel Majestic. Ahí, en medio del gentío del Grito, ¡dime si no es como de película!, la vi... y bajé, pa, para buscarla, pero se me escapó, o, bueno, no la encontré.

—Pero, Javiercito, estamos a 4 de septiembre, no ha pasado el Grito...

—Pues sí, no es verdad. Solo la vi en la Gandhi, y hoy en el Anahuacalli, pero hazte de cuenta que la he visto mil veces. La invité a comer con el anzuelo de la colección. Doña Luz se lució.

—Ya me imagino. Por buena suerte que no viniste con nosotros. El querido capitán nos hizo una trastada.

—¿Cómo que una trastada?

—Nos quitó nuestra mesa.

—¡No!

—Y si te digo a quién se la dio, no me lo vas a creer. Les dio nuestra mesa a... ¿adivinas?

—A Shakira.

—No.

—A Lorena Ochoa.

—No.

—A Gloria Trevi.

—No.

—A Joaquín Sabina.

—No vas a adivinarlo nunca. ¡Al cretino vecino!, ¡el rey de Naconarcolandia! Me puse furioso. Es lo único que me faltaba. Tenerlos encima noche y día ya es suficiente asco, súmale que me roba mi mesa... Bueno... No quiero ni hablar de eso, pierdo los estribos. ¿Ya es hora del noticiero? Vamos a ver a esa flacucha. ¿Me sirves un *whisky*?

María entra a su habitación. Se siente atrapada, a punto de un ataque de ansiedad. No quiere estar ahí. Se le ocurre que será una buena idea ir por un helado, un Chiandonni. Vence la repugnancia que le provoca la posibilidad de encontrar al «señor Gutiérrez» por la casa, y sale de su habitación. No hay nadie. Se asoma a la calle. Los guaruras están ahí, custodiándola.

—Sus deseos son órdenes —le dice el Ojaiz cuando explica dónde quiere ir.

María no reconoce el camino a la heladería. Su mamá la llevaba ahí porque era un lugar que ella frecuentara de jovencita. Pedían siempre lo mismo, y eso pide María, hot fudge, helado de vainilla con crema, chocolate y nueces. Los guaruras ordenan lo mismo y, a su solicitud, se sientan con ella.

La heladería fue fundada por un ex luchador italiano que ganó títulos internacionales. «No tiene sucursales», decía cuando María era niña. Ya no. Pero el lugar sigue igual —la pared del extremo derecho forrada con mosaico azul mar, imitando un espacio marino, un minúsculo jardín sin sol al fondo—, los mismos muebles, la barra de la entrada. Lo que cambió es que la cajera —tal vez fuera la misma— está ahora encerrada en una caseta de alta seguridad, para evitar los asaltos. El funcionamiento permanece idéntico, se paga al entrar solo si es para llevar. Se sientan a la mesa, María con el Ojaiz, Carlín y el Güero.

—¿Tú estás casado, Ojaiz?

—Tres veces.

—¡Tan joven! ¿Cuándo te divorciaste por primera vez?

—Nunca me he divorciado.

—¿Enviudaste?

—No. Tengo tres esposas.

María contiene la risa, y revisa su expresión. ¿Habla en serio?, ¿le está tomando el pelo? El rostro es impenetrable, aunque se haya quitado los lentes oscuros.

—¿Y con cuál vives?

—¡Con ninguna! ¡Ni que estuviera loco! Es imposible vivir con las mujeres.

Carlín acota, dándole la razón a su colega:

—Se quejan de todo.

Pero el Güero parece llevarles la contra:

—Yo vivo con mi mamá.

—Eso es diferente —comenta el Ojaiz, con un tono que no deja duda de que están hablando en serio—. Yo también vivía con mi mamá. Hasta que me vine a la ciudad.

—Y tú, Carlín, ¿estás casado?

—Yo secuestré a mi novia. No me casé con ella.

—¿Y por qué la secuestraste?

—Porque no quería casarse conmigo.

—Y ya que la secuestraste, ¿por qué no te casaste con ella?

—Ya pa qué.

Al día siguiente, pasadas las doce del día, Javier saca la Vespa de su casa. La rueda hacia Casa Santo. Toca el timbre. Le abre el malencarado Ojaiz.

—¿Diga?

—Vengo por María.

El resto del guaruraje que protege a María sale a la puerta. El Ojaiz entra, solo un minuto; sale acompañado de María.

—¿Entonces, Javier? ¿Qué tal? ¿De verdad me vas a acompañar a hacer turismo?

—¡Encantado! ¡Vámonos en mi moto!

—No creo. Tengo que andar acompañada.

—Anda, no seas así. Que nos sigan tus guaruras. Se ve viejita, pero marcha.

—Yo no la veo nada mal —a sus guaruras—: Ojaiz, nos vamos en la moto, ¿nos siguen?

—¡Cómo cree! Los llevamos en la van...

—¡Ándele, capitán!, ¡déjela! —Javier.

—¡Ándale, Ojaiz! —dice María, repite la petición de Javier, exagera el acento chilango—. ¡Qué más!

—¿Dónde van?

—¿A dónde vamos, Javier?

—Pídeme tres deseos, María.

—¿El estudio de Joaquín Clausell?

—Concedido.

—¿Ver a la *Malgré Tout*?

—Concedido.

—Y el tercero lo pones tú, Javier.

—¿Lo pongo yo? Para ese, que es sorpresa, necesitamos llevar algo. Espera.

Javiercito regresa y toca la campana. Cuando le abre Toña, le pide:

—Toñita, ¿me traes una cubeta con tapa? ¿Si se puede que no tenga V de vuelta? Pregúntale a doña Luz, ella ya sabe, también Felipa. ¿Y le pones agua?

En lo que Toña le trae lo que ha pedido, Javier explica al Ojaiz cómo será el trayecto.

—No me haga bolas, joven, no sé de qué me habla con clóset y eso. ¿Dónde quiere ir primero?

¿Clóset?, piensa Javier, ¿de qué habla...? ¡Ah!, ¡Clausell! Contesta al Ojaiz:

—Mi capitán, la primera parada va a ser en el Museo Carrillo Gil. Avenida Revolución con Altavista, enfrente del centro comercial, del mismo lado de la calle.

—Déjeme ir en la motocicleta, Ojaiz, ándele.

—¡Ta bien!, ¡es aquí mero! Váyanse en la moto. Una escolta va delante de ustedes, el otro vehículo atrás. Si la siguiente parada es más lejos, la señorita viene con nosotros.

—Está bien. Tomamos Revolución, y ahí, pasandito Altavista, me cuidan la moto en lo que entramos al museo.

—¿Vale? —María está feliz.

Javier da un casco a María, se los ponen. Suben a la Vespa, María atrás de él. Sobre la calle empedrada van despacito, con los guaruras siguiéndoles los pies.

Avenida Revolución está atestada. A la altura del Mercado de Flores, la calle parece estacionamiento. Carlín saca medio cuerpo de la ventana. Vuelve a sentarse.

—Hay un choque adelante. Ya nos chingamos.

—Hazles seña de que se adelanten, mejor no exponerla al descubierto. No nos vaya a salir un gandaya... Si nos la malogran... ¡adiós mundo cruel!

Carlín vuelve a sacar el medio cuerpo del coche. Silba. María voltea. Carlín le indica con la mano que continúen el camino.

—Javier, dicen que nos sigamos.

Javier rebasa a la escolta que lleva al frente. Con pericia, esquiva los automotores, pasa a un costado del taxista, que lleva al pie del asiento lateral un balde de aluminio con hielos y en este bebidas enlatadas «de cortesía» para el pasaje, la señorita que se maquilla, el chofer que le sube la música a todo lo que da para soportar la espera, el del camión de pasajeros que se toma unos minutos de siesta (conoce este semáforo, cuando suenen los claxonazos se levantará, «Que sirvan para algo esos cabrones»), la impaciente que va tarde a una cita de trabajo, varios pegados a sus teléfonos portátiles. El tapón de tránsito es el nuevo salón donde todo se habla, se medita, se discute, cuál *madame* Pompadour ni qué ocho cuartos, aquí se ventila, se toman decisiones, se tiran reyes y se encumbran héroes. Ventilar no es la palabra: el que no tiene aire acondicionado, padece el horrendo calor.

Cuando la luz del semáforo cambia a verde, Javier cruza la avenida Altavista, pasa de largo el Museo Carrillo Gil, y continúa adelante por la

abarrota avenida Revolución, encontrando veredas estrechas entre los automóviles; avanza con relativa rapidez. Circulan bajo un alto puente, cruzan sobre el viaducto Río Piedad, por otro puente desde el que se ve a la izquierda el castillo de Chapultepec, avenida Reforma, el monumento a la Diana, el del Ángel, la estatua de Colón, la escultura de Felguérez.

Llegan de un hilo, sin volver a parar, los semáforos coordinados de milagro, hasta el centro de la ciudad de México. En la Alameda central, frente al monumento a Benito Juárez —«Parece un baño público», dice para sí María—, Javier detiene la Vespa.

—Baja, María, ya llegamos.

Suben la Vespa a la acera. La ruedan hasta el pie del monumento a Juárez. Javier toma la cubeta, le quita la tapa ante una de las estatuas de mármol que representa un león.

—El agua es para mi león. Desde niño vengo a darle agua cuando hace mucho calor, como hoy; hoy es día de dar de beber a mi sediento león. Lo baño cuando hace calor. Es mío, el león. Me lo regaló mi mamá cuando yo era niño.

Platicando, le ofrecen de beber a la impertérrita escultura de mármol.

—¿Y el Museo Carrillo Gil? ¿Lo mudaron aquí? —pregunta María.

—¡Qué va! Les tomé el pelo a tus guaruras. Estamos en el centro de la ciudad. El Carrillo Gil está casi al lado de casa.

—Eso pensé. ¿Lo pasamos, verdad? ¿Me los quitaste de encima?

—¿Cómo íbamos a poder pasear a gusto con ellos pegados a nuestros talones? Por un pelo, te robo por la azotea. Pensé hacerlo. ¿Sabes que se puede? Al fondo de las dos casas, casi al llegar del lado de Callejón de Atrás, están las escaleras de caracol.

—¿Se puede ir de una casa a la otra?

—Tan simple. Como si fueras a tender la ropa, sales de Casa Espiritu y bajas por Casa Santo; están comunicadas indisolublemente.

Estacionan la Vespa muy cerca de ahí, en el estacionamiento del sótano de Bellas Artes. Javier sabe cómo no pagar boleto y dejarla protegida. En el Museo Nacional de Arte visitan la *Malgré Tout* que María pide ver, la escultura de Contreras con la que gana un premio en la Exposición de París, a la que le escribieron poemas sus contemporáneos —el escultor murió al poco tiempo, el título es porque, cuenta la leyenda, a pesar de que perdió el brazo derecho por un cáncer, talló el mármol para dar vida a su escultura (la verdad es menos teatral que la leyenda: José Contreras perdió el brazo, por un cáncer

en efecto, cuando ya estaba terminada la estatua, y, vale agregar, él jamás talló piedra).

María tiene interés en ver la estatua por el poema de Amado Nervo, de quien algo escribió cuando estudiaba en la universidad.

En cuanto dan con ella en el museo, María la estudia en silencio, absorta. Javier no tiene, en cambio, ninguna actitud contemplativa. Farfulla repetidas veces la palabra «obscena», alarga la expresión, «no ves que es obscena», lo vuelve a decir, hasta que María, impaciente, le pregunta:

—¿Pues qué eres, feminista o qué?, ¿vas a obligar a una escultura a ser políticamente correcta?

—No, María, no es por correcto, solo que tengo ojos, y la llamo con el calificativo correcto. Es, mira si no, una pieza perversa, mírale el trasero, le están dando por donde te platiqué, con las manos encadenadas; es una muestra de violencia contra una mujer, la están torturando. Esta escultura es un horror.

María la vuelve a observar con fría concentración. Varios minutos. Javier, impaciente, salta de un lado al otro de la escultura. Por fin, María habla:

—No lo creo.

—Pues no es lo que creas, por dios, mírala, María. Siquiera explica por qué.

—La *Malgré Tout* es una abstracción...

A Javier se le descompuso la expresión serena.

—¡Abstracto esto!, más abstracto tengo yo el fémur y el píloro, y si me pongo vulgar, más abstractos son mis tanates que esto... ¿Cómo que abstracto?, ¡la están violentando!, ¡pero cómo no lo ves, es más que obvio...! ¡Una abstracción! No, un bloque de blanco alabastro remedando las formas anatómicas, realista.

—El feminismo arruinó a la academia.

—¡Absurdo total!

—Que sí.

—Es una ridiculez. Es como si dijeras que el pensamiento es todo «abstracto» y que el esteta no tiene ideología, sino puro amor a la belleza.

—No, no, tampoco...

—Que te quede claro: no me ofende en lo más mínimo que me digas feminista, pero no seas absurda.

El ir y venir hablando de temas en largo etcétera, diseccionando objetos, artistas que los dos conocían, y sobre los que distan de tener las mismas opiniones, es para los dos excitante motivo de alegría.

Salen del MUNAL, toman de nueva cuenta la Vespa y se enfilan al Museo de la Ciudad, a ver el estudio de Clausell, también a cumplirle a María un deseo.

Aquí, en Casa Espíritu, Javier recibe a Pérez y Gómez, los ha llamado de emergencia.

—¿Venimos a jugar barajas? —pregunta Pérez, pensando que su amigo está en algún aprieto monetario de urgencia (pagar las muchachas, el gas, algo que requiera atención de inmediato).

—No, no. Gracias por venir, ustedes sí que son amigos de primera. La urgencia es de otro tipo. Hoy me hicieron la oferta más... Me ofrecen una fortuna por cualquiera de mis pinturas. Oyeron bien: cualquiera. A ojos cerrados: alguien quiere tener «un» Vértiz. ¿Qué hago?

—Véndeles una pintura de castas, el *Tornatrás* —sin pensarlo dos veces opina Pérez—. Hace tiempo tienes la espina de que no es auténtico. Deshazte de él. Con suerte no vale nada, pídeles una fortuna, y depuras tu colección. Es la única pintura de la que alguien ha puesto en duda su autenticidad. Ya ves, hasta mis amigos riveristas.

—¿Quieres decir el *Saltapatrás*? —dice Javier, con alarma, como si le hubiera dado la peor de las noticias—. ¿El *Saltapatrás*? ¡Es la favorita de Javiercito!

—Eres un cursi sin remedio, por dios, ¡favorita!, ¡con la colección que tienes, mézurala frente a tus problemas de cash...! Te sugiero hagas algo que no va a lastimar el valor total de tu colección, y que puede incluso, al depurarla, subírsele, levantar sus bonos. ¿Entiendes?

—Lo tengo que pensar. Estoy ahorcado, como saben, pero esta colección es en última instancia el capital de mi hijo. Todo termina por estar a su nombre. Mi suegra...

—Ya nos sabemos la cantinela: «Todo para Javiercito, cuando cumpla treinta y cinco o cuando se case». No lo pienses dos veces. Véndelo. Sales de líos. De todas maneras no tienes con qué pagar el seguro del año próximo.

—Oye, Javier, por cierto —pregunta en otro tema Gómez—, ¿hay agua en Casa Espíritu? No ha llegado una gota a nuestra cuadra desde hace tres semanas, ya se nos secó la cisterna —Gómez.

—Vénganse a bañar, nosotros sí tenemos agua.

—Me tengo que ir —interrumpe Pérez—, me disculpan que no me quede a comer. Voy a ver a Esperanza. ¿Leyeron el desplegado en su contra?

—Lo apoyo cien por ciento —Gómez.

—No seas ridículo —Pérez.

—Es una bigotona —Vértiz.  
—¿Viste el desplegado? —Pérez.  
—No, no lo vi —Vértiz.  
—Velo primero, y me dices qué opinas —Pérez.

En Casa Santo el señor Gutiérrez rabia de coraje contra su equipo de seguridad.

—Me la encuentran prontito, cabrones, ¿para qué les pago?  
—Sí, señor —el Ojaiz usa un tono muy diferente al que se le escucha cuando habla con sus colegas, incluso con María, parece un gatito asustado.  
—¿Están seguros que no siguen en el museo?  
—No pus, ese fue el asunto. Nos quedamos ahí a esperar.  
—Pero no estaba la moto —dice Carlín, con un tonito que dan ganas al Ojaiz de darle un moquete—, me olió mal apenas llegamos.  
—Voy a preguntar a Julián también, puede que él la encuentre en su celular. ¿Las cámaras de vigilancia de la ciudad?  
—En esas ya estamos, hablé con don Riberto, le escanearon en la oficina el pasaporte de la señorita para que nos ayuden a localizarla... Puede ser...

Javier y María están enfrente de las ruinas y del Museo del Templo mayor de los aztecas, en el patio del Palacio del Marqués del Apartado, edificio colonial de noble cantera. Javier lleva a María directo a un punto del patio, a la izquierda del centro. Se detiene al lado de una enorme águila prehispánica tallada en piedra.

—Tonelada y media —dice Javier palmeándola—. No sé por dónde empezar —dice, y mira hacia arriba—; ¿será mejor empezar de arriba abajo? En los primeros años del XIX remodelaron el tercer piso para recibir al rey Fernando VII cuando la ocupación francesa, pero nunca llegó, los franceses lo hicieron su prisionero...

—Empecemos por el águila —dice María.  
—Tiene la base también tallada —procede Javier—. Ya sabes, los artistas nahuas labraban incluso lo invisible, como si la piedra fuera a tener vida propia. No era para los ojos.  
—Citas a Bonifaz Nuño.  
—¿Leíste el libro?  
—Obvio.  
—Y, a ver, dime, ¿por qué no está esculpida a escala, por qué la pieza es de otras dimensiones que la original?, ¿qué querían decir con esto?

Javier la ve a los ojos: ella es su alma gemela. Los dos piensan en los mismos temas, caminan por rutas parecidas. Canta en voz baja:

—Dos almas que en el mundo había unido...

—Maria Greever —remata ella, y ríen.

—Te voy a enseñar algo, María, que es de no creerse, espero sea sorpresa.

Javier enseña a María una puerta metálica del piso del patio:

—Así son las de los sótanos de las *brownstones* en Nueva York, de ahí salen los mexicanos que trabajan en las cocinas, no sé si hay una nueva red de tortugas Ninja aztecas.

—¿Veías las tortugas Ninja?

—Era fan.

—¡Yo también era fan!

Javier pide al cuidador les abra la puerta metálica.

—No, joven, es que ya nos dijeron que no demos permiso, que por seguridad.

Pero su poder de persuasión supera la reticencia. María y Javier descienden por una escalerilla. No pueden llegar al último escalón (¿o los últimos?) porque el fondo está cubierto de agua, a saber de qué profundidad. El cuidador baja un par de escalones y prende la luz del sótano. Frente a ellos se levanta el cuerpo de la pirámide a Cihuacóatl, la hermana de Huitzilopochtli, como flotando sobre el mar contenido por el edificio. María se sienta en el escalón metálico, de modo que los dos quedan cara a cara.

—¿Qué te dije, María? La excavaron sin tirar el edificio colonial que levantaron encima de ella.

—¿Cuándo fue que descubrieron, o cuándo se acordaron, que estaba en el subsuelo la pirámide?

—Descubrieron es la palabra, me parece, ya no había memoria de que el Teocalli, o Templo Mayor, llegaba hasta aquí. Fue en 1910. En este palacio estaba la más importante biblioteca de la Ilustración francesa, y una colección de arte que no desmerecía. La mayor parte de las piezas fueron a dar al Museo de San Carlos. Mi abuela decía que algunas de las nuestras provenían de aquí, y que con el revuelo de la Revolución brincaron a nuestras manos... pero es patraña, la colección del Marqués del Apartado no contenía artistas mexicanos, y nosotros no tenemos ni una extranjera. Cuando la Revolución, el palacio se convirtió en un edificio de gobierno.

—No sabía de esta pirámide bajo un palacio...

—Así es el subsuelo del centro histórico. Y así vivimos en México, consolidamos en un mismo punto el pasado con lo que somos hoy. No nos

sabemos mover.

—No me salgas con esa. Ya te vi en tu Vespa, ibas rapidito.

—Fue una ilusión. Tanta como imaginar que nuestro león (porque ahora es nuestro, María) sí bebía del agua que le trajimos. Somos la piedra de ayer. No avanzamos.

—No lo creo. Todo es vertiginoso en esta ciudad...

Al salir del Palacio del Apartado, pasaron frente a San Ildefonso (asomaron las narices para ver algunos de los murales de Orozco) y deambularon por las espaldas de Palacio Nacional, «Es una Bagdad», decía María, «No, María, es lo que es», el ambulante improvisado, las tiendas de telas, los palacios coloniales. Pararon a rendir sus respetos a los murales de Palacio Nacional. Cruzaron el Zócalo, caminaron de regreso hacia Bellas Artes y entraron en el bar La Ópera.

Se sentaron y ordenaron una copa y comida.

—¿Ves? —Javier señala el techo—. Ahí están todavía las marcas de las balas que tiraron Zapata y Villa, o solo fue Villa, o solo Zapata, depende quién te lo cuente.

—¿Ves? —María se señala los labios—. ¿Ves aquí?

—¿Qué veo?

—¡Boca!, ¡qué más!

Cuando Javier deja en los labios de María un besito dulce, entran Esperanza, la periodista, y Pérez, el amigo de Vértiz. Pérez de inmediato advierte a Javier dándole un picorete a María. Toma del brazo a Esperanza.

—Ven acá, Esperancita, que te presento a un amigo y a esa chulada...

Cuando alcanzan la mesa de Javier, los dos jóvenes ya están en franco beso largo.

—¿Interrumpimos?

—¡Héctor!

Javier se levanta a saludarlos, a Esperanza le manifiesta la admiración que siente por ella, y volteando a ver a María:

—Les presento a mi amiga. Es María Gutiérrez.

María, sin moverse del asiento, les da la mano.

—María, estás de suerte. Hoy que te quería enseñar la ciudad, mira, es Esperanza García, nuestra periodista más valiente. Qué gustazo, de verdad, conocerla en persona.

—Por dios, no me hables de usted.

—Esperanza, a este joven yo lo vi nacer. Es el hijo de Vértiz. Tengo que llevarte a conocer su colección de pintura...

—Siéntense con nosotros. ¿Viste a papá hoy?, no sé qué se traía, no me quiso contar, pero me dijo que le urgía verlos.

—Lo vi, hoy, sí —cambiando un poco el tema, explica a Esperanza—, hace veintiocho años que comemos juntos todos los domingos, hasta cuando nació Javier comimos juntos. En el hospital, me acuerdo, unos sándwiches horribles, nos quejamos amargo de ellos... Le pregunté que si Esther había dado a luz un gringo, o que por qué habíamos de comer esto... Por esto te dijimos durante un tiempo «El gringo»... —vuelve a cambiar de tema—: Esperamos a otras personas, mientras llegan nos sentamos aquí, sí. ¿Cómo va la tesis, Javiercito?

—Auch. No me digas con diminutivo, me vas a espantar la novia.

—¿Eres mexicana? —Esperanza pregunta a María.

—Soy. Nací aquí. En el mismo hospital que Javier. Llevo trece años en Madrid. Más de trece... Solo estoy aquí por pocos días, no puedo quedarme en México, por desgracia.

—Naciste en México, vives allá. ¿Qué más?

—Soy doctora; en Oxford me gradué en Historia del Arte. Estoy por publicar mi primer libro.

Una mujer no muy joven que estaba en otra mesa se acerca a Esperanza.

—Disculpe, doña Esperanza, ¿me puede dar su autógrafo?

Esperanza firma en el papel que le da la señora, y le sonrío, sabe ser cálida pero también cortante, su fan se retira de inmediato y satisfecha.

Esperanza continúa con María:

—¿Y de qué es tu libro, María?

—Pinturas de castas en México. Las leo en el pasado, las rastreo en pintores del XIX y el XX, y las busco en el presente, en textos literarios y el cine... No he vivido aquí desde mis doce, pero...

La interrumpe Pérez:

—En México ya no hay castas hace mucho.

—Depende a qué le llames castas.

—México es un país mestizo. Aquí cualquiera cambia de clase sin...

—¿No ves correlación entre las clases sociales y las razas? Yo... mira al mesero, mírenos a nosotros...

—Tu argumento me parece absurdo. De extranjera —nota la expresión de Esperanza, de simpatía por María—, o de amiga de Esperanza.

—Hay otra cosa que tal vez les va a llamar más la atención —Javier—. La voy a contar, pero Héctor, me tienes que prometer que no le dices una palabra

a papá hasta que yo hable con él, no me he atrevido a decirle... María, ¿les puedo decir quién es tu papá?

—Qué otra me queda. Si el no ser de padre honrado... —María.

—¡El vecinito, Pérez!, el vecino predilecto de pa... —Javier.

—No te sigo... —Pérez no consigue entender qué le está explicando.

—María es hija del señor Gutiérrez —precisa Javier—, el de Callejón del Fuego.

—Esperanza, es cierto, esto te va a interesar —Pérez—. ¡Es la hija del señor Gutiérrez!, ¿oíste? —queriendo suavizar su poco prudente expresión de entusiasmo-desagrado, Pérez cambia de tono y pregunta—: María, ¿es verdad que tu mamá fue Miss México?

—¡Mi mamá! Pobrecita. Nada de eso. ¿Quién dice?

—Cuenta la leyenda.

—¿Me prestas tu celular? —Esperanza.

María le pasa su teléfono portátil. En este, Esperanza anota un número.

—Ya está mi número en tu cel. No se lo des a nadie, pero avísame cuando salga tu libro. O cuando quieras contarme algo de tu papá, le he seguido los pasos... Dame el tuyo, márcame.

María marca el teléfono de Esperanza. Suena en su bolsa. Esperanza lo saca, interrumpe la llamada y ve la pantalla.

—Sí registró el número. Avísame. Me interesa.

Entra un grupo de personas, muy ruidoso, hablando en voz muy alta. Todos y cada uno de ellos parece acostumbrado a ser el centro de atención. No son actores, parecen políticos o empresarios de alto perfil, o podrían ser algo parecido a escritores, como les dicen ahora, «protagonistas».

—Ahí están.

—Gusto verte, Javiercito —a María—: Encantado —a Javier—: Javier, está preciosa tu novia.

Pérez y Esperanza se levantan de la mesa, y se unen al alboroto de sus amigos, como peces en el agua.

Javier y María los contemplan, caen en la cuenta de esto, y se ríen.

—¡Qué bobos somos! —dice María—, ¿qué tanto les vemos?

—Es que son tan... como amigos de papá. Tan centros del mundo. Son otro México, más piramidal que el de hoy... ¿Te dio el teléfono? Ahora ya le creo a mi papá, dice que es lesbiana.

—Qué absurdo. No lo creo, es más: estoy segura. Los hombres son así, apenas una mujer anda sola, o es brillante e independiente, le echan el sambenito... O la odian, o le dicen lesbiana, o las dos cosas.

—No pierdas su teléfono, María, vale oro molido. Le debes enviar copia de tu libro cuando salga.

El teléfono de María suena.

—¿Sí? ¡Julián! —pausa, pone cara de preocupación y desconcierto—. ¿Mi papá...? —otra vez la misma expresión—. Dile que se lo meta por... No, no dije eso. Dile que estoy bien, que no se preocupe... ¿Que dice qué...? ¿Que qué...? —a Javier—: Que está furioso mi papá porque nos escapamos —a Julián—: Sí, sí, ya oí. Estamos en el centro. ¿Dónde exacto...? —deja de hablar al teléfono y pregunta a Javier—: ¿Dónde estamos?

—En la Fonda Santo Domingo.

María regresa a hablarle a Julián al portátil:

—En la Fonda Santo Domingo... Bien. Aquí los espero —a Javier, colgando el teléfono—: Era Julián, mi abogado, el abogado de mamá, amigo de ella desde siempre, también abogado del despapá que tengo. Que el señor Gutiérrez está «muy enchilado», así dijo, porque me escapé de los policías que ha puesto a cuidarme. Que los espere aquí.

—No esperas nada. No vamos a andar con una turba de guaruras pegada a nuestros talones. De ninguna manera. Salimos de aquí y nos vamos del centro a otro lado.

—No creo.

—Aquí sí yo soy el que creo, María. No vamos a someternos a su orden siniestro. Tú y yo no tenemos nada que esconder, por lo tanto no necesitamos protección. Por lo tanto, no los vamos a esperar. Cenamos sin entretenernos demasiado, y nos vamos. Además, no estamos en la Fonda Santo Domingo, sino en La Ópera. No tenemos por qué darle nuestros paraderos al señor Gutiérrez. Es un rufián.

—Y tú no sabes lo peor de él, Javier.

—Sé muchos peores. Mi papá le tiene tirria. Sé sus crímenes. Y sé lo que te hizo a ti. Las muchachas van y vienen con chismes. Lo oí hace tiempo.

—A mí, y a mi mamá, ¿te imaginas? Cualquier mamá, si le violan a la hija... pero en mi caso, él era mi papá... Ella nunca se repuso. Quedó rota. Fue terrible para mí, pero ya lo he dejado atrás. Para ella no hubo atrás. Así son esas historias familiares, terribles, un huracán que arranca de tajo vidas.

—Con más razón, María. No lo vamos a obedecer. No debieras ni volver a su casa hoy. Tendrías que quedarte ya para siempre conmigo.

—Vámonos de México juntos, Javier. Ven conmigo a Madrid. Estoy feliz contigo.

—María, yo contigo... quiero todo, todo...

Se besan, por supuesto. Nacieron para hacerlo.

En la mesa de Esperanza y sus amigos, Pérez y Esperanza sacan el tema «César Gutiérrez de Ceballos», todos saben del «señor Gutiérrez», Esperanza lleva tiempo buscando cómo hacer un reportaje sobre él, dice:

—El punto interesante sería que este pudiera convertirse en el primer caso de desmantelamiento patrimonial del dinero.

—En qué país crees que vives, estás soñando, es cierto que es un hampón. Más etcéteras de sus amigos, todos tienen algo que decir del tema.

Esperanza y Pérez hacen un aparte. Esperanza le pregunta:

—¿Será que se casen?

—¿Los dos jóvenes?

—¡Espero que no! La mejor colección privada de pintura mexicana pasa a ser de Javier en el minuto en que se casen.

—Ese rufián corrupto encontraría cómo aprovecharse de...

—Las relaciones...

—... Sobre todo las pinturas...

—No lo sé.

También sus etcéteras. No despegan los ojos de la mesa vecina. Es evidente el romance de los muchachos.

—Hacen bonita pareja, la verdad.

—Muy —afirma Esperanza.

—¡Qué mal!

El grupo en pleno se concentra en el motivo que los ha reunido hoy: enfrenar y combatir el desplegado que una cadena de medios ha hecho imprimir en todos los periódicos y revistas, donde desmienten el último reportaje de Esperanza y, de paso, la injurian.

Cuando salen del bar La Ópera, ya ha caído la noche. No puedo narrar con certeza y detalle lo que siguió. Me atengo a lo poco que me han dicho: se tomaron fotografías disfrazados de charro y Adelita (sacaron sendas caras en los huecos cortados ex profeso de un plafón que los representaba), en Garibaldi oyeron cantar a los mariachis, recogieron la Vespa del estacionamiento; con María al volante y Javier a sus espaldas recorrieron Reforma hasta llegar a Chapultepec. Ahí, bajaron de la moto, Javier la escondió, y se acercaron al borde del lago. Se subieron a una lancha, que Javier supo zafar de su enclenque cadena, y en esta hicieron el amor, al pie del castillo de Chapultepec, levantado por el emperador Maximiliano imitando al que tenía en su patria, renovado por Porfirio Díaz, manifestación

de su gusto afrancesado y su poder económico —y de la ineptitud del hijo, quien quedó al mando del proyecto de remozarlo—, a un costado de la Casa del Lago —donde generaciones de poetas, artistas y teatreros desenvainaron en el foro, en el ciclo de Voz Viva o en otros montajes, creaciones memorables de las que he oído hablar hasta el hastío (como el *Robert ce soir* de Gurrola, que el espectador veía por los orificios en una falsa pared, figoneando los actos eróticos de los actores, de la manera en que no lo hacemos aquí para hablar del acto amoroso de María y Javier).

Ese amor que tenía doscientos años esperando se cumplió por unas horas, a espaldas de todos, aunque estuvieran casi en el centro, desnudos, expuestos. Se amaron, se hablaron, guardaron silencio, ratificaron que eran el uno para el otro. Desde siempre. Hasta que la muerte los separe. Intuyeron que incluso desde antes de nacer.

Mientras Javier y María se aman, la furia del señor Gutiérrez sube de nivel. Decide darle una lección a su hija. Para que entienda de una vez por todas quién manda ahí. Pondrán en su cama un cadáver, el de una joven que se le parezca, para que vea a qué se juega en Casa Santo. Si aún no regresa María, para que le dé la bienvenida a su regreso. Si vuelve antes de que recojan el «regalito», se lo meterán a la cama mientras duerme. Quiere propinarle un escarmiento del tamaño de su furia. Demostrarle quién es él.

El Ojaiz, Carlín y el Güero salen a la plaza, se sientan en una banca.

—Aquí vamos a cosechar, manitos.

—A la primera que veamos, la pescamos.

—¡No te impacientes! ¿Qué traes?

—¡Estoy caliente! Si no aparece una pronto, me jalo aquí mero a tirarme a la Brujis.

—¿Quieres decir la que ya sabemos?

—Ella mera, la niñita del pan.

—¡Cuál niñita, güey! Esa te va a pasar tifoidea de la cola. O como se llame. ¡Se acuesta con todos! Las chancras... no te las va a quitar ni Dios.

—Repítelo y te parto la madre.

—Mejor me ahorro la repetida y me partes ya; úchilas güey, no aguantas nada, Ojaiz, eres medio pu...

Carlín señala a un lado del parque:

—¡Iren!, una güerita...

Una mujer joven con un cierto aire a María —delgada, blanca, el cabello rojizo— camina muy quitada de la pena hacia su coche. Los tres guardaespaldas se cubren las caras con un pasamontañas. Corren hacia la

güerita. Le echan encima un saco negro. Aparece el novio, buscándola con la vista (los guaruras no lo habían visto), lo capturan también. Lo golpean con la culata hasta que pierde el conocimiento. El Ojaiz arroja a la güerita al asiento posterior de su Ram Charger, y Carlín avienta al novio desvanecido a la parte trasera.

Se suben al vehículo, arrancan en reversa hacia la esquina de la avenida, y salen como alma que lleva el diablo, trazando eses en Avenida Revolución.

Mientras maneja el Güero, el Ojaiz manosea a la jovencita secuestrada, que grita y jalonea.

—¡Así me gustan, peleoncitas!

Carlín sube el volumen de la radio. El Ojaiz sigue con sus avances sexuales en el asiento de atrás. La jovencita grita. El Ojaiz intenta tapanle la boca. Le pega. Ella grita más fuerte. Golpes, pujidos, gritos, la está violando. Después, ¡ah!, a navajazos le quita la vida.

—¡Unos cuantos piquetitos!

Pero el Ojaiz no ha terminado su acto erótico, y mientras la mata, la goza aún, pujando de placer. El Güero le dice desde el asiento delantero:

—¡Ya párale, Ojaiz! ¡Das asco! ¡Ya está muerta!

Se siguen escuchando los ruidos y quejidos del Ojaiz hasta que nosotros salimos de ahí, porque no podemos tolerarlo ya.

María y Javier presencian el amanecer desde el lago. Los saca de su ensimismamiento un grito no muy distante, «¡Jaletinas!, ¡jaaletinas!», el mismo que Amado Nervo oyera, cien años atrás, a poca distancia de aquí, del vendedor que ofrece en la madrugada una golosina que encanta por igual a trasnochados y a los que, a las prisas, van camino a sus trabajos, una dosis de azúcar para enfrentarse a la rutina del deber cotidiano, o para satisfacer el reclamo que el cuerpo hace al que ha bebido más de la cuenta. Esas bellas «jaletinas» decoradas con colores chillantes, alternados con capas translúcidas que dejan ver fresas o trozos de piña, son bailarinas barrocas, abigarradas, fiesta al amanecer para el que comienza el día, y remate colorido de la noche para el que se revienta desde el día anterior.

En la cama, Vértiz. Se medio incorpora y ve el despertador: «¡Seis y media! ¡Nada de Javiercito! Y no es fin de semana». Se preocupa, ¿le habrá pasado algo? Se levanta. Se oye abrir el portón de la casa, y el motor de la Vespa de Javiercito. Vértiz se pone la bata, las pantuflas, el gazné y sale al patio. Ahí está su Javiercito, acomodando la motocicleta:

—Buenos días, madrugador.

—¡Papá!

Javiercito abraza a Vértiz. Tararea un vals que convierte en un tan-tarán de boda («Huele a bodorria», piensa), y de nuevo —recuerda que si él se casa pone en aprietos al padre— lo modula a una canción:

—Queremos caféeee, caféeee, caféeee.

Y a esa se suma el papá con el hijo:

—Queremos café, café, café.

Abrazados, bailan al son del vals.

Doña Luz pasa a su lado, rumbo a la cocina, apoyándose para caminar en su sillita de madera.

Ya sin cantar, Vértiz dice en voz alta:

—¡Un café, por piedad, doña Luz!

—¡Y a estos, qué les picó! —dice Doña Luz por única respuesta.

En cuanto María traspone la puerta de Casa Santo, el Ojaiz la interpela:

—¡Ya ni la chingas, manita! Está furioso el señor Gutiérrez.

Se suman los gritos del señor Gutiérrez y los ladridos de sus dóbermans:

—¿¡Ya llegó esa sucia!?

María da un paso hacia la puerta de la calle. El Ojaiz la toma del brazo.

—No, chiquita; no tan fácil; no te nos vuelves a ir.

El Ojaiz lleva a María hacia la sala. Entra el señor Gutiérrez, cerrándose el cinturón, y empieza a hablar antes de tener a María a la vista:

—Para mí ya estás muerta. Julián viene a las diez. Ya tiene tus papelitos. Firmas todo y te me vas hoy mismo, te vas por donde viniste. No vuelves a poner un pie en este país.

—¿Quién dice? Yo voy donde me da la gana, cuando me da la gana.

—Ya tuve de tus fregaderas.

—Sí me voy, pues, pero ahora mismo. Que me busque Julián. Él tiene mi teléfono.

—No vas a ningún lado. Sht sht sht, quietecita. No tan fácil. A ver, explícame: «¿cómo me dé la gana?»

—Me voy a Madrid la semana que entra.

—¿Sola?

—¿A qué esa pregunta? ¿Que yo me entrometo con tu vida privada?

—Ni yo con la tuya. Por mí, zúrcete el agujero, y si te da la gana séllate los tres que tienes y no cagues nunca, atragántate con tu propia caca, o vomítate miados todo el día, qué más me da. Pero en este caso, me pega a mí con quién te vayas.

—Me voy con Javier Vértiz Cortina Icaza y del Niño Jesús.

—Si le da permiso su papá.

—¿Desde cuándo pido permiso a «mi papá»? No le he vuelto a pedir un permiso desde que me hizo el favor de violarme a los once.

—¡Ah!, otra vez con tus suciedades y tu cabeza retorcida, ¡vieja amargada!, ¡nomás pensando en eso...! —su tono cambió de enojado a sarcástico, y con el tono, su expresión se transformó en una mueca festiva—, ¡seguro te gustó! ¡Anda, di que querías más! ¡Tú, no yo! ¡Tú, tú fuiste quien arruinaste la vida de Tere! ¡Puerca!

María lo escucha con asombroso aplomo y sangre fría (tantos años de terapia y psicoanálisis), y entiende lo que nunca antes había comprendido en toda su dimensión. La alivia verlo. Por fin puede verlo. Eso es él, no el benefactor y seductor que ella construyó en su infancia sobre el ser elusivo y ausente que fue su objeto de deseo insatisfecho, su deseo del padre. Él es esto, una masa informe de basura, un pobre diablo violento. Él sigue hablando:

—Me malentiendes, babosa. Lo digo por Vértiz. A él esta historia debe encabronarle tanto como a mí. No somos bandas rivales, pero estamos en mundos contrarios. Su gente se dedicó a hambrearnos setenta años. Ahora es nuestro turno —da pasos como un lobo enjaulado—. ¿Te vas a casar con el pendejito?

—Se llama Javier. No lo hemos pensado. Podría ser. Por la ciudadanía europea.

—Y para darle patrimonio. No tiene dónde caerse muerto. Se le nota la bragueta más larga que la botonería del obispo.

María ignora su chistarrajo, aunque con su gesticulación él le da indicaciones (o de a tiro órdenes) de que debe celebrárselo. En cambio, hace una pausa fría, y mirándolo con frío desprecio, le dice:

—Todas las propiedades de su familia van a su nombre en el momento en que se case. La casa también.

—La casa está hipotecada.

—Ajá. Sí, cómo no, muerto de hambre... También la colección de pinturas es de él.

—Dizque valdrán una fortuna, pero ni tiene un quinto en la bolsa, ni sus cuadritos son más que puros manchones en las paredes.

—Eres un ignorante. Valen tanto que ni tú podrías comprarla.

—Yo puedo comprar todo lo que se me antoje. Ni el dinero me hace falta. Tengo mis modos. Yo, óyelo, tomo lo que quiero, cuando quiero. Lo sabe todo el mundo, menos tú. Y eso, hasta tú, pedazo de imbécil, debieras saberlo. Mis antojos son órdenes, y mis órdenes se acatan.

El señor Gutiérrez camina hacia la puerta del patio, y la abre de par en par. Respira hondo el aire limpio de la mañana. El cielo del valle, de un azul luminoso, indescriptible (la región más transparente del aire), algunos rayones de nubes texturizadas cruzando su inmensidad, las hortensias en tres tonos chillantes, la jacaranda de la calle asomando algunas ramas y flores...

Respira otra vez, calmado, satisfecho de sí mismo, como si él fuera el creador de todos los colores y la luz y del aire mismo que acaba de aspirar. Cierra la puerta, con cuidado, y pronunciando con claridad y lentitud las palabras, como si hablara con un extranjero, continúa:

—Si se casa contigo, va directo al despojo.

—Si fuera verdad, que no lo es, sería mi problema. ¡Y yo por qué discuto esto con usted! No tengo por qué...

—No, niña. Sí es mi problema —vuelve el enfado, aunque atenuado—. Ya voy a ver que uno de esos priyistas aprovechados... ¡Ja! ¡Nomás faltaba... que yo haya trabajado para que uno de esos cabrones...!

—Javier es otra cosa.

La voz de María le borra el cielo, las flores de la jacaranda, las hortensias, el aire, le revienta la ira, atiza el fuego:

—¡Mis huevos son otra cosa!

Gutiérrez siente un deseo incontenible de lastimar a María. Dice «He estado pensando», cargando la frase de tal manera que María siente miedo. La palabra que para ella vivió en concubinato obligado con la palabra amor se le impone, despojada de su inteligencia adulta, de las elaboraciones y terapias y bla bla bla.

Saca fuerzas de flaqueza y lo interrumpe, aún con la voz serena:

—Me voy a un hotel ahora mismo. No veo por qué motivo tengo que pasar por esto.

—Aquí el que manda soy yo. No me interrumpas. He estado pensando... Le llamas a tu noviecito. Que esté aquí hoy a las once, hoy. Cito también al notario, al juez del Registro Civil. Te casas con el putito del vecino. En comunidad de bienes. Toman el avión a Madrid *hoy*. Y no vuelves jamás a poner un pie aquí. De lo demás, yo me encargo. A ti te entierro *hoy*. No necesito tu persona para tu funeral, mis amigos del Registro me dan tu acta de defunción sin meterme en líos. Porque, eso sí que sí, el funeral se me antoja. Lo hacemos *hoy*. Ya ordenamos tu ataúd, en un rato llega. *Hoy* haremos el funeral aquí, en Casa Santo. Si no me obedeces o no viene el pendejo, entonces te entierro a ti. Hijos me sobran. ¿Qué te parece?

—Espera un momento. ¿Para qué quieres tú su colección? ¿Para qué Casa Espiritu?

—Porque me da la gana. A ti qué. Ya tienes tu cuentita de banco, euros frescos. No te estoy preguntando si quieres o no, te casas y te me largas. No quiero volver a saber de ti. Y ya se me antojó tener su colección, ¿no me dices que es la mejor de México? Pues la quiero. Ya luego veré si les echo candela o si me da la gana de cortar en tiritas los papelotes o limpiarme el culo con ellos, aunque me pinte las nalgas. Avísale, anda. Enfrente de mí. Ahoritita.

María toma su portátil y marca pulsando un solo botón.

El número al que llama es el último marcado, el de Esperanza.

El portátil de Esperanza suena en su escritorio. En las paredes de su oficina hay pósters de sus programas de televisión y radio, el noticiero, el de entrevistas, algunos recientes, otros de hace diez o quince años, cuando muy joven comenzó a trabajar lado a lado con un varón de muy buenos bigotes con el que tuvo una historia que aquí es otra, y que no viene a cuento. Larga, doliente, un amor imposible, aunque ella hasta la fecha no puede entender por qué fue tan imposible. Cierto que su mujer (la esposa de su compañero) acababa de dar a luz cuando se enamoraron, pero esto, insiste en pensar Esperanza, no hacía su amor imposible. Duró diez años la tortura amorosa.

La llamada de María va a dar al buzón, escucha la grabación con la voz de Esperanza: «Deja tu recado».

—Javier Vértiz Goríbar, habla María, tu María, María Gutiérrez. Llamo solo para decirte que nos casamos a las once de la mañana, hoy, en Callejón del Fuego 4. No es pregunta: son órdenes de mi papá. Y ya sabes que nadie le dice no al señor Gutiérrez. Estoy enfrente de él. No se lo hagas saber a nadie. Ven solo. Te esperamos en la casa, con pasaporte y acta de nacimiento...

—Y su credencial del IFE, se la van a pedir —la interrumpe el señor Gutiérrez.

—Y tu credencial del IFE, dice el señor Gutiérrez que, te lo repito, está enfrente de mí. Después nos vamos, a Madrid. Ni una palabra a nadie, ¿oíste?

—Y dile que si no viene te dé por muerta. Que si no llega, adiós su Mariquita.

—Que tienes que venir, dice el señor Gutiérrez, porque si no, me mata.

—¡Bien! ¡Nada como ser claro!

—¿Algo más? —le pregunta María, con el teléfono en la mano.

Con un movimiento de cabeza, el señor Gutiérrez dice «no». Sin despedirse ni decir nada más, María termina la llamada. El señor Gutiérrez le da la orden de entregar su teléfono al Ojaiz, y al Ojaiz da otra:

—Deshazte de él, que lo tiren lejos, no vaya a querer alguien rastrear el aparato.

En Casa Espiritu, Javier y Vértiz siguen ante su taza de café, recién vuelta a llenar por doña Luz, cuando suena el teléfono portátil de Javier. Contesta:

—¿Qué onda, güey, qué haces despierto tan temprano...? ¡Ni te cuento, güey!

Vértiz le hace seña para que se levante de la mesa, y Javier lo obedece, sale de la cocina hablando por teléfono.

—¡Qué modales! —dice Vértiz a doña Luz—. En el celular en la mesa... a palabrotas con sus amigotes cuando está tomando un café con su papá.

—Niño...

—Dígame, doña Luz.

—¿Usted ya sabe?

—¿Qué?

—¿De quién es hija, la bonita?

Vértiz, muy quitado de la pena, pone otra cucharada de azúcar a su café.

—¿No sabe, verdad? —insiste doña Luz—. ¡Quién lo fuera a creer! La niña es hija de la pelusa de al lado.

Vértiz deja caer la cuchara, causando un ruido irritante que alborota a los canarios.

—¡No es verdad!

—Lo es, si no por qué se lo voy a andar diciendo. Mejor que lo sepa, pue, diúnvez —le da la información comiéndose las sílabas, «pues, de una vez por todas».

—Hay que decírselo al Javierecito, no puede volver a verla.

—Ya lo sabe. Ella dice que padre honrado y quién sabe cuántos enredijos...

Javier regresa a la cocina, la cara radiante, y casi canta:

—¡Hoy no voy a comer en la casa!

Lo dice como si fuera la noticia más feliz jamás pronunciada en su vida. Vértiz, enfurecido, le avienta un:

—¡Y todos los demás ya no vamos a comer jamás!

Tras el correspondiente «¿Qué te pasó?» del hijo, y la explicación de doña Luz —«Le dije, le dije lo de la niña, de su papá... había que enterarlo...»—, Vértiz se lanza con una retahíla de recriminaciones:

—¡Lo único que me faltaba...! ¿Qué Dios te hizo sin cerebro...? ¿Qué tienes adentro de la cholla...? ¿Cacahuates...? ¿Caca nomás...? ¿Tú crees

que con gente así se puede jugar al san Valentín...? ¡A san Sebastián, tal vez! —furibundo, remata con un rotundo—: ¡Imbécil! ¿En qué te estás metiendo?

Se levanta, toma al hijo de la camiseta, lo zarandea como nunca en su vida, y comienza otra vez a sorrajarle frases:

—¡Sobre mi cadáver! ¿Entendiste? ¡Eres un Vértiz Goríbar! ¡No un perro callejero como esos mentecatos!

Después, lo suelta. Javier aún no sale de su asombro de ver así a su papá, siempre tan medido en su trato con él, tan respetuoso, tal vez hasta el exceso, tan tolerante, también hasta el exceso, cuando, casi gritando, Vértiz escupe, ya desde el umbral de la cocina, las siguientes palabras:

—Pero ¿qué?, ¿eres idiota? ¡Mejor que me hubieras salido maricón!

En Casa Santo, el señor Gutiérrez sostiene una conversación con sus guaruras. Ha enviado a María a la cocina, a que le den algo de desayunar, no por buen trato sino para propinarle un tenmeacá (como a los niños que envían con el recado «que dice mi abuelita que me den tenmeacá», el mensaje en clave para los adultos: «Entretenme acá, van a decir cosas que no quieren que yo escuche»). «Un café», pide María. «¿Algo más?». No quiere nada. María se sienta en un banco alto, a esperar le hagan el café.

Le harán un capuchino en la cafetera a la ultimérrima moda, la cocina está equipada con lo óptimo. María pasa los ojos por el horno de pan, la batidora de masa, la máquina de hacer helados, la vaporera electrónica, y pregunta a Lupe:

—¿Sabes usar todo eso?

—¿Yo? ¡No! ¿Pus pa-qué? Son del chef ese que viene. Lo que ya aprendí son los cafés, para el señor Gutiérrez. Pero ni la de helado ni lo del pan. No me gusta cocinar.

—¿Hay cocinera en Casa Santo?

—¡Claro! Antes trabajaba en la embajada española, se la robamos. Entra a las diez, el señor no desayuna sino jugo y café temprano, y esos sí los preparo yo, pero eso solo cuando se queda aquí a dormir, que no es siempre sino nomás a veces... Y aunque no se quede, si hay comida o cena, pues viene. A ella la avisan los muchachos, la pasan a traer.

Tenmeacá o no, Lupe se ha puesto parlanchina.

Mientras, el señor Gutiérrez da indicaciones a sus guaruras. Que saquen el cuerpo de «la güerita» que habían dejado en la cama de María. Que las muchachas cambien las sábanas. Llama a Julián, lo cita en quince minutos en el café de la plaza de San Pedro, no quiere esta conversación por teléfono.

En la cocina, María escribe una nota para Javier, pidiéndole se presente con sus documentos a las once en punto en Casa Santo. Le escribe que es «de vida o muerte», y que lo ama. Que si la quiere, por favor venga. Pide a la Lupe la lleve a Casa Espíritu:

—Puedes pedirle permiso al señor Gutiérrez, anda, dile que quiero estar segura reciba mi mensaje, por si no atiende el teléfono.

—Pero me dijeron que no la dejara solita.

—Anda, Lupe, te prometo que no me muevo.

—Espere.

Toma el *walkie-talkie* de un cajón, presiona:

—¡Ojaiz!

El Ojaiz le contesta:

—Dime, Lupe. Oye, manda a alguien cambie sábanas en el cuarto...

—Orita. Oye, esta quiere le enseñe al señor Gutiérrez una notita que escribió para el vecino, ¿me la vienes a cuidar?

—Va el Güero apenas pueda, ando en otra.

—Ven tú, no seas güevón.

—¿Desde cuándo me das órdenes tú, chacha?

—No seas así, pistolita, te estoy pidiendo un favor.

—Voy.

En cosa de minutos, Ojaiz se aparece a custodiar a María:

—Vine rapidito, me gustó lo de pistolita —dice a Lupe.

La Lupe sale. Aprovecha para ir al baño. En el baño tiene algo parecido a una revelación: se acuerda de aquel maldito tío, le metía mano antes de que ella siquiera se diera cuenta de qué pasaba. Eso lo ha sabido siempre, lo tiene presente, pero lo que no se acordaba era de las cosas que él le decía, y orinando, de pronto... —por el alivio, ese placer mesurado que es acudir al retrete cuando ha pasado la primera necesidad—, de pronto oye lo que el mísero le contaba: siempre el mismo cuento. Y en ese cuento, una niña se perdía y... pero esa es otra historia.

Lupe visita al señor Gutiérrez, le explica lo del mensaje, le pregunta si puede llevar el «papelito» al «vecinito», que dice la «señorita» que es para estar segura de que recibe el mensaje que le dejó por si no ve el teléfono, le dice que no se tarda sino «un ratito». Gutiérrez le pide el papel, lee la nota, da permiso de que se entregue:

—Llévala ahora mismo, después encierras a María en su cuarto, échale doble llave. Yo ya me voy.

Javier está (uso la expresión que él mismo dijo) «de a cuatro», «papá me ha dejado de a cuatro». Sale de la cocina, pasa por la sala, donde, en la televisión, Esperanza da la bienvenida a los televidentes. No se escucha nada. En la mala imagen sobresale el saco rojo de Esperanza. Javier entra a su cuarto, se tira en la cama y se queda dormido de inmediato. Como un lirón.

En el café, el señor Gutiérrez se sienta con Julián a arreglar sus asuntos. Nunca se aparece por ahí a esas horas. Desentona con el resto de los parroquianos, los más hombres de traje y corbata, en desayunos de trabajo. Gutiérrez explica a Julián: quiere al juez del Registro Civil en Casa Santo a las once, para casar a la parejita. Cabe la posibilidad de que el jotete no se aparezca. Pero si llega, una propina al juez para que el acta de matrimonio tenga una fecha anterior, «¿El día de la llegada de María?», «Buena idea». El contrato prenupcial con fecha anterior a la boda, que lo firmen los dos jóvenes, sellado por notario; «No será ningún problema», le dice ufano Julián. Gutiérrez quiere a las doce a los de la funeraria, que le hagan el acta de defunción asentando que el cadáver que ya cosecharon es el de María. De preferencia que lleguen antes, para ir preparando el cadáver. Aunque va a estar el juez, le hace notar Julián. «Bueno, en el otro salón, ¿no?». «No es problema», repite Julián, parece querer contener la ristra de peticiones de Gutiérrez, «pero ¿qué vas a hacer con María?». Empieza la discusión, hasta aquí iban más o menos de acuerdo (y digo más o menos, porque a Julián la idea de aparentar matar a María le parece bastante siniestra, pero). La batuta la lleva ahora Julián: para obtener los bienes de la parejita, ¿conviene culpar a Javier de matarla, acusarlo de que fue un crimen de celos?

—Demasiado complicado —objeta envalentonado Julián—. Muerte accidental, así la dejamos, se la echaron tus perros.

—¿Lo suicidamos porque ella se murió?

—Muy romántico, me gusta.

Pero en lo que no se ponen de acuerdo es en un punto:

—¿Qué hacemos con María?

—Basta con echarla del país, es tu hija.

—A ver.

—Ya hay cuerpo en la casa.

—Puedo tomar la decisión después.

—No necesitas otro cadáver.

—En todo caso, enterramos a la otra hoy.

Del funeral, dice Gutiérrez:

—Lo quiero muy lucidor, pero sin banda grupera, sí con mariachis, los que me gustan, que le toquen «Adiós, Mariquita linda», que empiece al mediodía, pero hay que preparar el cuerpo, y que empiecen ya, llámales. Quiero todo legal y limpito —insiste el señor Gutiérrez.

—No hay problema —dice Julián—, todo está fácil. ¿Qué hacemos con las propiedades de María fuera de México?

—Ya veremos. No lo decido hoy.

—Bien, pero el funeral va. ¿Sí?

—Va, no me andes preguntando lo que ya quedamos.

—María tiene dos nombres —le dice Julián, en tono de maestro de leyes—, en España obtuvo su nacionalidad sin tu apellido. Las propiedades de allá no tienen huella de que estén relacionadas contigo, la podemos seguir usando de prestanombres. Te conviene conservar a María allá, con el susto aprende. Al joven sí, hay que eliminarlo.

—No sé, no sé.

—Enterramos hoy a la falsa María, echamos a la verdadera a Madrid hoy, nos deshacemos del maridito, heredas tú la colección.

—No sé —sigue dudando el señor Gutiérrez—, ya le perdí confianza a la niña, no es de fiar.

—No se la pierdas, es tu hija.

—¿No ves que si le matamos al jotete se va a resentir? Esta no me la perdona.

—No necesitamos que te perdone nada, Gutiérrez.

—Por mí, la liquidamos. Pero lo podemos decidir después. Hoy el funeral con la otra...

—No sé —insiste dudoso Julián.

—No te estoy preguntando —se impacienta Gutiérrez—, estoy muy enchilado, se hace como digo, enterramos a la otra güerita, decimos que es ella. Y punto.

—Va —dice Julián—, va.

—Llama a la funeraria ahora mismo. Y ve convocando a todo mundo, no quiero un funeral pachichi, no se le muere a uno un hijo a diario, hay que aprovechar, ¡mucha fiesta!

Lupe sale de Casa Santo, recorre los doce pasos que la separan de la entrada de Casa Espíritu, y toca la campana. Toña le abre.

—Manita, ¿le das esto al joven? Se lo manda la hija del señor Gutiérrez. ¿Te lo encargo?

—Orita se lo damos.

—Dáselo ya, manis, no seas así. Luego hablamos, ¿no?, te veo cuando llegue el de la basura, tengo mucho quihacer.

Cuando Toña entra a la cocina, doña Luz la interroga.

—¿Quién estaba en la puerta?

—La Lupe, la muchacha de Casa Santo.

—Ya te he dicho que no hables con esa.

—No hablé, doña Luz, se lo juro.

—¿Y qué quería la cusca?

—Le trajo una nota al joven, la manda la hija del señor Gutiérrez.

—¡Ni se te ocurra dársela! ¡A ver! Pásamela.

Toña le entrega la nota, y doña Luz la pone paradita al lado de la azucarera. No la va a tirar. Le da curiosidad saber qué dice, le pedirá a Felipa se la lea.

—¡Ándale, floja! ¡A trabajar!

Toña sale al patio, recoge más naranjas del piso, serán la siguiente mermelada, las de este árbol viejo ya no sirven para otra cosa.

La luz de la mañana, que comenzó radiante, pura, ha empezado a percutirse. Un aro grisáceo de smog se ha formado en el cielo, apoyado contra el horizonte. Las hortensias, las jacarandas y las buganvillas enseñan sus colores reidores, contienen con estos la siniestra animosidad del tráfico, cargando la atmósfera.

En el despacho de Pérez, Vértiz y el dicho:

—Estoy que no me calienta ni el sol, Héctor. ¿Con quién crees que anda el idiota de Javier mi hijo?

—Lo vimos ayer con una bonita, nos los encontramos... Esperanza pareció interesada en ella, si eso te alivia... Con suerte se la roba...

—Esa hace de la calumnia un oficio y me cae de la patada.

—No te hagas, ya pareces Gómez.

—Pero ni para esa lesbiana deseo esa plaga.

—Es mi amiga, bájale... Y es honesta como nadie. Conoce a todo México y todo México la escucha, incluyéndote.

—Ya, no estoy para comerciales. Marca su teléfono. Dile quién es la bonita. Ahora que oigas de quién...

—Ya lo sabemos, nos lo dijo Javierecito ayer. No me gusta nada.

—¿Te das cuenta? ¿En qué peligro nos ha puesto? ¡Es idiota, o se hace!  
¿Qué hacemos?

—Vende el *Saltapatrás*, y vete del país con Javier. Sería mi recomendación. Llévatelo a Extranja, dile que de regalo de graduación; le conseguimos una entrevista en Oxford, podemos presionar para asegurarnos que lo acepten, no somos hijos del portero, y lo dejas allá estudiando. ¿O prefieres Harvard?

—No, él quiere Oxford... ¿Y si la sigue viendo?

—El mundo es muy ancho. La acaba de conocer. No lo creo. ¡Y no nos importa! Lo que cuenta ahora es poner distancia. El hampón es tu vecino, recuerda.

Vértiz saca una agendita pequeña del bolsillo de su pantalón. Pasa sus páginas, busca una anotación. Da con ella. Toma el teléfono del escritorio de Pérez y marca el número que encontró en su agendita.

—Soy Vértiz, el de la colección. Ya sé qué pintura le voy a vender. Es emblemática de toda la colección. Está fechada en 1698, el autor... ¿Diga...? ¿Que retira la oferta...? ¿Ya no le interesa al comprador? ¿Ningún Vértiz...? Está bien, ya entendí.

Cuelga el teléfono, demudado, sin siquiera despedirse.

—Que ya no. Que su comprador acaba de retirarle la oferta. ¡La gente está mal de la cabeza!

—No te preocupes, Vértiz. Seguro hay quien quiere comprarte...

—Hay, sí hay. Voy a ver a López Morton, él sabe de esto.

Nadie dirá que Julián se gana la vida por cruzarse de brazos. Cuando sale del café, camina apresurado a la oficina —está a tres pasos—, seguido de su guarura, un regordete que literalmente va sudando la gota gorda. Julián pone a trabajar a todo el personal de su oficina en las diversas urgentísimas, contactar al juez para que haga el acta, «Que sea uno de confianza porque tiene que arreglar la fecha... ¿Quién me redacta ya un prenupcial?, consíganme al notario, pero ya», los arreglos del funeral, músicos, invitados, que el juez necesita los datos del muchacho, «Dile al juez que en caliente se los damos, y que quiero mañana el acta en mis manos con fecha de hace cuatro días», etcétera.

Vértiz maneja directo hacia la galería, a hablar a su amigo experto. Este le explica lo mal que están las cosas, el mercado deprimido, la crisis, etcétera. Cuando Vértiz le comenta que quiere deshacerse del *Saltapatrás*, que necesita plata para el seguro del año entrante, que además la educación de Javier, el galerista le da una cifra irrisoria.

—No vas a conseguir más por esa pintura. Y eso, con mucha suerte. Sin duda te conviene esperar, Javier. Los precios están muy deprimidos. Aguanta

un poco. Qué te digo, ni siquiera si decides deshacerte de un paisaje de Velasco. ¿Te acuerdas que antes eran como traer efectivo en la cartera? Ya ni esos, no ahora...

María se mete a bañar. El señor Gutiérrez regresa a Casa Santo. Llega el ataúd, meten a la cochera la camioneta en que lo transportan los dos empleados encargados de preparar a su muertita.

Mientras, María se baña. El agua caliente de la ducha la libera, se desprende de la situación, se siente estar en otro lugar, ¿dónde? Intenta concentrarse; alza la cara para que el agua corra sobre ella; golpeándola, aviva el placer de no estar ahí. Desliza su conciencia por un escalón similar a esos que se descienden cuando se duerme profundo. Toca firme: las ramas de los frondosos árboles acarician sus brazos desnudos, el cuello, la frente; pisa hojas secas, varas caídas, mullidos musgos; en el jardín están ella y Javier, correteando; ella va medio paso adelante, quiere que él la toque, pero el juego es esquivarlo; resbala, por un pelo cae a un canal abierto donde corre agua límpida, Javier la abraza. María alza la cara, también en su imaginación la alza, y el cielo azul esplendoroso la mira, y ella se siente pura dicha, y entre el cielo y ella está Javier, y se unen sus bocas, un beso. María está en el paraíso de los amantes que por doscientos años han sabido encontrarse (como ignorando que la Historia los ha forzado a romper), siente el vínculo que los vuelve una llama viva, dulce; cree, debajo de las gotas de la ducha, que ahí, en ese beso, vivirán eterno, deseantes el uno del otro, solo por eso exasperados.

El agua de la ducha sigue envolviendo a María, su boleto al paraíso.

Javier duerme. Sueña que está con María, van caminando por una avenida que parece la Castellana. Se encuentran con la mamá de Javier, Teté, sentada en la mesa de un café. Está vestida con un trajecito Chanel blanco, así usaba uno ella, elegantísimo. Teté les sonríe, Javier siente alegría limpia de verla. Ella también está feliz, habla con Javier, él le cuenta que está por recibirse, le dice que ha encontrado a la mujer de su vida, «ya me di cuenta», le contesta Teté. Por primera vez desde que ella murió, al soñarla y departir con ella en Morfeolandia, no hay ninguna amenaza en el contacto, ninguna sensación de pérdida o dolor. Javier se lo dice a Teté. Ella le explica: «María repara la herida». Y de ese sueño, Javier se desliza a otro, pero nosotros no tenemos tiempo. Sería otra historia, y estamos en esta.

En Casa Santo, los empleados del servicio de banquetes que hace apenas unos días se encargó del funeral de la mamá del señor Gutiérrez se afanan en

arreglar mesas, abrir sillas portátiles que van acomodando a todo lo ancho del patio en la esquina cercana a la cocina arman una cantina muy de lujo («muy de lux», para Lupe: hasta tiene foquitos de neón parpadeantes), se ve que esperan mucha gente. Cuelgan enormes moños negros atados a cintas del mismo color y de papel crepé, que cruzan de un extremo al otro. Al fondo de la plataforma, una corona gigante de flores, con la leyenda «Adiós, hija querida»; llegarán más, como cuando fue el entierro de la abuelita, fue una cosa... olía a tallos podridos hasta en nuestros baños.

Julián y el juez llegan a Casa Santo a las once en punto. El señor Gutiérrez, vestido de *smoking*, María de blanco, con un ramito de flores blancas en la mano; el servicio doméstico de uniforme, y los guaruras como siempre, de traje negro.

A las once y veinte, el señor Gutiérrez declara que ha perdido la paciencia.

—Ya estuvo suave. No esperamos un minuto más. No hay boda.

María no puede ocultar su desazón, pero intenta aparentar serenidad, y dice:

—Tal vez está dormido...

—Dormido tienes el cerebro desde que naciste, ¡por algo mujer! ¡Eres una idiota! Mira, mensa, ¡te plantó! No quiere casarse contigo. No es un hombre de palabra. Yo sí.

En Casa Espíritu, doña Luz está meneando con su cucharón de palo alguna de sus salsas eternas. Los canarios cantan. La nota que María garrapateó para Javier sigue apoyada en la azucarera. Vértiz regresa, entra como un perro apaleado con el rabo entre las patas.

¿Quién dice que el corazón es un órgano privado? ¡Ni el mío! Ahí estaba yo, sentía el corazón de María latir en su miedo y sus prisas. El corazón de Javier, en cambio, iba de un sueño a otro, era el de un hombre feliz, o un ángel.

No sé qué ocurrió en la oficina de Esperanza cuando por fin escuchó el mensaje de María. Debió ser al terminar el noticiero y la inmediata grabación de la entrevista que se transmite por la noche, minutos después de las once de la mañana. Tal vez Esperanza regañó a alguien de su equipo por no haber atendido antes la llamada («Pero es tu privado, Esperanza, ese nunca lo tocamos»), debió ordenar a un asistente transferir el mensaje para poderlo usar en el noticiero. Debió convocar al equipo en pleno («Todos aquí. Esta va a ser la noticia del mes. Comúnicame con la oficina del procurador»), instando a recopilar información sobre el señor Gutiérrez, preparar cámaras

para salir, etcétera. Lo que es clarísimo es que convocaron desde lo más alto a las autoridades: no llegaría sola a cubrir un funeral cualquiera, eso sería un suicidio.

Los mariachis llegan a Casa Santo.

Los han pasado al *hall*, apiñonados buscan acomodo para tanto instrumento, las trompetas, el guitarrón, los violines, y además los sombrerotes. Traen de solista a una diva, vestida en un traje regional colorado, muy parecida a la Eugenia León de los ochenta, la divina Eugenia cuando ganó en la OTI con «El fandango aquí» de Marcial Alejandro, el largo cabello rizado, de bella joven jarocho.

—¿Listos? —pregunta un mariachi con bigote de Jorge Negrete, más alto que los otros, el sombrero impertérrito, tendrá unos cuarenta añitos, delgado y bien vestido, su traje parece nuevo. Tiene la voz de mando. Repite—: ¿Listos?

El grupo responde con un revoloteo, se reacomodan. Alguien abre la puerta del tocador de visitas y tres mariachis se deslizan adentro de este, sofocados en el estrecho espacio del *hall*. Los muebles son dorados —el señor Gutiérrez cree que en su casa todo, hasta el excusado, debe ser *dioro*—, las llaves del lavamanos, dos sirenas chichoncísimas, también son doradas —el agua les sale de la cola—; al fondo, una cabeza de antílope, aislada y siniestra.

—Espérame tantito —dice un mariachi chaparrín, luchando sin suerte por calzarse en la cabeza su sombrerote.

Cómo acomodarse el sombrero, ni porque entraron tres al baño consiguen caber en este espacio. Son como quince, qué bárbaro, serán tres bandas.

Los mariachis se están asando, y huelen a gatos mojados. Este no, se bañó con agua de colonia, aquel se echó encima media botella de un perfume chillón, el otro huele a jabón Palmolive, pero el olor que derrota a todos, incluso al del sudor colectivo, es el de sus trajes, debe haberles llovido en alguna serenata, no están por completo secos, el penetrante aroma de la humedad envuelta en lana, algodón (y un poquitín de acrilán), inunda el *hall*.

—Ya como sea, ya mero vamos a entrar.

—Espera, va a sonar como el cu...

—Ya: Una, dos, ¡tres!

—¡Que no, güeyes! ¡Que quieren que en silencio! Pero espérense. Nos van a echar al fondo, y ahí esperar hasta que lleguen las visitas.

—Que no son visitas, oye, más respeto: es un funeral —el que habla es uno de los guaruras de la casa—. Esperen aquí.

Los mariachis se quedan en el *hall*, apretujados en lo que los hacen pasar. Aunque ya les dijeron que no entran tocando y cantando, no sueltan sus instrumentos ni se quitan los sombreros, los que ya consiguieron calzárselos.

En la cocina, doña Luz brinca al oír un trompetazo.

—¡Otra vez! ¡Parecen congala!

Toma su sillita, y apoyándose en ella camina hacia la sala, quiere oír los reclamos de Vértiz, y compartir los propios:

—¡Qué vecinos!, ¡qué pelusa nos fue a tocar!

Tras enterarse de la (supuesta) muerte de María cuando va a tirar la basura, Copetito corre hacia el 28. Quiere encerrarse siquiera un momento a solas. Entra a la casa, y se enfila hacia la covacha, cuando lo llama la Bruja:

—¡Copetito!

La noticia ha volado más rápido que él. La Bruja quiere que salga a la calle, que le averigüe más, que vaya y pregunte a Tetas o le saque la sopa a Tronco enojado; le pica la curiosidad. Pero el alma de Copetito no puede soportar la idea, no le alcanza para hacer esta diligencia.

—Creo, señora, que me voy ya.

—¿Adónde vas?

—Me voy.

—¿Cómo que te vas?

—Ya no puedo trabajar aquí. Con usted la llevo bien, pero ya no aguanto al señor.

—¿Al señor? ¿De cuándo acá tienes tratos con él?

—En las mañanas...

Ya qué más da, se dijo, y envalentonado, la voz robustecida por su corazón roto, le escupe todo. Felipa también oye la nueva. La lleva a Javier.

María ya salió de ducharse. Al cuarto le han puesto llave, no tiene más movilidad que ir y venir al baño. No saben aún qué harán con ella. Julián la quiere en Madrid. El señor Gutiérrez querría que no hubiera nacido. A corto plazo, Julián la quiere ver en el aeropuerto a las seis de la tarde, y el señor Gutiérrez no verla ni en pintura. A las seis, el funeral seguirá. «La sacamos por la puerta de atrás, no tiene para qué pasar por la sala». «Tal vez». «Es lo que debes hacer», se atreve a presionarlo Julián. «No sé».

Javier se viste de negro riguroso y se calza lentes oscuros. Quiere ir al funeral de María. Aquí se dividen las versiones: según algunos va, y ocurre esto o lo otro. Según otros, cuando está por salir, escucha en Callejón del

Fuego algo que parecen disparos. Entra apresurado a la sala. Ahí están Vértiz, doña Luz, Felipa y Toña viendo la televisión. En la pantalla, Esperanza:

—Hoy por la mañana recibí la llamada telefónica que acaban ustedes de escuchar, donde el empresario César Gutiérrez de Ceballos, conocido como el señor Gutiérrez, se culpa de la muerte de su hija. Transmitimos la información en vivo y en directo.

En el viejo televisor aparece un aparatoso operativo policíaco, en Callejón del Fuego y en Callejón de Atrás. Muestran una foto del señor Gutiérrez, nuestro ilustre vecino. Trae el rostro desnudo, sin lentes oscuros. Parece un pollo sin plumas. Es algo bizco, el ojo izquierdo (su derecho) se nota fuera de eje. Close up. Su mirada es extraña, pegajosa. Me da ascos.

—¡Viejo inmundo! —escupe Felipa.

En Callejón del Fuego, al lado del ruinoso Mercedes de Vértiz, se han estacionado dos pick-ups negras, y unas cuatro decenas de hombres enmascarados —antes fue de Marcos esto de taparse la carita, ahora es el estilo de las «fuerzas especiales»—, los cascos, los lentes y chalecos antibalas, las bocas cubiertas con filtros contra gases, botas y ropas negras, bolsas en los pantalones, cartuchos en los cinturones, las armas de alto alcance en la mano... Se han alineado en dos formaciones, dándose la espalda una a otra, una rodilla al piso, como soldaditos de plomo. Los que están más cercanos a nuestras fachadas apuntan hacia Casa Santo, la segunda formación apunta sus armas a la entrada de Callejón del Fuego. Silencio total. No se oyen ni *walkie-talkies* ni nada.

(El Estado mexicano se apropia de todo, el pasamontañas de Marcos solo es un ejemplo; lo que correspondía a un movimiento rebelde ahora en sus manos es parodia de las privatizaciones).

Veo llegar al tranvía turístico, mala caricatura de uno antiguo, que tres o cuatro veces al día (y en fines de semana cada hora y media) pasa frente a mi fachada. Se detiene en seco frente a la formación que bloquea el acceso al callejón. Ignorando la situación que tiene enfrente, de cara al cuerpo de las fuerzas especiales, como si nada hubiera interrumpido su ruta, se escucha su altavoz: «Aquí a nuestra derecha está Casa Espíritu, donde habitó el padre Acosta, héroe de la Independencia de México. Teólogo reconocido, fue reducido a cura de pueblo por su propensión a enredarse en asuntos de faldas, y por la admiración que sentía por la Ilustración francesa, que no guardaba secreta».

Paralizadas, las fuerzas especiales no bajan sus armas, apuntan sin intención al tranvía, a los turistas que lleva a bordo, y al idiota del conductor,

que debió darse la media vuelta, o por lo menos no apretar el botón de la grabadora.

Su altavoz repite las rutinarias malas verdades, o por lo menos mentiras a medias, que me zampa cada que circula ante mi fachada. Para empezar: el padre Acosta no estaba aquí por castigo, ni lo marginaban como a un apestado. Aquí, en el salón, poco antes de que ocurriera la tragedia —o desaguizado, o mala suerte, como le quieran decir—, en enero de 1810 para ser precisa, se sentaron en un mismo canapé el obispo y el intendente Riaño, a ver una pastorela. Lo escribe Alamán, que también nos visitaba: «Con una jovialidad que prueba que ninguno de los tres preveía lo que iba a suceder nada más que siete meses después». (Noten que Alamán no compartía con ellos canapé, porque era aún niño).

El padre Acosta vivía aquí porque a él le daba la gana, esta era su casa, él la había construido, donde quiso y porque quiso. Siempre que escucho la voz del guía de turistas, voy corrigiéndolo para mis adentros, pero ese día no. Ese día, mientras corre la grabación comienza el repiqueteo de las metralas y arriba el sobrevolar de un helicóptero, del que colgaban hombres armados —cirqueros involuntarios—, también las caras cubiertas como los que se arrodillaban en el empedrado.

Atrás del ruidero se entreoye la grabación del tranvía turístico: «El padre Acosta era muy afecto —trac trac de la metrala, trac trac de las aspas del helicóptero— a la música, la enseñó a los indios —trac trac— de su curato y fundó una —trac trac— orquesta y un coro». Trac trac. Verdad, pero zonza: no hay indicios en el cuento del tranvía de que, al morir, su cabeza quedara expuesta en la plaza central del pueblo, como escarmiento y ejemplo, para que nadie siguiera sus pasos. Treinta años tenía de muerto y su nombre seguía sacando roncha, y durante cuatro décadas se celebraba su asesinato como un hecho heroico —en fiestas religiosas se solemnizaba el triunfo de las fuerzas realistas sobre estos «violentos revoltosos»—. No bastó la comisión que «examine con cuidado cada expediente para dictaminar quiénes son los verdaderos héroes». El padre Acosta requirió casi cien años para acceder a los pasillos —¿o entrepaños?— de la gloria. Entonces se habló de los «antiguos patriotas», entonces se exhumaron sus restos, entonces... Trac trac.

Trac trac. La grabación sigue hablando, arrecia el ruido de las armas de fuego.

Atrás del (falso) tranvía llegan las camionetas de otras estaciones de televisión, los camarógrafos corren, suenan estallidos que ahogan por completo la voz del guía turístico, atrapado entre los vehículos de los

periodistas y la formación de fuerzas policíacas. Se aleja el helicóptero. Casa Santo queda abierta de par en par, la puerta perforada con un boquete. Humo. Se oyen las botas de los policías entrando a saco a Casa Santo, y atrás de ellos el altavoz del tranvía turístico que puedo reproducir porque lo sé de memoria: «Emprendedor, el padre Acosta poseía tres latifundios en los que cultivó árboles frutales, vides y moreras, y estableció colmenares. En las tierras aledañas a Casa Espíritu fabricó vino, seda, miel, y bajo su tutela se abrió la mejor peletería de la región». Cierto, pero impreciso: perdió los latifundios durante tres años por disposición real, directo por la Real Cédula de Consolidación. Después litigó, y acababan de volver a sus manos cuando...

Más sonar de metrallas, trac trac. Humo. Regresa el helicóptero, y atrás de este otro, dos sobre nosotros. Conque no choquen entre sí. Trac trac.

Del tranvía desciende una pareja de extranjeros vestidos veraniego, en bermudas, sombreros de paja a la cabeza, algo entrados en años y subidos de peso, juntitos, indefensos y trastabillando, como los helicópteros. Él se detiene su sombrero con una mano. Uno de los polis les grita:

—¡Que nadie se mueva! ¡Pecho a tierra!

El altavoz del tranvía continúa: «Este fue el último palacete en que habitó, que fuera quemado por el pueblo iracundo a su muerte, y reconstruido años después...». Los gringos se tiran al piso, entienden español (¿serán alemanes?, no hay gringo bilingüe). Atrás del tranvía veo llegar más pick-ups, descienden hombres en camuflaje, ¡ya-llegó-el-ejército-a-apoyar!, chalecos antibalas, botas, caras cubiertas, armas apuntando al tranvía y a la formación que permanece impertérrita, cada uno con su rodilla al piso. Todos a una, avanzan hacia Casa Santo, casi saltando sobre los hincados.

Aprovechando que el paso del ejército ha abierto brecha, y así las ráfagas de balas en Casa Santo están de a peso, los camarógrafos se cuelan por el boquete a la boca del lobo.

El operativo aún no ha terminado cuando se suelta, por fin, después de semanas de esperarla, la lluvia: gordos goterones recios, abundantes. En el valle de México las tormentas declaran a gritos que este lugar es aún lo que fue: un sistema lacustre. Cinco horas seguidas diluvió. Fue tal la magnitud de la tormenta que al día siguiente los titulares quedaron arrasados por la inundación. La noticia de la captura de «La banda de Casa Santo», como la bautizaron los medios, fabulándola hasta el ridículo, quedó relegada a las páginas interiores. En veinte minutos, un lago se nos vino encima, «el equivalente a tres estadios Azteca». Los automóviles flotaron en las avenidas, sin gobierno. El río de los Remedios se desbordó, los cárcamos de Iztapalapa

se reventaron, el bordo del Río de la Compañía se rompió, no pudo contener las aguas negras. Los vehículos dejaron de flotar: se hundieron, en algunos puntos fueron arrastrados por la corriente. Colonias enteras quedaron sumergidas en inmundicia líquida. En lanchas, la Marina salió al rescate. El equipo hidroneumático de la Secretaría de Protección Civil, los bomberos, la Secretaría de Seguridad Pública acudieron a los puntos críticos. Siguió la lluvia, y el dique formado por veinte mil costales de arena que la Comisión Nacional del Agua había improvisado para contener las aguas negras de la Compañía reventó.

No fue un buen día para Esperanza. No obtuvo para su reportaje la atención que esperaba, y perdió en cambio la oportunidad de cazar el estallido del cárcamo o las olas de aguas negras apoderándose del valle del Chalco, el peñón del Marqués y el Arenal, en Iztapalapa. Sin soltar el hilo del «Caso Santo» —como ella insistía en llamarlo—, hizo un segmento especial sobre la «tormenta del quinquenio»: «Lo que parece increíble de esta tragedia es que siempre nos tomen las lluvias por sorpresa». Para terminar de arruinar el día de Esperanza, un colega aprovechó para darle un palo doloroso: la acusó de entregar a Gutiérrez por estar aliada con Equis Capo. Su prestigio salió con tunda.

(El depósito de aguas de desecho que levantaron al lado de mis cimientos se derramó por la lluvia: doscientos años de mierda estancada ahí, descontada la que se disolvió, decidió salir a buscar la luz. La pestilencia...).

La tormenta y las inundaciones no absorbieron toda la imaginación de la ciudad. Corrieron como fuego en pasto seco distintas versiones del operativo policíaco en Casa Santo. Según quienes afirman que Javier alcanzó a entrar a Casa Santo antes de la llegada de las fuerzas especiales, este se acercó al ataúd donde habían apoyado una foto de María niña acariciando a su gatito. Gutiérrez advirtió su presencia (según algunos antes de mirar la cara del cadáver reemplazo, según otros después de ver que no era María y de gritar «¡No es, no es!»), y se acercó a abrazarlo, efusivo, queque para darle el pésame, poniéndole en la mano un arma y diciéndole al oído: «Sostenla fuerte». Se le separó un paso alzando los brazos. Javier, sin tiempo a reaccionar, con el arma en la mano, movió involuntariamente el brazo, con lo que pareció que amenazaba disparar; el cuerpo de seguridad de Gutiérrez respondió y Javier murió acribillado; según otros, no hubo tiempo para nada de esto, y Javier murió en la refriega del operativo. Algunas versiones aseguran que María escapó del cuarto en que la tenían encerrada, aprovechando una distracción de Lupe —o gracias a la colaboración de esta,

según quien lo cuente—, y cayó también bajo las balas. Según otros, María fue rescatada por las fuerzas especiales con vida —aquí también se dividen las opiniones—, lo mismo Javier, aunque algunos perjuran que el que se salvó fue él.

Por mi parte, no sé si he sido fiel a los hechos, y no solo lo digo por los del desenlace. Lo que conozco a pie juntillas es el escenario, hable el que hable este no cambia, es el nuestro. También sé con certeza que yo desperté. Cobré voz. Fui la piedra que se levantó de la inercia, dejó atrás la muerte, se llenó de vida y reveló algunas de sus memorias.

Quiero volver a dormirme.

Me preguntan: «¿Vivió María?», mientras yo no consigo borrar la sensación de que la mató su padre; también me preguntan: «¿Sobrevivió Javier a las venganzas de un clan que tenía aliados en todos los círculos sociales?». Ustedes pregunten, yo no contesto, yo digo lo que me viene en gana. Y esto no siempre, porque hubo cosas de las que quise hablar y dejé sin decir —como el baile de los conejos que quedó pendiente, o lo que pasó con los canarios enjaulados que en 1910 cayeron en prisión mayor, o el correr de las jaurías de perros que en 2010 deambulan hambrientas en distintos puntos de la ciudad, atacando a quien se cruce en su camino—, ya no digo hoy nada más. Algún día regresaré con mi memoria, seré la piedra que recuerda, y entonces...

## Nota de agradecimientos

De Brooklyn a Coyoacán: a Andrew Fierberg. A Martina Klich (sus notas críticas sobre las diferentes versiones del guión hasta llegar a su versión final, puntuales y acuciosas, fueron muy provechosas para la creación de la novela). A Anna Roth y Antonio Zavala. Y, por supuesto, a Juan Aura y María Aura, con quienes tuve la suerte de trabajar desde un principio, imaginando el mundo de «La temporada del muérdago» y las eras anteriores, «1810» y «1910».

Esta novela nació de ahí, de una experiencia fílmica. Tras terminar alguna de las versiones del guión, supe que tenía que construir *Las paredes hablan* como una novela. Veía el mundo con su entidad verbal, y tenía que nombrarlo.

Las tramas y los personajes difieren, por obligaciones de los medios. La novela exige el todo. El guión cinematográfico —como la hechura de una película— pasa por un trizadero: pedazos, cada vez más diminutos, se van filmando, dos, tres segundos a la vez, sin articulación, mientras el director detiene la obsesión de su imaginario en un detalle: los zapatos, la rama que cae del árbol... una pulsión que es antinarrativa, antinovela. Tuve que ir por el todo, que está en estas páginas. Un todo, como cualquier hechura humana, incompleto, trozado por la mirada. Pero el cine es el ojo al exceso: pedazo del rompecabezas.

Mi agradecimiento también a los actores, a Miguel Rodarte, a Marta Aura, a Héctor Bonilla, a Mario Zaragoza, Gerardo Taracena, Joaquín Cosío y Silverio Palacios, a Paulina Gaitán, a todo el reparto. Y a Esteban de Llaca, gracias. La novela es tan de ellos como lo es mía.

Por último, tengo que agradecer al doctor Mike Wallace su consistente apoyo. A Ana Luisa Liguori, lo mismo. A Marta Lamas, a Jesusa Rodríguez y Liliana Felipe —especialmente a Liliana porque la novela fue escrita a la sombra de su música: escuché sus canciones como el ambiente que alimentaba la escritura—; a Alicia Rodríguez, mis amigas, porque la amistad es alegría, la alegría es creación y ojo crítico. A Giuliana Bruno, que estuvo en esto desde un principio, desde que imaginamos por primera vez que hablaría una casa. Un agradecimiento especial a José Luis Chain.

Por último, pero no el último, a Pedro Boullosa. Si él no me incita a intentar escribir el guión, no habría nacido esta novela.

A todos, gracias.



Carmen Boullosa (Ciudad de México, 4 de septiembre de 1954) es una poeta, novelista, guionista y dramaturga mexicana. Forma parte de la generación sin nombre que se agrupó alrededor del Taller Martín Pescador, a la que pertenecieron Roberto Bolaño, Verónica Volkow y otros.

Estudió Letras Hispánicas en la Ibero (1974-1976) y en la UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México) (1972-1973).

Fue becaria Salvador Novo (1974), del Centro Mexicano de Escritores (1980), del INBA FONAPAS (1981), de la Fundación Guggenheim (1990), de la DAAD (1995)<sup>4</sup> y del hoy llamado Cullman Center (2001). Fue redactora del *Diccionario del Español en México* de El Colegio de México (1977-1979), fundadora en 1983 del Taller Editorial Tres Sirenas (1980); tomó las riendas, con Alejandro Aura, del teatro-bar El Cuervo, en 1981, y cofundó El Hijo del Cuervo, con Aura, en 1986.